

La ven
1430), h
de Fran
«el prin
literatu
años, m
viuda, c
recibid
misogin
sobre t
La Ciu
ilustra
anticip
corona
la hist
La arg
su mo
como
sexos,
conoci
a este
la hist
pensar
de los

1.ª edición: enero de 2000

2.ª edición: junio de 2001

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Le Livre de la Cité des Dames*

Colección dirigida por Jacobo F. J. Stuart

Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela

© De la introducción, traducción, notas y bibliografía, Marie-José Lemarchand

© Ediciones Siruela, S. A., 1995, 2000

Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»
28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02

Fax: 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

Printed and made in Spain

Índice

Introducción	
Marie-José Lemarchand	11
Nota a la segunda edición	57
Nota sobre la traducción	59

La Ciudad de las Damas

Libro I	63
Libro II	155
Libro III	251
Notas	275
Bibliografía	287
Índice analítico	291
Índice onomástico	293

Introducción

Marie-José Lemarchand

La hija del sabio Tommaso da Pizzano, físico del Rey

Apenas tendría cuatro años aquella niña veneciana cuando, cogida de la mano de su padre, el astrólogo y médico Tommaso da Pizzano, recorrió la larga sala palaciega, donde, junto al Sena, el rey Carlos V de Valois gustaba de celebrar sus audiencias. El sabio boloñés, enviado a París como embajador por la República de Venecia, había puesto como condición para establecerse definitivamente en la corte de Francia, «como dilecto y estimado físico de Su Majestad», contar con una mansión digna y con una renta de quinientas libras de oro. Cumplido con creces el pacto gracias a la generosidad real, acababa de traer a París a los suyos.

Después de aquella entrevista con la familia de Pizzano, el rey mandó que la hija de su físico participara en todas las fiestas y divertimientos de la corte compatibles con su tierna edad y fuera educada como una princesa. Muchos años más tarde, en *L'Advision de Cristine*, escrito el mismo año que *La Ciudad de las Damas*, es decir, en 1405, Cristina contaría ese primer cara a cara con el *beau visage du roi*¹. No sólo se trata de un recuerdo de niñez grabado en su memoria, sino que a partir de aquel encuentro quedaría enmarcada toda su vida dentro de una corte de ambiente humanista, con una lengua que iba a hacer suya, adoptando también un nuevo país que jamás abandonaría desde aquel

¹Utilizando el género de la *visio* a modo de ensoñación alegórica, Cristina

día de 1368 hasta la hora de su muerte en 1430, pese a las ofertas que, siendo ya escritora famosa en todas las cortes europeas, había de recibir a lo largo de los años. Gracias a la munificencia del Valois, Italia, como en el caso de Lully dos siglos más tarde, acababa de brindar a Francia su primera escritora profesional. Del mismo modo que el músico italiano afrancesó su apellido Lulli en Lully, pero firmando con una rúbrica de ambiguo signo que bien podía parecerse a la *i* de su patria natal², así fluctúa el nombre de nuestra escritora entre Pisán, con *s* a la francesa, y Pizán, con *z* a la italiana, grafía esta última generalmente adoptada ahora para evitar la confusión con la ciudad de Pisa, puesto que, a diferencia de su coetáneo el pintor Pisanello³, la familia de Cristina no provenía de la ciudad de los Apeninos sino de Pizzano, es decir, del reino lombardo-veneciano.

Carlos V de Valois fue un príncipe al estilo renacentista que, ya antes de acceder al trono, hizo entrar en lo que iba a ser la Bibliothèque Royale —propiedad no del rey sino de la Corona y por tanto inalienable, luego Bibliothèque Nationale y hoy Bibliothèque de France— unos mil libros, entre ellos las obras de Aristóteles traducidas por Nicole Oresme y unos tratados de cosmografía que anticipan la revolución científica del siglo XVII⁴. Sorteó hábilmente la influencia de los clérigos de la Sorbona y supo rodearse de seglares y humanistas. Así se explica la elección del Doctor Pizzano: la Universidad de Bolonia, de donde procedía, era entonces una de las más avanzadas intelectualmente y acaso la única en tener la mayoría de sus cátedras ocupadas por seglares. Thomas de Bologne, *phizicien du Roy* —denominación

alude en *L'Advision de Cristine* a varios episodios de su vida, especialmente a los que guiaron su vocación literaria (editado por Sister Mary L. Towner, Washington 1932; Nueva York 1969, reed.).

² Véase Philippe Beaussant, *Lully ou le musicien du Soleil*, Gallimard, París 1992 (cap. VII, «De Lulli a Lully»).

³ Pisanello (1395-1455), así llamado para diferenciarle de su conciudadano el escultor Pisano.

⁴ Sobre todo lo que concierne a la recepción de obras científicas, L. Thorndike, *A History of Magic and Experimental Science*, Nueva York 1934, citado por Charity C. Willard en *Christine de Pizan. Her Life and Works*, págs. 21-29.

que entonces se refería más a la medicina y a la astrología que a lo que hoy entendemos por física—, llegaría a ser consejero científico del rey, de ahí su gran prestigio e influencia. Se le atribuye el encargo de muchos tratados de cosmología, medicina y cirugía, que, traducidos del árabe casi todos, provenían de Bolonia.

La madre de Cristina, hija también de un gran sabio, el anatomista Mondino de Luzzi, aparece sin embargo en el texto de *La Ciudad de las Damas* como defensora de la dedicación de su hija a las tareas del hogar, en claro contraste con su padre, que la impulsa hacia el estudio. Tanto el círculo familiar de Cristina como el de la corte de Francia obedecen a un espíritu crítico, de libre examen y basado en la experiencia, rasgos de modernidad que brillan en varios pasajes del texto, donde la autora reivindica la experiencia que de su propio cuerpo tienen las mujeres para contrarrestar el discurso misógino que sostiene la autoridad masculina, como en el caso de las doctrinas eclesiásticas y de los tratados médicos.

La generosidad real puso a disposición de la familia de Pizán una casa cerca del palacio de Saint-Pol, una de las tres residencias reales con que contaba la Casa de Valois en París. Con sus largas galerías abovedadas, cuyos decorados de lapislázuli representaban el jardín del Edén y se abrían a la viva réplica de la fauna y flora paradisíacas —ya que los jardines y vergeles reales contaban con muy exóticas especies de plantas y flores, amén de papagayos y leones—, era un palacio «abierto»⁵ en contraste con la severidad del recinto cerrado del Nuevo Louvre, con sus murallas y fortificaciones tal como podemos verlas hoy en la miniatura que corresponde al mes de octubre en el manuscrito de las *Très Riches Heures du Duc Jean de Berry*, a quien dedicara Cristina de Pizán *La Ciudad de las Damas*. En aquel mundo fabuloso transcurriría la niñez de Cristina, a la que podemos imaginar yendo a visitar a su padre, explorando y buceando entre los libros de las tres plantas de la Bibliothèque Royale recién instalada en la antigua Torre de la Halconería, en el ala noreste del

⁵ Debo estas descripciones del palacio de Saint-Pol, arrasado luego por Francisco I, al muy interesante libro de Françoise Autrand, historiadora del siglo XV, *Charles V, le Sage*, Fayard, París 1994, págs. 762-769.

Louvre. Allí, aparte de las «ruedas de libros», suerte de mesas giratorias cubiertas de pergaminos que figuran en muchas miniaturas del siglo xv, estaban a disposición del Doctor de Bolonia toda clase de instrumentos científicos, como esferas y astrolabios. También contaría con una clientela aristocrática pronta a cambiar escudos de oro por electuarios y horóscopos. La astrología había anunciado un hijo al *Dottore* Pizzano, pero la predicción sólo resultó un error a medias, porque su hija se le parecía en todo, tanto por su mirada vivaz como el fuego —*Bolognesi, anime di fuoco*, solía repetir el maestro físico, que, como su hija, tenía al Sol en el signo de Leo— como por su curiosidad intelectual y su amor a la ciencia⁶.

Su piadosa madre, que la había bautizado con el nombre de «discípula de Cristo», le leía la *Leyenda Aurea* de Jacobo de Vorágine —sobre aquellas historias de santas que tornan en liberación su martirio y clausura volveremos más adelante—, mientras que su padre insistió, en cambio, para que fuera instruida en latín, francés e italiano. De la lamentable educación que pretendía darle su madre habla Cristina por boca de una de sus consejeras en el libro I (cap. 36) de la obra: «Tu padre, gran sabio y filósofo, no pensaba que por dedicarse a la ciencia fueran a valer menos las mujeres. Al contrario, como bien sabes, le causó gran alegría tu inclinación hacia el estudio. Fueron los prejuicios femeninos de tu madre los que te impidieron durante tu juventud profundizar y extender tus conocimientos, porque ella quería que te entretuvieras en hilar y otras menudencias que son ocupación habitual de las mujeres». Ello no impidió el amor filial de Cristina por su madre. Ella aparece en el texto desde el umbral, antes incluso que las tres Damas o figuras alegóricas, que surgirán luego ante Cristina, y lo hace de forma muy prosaica, propia de su función materna y nutricia, interrumpiendo la lectura de su hija para llamarla a cenar, como si Cristina pretendiera poner de relieve la necesidad del sustento alimenticio, tan importante como el intelectual⁷.

⁶ Datos sacados de una biografía escrita por una de sus descendientes, Françoise du Castel (cap. 2 de la obra citada en la Bibliografía).

⁷ Es muy interesante la interpretación psicoanalítica que hace de esta fun-

A los quince años, es decir, once años después de su llegada a París, Cristina, «bañado en almizcle su cuerpo, enfundado por sus doncellas en un largo vestido de seda, coronada de oro y enjoyada» —*enjouellée*, como escribe ella—, se casa con Estienne du Castel, hijo de una familia noble de Picardía, que a los veinticuatro años acababa de obtener el cargo de notario del rey. Aquello que bien podía haber sido un matrimonio de conveniencia, gracias al cual el físico del rey viera confirmada su influencia en la corte, resultó ser una década de amor apasionado, «ya desde la primera noche», como reza el verso de una de sus baladas.

Mudanzas de Fortuna: viuda heroica y *femme de lettres*

La diosa Fortuna, figura emblemática de la Edad Media y del Renacimiento⁸, aparece de forma recurrente en la obra de la hija del astrólogo. En *La Ciudad de las Damas* dice de Dido algo que, además de cliché literario, resulta elemento autobiográfico: «Fortuna, siempre envidiosa de la felicidad ajena, le preparó un amargo brebaje» (I, 46). En efecto, el mismo año de su boda, 1379, las desgracias empiezan a abatirse sobre la corte de Francia y también sobre la familia de Cristina. El rey pierde a su buena reina, Juana de Borbón, y a su fiel condestable, Beltrán du Guesclin. Al año siguiente sucumbe él mismo a una crisis cardíaca. Le sucede el Delfín, un niño de doce años de carácter inestable y violento que había de pasar a la Historia como *le Roi Fou*, con

ción nutricia, omnipresente en el texto, Maureen Quilligan en su libro *The Allegory of Female Authority, Christine de Pizan's «Cité des Dames»*. Analiza, por ejemplo, a la luz de psicoanalistas como Julia Kristeva y Luce Irigaray, episodios como el de la hija dando el pecho a su madre en la cárcel, asumiendo el mismo papel nutricia, «pagando su deuda», como dice Cristina (II, 12).

⁸ Así Petrarca en su *De Remedüs Utriusque Fortunae*, traducido en época de Carlos V el Sabio, o nuestro Bernat Metge y su *Libro de Fortuna e Prudencia*; para más ejemplos, H. Patch, *The Goddess Fortuna in Medieval Literature*, Cambridge, Mass. 1927, Nueva York 1967, reed.

unos ataques de locura que dejaban el poder en manos de la reina Isabeau. En el palacio de Saint-Pol, como en el Louvre, dardos y jabalinas desalojan libros y astrolabios. Más grave aún, el sabio de Bolonia ve su ciencia puesta en tela de juicio por Felipe de Mézières, que goza de los favores de la nueva corte. De nada le sirvió cartearse con sus pares, Guido da Bagnolo o Dionisio de Rubertis, ambos amigos de Petrarca: había caído en desgracia no sólo el físico sino la obra que le había valido su prestigio ante Carlos el Sabio, el *Tratado de los Puntos y Signos*. Pocos años más tarde moriría cubierto de deudas, a la hora por él anunciada.

Otra embestida del destino es la que llevará a Cristina a pelear y lanzarse al ruedo de las letras. En 1389, a los dos años de la muerte de su padre, la peste se lleva de forma fulminante al joven notario real y Cristina, viuda con tres hijos a los veinticinco años, descubre de golpe la apurada situación económica en que se encuentra. No sólo el rey había dejado de pagar los honorarios de su secretario, sino que unos mercaderes deshonestos se han aprovechado de su inexperiencia para robarle la dote de sus hijos. Para no dar que hablar en la corte, la joven viuda no se atreve a dirigirse a sus compatriotas, los banqueros lombardos, y recurre a unos usureros judíos, visita de la que siempre se acordará con sonrojo, *à face rougie*.

Empieza ahora para esa enérgica mujer una larga pelea de juicios y pleitos para recuperar parte de sus bienes. Aquella dura experiencia, que tuvo que sobrellevar junto con la muerte de un hijo recién nacido, resultó ser la forja donde se hizo esta verdadera *femme de lettres*. Viendo que la justicia tardaría años en devolverle lo que le pertenecía por derecho, Cristina se encerró entonces en su *estude* («estudio») —la misma palabra designaba entonces en francés, como hoy en español, en alguna medida, la actividad intelectual y el lugar donde se ejercía— para dedicarse a la literatura. En 1404, un año antes de escribir *La Ciudad de las Damas*, Cristina cuenta en *La Mutación de Fortuna* lo que supuso esa dedicación a la literatura, describiéndola como un cambio o «mutación»: Fortuna la convirtió en hombre para pilotar su nave⁹. Esta metáfora sobre su «masculinización» ha suscitado,

⁹ *Le Livre de la Mutacion de Fortune*, Suzanne Solente (ed.), Picard, París

como es natural, muchos comentarios de los estudiosos. Para Charity C. Willard, no hay que sacarla de su contexto alegórico y mítico: como la maga Circe cambia el sexo de Tiresias, así Fortuna cambia el del piloto de su nave¹⁰. Esa mutación significa también un cambio de papeles: de mujer encargada de tareas domésticas a viuda que lleva el papel tradicional del hombre manteniendo ella a su familia¹¹. Ambas explicaciones son válidas en sí mismas, pero la condición de viuda heroica, que ciertamente es piedra angular de *La Ciudad de las Damas* con la figura de Semíramis, mujer «de armas tomar», no lo explica todo sobre su vocación literaria. Decir que Cristina se puso primero a escribir baladas para llorar a su esposo y que luego le vino la afición y compuso obras más largas para ganarse la vida en la corte es una visión reductora de su personalidad: hay algo más que irrumpe en su vida, un nuevo impulso político que aparece en esta época en el campo de las letras y que lleva a entrar en liza a otros escritores del siglo XV. Se trata de un cambio de *status* intelectual y de discurso literario. Cristina, como otros escritores coetáneos, en particular Alain Chartier, deja el lirismo personal de las baladas para situarse en el plano de la reflexión y abarcar temas de dimensión tan universal como la condición femenina, la historia de las mujeres o el poder político; inquietudes que llevarán a nuestra autora a interpelar al príncipe y a discurrir sobre la situación del reino, sugiriendo remedios a los males de tan agitada época¹².

Cristina seguirá escribiendo versos hasta su muerte, pero sea en verso sea en prosa, y aun cuando hable de su vida, de las mujeres o de la situación de Francia, a lo largo de su obra su pluma recorre siempre los anchos campos de la política¹³. Dejando

1957 (I, vv. 51-53): «Fort et hardi cueur me trouvai / Dont m'esbahi mais j'éprouvai / Que vray homme fust devenue».

¹⁰ C. C. Willard, op. cit., pág. 107.

¹¹ M. Quilligan, op. cit., pág. 137.

¹² Véase Joël Blanchard, *L'Entrée du poète dans le champ politique au XV^{ème} siècle*, Annales ESC (1986), págs. 43-61.

¹³ Escribió —o acaso mejor dicho, se han conservado de ella— treinta y siete obras muy densas, a lo largo de sus treinta y nueve años de vida profesional.

aparte las baladas, casi siempre va a recurrir a géneros tan didácticos como la epístola, el dechado (*ditié*) o la alegoría. Así, *La Ciudad de las Damas* retoma, para aplicarlos a las mujeres, muchos rasgos propios de lo que solía llamarse «espejo de príncipes», es decir, reflexiones didácticas y moralizantes sobre las cualidades necesarias para el ejercicio del poder. De hecho, dos de sus fuentes son el *Speculum Historiale* de Vicente de Beauvais y su versión francesa, *Le Miroir Historial* y el *Ludus Scacchorum* (*El juego del ajedrez o Dechado de Fortuna*) de Jacobo de Cessolis¹⁴, dominico italiano del siglo XIV, lombardo como Cristina. Ambas obras reflejan una visión ejemplar de la Historia —con más humor lo hace nuestro infante don Juan Manuel en su *Libro de los Enxiemplos*—, al proyectar sobre la sociedad de su tiempo unos *exempla* generalmente sacados de la Antigüedad, para definir virtudes y vicios según un complejo sistema de correspondencias simbólicas propio de la alegoría moralizante. Aquí las virtudes o defectos no quedan ilustrados por el movimiento de las piezas sobre el tablero, sino por las vidas y proezas de damas incorporadas al texto, que se va construyendo del mismo modo que el recinto de una ciudadela se edifica sobre piedras talladas y luego asentadas con argamasa, que aquí compara Razón con la tinta de la bien templada pluma de Cristina.

Pese a sus fuentes, *La Ciudad de las Damas* no es, sin embargo, una obra didáctica sino una historia de las mujeres y un alegato en su defensa —recogidos ambos propósitos en la cita que sirve de dedicatoria al libro—, como quedará más patente al hablar de su relación con los textos de Boccaccio. El que sí va a resaltar un libro de regimiento de la conducta de las mujeres es *El Tesoro de la Ciudad de las Damas*, compuesto el mismo año, en el que Cristina da consejos a las mujeres de todas las condiciones, como empieza a hacerlo en las últimas líneas de nuestro texto.

¹⁴Jacobo de Cessolis, *El juego del ajedrez o Dechado de Fortuna*, Siruela, Madrid 1991.

El espacio de la escritura: *Chrestine, estude y escrinet*

«Sentada un día en mi cuarto estudio, rodeada toda mi persona de los libros más dispares, según tengo costumbre.» Con este retrato de la escritora, atrincherada detrás de los libros, empieza *La Ciudad de las Damas*. Empleo la palabra «retrato» intencionadamente porque en muchas miniaturas Cristina de Pizán, como las sabias damas que le sirvieron de modelo, Minerva u Otea, aparece sentada en su cátedra, «[apoyada] sobre el respaldo de [su] asiento, la mejilla apesada en la mano» (II, 1), en postura estudiosa de lectora insaciable, o como escritora redactando o corrigiendo un texto, y siempre en el íntimo recinto de su *estude*, defendida por una muralla de libros¹⁵. La idea de celda o cárcel —como la de Boecio visitado por Filosofía— siempre ha ido ligada a la actividad intelectual o la meditación, porque, según san Agustín, el espíritu sólo se adentra en «la cámara oscura de los cinco sentidos». Acabo de referirme a dos autores que han dejado su sello en *La Ciudad de las Damas*. Ahora bien, el «estudio» de Cristina corresponde también a una innovación arquitectónica que marcó un nuevo estilo de vida para una sociedad que empezaba a valorar la privacidad. Hacia finales del siglo XIV se va aislando del resto de las salas del castillo al menos una cámara donde retirarse. Así lo atestigua, por ejemplo, en sus *Memorias*, escritas en 1400, una coetánea de Cristina, Leonor López de Córdoba¹⁶. Es un primer paso hacia la conquista de un espacio femenino propio donde desarrollar una actividad intelectual —*A Room of one's own*, reivindicada por Virginia Woolf.

Existe otra interpretación de este retrato de escritora enclaustrada que nos ha dejado Cristina. Se ha querido ver en ese retraerse y atrincherarse en la soledad del estudio —espacio y ac-

¹⁵«Elle se fait *portraire*. On la voit dans l'intimité de son *studium*, alors qu'assise en sa *chayere*, elle rédige (Maître de *L'Epistre Othéa*, 1403, Bruxelles, Bibliothèque Royale 9508, fol. 2)», Patrick de Winter, *La Bibliothèque de Philippe Le Hardi, duc de Bourgogne (1364-1404)*, CNRS, Paris 1985, pág. 101.

¹⁶Paul Zumthor, *La Mesure du monde, représentation de l'espace au Moyen-Age*, Seuil, Paris 1993, pág. 105.

tividad— un reflejo de la actitud distanciadora de la escritora, propia de su condición de extranjera¹⁷. Es probable que Cristina, o Chrestine, de Pizán, o Pisan o Pizzano, tuviera una relación muy distinta —propia de un bilingüismo algo tardío, como diríamos hoy— con su idioma de adopción, por una parte, y con la lengua de sus afectos y modelos literarios, como Dante, por otro lado. Es cierto que la proliferación de correcciones y variantes en sus manuscritos autógrafos denotan la inseguridad de una «extranjera». Ello no le impidió, sin embargo, dotar a la prosa francesa de unos recursos estilísticos que hoy figuran en las historias de esta lengua. También es probable que se sintiera distanciada por ser mujer y escritora en un mundo de doctos varones. Para apropiarse del saber masculino primero tuvo que aislarse y recorrer el camino de *il lungo studio* dantesco. Son bastantes motivos ya para experimentar la distancia, pero de ahí a decir que se sintiese extraña y retirada por ser italiana en París hay un paso que yo personalmente no daría. Sí es cierto que conserva —cómo no— su italianidad: «¡Yo también soy mujer italiana!», exclama en una invocación a Minerva en su *Livre des Fais d'armes et de chevalerie*, pero ¿cómo sentirse extranjera viviendo entre una elite humanista en un momento tan feliz de la cultura europea, y concretamente parisina, cuando Italia era modelo admirado en todo? Además, su carácter feliz, sociable y extrovertido estalla hasta en su obra literaria, donde lo mismo es capaz de entusiasmarse por una partida de pesca en el Sena¹⁸, que por recoger testimonios de mujeres de todas las condiciones (I, 1), o de interesarse apasionadamente por sus vecinas maltratadas por sus maridos (II, 13).

Parece más acertado decir que se trata de una escritora de rica y a veces contradictoria personalidad, cuya obra refleja la alternancia entre lo público y lo privado, el leer, pensar y escribir, el retirarse en los libros para luego salir al campo de la escritura. Con una metáfora cargada de simbolismo alude Cristina a este espacio íntimo, casi corporal, de la escritura, que compara con

¹⁷ Es la visión de Jacqueline Cerquiglini en su artículo «L'Étrangère», *Revue des Langues Romanes*, t. XCII, 1988, 2, págs. 239-251.

¹⁸ *Le Dit de Poissy*, citado por François du Castel, op. cit., pág. 45.

un *escrinet* o «joyero». La palabra, compuesta con las letras enlazadas de su nombre, Chrestine, y del de su marido, Estienne, tiene también connotación de miniatura, reforzado este carácter preciosista o miniado con el empleo del diminutivo en *-et*, y significa «pequeño joyero». Así, la escritura es a la vez estuche que atesora piedras preciosas y corazón y tumba que encierra la memoria enlutada del amor perdido. En *La Ciudad de las Damas* encontraremos varios ejemplos de mujeres viudas que albergan en el recinto de su cuerpo las cenizas del esposo muerto: Artemisa, recogiendo de la pira funeraria las cenizas del rey Mausolo para beberlas mezcladas con sus lágrimas, o Ghismunda, que bebe en mortuoria comunión, de la misma copa que encierra el corazón de su amante asesinado, el veneno mediante el cual ha de reunirse con él tras la muerte. Como casi todas las obras de Cristina de Pizán, ofrece el texto esta alternancia entre el yo íntimo atesorado y el yo heroico de la viuda que se lanza, tal Semíramis, al asalto de la ciudadela masculina. Posiblemente, ésta sea la razón por la cual la escritura de Cristina está hecha de varios estilos. De ello nos ocuparemos ahora.

En nombre de la mujer, *Moi, Christine*

En escrit y ay mis mon nom. Este verso, donde *en escrit* es anagrama de *Chrestine*, expresa el primer movimiento de la escritura de Cristina, retirarse para, siguiendo la experiencia íntima de su cuerpo, escribir como *une femme naturelle*¹⁹.

Pero, como antes hemos comentado, este «yo» es de doble signo. *Moi, Christine* («Yo, Cristina»): esta autoafirmación de la escritora figura en toda su obra, desde los primeros poemas, como la balada cuyo estribillo acabamos de leer, hasta la última, *Le ditié de Jehanne d'Arc* (El dechado de Juana de Arco), por cierto el único libro escrito sobre la *Pucelle* en vida de Juana de Arco. Este diálogo entre dos mujeres empieza con un, no por escueto me-

¹⁹ Cf. la balada «Crestine» en *Cent Ballades*, edición de André Chastel, Club Français du Livre, París 1959, págs. 1.011-1.012, donde el verso citado es el estribillo de la balada.

nos emotivo, *Moi, Chrestine, Tu, Jehanne*, de gran efecto dramático. El *Je, Christine* no aparece, sin embargo, en ningún texto con la frecuencia con que lo encontramos en *La Ciudad de las Damas*, donde Cristina firma y reafirma con su nombre la autoridad femenina, invitándonos –y aquí el «nos» se refiere a las mujeres– a examinar las lecciones de nuestra experiencia personal frente a las «verdades» del docto discurso varonil. Unos dos siglos antes, en 1180, una escritora también se nombra, pero esta vez desde la distancia de la tercera persona: «Oíd, señor, que habla María», dice María de Francia al principio de sus *Lais*; no asoma en este caso ninguna reivindicación del nombre de una mujer como autora en el sentido de «autoridad», *auctoritas*, que tenía en aquel entonces, para hablar «en nombre de todas las mujeres». Era, además, práctica corriente en la época de María de Francia poner al principio o al final de un manuscrito «X puso en romance esta obra», lo que no garantiza siempre la distinción entre autor y copista.

En el nombre de Cristina se inscribe, asimismo, su proclamación cristiana, ya que en los manuscritos firma con las primeras letras de Cristo en griego, *Xrine*, para retratarse como la ungida del Señor que, tal Jesús en el Templo, hace frente a los doctores de la Iglesia.

Emblemático como un escudo, el nombre de Cristina va ligado a su papel de «campeona» en el sentido que tenía entonces la palabra, campeona defensora de justas causas –«la causa de las mujeres» es una expresión que aparece un par de veces en el texto de *La Ciudad de las Damas*–. Como caballero que lucha en combate o «justa», como se decía en la época, hace su entrada en liza en el campo de la política para defender a las mujeres. A ello aludimos ya al hablar de su mutación en *femme de lettres*.

Uno de los estilos de Cristina –y sigo poniendo la palabra en plural porque pienso que su escritura está hecha de varios estilos–, es el polémico, calcado del latín y muy propio de la epístola renacentista. Es el estilo del alegato jurídico y de lo que se llamaba entonces estilo *clergial*, o de la clerecía. Quizás la escritora tuviese sus primeros contactos con el Derecho a través de su marido, secretario del rey, como sabemos, y luego, en los pleitos que entabló como viuda para defenderse del expolio de sus bienes al que hicimos referencia también, tendría ocasión de leer y

redactar numerosos escritos jurídicos. El modelo polémico articula todo el texto de *La Ciudad de las Damas*: Cristina siempre se anticipa a un adversario emboscado, el varón implícito o explícito con el que contiene hasta arrebatarle todas sus armas dialécticas. Pone su pluma al servicio de la defensa del sexo femenino contra sus acusadores, libres hasta entonces de expresar sus prejuicios misóginos. Como explica Razón a Cristina: «Dejada sin defensa, la plaza mejor fortificada caería rápidamente y podría ganarse la causa más injusta pleiteando sin la parte contraria» (I, 3; alusión que reaparece en el libro II, 13). Es el estilo que predomina en los primeros capítulos de la obra, donde Cristina expone, para rebatirlos, los argumentos del discurso masculino, citando opiniones de «doctos varones».

No me lanzaré al ruedo para discutir si la escritura de Cristina es o no «femenina», pero sí puede afirmarse que tiene voz propia y también muchos rasgos de la lengua hablada. Ciertos pasajes parecen transcripciones de conversaciones entre dos mujeres: es el caso, por ejemplo, de los principios y finales de los diálogos entre Cristina y las tres Damas: «Anda, querida, vámonos» o «¡Qué más quieres, Cristina!», etc. ¿Dónde se ha visto una alegoría medieval que empiece, antes de haber presentado siquiera a sus tres figuras simbólicas, con la irrupción de una madre llamando a su hija a cenar? Este tipo de situación nos remite casi a las parodias burlescas que, travistiendo la épica o la alegoría, es decir, mezclando géneros y estilos, hará, por ejemplo, Scarron dos siglos más tarde; aquí no se trata de arremeter contra el estilo noble, sino de permitirse unas anotaciones de *femme naturelle*, que habla con desenfado de sus cosas familiares, tal como los miniaturistas medievales venían pintando perros y pucheros en escenas a veces de gran envergadura espiritual. De la cocina parecen sacadas algunas metáforas de Cristina, como cuando escribe que «apura las ideas como quien va mondando una fruta», una comparación tan jugosa y personal como serán las de Montaigne en el siglo siguiente.

Encontrarse con el uso reiterativo de las palabras «mujer», «hombre», «varón» o «sexo femenino» en un texto donde representan el tema principal era de esperar, pero debe llamarnos, en cambio, la atención el uso frecuente de términos que acom-

pañan a la palabra «hombre», empleada en sentido abstracto y universal, como si quisiera evitar Cristina que la palabra «hombre» monopolice la frase o la idea; así, encontraremos a menudo: «la mujer y el hombre» o viceversa, «los hombres y las mujeres», «la gente» o expresiones como «todo hombre o mujer», que introducen la idea de sexo femenino como parte integrante del género humano y cristiano —lo que no tenían aún tan claro en la época quienes difamaban a la demoníaca estirpe de Eva—. Nuestra autora no repara, en cambio, en hablar de «los hombres» siempre que quiere defenderse contra acusaciones misóginas o destacar algún defecto «masculino».

*La Querelle des Femmes:
del Roman de la Rose a La Ciudad de las Damas*

Durante más de treinta años —de 1398 a 1429— la obra de Cristina de Pizán estuvo centrada en la mujer. La primera obra en que la escritora discute acerca de la condición femenina es la *Epístola al Dios Amor*; luego le siguen las *Cartas de la Querella del Roman de la Rose* (1398-1402), *La Ciudad de las Damas*, obra clave, *El Tesoro de la Ciudad de las Damas*, al que ya aludimos, para terminar con el canto a la mujer que reúne todas las virtudes femeninas que triunfan en *La Ciudad de las Damas*: guerrera como Minerva, fundadora de reinos como Dido, profetisa como las sibilas o Casandra: es *Le ditié de Jehanne d'Arc*, escrito por Cristina en el umbral de la muerte cuando la pobre *Pucelle* ya está encarcelada en el *donjeon* normando; Cristina no lo sabe y no le habría impedido probablemente predecir, como lo hace, la gloria futura, tanto literaria como política, de Juana de Arco, cuyo suplicio en la hoguera parece también haber profetizado la autora de *La Ciudad de las Damas* con los martirios de santas que pueblan la última parte de su libro.

Con motivo de la *Querella del Roman de la Rose*, que se prolongará durante el Renacimiento con la *Querelle des Femmes*, Cristina de Pizán hace su entrada en la escena intelectual parisina, reafirmando así su papel de escritora, su voz y autoridad como campeona del sexo femenino; dice, a propósito de su

crítica a la obra continuada por Jean de Meun: «Y que no se me reproche como locura, arrogancia o presunción el haberme atrevido, yo, una mujer, a reprehender y criticar a un autor tan sutil y a regatear elogios a su obra, cuando él, un hombre sólo, se atrevió a difamar y censurar a todo el sexo femenino sin excepción»²⁰. Asimismo, ofrece la autoridad de Dante como alternativa a Jean de Meun capitalizando en beneficio suyo la gran admiración que sentía la corte francesa hacia el humanismo italiano, todavía poco conocido. Cristina sería sólo la segunda escritora, tras Philippe de Mézières, en citar a Dante y aconseja irónicamente a Pierre Col, uno de sus más férreos oponentes, que pida a alguien que le traduzca y explique a Dante, que escribe *souverainement* en lengua florentina. La *Querella* acarrearía tal fama a la que acaso llamarían «la Pisan» que en 1402 se publica ya una edición de sus obras completas²¹. Ella acababa de atacar la obra más popular en Francia durante la Edad Media tardía. La primera parte del *Roman de la Rose*, escrita hacia 1225 por Guillermo de Lorris, presenta una visión de la mujer cercana a la de la dama del *fin amor*. Este autor dejó la obra sin terminar y unos cincuenta años más tarde escribió Jean de Meun una continuación de diecisiete mil versos, valiéndose de las mismas figuras alegóricas para alargar una historia corta, a la que recargó con toda clase de discursos y comentarios en contra de las mujeres²².

El argumento principal de nuestra autora en la *Querella* es el que expresó primero en la *Epístola al Dios Amor*, y que había de hacer aún más suyo en *La Ciudad de las Damas*: «Si las mujeres

²⁰ Eric Hicks, *Le débat sur le «Roman de la Rose»*, Champion, París 1977, pág. 22. En realidad, Cristina no estuvo sola, sino que la apoyó Jean Gerson, Canciller de la Universidad de París y, por supuesto, hombre de gran prestigio. Los elogios de la escritora a la sutileza de Jean de Meun, autor aburridísimo, van, como siempre que ella se refiere al discurso misógino, en clave irónica.

²¹ Pierre-Yves Badel, *Le «Roman de la Rose» au XIV^{ème} siècle: Étude de la réception de l'œuvre*, Droz, Ginebra 1980, pág. 436.

²² Esta segunda parte resulta casi ilegible hoy, salvo para estudiosos; de la primera existe, en cambio, muy buena versión española de Carlos Alvar, Barcelona 1985.

hubiesen escrito los libros, estoy segura de que lo habrían hecho de otra forma, porque ellas saben que se las acusa en falso».

El libro de la ciudad perfecta

Cristina de Pizán utilizó repetidas veces la palabra «libro» en el título de sus obras y el presente texto no es una excepción²³, aunque en épocas posteriores se encargaron de abreviar tales títulos de lo que se suponía una carga superflua y ajena al significado de la obra. Sin embargo, era muy característico de la Edad Media y del Renacimiento hacer un «libro» a partir de imágenes o emblemas y asimilar la poesía o la novela a la pintura, describiendo cuadros u objetos que modelaban los sentimientos e ideas de los protagonistas –lo que llamaría Dante el *visibile parlare*–. Así en *La Mutación de Fortuna* las figuras históricas que la escritora contempla en las paredes de *la sale merveilleuse* del castillo preceden al texto: la historia ya está pintada y descrita antes de que Cristina «copiara» algo ya terminado que se irá convirtiendo en libro. En *La Ciudad de las Damas*, al contrario, el libro de la historia de las mujeres se presenta incompleto –o mal escrito, por culpa de autores masculinos–, como una serie de piedras que habrá que tallar y colocar, o desechar, para levantar la Ciudad a medida que se construye el texto, hasta terminar el recinto perfecto²⁴. Vemos en la primera miniatura que ilustra el texto el reflejo de esta ecuación: *libro igual ciudad*. La miniatura consta de dos escenas yuxtapuestas, que equiparan los libros abiertos sobre la mesa de la escritora con las piedras que Razón le ayuda a colocar para ir construyendo el primer trozo de muralla. En la última miniatura, en cambio, la Virgen, acogida co-

²³ El título de la obra es *Le Livre de la Cité des Dames*, como es el caso de *Le Livre du Chemin de Longue Estude* o *Le Livre de la Mutacion de Fortune*.

²⁴ Debo esta comparación entre ambas obras al estudio de Kevin Browlee, *The Image of History in Christine de Pizan «Livre de la Mutacion de Fortune»* en *Styles and Values in Contexts: Medieval Art and Literature*, Yale University Press, 1991, págs. 44-56. Subraya el autor cuánto debe Cristina al procedimiento de la *ecfrasis* o descripción de objetos, cuadros o monumentos.

mo una reina en la Ciudad ya terminada, lleva un libro cerrado.

La palabra «ciudad» tenía, además, para el hombre medieval un significado noble y escatológico, con todas las connotaciones derivadas de la categoría de «urbe ideal», la *civitas* por oposición a «villa» o «burgo». Es palabra marcada por el sello bíblico de la *urbs beata Hierusalem*, en la visión celeste del capítulo veintidós del Apocalipsis, contrapuesta a la Babilonia demoníaca de los capítulos diecisiete y dieciocho. Modelo de ciudad fortificada, cuyas puertas se abren al último reducto paradisíaco, sirvió a su vez para cristianizar las descripciones de ciudades de la Antigüedad –tan presentes en *La Ciudad de las Damas*– en los cantares de gesta y en la novela cortés²⁵. Se llegó a tal idealización del recinto amurallado que ya no se distinguieron en la iconografía el modelo de la Jerusalén celeste de las fortificaciones de Roma, Cartago o Troya –cuyas reinas fundadoras encontraremos en el texto–, ni tampoco las descripciones de las ciudades de su representación iconográfica: según el principio retórico del *Ut pictura poësis*, la ciudad amurallada se hizo texto e imagen. Tenemos un ejemplo de este tipo de identificación miniatura-texto, referido a la Ciudad Perfecta, en la traducción francesa de la *Civitas Dei* de san Agustín, al que cita expresamente Cristina en el último capítulo de *La Ciudad de las Damas* y que fue uno de los modelos de su utopía femenina. Podemos pensar incluso que la autora manejara el ejemplar que acababa de entrar en la biblioteca del duque de Berry²⁶.

Componer un libro a partir de una metáfora, donde quedan trabadas la palabra y su representación iconográfica, para desarrollar a través de una imagen todo un argumento narrativo no es propio de Cristina de Pizán. Abundan precisamente en la literatura medieval las obras donde, por ejemplo, la nave, el castillo o el damero son otras tantas figuras que reflejan una visión del mundo como navegación, justa o juego, con tal fuerza simbólica que pueden conformar el argumento narrativo de una novela o el discurrir de un texto didáctico. Ahora bien, la origina-

²⁵ Para más referencias sobre las representaciones medievales de la ciudad en la literatura medieval, véase Paul Zumthor, op. cit., cap. 6, «La Ville».

²⁶ Millard Meiss, op. cit., pág. 381.

lidad de nuestra autora arranca de su condición de escritora copista de sus propios textos y colaboradora de su taller de miniaturistas²⁷. En ciertos pasajes de *La Ciudad de las Damas* resultan muy próximos texto e ilustración y es interesante, al respecto, el capítulo sobre las pintoras Marcia y Anastasia, esta última ilustradora de varios textos de Cristina (I, 41).

Esas correspondencias, *libro igual ciudad, texto igual miniatura*, configuran *La Ciudad de las Damas*, obra que va construyéndose con un incesante trajín entre pluma, estilete o pincel, libros o piedras, tinta y mortero, como veremos ahora.

Una construcción sellada con mortero y tinta

Cuentan ciertas leyendas de indudable sello hispánico —a las que se refiere Alejo Carpentier— cómo en la argamasa que cimentó los muros de algunas ciudadelas se empleó sangre de toro en vez de agua. *La Ciudad de las Damas* está sellada con un mortero mezclado con tinta: «Anda, mezcla con tinta este mortero y usa sin reparos esta argamasa, porque yo te proveeré en gran cantidad», dice Derechura a Cristina nada más entrar en escena en el primer capítulo del libro II.

El procedimiento llamado por la poética medieval *compilatio*, el hacer de otros textos un nuevo texto, conoce precisamente en el siglo XV su época de auge. Acaso merezca la pena detenerse algo en su función, primero para comprender cómo se está construyendo el texto, y de ahí su significación, y luego para deshacer posibles equívocos sobre lo que es compilar, definido a menudo de forma negativa como imitación erudita, con todo lo que conlleva de aburrida pedantería, cuando se trata de lo contrario: en el reapropiarse el discurso de los *auctores* —como veremos en seguida al hablar de cómo Cristina utiliza a Boccaccio— está la modernidad de la autora, que vuelve a escribir la historia de las mujeres en clave femenina. Usa dos procedimientos para avan-

²⁷Han sido identificados cincuenta y cinco manuscritos autógrafos de Cristina de Pizán. Parece que ella supervisaba el trabajo de dos copistas y añadía títulos, comentarios y rúbricas (véase Bibliografía, G. Ouy y C. Reno).

zar en la construcción de la Ciudad o texto, es decir, en la reescritura o reconstrucción de la historia de las mujeres: reformular y decontextualizar. De ambos nos ocuparemos ahora.

«Compilar» significa en este caso reformular el discurso de los hombres dándole nueva forma. En los primeros capítulos del libro I —ciertamente los de más difícil lectura, pero que nos ayudan a tener presente la imagen de la mujer que ofrecían *auctores* y doctores de la época— la autora expone, en boca de una «Cristina» preguntona, los argumentos de que se valen los hombres en sus ataques al sexo femenino, planteándolos a Razón como otras tantas interrogaciones a las que la Dama va respondiendo. A medida que se va edificando el primer recinto de la Ciudad, es decir, que Razón va rebatiendo las críticas masculinas, Cristina se declara cada vez más convencida al oír las respuestas dialécticas de la Dama —y sin duda la autora esperaba del lector o lectora que compartieran tal convencimiento—. Así se va desechando, como «negros pedruscos que no sirven para la construcción», el discurso que hoy llamaríamos «machista», pero que prefiero seguir llamando «misógino» para no desenfocar con anacronismos la lectura del texto.

Como las piedras se van tallando en función del hueco que ocuparán en el edificio, así los textos compilados por nuestra escritora quedan reducidos o aumentados —la poética medieval hablaba de *amplificatio*—, de acuerdo con la pregunta planteada por Cristina y la respuesta de su interlocutora, que, al citar ejemplos, los va ensartando en su hilo argumental. No le interesa, en cambio, el placer de contar por contar y de ahí los frecuentes cortes en la narración, interrumpida o abreviada porque su afán dialéctico la empuja hacia nuevos ejemplos.

Veremos ahora en qué consiste lo que he llamado con el término acaso demasiado técnico de «decontextualización», y que no es otra cosa aquí que el situar a todas las mujeres, las «Damas» del texto, en el mismo contexto o plano: el de la Ciudad Ideal. Recurriendo a tres figuras alegóricas, Razón, Derechura y Justicia, la autora va incorporando a la construcción de la Ciudad los méritos de todas las mujeres a lo largo de la historia, pasada, presente y futura, es decir, a «todas las damas dignas de vivir en ella». Hable de una diosa, de una santa o de una coetánea

suya, prescinde de lo que llama «ficción fabulosa», del mito o de la atribución de carácter divino, aun en el caso de diosas como Minerva o Ceres, situando a todas las mujeres en el mismo *continuum*, sin distinguir lo real de lo ficticio o sobrenatural, ni lo contemporáneo de lo antiguo. Así, resulta que todas han destacado «como mujeres» por sus extraordinarias cualidades o invenciones, y no como seres excepcionales, ya que su condición de diosas o santas les será atribuida a posteriori por los méritos a los que deben su fama: la divinidad le viene a Isis por su invención del arte de los jardines y la palma del martirio a Catalina de Alejandría por la sobrenatural fuerza con que resiste a la autoridad paterna. Del mismo modo, si busca ilustrar con ejemplos una cualidad, pongamos por caso la fidelidad más allá de la muerte, le da lo mismo recurrir a un personaje del *Decamerón* como Ghismunda, a Artemisa o a una dama parisina: todas compiten en méritos en una igualdad «democrática» *avant la lettre*.

A esta decontextualización se une otro recurso narrativo original, como es la construcción en espiral, muy utilizado por la escritora. Se trata de interrumpir la historia para reanudarla más adelante o de volver a recordar la historia de una mujer en varios capítulos, como en un juego de espejos o puntos de vista distintos (como se podrá comprobar en el Índice onomástico que figura al final del libro, muchas mujeres ocupan más de un capítulo). El texto es un alegato construido en forma de Ciudad, cuyas Damas o piedras o argumentos vuelven a utilizarse como un mismo material en varios edificios. La compilación que hace la autora de su principal fuente, el *De claris mulieribus* de Boccaccio –sobre el que volveremos en seguida–, no sólo es muy libre, al abandonar la composición cronológica utilizada por Boccaccio, sino que puede resultar hasta «subversiva», cuando sitúa en otro contexto y reinterpreta de forma distinta algunos rasgos, generalmente amplificando cualidades y suavizando u omitiendo defectos.

Volver a escribir la historia: de las mujeres a las damas

Haber dado forma e imagen a su libro, nacido, como lo explica al principio, de una visión, e irlo construyendo capítulo a capítulo como quien va levantando las murallas y los edificios de una ciudad, ésta es la gran diferencia –¿deberíamos decir «superioridad»?– de Cristina con respecto a Boccaccio. El *De claris mulieribus*, principal fuente de *La Ciudad de las Damas*, carece de argumento narrativo y sólo sigue un orden cronológico, por lo que da lo mismo leer en primer lugar el primer capítulo que el último. El índice final incorporado en todas las versiones del texto recoge el nombre de las damas alfabéticamente, lo que nos remite a una suerte de saber enciclopédico. En claro contraste, *La Ciudad de las Damas* apoya su construcción sobre ejemplos que refuerzan argumentos y acorta o deja en suspenso la vida de una heroína porque sólo interesa destacar un determinado aspecto de su personalidad u obra, mientras que en Boccaccio cada retrato femenino sigue la misma técnica compositiva, que se asemeja a los recursos retóricos de los predicadores: se trata de hechos ejemplares ensartados uno tras otro, siendo la finalidad del índice, como en todos los libros de regimiento de príncipes, poder localizar fácilmente el *exemplum* para el sermón o la lección del preceptor. Como decíamos, cada vida de mujer ilustre sigue la misma progresión retórica: una breve introducción sobre la genealogía de la diosa o dama, luego unos hechos admirables por los que ganó fama –pero siempre con el comentario de Boccaccio de que lo logró *mentita sexum*, es decir, pese a ser mujer, o por «astucia mujeril»– y, al final, la caída, cuando, a pesar de haberse ilustrado en las armas y las letras, la mujer se deja arrastrar por los defectos propios de su sexo²⁸, siendo su vicio principal la lujuria, y aquí Boccaccio se demora gustosamente en

²⁸ «Somos volubles, alborotadoras, suspicaces, pusilánimes y miedosas», dice Pampínea al principio del *Decamerón* y le responde Elisa: «En verdad los hombres son cabeza de mujer y sin su dirección raras veces llega una de nuestras obras a un fin loable», primera jornada, Pilar Gómez Bedate (ed.), Siruela, Madrid 1990, pág. 17.

describir tales desenfrenos libidinosos, para luego terminar el capítulo con una moraleja en tono predicante, que Pablo Hurus, un «alemán de Constancia», autor de la versión española impresa en Zaragoza en 1494, suele reforzar con añadidos aún más edificantes.

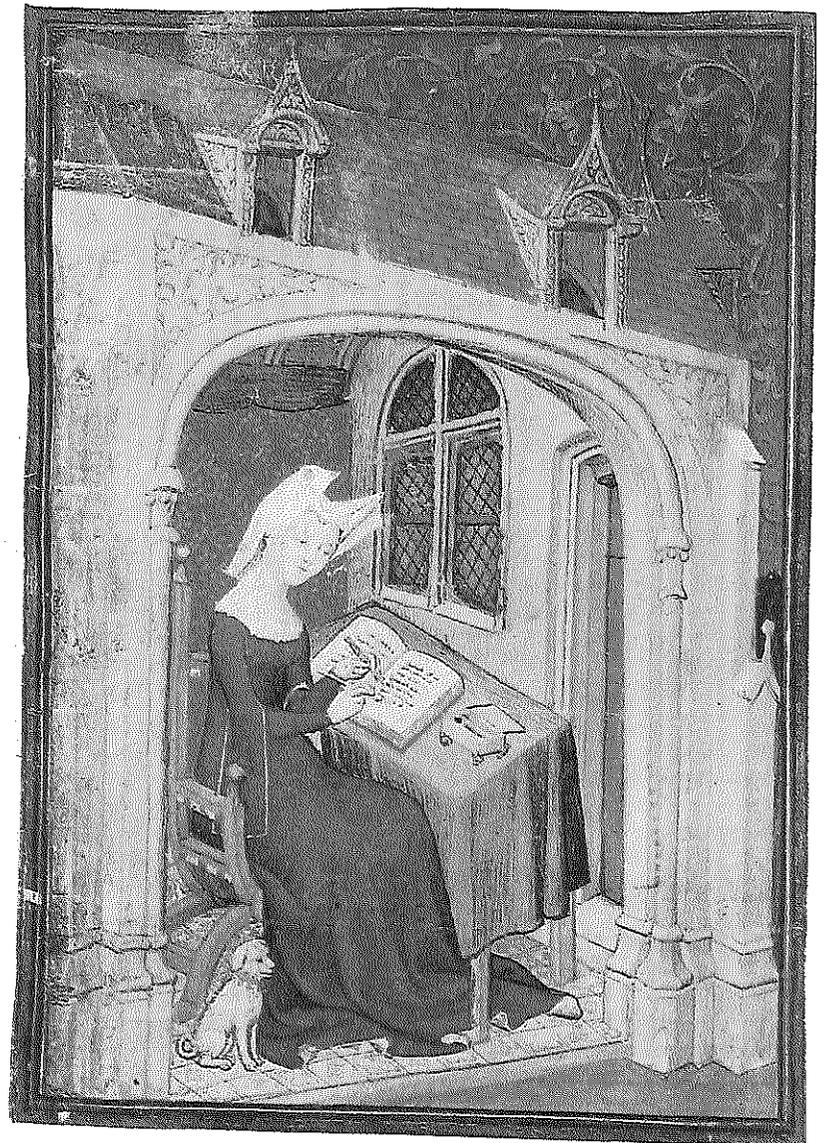
La heroína de Boccaccio no se afirma como mujer sino que sólo se enaltece en la medida en que llega a ser un remedo del varón. Mientras Cristina de Pizán hace de Semíramis la piedra angular de *La Ciudad de las Damas*, Boccaccio enjuicia las hazañas de la viuda guerrera con un comentario que parece querer descartar toda valía femenina: «... i mintiendo ser hombre fizo muchas cosas grandes i notables para qualesquiera varones, quanto quier efforçados i rezios, casi como si quisiera demostrar que para el buen gobierno no importa tanto el sexo como el valor» (cap. XCIX). Así, la imagen de la mujer en Boccaccio es de doble signo: por una parte es reflejo del *fin amor* de los trovadores y del *Dolce Stil Novo*, mientras que por otra sigue la doctrina de la Iglesia, con sus anotaciones ominosas sobre el «flaco y feminil sexo». De vez en cuando y más a menudo en el *De claris*, libro de regimiento de las damas para el buen gobierno de sus almas, se derrumba aquella *donna* ideal edificada sobre el modelo de Dante y Petrarca —este último, maestro y guía de Boccaccio— y de pronto atruena la voz del predicador vituperando la estirpe de Eva. Así, afirma desde el Prólogo que pretende «poner graves reprehensiones y terribles y fuertes denuestos contra las difformidades y siempre reprochadas vilezas [de su sexo]», etc. A diferencia de Cristina, que elogia sin cesar a la mujer por la belleza y fuerza de su cuerpo y de su mente, Boccaccio desconfía de la naturaleza femenina por su debilidad y falta de inteligencia; las mujeres tienen mucho más mérito en llegar a ser «esclarecidas» porque «son muelles, delicadas, de cuerpo debile e ingenio flaco». Como tienen que vencer su propia naturaleza, «deben ser mas enalçadas y engrandescidas, quanto son para ello menos dispuestas, ça esso es propiamente sobrar [“superar”] la naturaleza» (fol. III). Las mujeres, que acaban de estrenar un alma que se les había negado en otros momentos, tienen acaso una débil inteligencia, pero que «no puede medirse con los dotes que Naturaleza ha brindado tan generosamente al sexo varonil».



Cristina es visitada
en su *estude* por las tres Damas. Construcción
de la Ciudad. *Le Livre de la Cité des Dames*,
ms. fr. 607, fol. 2, Bibliothèque Nationale de París.



Cristina es visitada en su estude
por las tres Damas. *Trésor de la Cité des Dames*,
ms. fr. 1177, fol. 3 v.º, Bibliothèque Nationale de Paris.



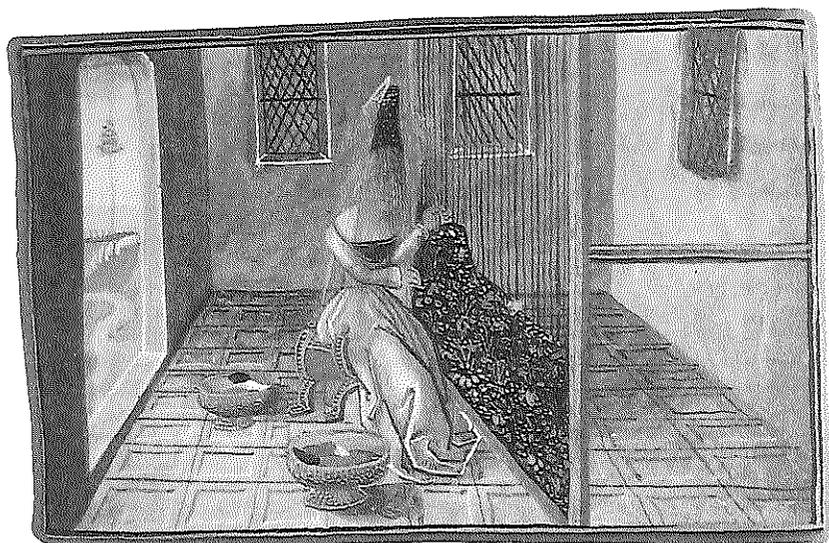
«El espacio de la escritura»:
Cristina en su estude. *Le Livre de la Cité des Dames*,
ms. Harley 4431, fol. 4, British Library de Londres.



Cristina refutando el docto discurso de los varones.
Le livre des femmes nobles et renommées, ms. fr. 598, fol. 71 v.º,
Bibliothèque Nationale de París.



Razón llevando a la Ciudad de las Damas
a las mujeres de todas las condiciones y estados.
Le Livre de la Cité des Dames, ms. Harley 4431, fol. 323,
British Library de Londres.



Aracne. *Cité des Dames*,
ms. ADD 20698, fol. 90. Versión holandesa, 1475;
British Library de Londres.

No ofrece duda el propósito moralizante del autor, que presentó su obra a la condesa de Accioli, a quien va dedicada, como un espejo donde contemplara provechosamente las vidas «de las damas ilustres, y efforçando de las remedar levantares más arriba y dares como delas espuelas a vuestro grande coraçón» (fol. 2 v.º). La condesa enmendará su conducta gracias a los ejemplos de diosas y nobles damas paganas, mientras que para las otras mujeres sobran la rueca y el huso. Cristina, en cambio, escribe su libro para todas las mujeres, porque todas las que quieran desarrollar sus cualidades pueden ser acogidas como damas en su Ciudad. Asimismo, ofreció su manuscrito al duque de Borgoña, Juan Sin Miedo, y se lo dedicó al duque de Berry²⁹, estimando quizás, como las mujeres de hoy, que los primeros destinatarios de ese cambio de mentalidad sobre el papel femenino deben ser los hombres.

¿Cómo logrará la condesa imitar a esas mujeres paganas? Sacando fuerza varonil para superar la blandura —la etimología medieval, alejada de toda filología y basada sobre analogías entre conceptos, establecía una relación entre *mulier* y *mollitia*— o mollicie de su débil sexo, le dice Boccaccio elogiando precisamente en el nombre de la condesa Andrea el suplemento de valor varonil con que Dios la ha predestinado para superar su pobre condición femenina³⁰. ¿Qué diferencia con las exclamaciones entusiastas de Cristina al oír esas historias que ilustran la capacidad creativa, científica o la valentía moral de las mujeres!: «He entendido que para una mujer todo es posible, no hay actividad física o intelectual con la que no pueda enfrentarse».

²⁹ El manuscrito ofrecido al duque de Borgoña está hoy en la Bibliothèqu Royale de Bruselas; el dedicado al duque Jean de Berry, el más antiguo, fechado en 1407, es el ms. 607 de la Bibliothèqu Nationale de París; el de la British Library (Harley 4431) es autógrafo y perteneció a Isabeau de Baviera.

³⁰ «Lo que Naturaleza al flaco y feminil sexo negó, Dios nuestro Señor con su dadivosa liberalidad y con arreo de maravillosas virtudes en vos lo suplió, y tan cumplidamente que hasta por vuestro nombre lo quiso demostrar, ça los Griegos llaman *andros* a los que los Latinos llaman *hombres*: así que Andrea nos significa manifestamente que hay en vos varonidad y virtud más varonil que de dama» (fol. 2 v.º).

Acabamos de contrastar el pesimismo de Boccaccio sobre la naturaleza femenina con el optimismo de Cristina de Pizán. La misma diferencia se reafirma en el modo de enjuiciar ambos a su época. Para el autor del *De claris*, el llamado progreso sólo significa decadencia y es fundamentalmente malo porque se aleja cada vez más de la perdida Edad de Oro, cuando los hombres eran felices con una vida primitiva y rudimentaria, comiendo, como escribe, «bellotas y bayas silvestres». Para Cristina, en cambio, todo progreso, espiritual, creativo, material y técnico, demuestra la grandeza de la mujer y del hombre, a quienes Dios concede el don de perfeccionar su Creación. Ella ironiza sobre la nostalgia de Boccaccio de aquellos tiempos en que los hombres vivían analfabetos, vestidos de pieles y mal alimentados, mientras elogia la labor civilizadora de las fundadoras de ciudades y culturas, como Minerva, Isis o Dido. El mito de la Edad de Oro, que la Edad Media conoce a través de Ovidio y Boecio, es uno de los mejores ejemplos de cristianización del legado clásico: aquellos tiempos felices quedaron identificados con el Paraíso Terrenal, a cuyos gozos puso fin el pecado de Eva. Esta visión clerical según la cual, por culpa de una mujer, el hombre nunca volverá a sentirse feliz en este mundo está presente en todos los autores del discurso misógino, como, por ejemplo, en el gran contrincante de Cristina, el Jean de Meun del *Roman de la Rose*. Cristina de Pizán, escritora política *dans l'âme*, es la primera en afirmar que el orden social es preferible al primitivismo salvaje del orden natural y elogia a las mujeres que cambiaron la suerte de los hombres sumidos en aquel rudo estado³¹. Llega incluso a negar que la Edad de Oro haya existido —formaría parte de esas «narraciones fabulosas de los poetas»—, afirmando que la verdadera felicidad reside más bien en las cosas que ayudan a vivir con mayor delicadeza y refinamiento, y que el hombre se las debe a las mujeres (I, 39). Como explica Razón al principio del libro, el hombre es un ingrato por partida doble: no reconoce la contribución de la mujer al progreso de la humanidad y tampoco se lo agradece³².

Para Cristina la vida, pese a los duelos y sufrimientos que le

³¹ «...le rude sauvage siecle fue muez en civil cytoyen» (I, 38).

³² Cf. Rosalind Brown-Grant, «Décadence ou progrès, Christine de Pizan,

deparó, es un gozo perpetuo. Ella es capaz, como vimos al evocar su carácter alegre, de disfrutar de un día en el campo a orillas del Sena, de una fiesta en palacio, y, ya mayor y recluida en el convento de Poissy para huir de la guerra civil que ensangrentaba las calles de París, sigue cantando su alegría alabando a Juana de Arco como la nueva heroína de su tiempo. A pesar de su extraordinaria *vis comica*, Boccaccio es sobre todo un profundo pesimista, especialmente en el *De claris mulieribus*, donde abusa de los tópicos escatológicos del dogma cristiano retratando el mundo como «el desventurado valle de miserias» desde el primer capítulo, que dedica a Eva, «única mujer que no tuvo que llorar sobre el crimen de su nacimiento».

Podríamos esbozar otra comparación entre *La Ciudad de las Damas* y *The Legend of Good Women* de Chaucer, al que muy probablemente leyera nuestra autora, pero, para no extendernos y porque ya hemos señalado cómo volver a escribir la historia desde el punto de vista de la mujer es el propósito que apuntala toda la obra, sólo insistiremos sobre el sentido humanista de nuestro texto, donde varias veces se impulsa a la mujer a desconfiar de los autores y a construir sus propias verdades, basadas en su experiencia personal como fuente de saber más segura. Chaucer, en cambio, pretende fiarse de la tradición: «...give faith and full credence to old books»³³. Cómo reedifica Cristina la historia de las mujeres citando el ejemplo de guerreras, sibilas y santas es lo que comentaremos en los últimos apartados de este prólogo.

Mujeres de armas tomar

Mujeres recias y marciales, que visten armadura y esconden la rubia melena bajo el yelmo a la vez que lucen el aspecto varonil que les permite cruzar cabalgando la frontera de los sexos pa-

Boccace et la question de l'Âge d'Or», *Revue des Langues Romanes*, t. XCII, 2, 1988, págs. 295-307, pág. 300.

³³ Cf. Sheila Delany, «Rewriting Women Good, Gender and Anxiety of Influence in Two Late Medieval Texts», *Chaucer in the Eighties*, obra colectiva, Syracuse University Press, 1986, págs. 75-93, pág. 84.

ra adentrarse en el campo del poder masculino. Mujer-soldado como Juana de Arco, que será la heroína emblemática de nuestra autora, o en España, dos siglos más tarde, una Catalina de Erauso, la Monja Alférez o «Alfferza» cuando la palabra aún conserva su carga semántica heredada del bélico damero, es decir, la dama a la que se refiere Ruy López en su *Invencción liberal y arte del Juego de Axedrez*, la Penthesilea o *bellatrix* virgiliana, que inventó el juego durante el largo asedio a Troya³⁴.

Virgo y *virago*, la guerrera casta, acorazada tras su armadura como Minerva, altiva reina como Semíramis y demás damas de probada fuerza y hasta fiereza. En el grito de la Semíramis de Paul Valéry: «C'est une vaste peau fauve que mon royaume!», resuena el enorme poder de la mujer casta, dueña de sí misma, de su cuerpo y de sus emociones —«Maîtresse de mes chairs / Durcissant d'un frisson leur étrange étendue»—, como la Joven Parca del mismo Valéry³⁵. Forman parte también de la tradición literaria la belicosidad y audacia erótica de las Amazonas, que buscaban tumultuosamente —«ululant tumultu feminae», dice la *Eneida* (XI, 647)— el fugaz encuentro amoroso, «el salto en la selva», como dice más castizamente el juglar del *Libro de Alexandre*³⁶, que las dejara, si bien embarazadas, al menos libres de las trabas de la vida conyugal. Curiosamente, ecos de esta fiereza de las Amazonas, a través de los libros de caballería, aparecen en las mentes exaltadas de los conquistadores, que llegaron a bautizar con el nombre de aquellas fieras mujeres algunos de sus nuevos reinos americanos³⁷.

En el libro II encontramos otro tipo de mujeres fuertes, las

³⁴ Impreso en Alcalá de Henares en 1561, el libro de Ruy López cita el *Reglamento del Juego de Axedrez* del Rey Alfonso X: «El Alfferza dave ser fecha a manera del Alfférez maior del Rey, que lleva la senne de las sennales del Rey, quando an a entrar en las batallas».

³⁵ «Sage Sémiramis enchanteresse et roi» reza el último verso del poema «Sémiramis», *Charmes*, Gallimard, París 1952, pág. 59.

³⁶ Véase la nota 9 a nuestro texto.

³⁷ Para más referencias sobre las Amazonas, véase *Audacias femeninas* de Carlos García Gual con prólogo de Luis Alberto de Cuenca, Círculo de Lectores, Barcelona 1991.

heroínas bíblicas como Esther y Judith, convertidas en figuras políticas de la resistencia judía. Otras, como Lucrecia, pertenecen a la literatura clásica. Violada por Tarquinio, Lucrecia representa aquí la resistencia del pueblo romano, ya que su valiente sacrificio puso fin a la opresión del tirano. Lucrecia y Judith, retratadas por Cranach en un famoso díptico, son precisamente dos prototipos de la tradición humanista, pero es curioso cómo, gracias a esa imagen de heroicidad política, la escritora atenúa la violencia sexual de la historia, sobre todo en el caso de Judith. No hay encuentro sexual bajo la tienda de Holofernes, sólo la astuta venganza de la joven judía, que se acerca sigilosamente al lecho del opresor de Israel y lo decapita³⁸. Los ejemplos de castidad preservada se repiten en tono triunfal en el libro III, donde Justicia relata varios episodios de violaciones frustradas; dignatarios y emperadores romanos resultan vencidos en sus conquistas amorosas por una milicia de vírgenes y santas mártires. La mujer, que llega a ser igual o superior al hombre en la guerra —véanse las hazañas de Semíramis y Penthesilea, o cómo dos doncellas derribaron a Hércules y a Aquiles—, lo vence también en la guerra amorosa, bien atrincherándose en la castidad hasta el martirio, bien por la astucia, bien sobrepasando a maridos y amantes por sus cualidades morales. Cristina evita, en cambio, reproducir los ejemplos de Boccaccio de varones domados y humillados por mujeres, como Hércules atado a la rueda, es decir, castrado en su virilidad por una labor tan femenina³⁹: la mujer no necesita humillar al hombre, sino que lo sobrepasa por su sola superioridad moral.

³⁸ Sobre la figura de Judith y la decapitación de Holofernes como sustituto de la castración, existe una interesante interpretación de Freud en *El tabú de la virginidad*.

³⁹ Dice de Onfalia, a quien llama «Yoles» la versión española de 1494, que: «quitó sus fuerzas al dios nunca vencido y le hizo vestir de mujer e hilar la lana, mientras ella tomaba sus hábitos» (cap. XXI).

Sibilas y profetisas: la autoridad de la voz femenina

Puede resultar sorprendente y hasta divertido ver a las Sibilas retratadas como mujeres sabias y clarividentes. Olvidémoslos, sin embargo, del significado actual del adjetivo «sibilino/a» y volvamos al contexto medieval, porque aún es pronto para regocijarnos con Voltaire –en el artículo «Sibylle» del *Dictionnaire Philosophique*–, con esas damas paganas cristianizadas cuyas predicciones se recogieron después del acontecimiento profetizado. Fue el siglo XV y aún más el XVI su época de mayor esplendor en la pintura. Formando parte de la corte celeste como transmisoras del pensamiento divino, aparecen en varios cuadros y frescos sentadas al lado del Dios Eterno, sobre el modelo de san Agustín, quien las alojó en su *Civitas Dei*. Cristina, sin embargo, que siempre vuelve a cincelar las piedras que incorpora a sus edificios, también retoca el modelo agustiniano. Ciertamente, la Sibila de Cumas, cantada por Virgilio, constituye un orgullo para las mujeres por haber sido elegida por Dios como profetisa de la Revelación al igual que los profetas, pero no todo queda tan ortodoxo en esas figuras ambivalentes cuyo paganismo pronto reaparece. Así, la más cristiana de ellas, la misma Cumeana, terminó apresada en una cueva de los Apeninos, castigada en su vanidad por haber pensado que sería elegida en vez de María para dar a luz al Hijo de Dios. Se convierte así en contrafigura, en Reina Sibila que atrae a los caballeros hacia el deleite de sus paradisíacos dominios *ad inferos*⁴⁰.

Cristina hace de la Sibila y profetisa, como de la maga y bruja –véanse Medea y Circe–, una interesante figura heterodoxa, una mujer excesivamente dotada y apasionada, por tanto incomprendida y perseguida, como en el caso emblemático de Casandra. Es el discurso de la oralidad, de la voz femenina, recogida o no en los libros, que se afirma frente a la *auctoritas* del hombre,

⁴⁰ En 1420, es decir, pocos años después de la publicación de *La Ciudad de las Damas*, Antoine de La Sale hizo el peregrinaje al *Venusberg* italiano y nos dejó el relato en su *Paradis de la Reine Sibylle* (versión española en: Siruela, Madrid 1985).

generalmente un prefecto o emperador romano, y a su discurso escrito y gestual, casi siempre violento. Aquí, nuevamente, el caso paradigmático de Casandra, azotada a muerte por padre y hermanos y luego encerrada y condenada a morir de hambre en un lugar donde no oyeran su voz, parece anticipar las torturas de las santas y mártires del libro III, cuyas fuertes voces siguen haciéndose oír, pese a la hoguera y al tormento del verdugo. Esta «predicación» femenina –osado modelo para quienes deben permanecer calladas, tanto en casa como en la Iglesia– contrasta con el retrato despiadado e irónico que hace Cristina de los predicadores «oficiales», altivos, vanidosos y contando chistes misóginos desde el púlpito (I, 10). También sirve el discurso «sibilino» para matizar la imagen de la mujer racional y prudente que ofrecen los seis últimos capítulos del libro I, con sus «damas de templado juicio». Aquí la autora edifica su Ciudad sobre una razón cargada de penumbra, donde lo divino roza lo iniciático –lo que, salvando distancias, podría recordarnos algunos pasajes de María Zambrano tocados por la gracia del misterio.

La fuerza del discurso oral ilustrado por el ejemplo de sibilas y profetisas se inscribe en un contexto más amplio de reafirmación de la autoridad femenina, ya que la escritora propone por lo menos cuatro modos de sentarla: primero, con la experiencia que de su propio cuerpo tienen las mujeres (I, 9); en segundo lugar, gracias al diálogo con mujeres de todas las condiciones que han tenido a bien confiarle sus secretos, y alude, al respecto, a lo interesante que resultaría reunir información sobre la vida familiar tal como se desarrolla en el secreto de los hogares –lo que hoy llamamos «encuesta sociológica» queda ya formulado en el capítulo 13 del libro II–; luego figura la tradición oral –aunque a veces transcrita– de sibilas y profetisas (II, 1-7), y, finalmente, replanteando los escritos que reflejan la autoridad masculina desde un punto de vista femenino, sobre todo en lo que respecta a la historia de las mujeres, tal como lo hace la autora cuando reutiliza, a veces de modo «subversivo», sus fuentes, como, por ejemplo, Boccaccio, en un proceso de reconstrucción y edificación de una nueva *auctoritas* femenina, como hemos indicado.

De la clausura como liberación

El claustro del convento, las murallas de la ciudadela, la Ciudad de las Damas como baluarte para resistir el asedio de la violencia masculina, escrita o gestual, la metáfora de la mujer que se encierra para liberarse vuelve a menudo a la obra de Cristina de Pizán como un elogio de mujeres independientes, que rompieron vínculos familiares y escaparon de la autoridad paterna y/o marital para recluirse en abadías; algo que, por supuesto, tenemos que situar en la época recordando que aquella solía ser la única salida para las mujeres que tenían pretensiones intelectuales o aspiraban a recibir estudios o, más simple aún, querían llegar a ser ellas mismas.

Otro tanto ocurre con el papel que juega la castidad. Mantenerse virgen o casta, encerrándose en su cuerpo sin volver a tener relaciones con su marido o amante tras un encuentro sólo destinado a engendrar —recordemos el Eros fugaz de las amazonas—, era para una mujer el único modo de librarse de pesadas ataduras domésticas de por vida. Así, podríamos hablar nuevamente de lectura realmente «subversiva» a propósito de la que hace Cristina de la *Leyenda Aurea* de Jacobo de Vorágine, libro este que, junto con la Biblia, le leía su madre cuando se oponía a que estudiara, es decir, a que entrara en los dominios del saber masculino. Acaso tengamos en el libro III de *La Ciudad de las Damas*, con esa autoafirmación de las santas como mujeres independientes, mujeres que sólo se casan con Dios, buena prueba de la rebelión de la autora contra el papel que pretendía imponerle su madre, mientras que en el libro II merodea el fantasma de su sabio padre, como, por ejemplo, en la historia del jurista italiano que se hace sustituir en la cátedra por su hija (II, 6).

Pese a contarnos dos ejemplos de mujeres disfrazadas de fraile (III, 12 y 13) —algo que tiene ya precedente en la literatura medieval—, a Cristina no le interesa el «travestismo» para acercarse al mundo de los hombres: la mujer debe reapropiarse ese mundo sin dejar de ser mujer; sólo así el mérito será suyo. Ésa es una de las extraordinarias lecciones de nuestra escritora. El caso de una Catalina de Erauso, la Monja Alférez, se adecua a los ejem-

plos contados por Boccaccio de hazañas logradas por mujeres en contra de su sexo, *mentita sexum*. A los quince años, la monja guipuzcoana saltó la tapia del convento donde la habían encerrado sus padres a los cuatro y, sentando plaza de grumete en un galeón hacia Cartagena de Indias y enrolándose luego en el ejército del rey Felipe IV, emprendió una arriesgada vida de azarosos combates y no menos equívocos amoríos. Aparte del retrato que le hiciera Pacheco en Sevilla, hecha una virago, tenemos una perfecta relación de su disfraz masculino en un documento que la describe cuando se llama ya Francisco de Loyola «vestida de calzón y ropilla de perpetuam fraileasco»⁴¹. A Cristina ese enredo de «dama de las calzas verdes» a lo jesuítico le habría resultado poco menos que pintoresco, más bien una penosa muestra de errónea huida de una mujer que no encuentra su identidad, provocando la sonrisa indulgente e irónica de su eterno enemigo. De hecho, Catalina no fue una rebelde sino un personaje popular de la época, y parece que terminó de espía española en la corte vaticana⁴². Las únicas prendas con las que pretende «enredar» Cristina son las de la erudición y el saber, tradicionalmente masculinos.

La castidad no significa tanto pureza para las ciudadanas que habitan *La Ciudad de las Damas*, como fuerza e independencia. La virginidad marca el camino de la fama y «autorrealización» de las mujeres; liberándose del yugo matrimonial, abandonan el papel tradicional de esposas y madres. Como se lo aconseja Cristina en el último capítulo del libro, también rechazan los fáciles amoríos que comprometerían su libertad: «Huid, damas mías, huid del insensato amor con que os apremian. Huid de la

⁴¹ «Vestida de calzón y ropilla de perpetuam fraileasco, y un ferruelo de cordella pardo, sombrero blanco guarnecido de trencilla de oro el halda y el cayrel, valona de puntas, jubón de raso blanco trencillado, coletto de ante guarnecido, espada y daga dorada.» Se trata de un documento firmado por el obispo de Guamanga citado por José Berruezo en *Catalina de Erauso, la Monja Alférez*, San Sebastián 1975, pág. 15. La perpetua o sempiterna era una tela de lana basta que apenas sufría desgaste.

⁴² Protegida por el poderoso Conde-Duque de Olivares y agasajada por cardenales (Berruezo, op. cit., pág. 28).

enloquecida pasión, cuyos juegos placenteros siempre terminan en perjuicio vuestro», consejos no moralizantes sino obligados y de buen sentido en la condición femenina de la época.

Viudas, monjas, vírgenes, todas se atrincheran en el reducto de su castidad. Si mantienen relaciones amorosas, quedan limitadas por el tiempo o reducidas incluso al estrecho círculo familiar, como en el caso de Semíramis o de otra incestuosa madre, la reina Opis de Creta⁴³. Mientras Boccaccio se extiende a lo largo de una página para condenar la pasión incestuosa de Semíramis, Cristina la disculpa pronto comparándola con las bárbaras costumbres de la época y, sobre todo, porque la inteligencia política de la reina le hacía poco menos que imposible encontrar fuera de su familia un hombre a su altura.

Con la historia de la sufrida Griselda tenemos el contraejemplo, llevado casi hasta el absurdo, de la mujer aniquilada, desmembrada, sometida por el hombre, despojada de todos los atributos y vestiduras, y hasta de su prolongación biológica, ya que, como ella misma declara, sus hijos sólo pertenecen a su marido. No olvidemos el consejo que da Razón a Cristina al principio del libro: ciertos pasajes deben leerse teniendo en cuenta la figura retórica de la antífrasis.

En cuanto a la reiteración de suplicios y tormentos, *dissecta membra*, que llenan las historias de las heroicas vírgenes del libro III, pueden abrumar nuestra sensibilidad. Para la Edad Media, en cambio, las escenas cruentas y feroces, los cadáveres sangrientos y el espectáculo de los horrores de la muerte no resultaban sólo un edificante teatro de la crueldad, sino la cima dramática y hasta el no va más de la *vis comica* cuando aparecían los diablos. La minuciosa crudeza con que se describen máquinas de tormento y órganos del cuerpo torturado durará aún en el teatro barroco⁴⁴. Con esas escenas de mujeres martirizadas parece que una vez más

⁴³ El incesto es una de las interesantes claves de la lectura psicoanalítica que hace de *La Ciudad de las Damas* Maureen Quilligan, pero que no podemos desarrollar aquí.

⁴⁴ Véanse divertidos ejemplos en el capítulo IV, «Le spectacle de la mort», de *La Littérature de l'âge baroque en France. Circé et le paon*, de Jean Rousset, José Corti, París 1985, 12.ª ed.

Cristina pone en clave femenina algo propio de la época: la dramatización de la Pasión del Hijo del Hombre.

Sobre la modernidad de Cristina de Pizán

Cuidaré de dejar al lector o lectora el placer de descubrir la modernidad de las ideas de Cristina de Pizán en temas como las cualidades intelectuales de la mujer y su derecho a la educación o el uso del femenino en el lenguaje en reiteradas expresiones como «los hombres y las mujeres», que ella utiliza en vez del término abstracto «hombre», como ya tuvimos ocasión de señalar. Sólo quisiera ahora atraer nuevamente la atención sobre el peligro que supondría enfocar la modernidad del texto desde un punto de vista contemporáneo. Las críticas hechas a su supuesta «ambigüedad y conservadurismo» siempre arrancan de una falta de perspectiva histórica⁴⁵.

Se nos escaparía el verdadero significado de *La Ciudad de las Damas* si nos olvidáramos del contexto en que Cristina escribió su libro. Primer tabú: el de la mujer docta, que habla, discurre y escribe: «Las mujeres no deben hablar porque sus labios llevan el estigma de Eva, cuyas palabras han sellado el destino del hombre», proclama el papa Honorio III, cuando ordena a los obispos de Valencia y Burgos que prohíban el púlpito a las abadesas⁴⁶. Segundo tabú: todas las mujeres «de armas tomar» y «damas de gran poderío» que ocupan y defienden su Ciudad desafían la definición de *mulier* igual *molicie, debilidad*; como hemos visto al hablar de Boccaccio, si la mujer es fuerte es porque ha dejado de ser mujer y se ha convertido en *virago*, sacando fuerzas del hombre. Dos siglos antes, una mujer de tanta envergadura intelectual como la abadesa Hildegarda de Bingen escribía: «La mujer es débil y mira al hombre para sacar fuerza, como la luna recibe su fuerza del sol; por lo que tiene que estar sujeta al hombre y servirle siempre»⁴⁷.

⁴⁵ Queda patente, por ejemplo, con el caso de las tesis de Sheila Delany.

⁴⁶ Citado por Carolly Erickson en la página 209 de su libro *The Medieval Vision. Essays in History of Perception*, Oxford University Press, Nueva York 1976.

⁴⁷ C. Erickson, op. cit., pág. 211.

El más valiente desafío de Cristina de Pizán acaso haya sido promover, elevar y levantar como una verdadera fortificación la imagen del cuerpo femenino, sano y hermoso, como fuente inagotable de confianza. La verdad de la experiencia de su propio cuerpo libera a la mujer y le permite reafirmarse frente a las patrañas seudoteológicas urdidas por los predicadores. Hoy produce verdadera repugnancia leer sus peroratas sobre la estirpe de Eva, que en expresión sórdida de la época, por otra relación etimológica muy reveladora, era calificada de «putífera» o portadora de hedor y putrefacción. En palabras de los doctos varones de la Iglesia, sólo la apariencia externa del cuerpo de la mujer puede ser bella, porque esa piel blanca que seduce al hombre es «envoltorio de soezas, siendo la hembra vasija de inmundicia e impureza pecaminosa, estigma de la mancha original, como bien lo atestiguan las hediondas menstruaciones», etc., para no seguir con un rosario de adjetivos «putescos» o «putañeros» —que unían la supuesta putrefacción física con la moral—, gritados desde el púlpito y proclamados también por los médicos⁴⁸. El cuerpo de la mujer es visto con temor como transmisor de enfermedades —«la lepra o mal venéreo», que se confundían entonces—, no sólo en tratados médicos, sino en creencias comunes transmitidas por la literatura. La encontramos en una historia de amor tan bella como la de Tristán e Isolda: «Yo gozaba de salud y tuve amiga muy cortesana; por su causa tengo ahora estas grandes hinchazones», dice Tristán⁴⁹.

En la persona de su abuelo materno, el anatomista Mondino de Luzzi, el primero en realizar la autopsia de una mujer embarazada, Cristina de Pizán tuvo la suerte poco común de contar en su familia con otro gran sabio que abrió la brecha de la experiencia científica, frente al discurso médico-teológico. Personalmente, veo en esa herencia de sabios acostumbrados a observar los planetas del universo o a analizar los tejidos y órganos del cuerpo humano el origen de la fuerza que le permite afirmarse

⁴⁸ Véase cualquier estudio sobre la imagen del cuerpo femenino en la Edad Media, como los ya citados de D. Régner-Bohler, M. C. Pouchelle o D. Jacquart y C. Thomasset.

⁴⁹ Citado por D. Jacquart y C. Thomasset, pág. 201.

como mujer y como escritora. En esa afirmación reside la «revolución copernicana» de Cristina de Pizán: supone pensar la condición femenina a partir del propio cuerpo de la mujer, concebido como un ente en sí y no como un ente por defecto o invertido, es decir, en la jerga médico-eclesiástica, una *virago* o falso *vir*, etimología reivindicada de *varón*, identificado así mismo con *virtud* —este último término en su acepción masculina de «valor y/o virilidad», y no en la acepción débil de «ausencia de pecado, reserva», nociones definidas por exclusión e *in absentia*.

No olvidemos que los órganos de la mujer eran descritos por la medicina medieval de una forma que hoy nos resulta aberrante; los médicos, que tenían prohibido por la Iglesia practicar la autopsia —una de cuyas excepciones, dentro de la tradición semioculta de los sabios árabes de la Escuela de Salerno, hemos señalado en la persona del abuelo de Cristina—, no tenían más remedio que fantasear en vez de describir, y en el caso de la mujer, la descripción se basaba sobre el modelo masculino; los órganos femeninos son inversiones, fallos, defectos del cuerpo del hombre, de cuya soberbia costilla creó Dios a Eva, y Eva al desnudo resulta ser un falso varón o mal remedo de Adán: así la vagina queda representada como un falo invertido⁵⁰, ya que hasta el Renacimiento no existió siquiera un término anatómico para designar el sexo de la mujer, cuya imagen, como acabamos de ver, semejaba el sexo masculino pero invertido, una representación que duró hasta bien entrado el siglo XIX⁵¹. Representación errónea, sí, pero perfectamente lógica y consecuente con una visión del mundo androcéntrica, donde la mujer se inscribe dentro de un sistema de oposiciones rudimentarias, derecho/revés, superior/inferior, siempre como el paradigma no marcado. Eso que hoy podemos ver como una tremenda limitación y error de percepción *tout court* sigue influyendo en nuestros esquemas mentales; aún no nos hemos recuperado de dogmatismos reductores

⁵⁰ Véase Marie-Christine Pouchelle, *Corps et chirurgie à l'apogée du Moyen Âge*, Flammarion, París 1983.

⁵¹ Cf. C. Gallagherand y T. W. Laqueur (eds.), *The Making of the Modern Body: Sexuality and Society in the Nineteenth-Century*, University of California Press, Berkeley 1987.

como el que aqueja al mismísimo Dr. Freud en sus descripciones clínicas de pacientes histéricas, vistas como hembras incompletas que añoran recobrar atributos ausentes en una suerte de perpetuo síndrome de abstinencia.

Cristina es en este aspecto un ejemplo singular de equilibrio mental, físico y profesional, el de una mujer que disfruta con gozo de su soledad. Cuando ella se considera navegante solitario, «patrono de la nave» que le ha confiado Fortuna, se trata de una simple metáfora para describir algo tan insólito entonces como su condición de escritora profesional a quien la literatura proporciona unos ingresos propios, un estilo de vida independiente. No hay aquí ningún guiño hacia una profesión masculina. Cristina no experimenta ninguna frustración ni necesita disfrazarse de hombre con botas, como quien quiere enrolarse en las filas masculinas para recorrer mundos —así lo hizo George Sand en pleno siglo XIX.

Esta afirmación gozosa del cuerpo femenino queda patente en los retratos de la propia autora, que aun salvando el carácter alegórico de las representaciones de la época, nos muestran (y puede mirar el lector las miniaturas de los manuscritos Harley 4431 y Bibliothèque Nationale 1177 y 607, aquí reproducidos) una mujer de pie, recia como un árbol, delante de las murallas de la ciudad que va edificando, o sentada decidida, frente a su escritorio, pluma en mano, y no —como lo requería la tradición—, reclinada, doblada, sometida, de rodillas y más pequeña que los augustos personajes, sus protectores y mecenas, como la reina Isabeau, que la rodean.

Fue, ciertamente, inagotable la energía de esta mujer que hizo de cabeza de familia —de «patrono de la nave», según la metáfora que emplea en *La Mutación de Fortuna*—, alimentando con su pluma a madre, hermanos, hijos y hasta a una sobrina. Escribió tres o cuatro libros al año durante su período de mayor fertilidad y estuvo copiando sus propias obras, en las que, adentrándose en terrenos nada «propios de su sexo», discurre sobre temas de política, derecho o estrategia militar. Todo ello no sólo sin «pasarse al enemigo» o sexo opuesto, sino sin perder un ápice de su feminidad: sirvan como prueba el canto lírico de sus poemas de amor y sus diálogos de Amante y Dama.

¿Cómo fue leído y acogido el *Libro de la Ciudad de las Damas*? y, primero, ¿cómo lo fue cuando salió a la luz, en el siglo XV? Hay quien ha llegado a afirmar que se pudieran confundir o tomar *La Ciudad de las Damas* como una traducción francesa del *De claris* de Boccaccio⁵². Esta extraviada hipótesis parece basarse en que fuera un mismo artista, el «Maestro de La Ciudad de las Damas», el que hizo las ilustraciones de dos manuscritos, el de nuestro texto y el de la versión francesa del *De claris*, casi contemporáneos. Lo cual no pudo pasar de confusión superficial si tenemos en cuenta las grandes diferencias entre ambos autores, antes apuntadas; si bien es cierto que el problema de la recepción de los textos medievales es un enigma para el medievalista. Lo que sí resulta probable, en cambio, es que la modernidad de planteamientos de nuestra autora sólo se empezara a atisbar muy tímidamente. De hecho, hubo que esperar a que una mujer, Louise de Kéralio, reivindicara en 1786, es decir, vislumbrándose ya la Revolución Francesa, un texto escrito por una mujer sobre y para las mujeres, para que se acabase leyendo como tal. Luego en el siglo XIX, pese a haberse creado el término *féminisme* en 1837, gracias a Charles Fourier, se concentró la atención en el aspecto político y poético de la obra de Cristina de Pizán, hasta que en 1886 William Minto la llamara en un artículo «Champion of her Sex»; el feminismo ya empezaba a estar en el aire —la palabra *feminism* entra en la lengua inglesa en 1894.

Gracias al número de publicaciones censadas, está comprobado, en cambio, que asistimos desde hace un par de décadas, bajo el impulso principal de la crítica universitaria anglosajona, a un reencuentro o nueva visión y lectura de Cristina de Pizán bajo el claro signo de la modernidad. Ha sido un privilegio de nuestra época volver a descubrir su obra y en especial *La Ciudad de las Damas*. Ha tardado casi cinco siglos Cristina en alcanzar los muchos lectores con que soñó al escribir *El Tesoro de la Ciudad de las Damas*, una especie de segunda parte de nuestro texto, libro «práctico» de consejos a las mujeres, escrito el mismo año de 1405:

⁵² Es la hipótesis que formuló C. C. Willard y que ha sido reproducida en varios estudios (véase E. J. Richards, op. cit., pág. 267).

«Pensé que multiplicaría esta obra difundiendo copias en el mundo entero, cueste lo que cueste, ofreciéndola a reinas, princesas y nobles damas, para que, gracias al esfuerzo de esas honorables damas tan dignas de elogio, circulara mejor entre las mujeres de toda condición. Ya he iniciado el proceso para que este libro, pese a estar escrito en lengua francesa, sea examinado, leído y publicado en todos los países»⁵³.

Hablar de multiplicar la difusión de un texto y de su circulación entre lectoras de toda condición, gracias a la publicidad que le darán personas famosas, a principios del siglo XV, es decir, antes de la invención de la imprenta, es el último rasgo de modernidad con el que dejamos a la escritora con su público.

Alcalá de Henares, diciembre de 1994

⁵³ Mi traducción de la versión editada por C. C. Willard con el título de *Medieval Mirror of Honor. Le Livre des Trois Vertus*, Persea Books, Nueva York 1989. En la Nota sobre la traducción se citan las últimas versiones de *La Ciudad de las Damas* según un estudio llevado a cabo por L. Burgoyne y R. Gelin y publicado en *Le Moyen Français* 8-9 (1982), sólo el 22 por ciento de las obras publicadas entre 1975 y 1980 lo fueron en francés, mientras que el 51 por ciento de las publicaciones sobre Cristina de Pizán pertenecía a ediciones anglosajonas. Como puede verse en la Bibliografía citada al final del libro, hoy esta tendencia parece haberse acentuado.

Nota a la segunda edición

Quiero agradecer las críticas que han saludado la primera versión al español de un texto monumental de la lengua y literatura francesas, y por ende, europea. Recordemos que el manuscrito del *Livre de la Cité des Dames* —muchas de cuyas hermosas miniaturas están reproducidas aquí— estuvo expuesto como una joya, testigo de una cultura largamente atesorada, en el pabellón de Francia en la Exposición Universal de Sevilla de 1992.

Al recomendar la lectura del texto de Cristina de Pizán, esas críticas son responsables en gran parte de la buena acogida del libro, lo que resulta el mejor premio a una larga labor.

Como siempre que reviso un texto, sigo acordándome de uno de los sólidos consejos que recibí del Dr. Martín de Riquer en la Academia de Bones Letres —éste no por evidente menos valioso—: el no renunciar nunca a la sorprendente capacidad de mejorar que tiene cualquier traducción, retomando una y otra vez el texto original. Asimismo, quiero dejar constancia de mi gratitud a mi editor Jacobo Siruela y a Gloria Gauger, por el exquisito sentido estético con que han realizado el texto, y a mi amigo Fernando Gaona, por su infalible y cariñosa atención hacia cada palabra y signo.

Alcalá de Henares, 9 de diciembre de 1999

Existen dos ediciones críticas de *La Ciudad de las Damas*. Se trata de dos tesis doctorales publicadas en fechas seguidas: la de Monica Lange, de la Universidad de Hamburgo (1974) y la de Maureen Cheny Curnow, de la Universidad de Vanderbilt (1975) (DAI, 16 [1976] 4536-37 A), trabajo este último que desencadenó la publicación de otros muchos y permitió la traducción del texto al inglés por Earl Jeffrey Richards en 1982 –hoy en su sexta edición–; al holandés en 1984 por Tine Ponfoort, al francés moderno por Thérèse Moreau y Eric Hicks en 1986 y el mismo año al alemán por Margarete Zimmerman.

He cotejado la versión francesa con los manuscritos 608, 609/1178 y 1179 de la Bibliothèque Nationale, pero he preferido en varios casos la versión inglesa, basada en el ms. Harley 4431 de la British Library, que tiene la ventaja de ser autógrafo y además revisado por Cristina hacia 1410 (E. J. Richards, op. cit., pág. XLIV).

He procurado modernizar sin desvirtuar de su sentido este texto de 1405, que engarza las citas de un discurso culto con unos diálogos supuestamente transcritos de la lengua oral, por lo que he descartado tanto los arcaísmos como los cultismos, tan propios de la época; asimismo, y pese a la modernidad de ideas de muchos pasajes, he evitado recurrir a términos que suenen excesivamente modernos.

Me hubiese resultado difícil lograr ese compromiso estilístico si no hubiera contado con la generosa colaboración de la profesora Carmen Estévez, a quien doy las gracias por el tiempo

que me ha prestado y por sus acertadas sugerencias. He podido consultar varias publicaciones americanas difíciles de encontrar gracias a Margaret Powell, de la Universidad de Madison, a quien agradezco su valiosa ayuda y estímulo intelectual.

La Ciudad de las Damas

I

Aquí empieza
el libro de *La Ciudad de las Damas*,
cuyo primer capítulo cuenta cómo surgió
este libro y con qué propósito

Sentada un día en mi cuarto de estudio¹, rodeada toda mi persona de los libros más dispares, según tengo costumbre, ya que el estudio de las artes liberales es un hábito que rige mi vida, me encontraba con la mente algo cansada, después de haber reflexionado sobre las ideas de varios autores. Levanté la mirada del texto y decidí abandonar los libros difíciles para entretenerme con la lectura de algún poeta. Estando en esa disposición de ánimo, cayó en mis manos cierto extraño opúsculo, que no era mío sino que alguien me lo había prestado. Lo abrí entonces y vi que tenía como título *Libro de las Lamentaciones de Mateolo*². Me hizo sonreír, porque, pese a no haberlo leído, sabía que ese libro tenía fama de discutir sobre el respeto hacia las mujeres. Pensé que ojear sus páginas podría divertirme un poco, pero no había avanzado mucho en su lectura, cuando mi buena madre me llamó a la mesa, porque había llegado la hora de la cena. Abandoné al instante la lectura con el propósito de aplazarla hasta el día siguiente. Cuando volví a mi estudio por la mañana, como acostumbro, me acordé de que tenía que leer el libro de Mateolo. Me adentré algo en el texto pero, como me pareció que el tema resultaba poco grato para quien no se complace en la falsedad y no contribuía para nada al cultivo de las cualidades morales, a la vis-

ta también de las groserías de estilo y argumentación, después de echar un vistazo por aquí y por allá, me fui a leer el final y lo dejé para volver a un tipo de estudio más serio y provechoso. Pese a que este libro no haga autoridad en absoluto, su lectura me dejó, sin embargo, perturbada y sumida en una profunda perplejidad. Me preguntaba cuáles podrían ser las razones que llevan a tantos hombres, clérigos y laicos, a vituperar a las mujeres, criticándolas bien de palabra bien en escritos y tratados. No es que sea cosa de un hombre o dos, ni siquiera se trata de ese Mateolo, que nunca gozará de consideración porque su opúsculo no va más allá de la mofa, sino que no hay texto que esté exento de misoginia. Al contrario, filósofos, poetas, moralistas, todos —y la lista sería demasiado larga— parecen hablar con la misma voz para llegar a la conclusión de que la mujer, mala por esencia y naturaleza, siempre se inclina hacia el vicio. Volviendo sobre todas esas cosas en mi mente, yo, que he nacido mujer, me puse a examinar mi carácter y mi conducta y también la de otras muchas mujeres que he tenido ocasión de frecuentar, tanto princesas y grandes damas como mujeres de mediana y modesta condición, que tuvieron a bien confiarme sus pensamientos más íntimos. Me propuse decidir, en conciencia, si el testimonio reunido por tantos varones ilustres podría estar equivocado. Pero, por más que intentaba volver sobre ello, apurando las ideas como quien va mondando una fruta, no podía entender ni admitir como bien fundado el juicio de los hombres sobre la naturaleza y conducta de las mujeres. Al mismo tiempo, sin embargo, yo me empeñaba en acusarlas porque pensaba que sería muy improbable que tantos hombres preclaros, tantos doctores de tan hondo entendimiento y universal clarividencia —me parece que todos habrán tenido que disfrutar de tales facultades— hayan podido discurrir de modo tan tajante y en tantas obras que me era casi imposible encontrar un texto moralizante, cualquiera que fuera el autor, sin toparme antes de llegar al final con algún párrafo o capítulo que acusara o despreciara a las mujeres. Este solo argumento bastaba para llevarme a la conclusión de que todo aquello tenía que ser verdad, si bien mi mente, en su ingenuidad e ignorancia, no podía llegar a reconocer esos grandes defectos que yo misma compartía sin lugar a dudas con las demás mujeres. Así, había

llegado a fiarme más del juicio ajeno que de lo que sentía y sabía en mi ser de mujer.

Me encontraba tan intensa y profundamente inmersa en esos tristes pensamientos que parecía que hubiera caído en un estado de catalepsia. Como el brotar de una fuente, una serie de autores, uno después de otro, venían a mi mente con sus opiniones y tópicos sobre la mujer. Finalmente, llegué a la conclusión de que al crear Dios a la mujer había creado un ser abyecto. No dejaba de sorprenderme que tan gran Obrero haya podido consentir en hacer una obra abominable, ya que, si creemos a esos autores, la mujer sería una vasija que contiene el poso de todos los vicios y males. Abandonada a estas reflexiones, quedé consternada e invadida por un sentimiento de repulsión, llegué al desprecio de mí misma y al de todo el sexo femenino, como si Naturaleza hubiera engendrado monstruos. Así me iba lamentando:

—¡Ay Señor! ¿Cómo puede ser, cómo creer sin caer en el error de que tu sabiduría infinita y tu perfecta bondad hayan podido crear algo que no sea bueno? ¿Acaso no has creado a la mujer deliberadamente, dándole todas las cualidades que se te antojaban? ¿Cómo iba a ser posible que te equivocaras? Sin embargo, aquí están tan graves acusaciones, juicios y condenas contra las mujeres. No alcanzo a comprender tamaña aberración. Si es verdad, Señor Dios, que tantas abominaciones concurren en la mujer, como muchos afirman —y si tú mismo dices que la concordancia de varios testimonios sirve para dar fe, tiene que ser verdad—, ¡ay, Dios mío, por qué no me has hecho nacer varón para servirte mejor con todas mis inclinaciones, para que no me equivoque en nada y tenga esta gran perfección que dicen tener los hombres! Ya que no lo quisiste así y no extendiste hacia mí tu bondad, perdona mi flaco servicio y dignate en recibirlo, porque el servidor que menos recibe de su señor es el que menos obligado queda.

Así, me deshacía en lamentaciones hacia Dios, afligida por la tristeza y llegando en mi locura a sentirme desesperada porque Él me hubiera hecho nacer dentro de un cuerpo de mujer.

Cómo tres Damas aparecieron delante
de Cristina y cómo la primera se dirigió
a ella para consolarla

Hundida por tan tristes pensamientos, bajé la cabeza avergonzada, los ojos llenos de lágrimas, me apoyé sobre el recodo de mi asiento, la mejilla apresada en la mano, cuando de repente vi bajar sobre mi pecho un rayo de luz como si el sol hubiera alcanzado el lugar, pero, como mi cuarto de estudio es oscuro y el sol no puede penetrar a esas horas, me sobresalté como si me despertara de un profundo sueño. Levanté la cabeza para mirar de dónde venía esa luz y vi cómo se alzaban ante mí tres Damas coronadas, de muy alto rango. El resplandor que emanaba de sus rostros se reflejaba en mí e iluminaba toda la habitación.

Huelga decir mi sorpresa, ya que las tres Damas habían entrado pese a estar cerradas las puertas. Tanto me asusté que me santigué en la frente temiendo que aquello fuera obra de algún demonio. Entonces la primera de las tres Damas me sonrió y se dirigió a mí con estas palabras:

—No temas, querida hija, no hemos venido aquí para hacerte daño sino para consolarte. Nos ha dado pena tu desconcierto y queremos sacarte de esa ignorancia que te ciega hasta tal punto que rechazas lo que sabes con toda certeza para adoptar una opinión en la que no crees, ni te reconoces, porque sólo está fundada sobre los prejuicios de los demás. Te pareces al tonto de la historia que, mientras dormía al lado del molino, disfrazaron con ropa de mujer: cuando se despertó, en vez de fiarse de su propia experiencia, creyó las mentiras de los que se burlaban de él afirmando que se había transformado en mujer. ¿Dónde anda tu juicio, querida? ¿Has olvidado que es en el crisol donde se depura el oro fino, que allí ni se altera ni cambia sus propiedades sino todo lo contrario, cuanto más se trabaja más se depura y afina? ¿Acaso ignoras que lo que más se discute y debate es precisamente lo que más valor tiene? Piensa en las Ideas, es decir, las cosas divinas que mayor trascendencia tienen: ¿no ves que incluso los más grandes filósofos cuyo testimonio alegan en contra de tu propio sexo no han logrado determinar qué es lo verdade-

ro o lo falso, sino que se corrigen los unos a los otros en una disputa sin fin? Tú misma lo has estudiado en la *Metafísica* de Aristóteles, que critica y refuta de tal suerte las ideas de Platón y otros filósofos. Mira también cómo san Agustín y otros Doctores de la Iglesia hicieron lo mismo con ciertos pasajes de Aristóteles, al que llaman, sin embargo, el Príncipe de los filósofos y a quien se deben las más altas doctrinas de la filosofía natural y de la moral. Ciertamente, tú pareces creer que todo cuanto afirman los filósofos es artículo de fe y que no pueden equivocarse.

»En cuanto a los poetas a los que te refieres, ¿no sabes que utilizan a menudo un lenguaje figurado, y que a veces hay que entender lo contrario del sentido literal? Así, puede aplicarse la figura retórica llamada «antífrasis», que significa —como muy bien sabes— que si por ejemplo dices que algo es malo hay que entender todo lo contrario. Yo te recomiendo que des la vuelta a los escritos donde desprecian a las mujeres para sacarles partido en provecho tuyo, cualesquiera que sean sus intenciones. Puede que el que en su libro dice llamarse Mateolo así lo haya querido, porque en él se encuentran muchas cosas que, tomadas literalmente, serían pura herejía. Por ejemplo, en lo que se refiere a la diatriba en contra del estado del matrimonio —algo, sin embargo, sano y digno, según la Ley de Dios— la experiencia demuestra claramente que la verdad es lo contrario de lo que se afirma al intentar cargar a las mujeres con todos los males. No se trata sólo de ese Mateolo, sino de otros muchos, en particular del *Roman de la Rose*, que goza de mayor crédito por la gran autoridad de su autor. De verdad, ¿dónde podría encontrarse jamás un marido que tolerase que su mujer tuviera tal poder sobre él que ésta pudiera verter sobre su persona los insultos e injurias que, según dichos autores, son propias de todas las mujeres? Sea lo que fuere lo que hayas podido leer, dudo que lo hayas visto con tus propios ojos, porque no son más que habladurías vergonzosas y palpables mentiras.

»Para concluir, querida Cristina, te diría que es tu ingenuidad la que te ha llevado a la opinión que tienes ahora. Vuelve a ti, recobra el ánimo tuyo y no te preocupes por tales necedades. Tienes que saber que las mujeres no pueden dejarse alcanzar por una difamación tan tajante, que al final siempre se vuelve en contra de su autor.

Cómo la Dama que se había dirigido
a Cristina le explicó quién era y asimismo
le anunció que, ayudada por las tres Damas,
ella levantaría una Ciudad

Tal fue el discurso que me hizo esa alta Dama. No sé cuál de mis sentidos quedó más solicitado por su presencia: el oído, al escuchar unas palabras tan dignas de atención, o la vista, al contemplar la gran belleza de su rostro, la suntuosidad del atuendo y su suprema distinción. Como lo mismo se podía decir de las otras dos Damas, yo no sabía hacia cuál de ellas dirigir la mirada; en efecto, se parecían tanto que costaba establecer una diferencia entre ellas, salvo con una —la que hablaría en tercer lugar, aunque no por ello con menor autoridad— cuyo gesto era tan altivo que nadie, por muy osado que fuera, podía mirarla a los ojos sin temer ser fulminado por su mal comportamiento. Yo me quedaba de pie ante ellas en señal de respeto, mirándolas en silencio como arrobada y sin habla. Mi mente quedaba estupefacta, me preguntaba por su nombre, su estado, por qué habrían venido, qué significaban los distintos cetros que cada una llevaba en la mano diestra, a cual más valioso. Todas esas preguntas se las habría hecho de buen grado, de haberme atrevido, pero me estimaba indigna de interrogar a unas Damas tan distinguidas. Permanecía callada y seguía mirándolas algo asustada, aunque reafirmada por las palabras que acababa de oír, las cuales habían servido para despertar de la amargura de mi ánimo. Pero la muy docta Dama que me había hablado leía en mis pensamientos con gran clarividencia, y sin que yo preguntara, respondió a mis interrogaciones:

—Debes saber, querida hija, que la divina Providencia, que nada deja al azar, nos ha encargado vivir entre los hombres y mujeres de este bajo mundo, pese a nuestra esencia celeste, para cuidar del buen orden de las leyes que rigen los distintos estados. En lo que a mí atañe, tengo por misión corregir a los hombres y a las mujeres cuando yerran para volver a ponerlos en la vía recta; si se pierden pero su entendimiento puede atender a razones, llego sigilosamente a sus mentes, los amonesto y sermoneo para

hacerles ver sus errores, explicándoles las causas, y luego les enseño cómo hacer el bien y evitar el mal. Como mi papel es que cada uno y cada una se vea en su alma y conciencia y conozca sus vicios y defectos, no tengo por emblema el cetro sino el espejo refulgente que llevo en la diestra. Has de saber que quien se mire en este espejo se verá reflejado hasta en lo más hondo de su alma. ¡Qué poderosa virtud la de este espejo mío! Míralo, con sus piedras preciosas: nada puede llevarse a cabo sin él, ahí quedan conocidas las esencias, cualidades, relación y medida de todas las cosas.

»Como deseas también conocer el papel de mis hermanas aquí presentes, cada una dará testimonio por sí misma sobre su nombre y calidad, para garantizar la verdad del relato. Antes, sin embargo, tengo que aclararte sin dilación el porqué de nuestra venida. Te prometo que nuestra aparición por estos lares no es gratuita, porque todo lo que hacemos obedece a una razón: no frecuentamos cualquier lugar ni nos presentamos ante cualquiera. Pero tú, querida Cristina, por el gran amor con el que te has dedicado a la búsqueda de la verdad en tu largo y asiduo estudio, que te ha retirado del mundo y ha hecho de ti un ser solitario, te has mostrado digna de nuestra visita y has merecido nuestra amistad, que te dará consuelo en tu pena y desasosiego, haciéndote ver con claridad esas cosas que, al nublar tu pensamiento, agitan y perturban tu ánimo.

»Debes saber que existe además una razón muy especial, más importante aún, por la cual hemos venido, y que vamos a desvelarte: se trata de expulsar del mundo el error en el que habías caído, para que las damas y todas las mujeres de mérito puedan de ahora en adelante tener una ciudadela donde defenderse contra tantos agresores. Durante mucho tiempo las mujeres han quedado indefensas, abandonadas como un campo sin cerca, sin que ningún campeón luche en su ayuda. Cuando todo hombre de bien tendría que asumir su defensa, se ha dejado, sin embargo, por negligencia o indiferencia que las mujeres sean arrastradas por el barro. No hay que sorprenderse por lo tanto si la envidia de sus enemigos y las calumnias groseras de la gente vil, que con tantas armas las han atacado, han terminado por vencer en una guerra donde las mujeres no podían ofrecer resistencia. Dejada

sin defensa, la plaza mejor fortificada caería rápidamente y podría ganarse la causa más injusta pleiteando sin la parte adversa. En su ingenua bondad, siguiendo en ello el precepto divino, las mujeres han aguantado, paciente y cortésmente, todos los insultos, daños y perjuicios, tanto verbales como escritos, dejando en las manos de Dios todos sus derechos. Ha llegado la hora de quitar de las manos del faraón³ una causa tan justa. Ése es el motivo de que estemos aquí las tres: nos hemos apiadado de ti y venimos para anunciarte la construcción de una Ciudad. Tú serás la elegida para edificar y cerrar, con nuestro consejo y ayuda, el recinto de tan fuerte ciudadela. Sólo la habitarán damas ilustres y mujeres dignas, porque aquellas que estén desprovistas de estas cualidades tendrán cerrado el recinto de nuestra Ciudad.

IV

Cómo la Dama habló a Cristina de la Ciudad que debía construir y de cómo su misión era ayudarla a levantar las murallas y a cerrar el recinto de la ciudadela

»Así, querida hija, sobre ti entre todas las mujeres recae el privilegio de edificar y levantar la Ciudad de las Damas. Para llevar a cabo esta obra, como de una fuente clara, sacarás agua viva de nosotras tres. Te proveeremos de materiales más duros y resistentes que bloques de mármol macizos que esperan a estar sellados. Así alcanzará tu Ciudad una belleza sin par que perdurará eternamente.

»Has leído ciertamente cómo el rey Trogos fundó la gran ciudad de Troya con la ayuda de Apolo, Minerva y Neptuno, a los que los antiguos tomaban por dioses, y cómo, asimismo, el rey Cadmos fundó la ciudad de Tebas por orden divina. Con el paso del tiempo, sin embargo, aquellas ciudades se hundieron en ruinas. Pero yo, la verdadera Sibila, te anuncio que la Ciudad que fundarás con nuestra ayuda nunca volverá a la nada sino que siempre permanecerá floreciente; pese a la envidia de sus enemigos, resistirá muchos asaltos, sin ser jamás tomada o vencida.

»Como te ha enseñado el estudio de la historia, el reino de

Amazonia, creado hace tiempo por iniciativa de muchas y muy valientes mujeres que despreciaban la condición de esclavas, permaneció bajo el imperio sucesivo de distintas reinas, damas elegidas por su sabiduría, para que su buen gobierno conservara al Estado todo su poder. En la época de su reinado conquistaron gran parte de Oriente y sembraron el pánico en las tierras colindantes, haciendo temblar hasta a los habitantes de Grecia, que eran entonces la flor de las naciones. Pese a tanta fuerza, aquel imperio, el reino de las Amazonas —como ocurre con todo poder— acabó por desmoronarse, de tal suerte que hoy sólo su nombre sobrevive en la memoria. Los cimientos y edificios de la Ciudad que has de construir y construirás serán mucho más fuertes. De común acuerdo las tres hemos decidido que yo te proporcione un mortero resistente e incorruptible, para que eches sólidos cimientos y levantes todo alrededor altas y fuertes murallas con anchas y hermosas torres, poderosos baluartes con sus fosos naturales y artificiales, como conviene a una plaza tan bien defendida. Bajo nuestro consejo cavarás hondos cimientos para que estén seguros y elevarás luego las murallas hasta tal altura que jamás ningún adversario las haga peligrar. Acabo de explicarte, hija mía, las razones de nuestra venida, y para dar más peso a mis palabras, quiero revelarte ahora mi nombre. Con sólo oírlo, y si quieres seguir mis consejos, sabrás que tienes en mí una fiel guía para acabar tu obra sin equivocarte. Razón me llaman. Puedes felicitarte por estar en tan buenas manos. Esto es todo por ahora.

V

Cómo la segunda Dama reveló a Cristina su nombre y estado y le habló de la ayuda que le habría de prestar para construir la Ciudad de las Damas

Apenas acababa de terminar su discurso aquella Dama, cuando, sin dejarme tiempo para intervenir, la segunda Dama se dirigió a mí en estos términos:

—Me llamo Derechura⁴. Mi morada es más celeste que terre-

nal y en mí resplandece la luz de la bondad divina, de la que yo soy mensajera. Vivo entre los justos, a quienes exhorto a hacer el bien, a devolver a cada uno lo que le pertenece, a decir la verdad y a luchar por ella, a defender el derecho de los pobres e inocentes, a no usurpar el bien ajeno, a hacer justicia a los que acusan en falso. Soy el escudo de los que sirven a Dios; a éstos defiengo; soy su baluarte contra la fuerza y el poder injusto; soy su abogada en el cielo, donde intervengo para que queden premiados sus esfuerzos y hechos valiosos; por mediación mía, Dios revela sus secretos a quienes ama.

»A modo de cetro llevo en la diestra esta vara resplandeciente que delimita como una recta regla el bien y el mal, lo justo y lo injusto; quien la siga no se extraviará. Los justos se alían bajo el mando de este bastón de paz que golpea a la injusticia. ¿Qué más puedo decirte? Con esta regla, que tiene muchas virtudes, pueden trazarse los límites de cualquier cosa. Te será muy útil para medir los edificios de la Ciudad que debes construir. La necesitarás para levantar los grandes templos, diseñar y construir calles y plazas, palacios, casas y alhóndigas, y para ayudarte con todo lo necesario para poblar una ciudad. Para esto he venido, éste es mi papel. Si el diámetro y circunferencia de las murallas te parecen grandes, no debes preocuparte, porque con la ayuda de Dios y la nuestra terminarán su construcción ciñendo y colmando el lugar con hermosas mansiones y magníficas casas palaciegas. Ningún espacio quedará sin edificar.

VI

**Cómo la tercera Dama reveló a Cristina
quién era, cuál era su papel, cómo la ayudaría
a terminar los tejados de las torres y palacios,
y cómo había de traer a la Reina con su séquito
de nobles damas**

Tomó luego la tercera Dama la palabra:

—Querida Cristina, soy Justicia, hija predilecta de Dios, de cuya esencia procedo. El cielo es mi morada, así como la tierra y el infierno: en el cielo, para mayor gloria de las santas almas; en

la tierra, para distribuir a cada uno la medida del bien o del mal que se merece; en el infierno, para castigo de pecadores. Ni amigos ni enemigos tengo, por lo que jamás cedo; ni me vence la piedad ni me mueve la crueldad. Mi única obligación es juzgar, distribuir y devolver a cada uno según su mérito. Sostengo el orden en cada estado y nada puede durar sin mí. Estoy en Dios y Dios está en mí, porque somos por así decir una sola cosa. Quien siga mi certera vía no podrá errar. A los hombres y mujeres de sano espíritu enseño primero a conocerse y a comportarse con los demás como consigo mismos, a distribuir sus bienes sin favoritismos, a decir la verdad, huyendo y odiando la mentira, y a rechazar todo vicio.

»Esta copa de oro fino que ves en mi mano diestra, medida de buen tamaño, me la ha dado Dios para devolver a cada uno lo debido. Lleva grabada la flor de lis de la Trinidad y se ajusta a cada caso sin que nadie pueda quejarse de lo que le atribuyo. Los hombres de este mundo tienen otras medidas, que dicen basadas en la mía, a modo de patrón, pero se equivocan; pese a invocarme en sus pleitos, utilizan una medida que, siendo demasiado generosa para unos y escasa para otros, nunca es justa.

»Largo rato podría entretenerme sobre las particularidades de mi cargo pero te diré, para abreviar, que gozo de una situación especial entre las virtudes: todas convergen hacia mí, las tres somos por así decir una sola: lo que propone la primera, la segunda lo dispone y aplica, y yo, la tercera, lo llevo a perfecto término. Por ello, las tres hemos acordado que yo venga en tu ayuda para terminar tu Ciudad. Será responsabilidad mía rematar con oro fino y pulido los tejados de las torres, mansiones y casas palaciegas. Terminada la Ciudad, la poblaré para ti con mujeres ilustres y traeré una gran reina a quien las demás damas rendirán homenaje y pleitesía. Con tu ayuda quedará la Ciudad cerrada con fortificaciones y pesadas puertas que bajaré del cielo. Después pondré las llaves en tu mano.

VII
De lo que contestó
Cristina a las tres Damas

Había escuchado a las tres Damas con mucha atención, y ya me había abandonado el desánimo en que me encontraba. Cuando terminaron sus discursos, me eché a sus pies, no de rodillas sino con todo mi cuerpo tendido ante ellas y besé la tierra en señal de homenaje a su grandeza. Luego les dirigí esta oración:

—Damas soberanas, claridad celeste y luz terrenal, fuentes paradisiacas y sede de beatitud. ¡Cómo se han dignado vuestras altezas a bajar de sus resplandecientes tronos para llegar hasta este oscuro retiro y visitarme a mí, una simple estudiante que todo lo ignora! ¿Cómo podré agradecerlos? Como provechosa lluvia o dulce rocío, han caído sobre mí vuestras suaves palabras, que han calado en la tierra baldía de mi espíritu. Ya siento germinar los primeros brotes de plantas nuevas, que traerán fruto de deleitoso sabor y cuya fuerza será de gran beneficio. ¿Cómo puedo merecer, sin embargo, lo que me anunciáis, el honor de construir una Ciudad nueva y eterna?

»Yo no soy santo Tomás el apóstol, que por gracia divina edificó en el cielo un rico palacio para el rey de las Indias. Pobre de espíritu, no estudié ni la geometría ni el arte y todo ignoro de la ciencia de la arquitectura y de las artes de la albañilería. Si aún pudiera aprenderlas, ¿cómo iba a encontrar en este débil cuerpo de mujer la fuerza para emprender tan alta tarea? Sin embargo, muy veneradas Damas, aunque me encuentre todavía asombrada por tan singular aparición, yo sé que para Dios nada es imposible, y que he de creer que todo cuanto emprenderé con vuestra ayuda y consejo quedará ultimado. Con todas mis fuerzas rindo alabanzas a Dios y a vos, Damas mías, que me honráis con tan noble cargo. Lo acepto gozosamente, heme aquí dispuesta a servirlos. Hágase en mí según vuestras palabras.

VIII
Cómo Cristina empezó a cavar la tierra
para echar los cimientos bajo el mando
de Razón y con su ayuda

Razón retomó entonces la palabra:

—¡Levántate, hija mía! Salgamos sin tardanza hacia el Campo de las Letras. Es allí, en aquel país rico y fértil, donde será fundada la Ciudad de las Damas, allí donde se hallan mansos ríos y vergeles cargados de fruta, donde la tierra produce buenas y abundantes cosas. Coge la azada de tu inteligencia y cava hondo. Por donde veas el trazado de mi regla, cava un foso profundo, yo te ayudaré cargando la tierra en cestas que llevaré a hombros.

Para obedecer sus órdenes, me levanté entonces con celeridad, porque su poder me había devuelto fuerza y rapidez. Ella me precedió para guiarme hasta el Campo de las Letras, y siguiendo sus indicaciones, me puse a cavar el foso interrogando con la azada de la inteligencia. Mi primer trabajo fue el siguiente:

—Señora, me acuerdo que antes dijisteis a propósito de todos esos hombres que critican tan severamente las costumbres de las mujeres, condenándolas a todas sin apelación, que cuanto más tiempo permanece el oro en el crisol más se afina y depura. Sin duda, eso significa que cuanto más se desprecia a las mujeres mayor es su mérito y fama. Ahora bien, os ruego que me digáis por qué tantos autores las censuran en sus obras. Ya me habéis dado a entender que ellos se equivocan, pero ¿cuál es el motivo? ¿Es Naturaleza la que les empuja a ello, o lo hacen por odio? ¿Cómo puede ser?

—Hija mía —me respondió—, para darte ánimo y que caves más profundamente, esta primera cestada será para mí. Has de saber que la causa no es natural sino todo lo contrario, puesto que no existe lazo terrenal más fuerte que el amor que Naturaleza crea por orden divina entre el hombre y la mujer. Las razones que han llevado —y aún siguen llevando— a los hombres a acusar a las mujeres son varias y numerosas, como es el caso de los autores a los que has leído. Algunos lo hicieron con buenas intenciones, para volver a poner en el buen camino a hombres encaprichados

con mujeres lascivas e impedir que errasen frecuentándolas. Para que todos los hombres rehúyan la lujuria han condenado a las mujeres sin excepción.

—Dama mía —dije entonces—, perdonadme si os interrumpo: ¿acaso no hicieron bien, ya que sus intenciones eran buenas y como suele decirse, por sus intenciones se juzga al hombre?

—Es un error, querida hija —me contestó—, porque la ignorancia no sirve de excusa. Si te matasen con buenas intenciones, ¿habrían hecho bien? Todos, tal y como los ves, no han hecho otra cosa con sus acusaciones que abusar de un derecho, porque no es justo causar daños y perjuicios a una parte con el pretexto de ayudar a la parte contraria, como hacen condenando la conducta de todas las mujeres. Esto te lo puedo demostrar por experiencia, ya que no se puede condenar sin atender a los hechos. Supongamos que lo hayan hecho para devolver a los locos la cordura; esto sería como si a mí se me antojara condenar el fuego —elemento a todas luces bueno y necesario— bajo el pretexto de que algunos se queman, o el agua porque otros se ahogan. Lo mismo podría decirse de todas las cosas buenas, ya que pueden usarse para el bien o para el mal. Tú misma lo has dicho muy bien en alguno de tus escritos: no es a las mujeres a las que hay que acusar si hay locos que abusan de ellas; los que se han permitido esas afirmaciones ultrajantes tuercen la verdad para casarla al bies con su tesis, como quien talla para sí un largo tocado a lo ancho de la tela porque no tiene que pagarla, y como nadie le hace frente para reprochárselo, se otorga así el derecho de apropiarse de un bien ajeno. Tú lo has dicho muy bien en alguna parte: si esos autores que censuran la vida y costumbres de toda mujer hubieran condenado sólo a las de vida disoluta y hubieran intentado encarrilar a los hombres a una conducta razonable, impidiendo así que se quedaran pegados a la lujuria, yo admitiría la pertinencia de sus escritos. En efecto, no hay nada que deba rehuirse tanto en este mundo como una mujer perversa y disoluta; es algo monstruoso porque la naturaleza misma de la mujer la lleva a ser sencilla, prudente y honrada. Puedo asegurarte que no soy yo quien los incita a acusar a todas las mujeres de esta forma cuando existen muchas muy dignas, son ellos y todos quienes los citan los que se equivocan groseramente.

Echa entonces fuera de esta cantera todos estos negros y sucios pedruscos, porque jamás podrán utilizarse para la construcción de tu hermosa Ciudad.

»Otros hombres han acusado a las mujeres por distintas razones: los unos impulsados por sus vicios, los otros debido a la invalidez de su propio cuerpo, algunos por pura envidia y en mayor medida porque les gusta hablar mal de la gente; finalmente existen otros que para demostrar lo mucho que han leído sólo se basan en lo que han encontrado en los libros y se limitan a citar a los autores, repitiendo lo que ya se ha dicho.

»Cuando hablo de los que acusan a las mujeres impulsados por sus vicios, me refiero a aquellos hombres que han disipado su juventud con mujeres lascivas; tantas han sido sus aventuras que se han vuelto hipócritas, han envejecido sin arrepentirse y pasan el tiempo lamentando sus pasadas locuras y la vida disoluta de su juventud. Como Naturaleza, dejando sin hábito sus helados sentidos, les prohíbe satisfacer sus deseos, están amargados viendo que ya ha terminado para ellos la época que llamaban el buen tiempo y que ahora los jóvenes, que son hoy lo que ellos fueron ayer, se dedican a disfrutar, o por lo menos así les parece. Para purgar su negra bilis no les queda otro remedio que acusar a las mujeres, porque piensan que dándoles asco a los demás los alejarán de ellas. El lenguaje de esos viejos suele ser grosero y desvergonzado, como puedes observarlo en este Mateolo, que en su escrito se retrata a sí mismo como un anciano impotente. Con su ejemplo tienes de sobra para cerciorarte de la verdad de lo que digo, y puedo asegurarte que existen otros muchos casos.

»Sería una verdadera desgracia que todos los ancianos fueran así de depravados. Distan mucho aquellos viejos corrompidos, tan incurables en su enfermedad como los leprosos, de esos hombres honorables a los que con el tiempo vuelvo perfectos en sabiduría y virtud. Ellos sólo pronuncian palabras mansas y dignas. Odian la calumnia, ni acusan ni difaman a hombres y mujeres, y como aborrecen el vicio, condenan a los pecadores en general, sin culpar a alguien en particular, limitándose a encaminarlos hacia la virtud.

»Los hombres desvalidos que han atacado a las mujeres tie-

nen unos miembros contrahechos que contrastan con su mente ingeniosa y espíritu malicioso. No conocen otro remedio a su impotencia que vengarse acusando a las mujeres que dan gozo a todos, porque así creen privar a los demás del placer que les niega su propio cuerpo.

»Quienes han acusado a las mujeres por pura envidia son hombres indignos que, como se encontraron con mujeres más inteligentes y de conducta más noble que la suya, se llenaron de amargura y rencor. Son sus celos los que les llevan a despreciar a todas las mujeres porque piensan que de esa forma ahogarán su fama y disminuirán su valía, como aquel infeliz, cuyo nombre no recuerdo, que en un tratado titulado pomposamente *Sobre la Filosofía* se esfuerza en demostrar que es indecoroso para un hombre tener consideración hacia una mujer, sea la que sea. Afirma que quienes den alguna prueba de estima hacia las mujeres pervierten el nombre mismo de su libro haciendo de «filosofía» una «filofolía», es decir, del amor a la sabiduría un amor a la locura. Ahora créeme, con todas las argucias y falacias que se permite, quien hace de su libro una verdadera «filofolía» es él.

»En cuanto a los que su naturaleza lleva a maldecir, no hay que extrañarse de que hablen mal de las mujeres. Te aseguro, sin embargo, que todo hombre al que le guste hablar mal de las mujeres es poco honrado y bajo de espíritu, porque actúa a la vez en contra de Razón y Naturaleza: en contra de Razón porque es de seres ingratos no reconocer todo el bien que les hacen las mujeres con tan generosos dones, que nadie podría devolverlos por mucho que quisiera, y además siempre seguirán necesitando a las mujeres. Va en contra de Naturaleza porque no hay bestia ni pájaro que no busque naturalmente su otra mitad, es decir, la hembra; por lo tanto, no es natural que un hombre dotado de razón haga justo lo contrario.

»Como no hay obra tan digna de alabanza que no tenga su contrahechura, muchos son los que alardean de escribir; les parece que no pueden equivocarse si otros ya han escrito lo que ellos quieren decir, y así les da por difamar. Es una especie que conozco bien. Algunos se ponen a escribir versos sin esforzarse en pensar y guisan unos poemas a modo de insípidos caldos. Otros hacen remiendos vistiendo facticias baladas que hablan de

costumbres principescas, de toda clase de personas y por supuesto de mujeres, pero ellos son incapaces de reconocer y enmendar los defectos de su conducta. Eso no impide que al profano, que anda tan desprovisto de juicio crítico como ellos, todo esto le resulte maravilloso y lo mejor del mundo.

IX

De cómo Cristina cavó la tierra, es decir,
de las preguntas que hizo a Razón
y de las respuestas de esta última

»Ahora queda diseñada la gran obra que he preparado para ti —me dijo Razón—, sólo tienes que esforzarte en cavar la tierra, siguiendo la línea que yo te he trazado con mi regla.

Obedeciendo sus órdenes empecé a cavar con todas mis fuerzas:

—Señora mía, ¿cómo es posible que Ovidio, al que llaman el Príncipe de los Poetas —aunque algunos, entre los cuales me cuento, y vos me podéis corregir, estiman que esos laureles deben atribuirse a Virgilio—, haya hablado tan mal de las mujeres en sus poemas, en el *Ars amandi* o bien en el *Remedia amoris* y en algunas otras de sus obras.

Razón me contestó:

—Sí, Ovidio poseía el arte y la ciencia de escribir versos y su viva inteligencia brilla en todos sus poemas, pero se hundió en la vanidad y en los placeres del cuerpo. No le bastaba con una sola amante sino que poseía cuantas le permitían sus fuerzas, sin contenerse, sin mostrar lealtad ni interés hacia ninguna. Llevó esa clase de vida mientras le duró la juventud y recibió a cambio lo merecido en tales circunstancias: quedó deshonorado, mutilado y arruinado. Fue condenado al exilio por su lujuria tanto en sus actos como en sus escritos, donde aconsejaba a los demás la suerte de vida que había elegido. Asimismo, cuando fue revocado su exilio gracias a la intervención de sus partidarios, jóvenes romanos cercanos al poder, se apresuró a caer en los mismos desórdenes por los que había sido condenado y fue por esto castigado y desfigurado, castigado así en su propio cuerpo. Todo es

to tiene que ver con lo que te decía antes: cuando vio Ovidio que ya no podía llevar aquella vida que tantos placeres le había dado, empezó a atacar a las mujeres con unos hábiles razonamientos con la intención de convertirlas en objeto de repulsión para los demás.

—Así es, verdaderamente, Señora mía. Yo conozco el libro de otro autor italiano, llamado Checco d'Ascoli⁵, originario, creo yo, de las Marcas de Toscana, que tiene un capítulo donde habla pestes de las mujeres. Es un lenguaje que sobrepasa lo imaginable y que ninguna persona sensata quisiera reproducir.

—No te extrañe, hija —me respondió—, que Checco d'Ascoli haya hablado mal de las mujeres, porque aborrecía a todas y las odiaba. Su perversión le llevaba a intentar que todos los hombres compartieran su odio hacia ellas. Tuvo, sin embargo, su justo premio, ya que pagó sus ultrajes con una muerte infame en la hoguera.

—Conozco otro opúsculo en latín, llamado *Secreta mulierum*, *Los secretos de las mujeres*⁶, que sostiene que padecen grandes defectos en sus funciones corporales.

Ésta fue su respuesta:

—La experiencia de tu propio cuerpo nos dispensará de otras pruebas. Ese libro es un puro disparate, una verdadera antología de la mentira, y para quien lo haya leído queda bien claro que no encierra ninguna verdad. Ahora bien, dicen algunos que lo escribió Aristóteles, pero ¿cómo creer que un filósofo tan grande haya cometido tales dislates? Como las mujeres pueden saber por su propia experiencia corporal, algunas cosas de este libro no tienen más fundamento que la estupidez, por lo que se puede deducir que otros puntos son otras tantas patentes mentiras. ¿No te acuerdas de cómo al principio del libro afirma que no sé qué Papa había amenazado con excomulgar a cualquier hombre que se atreviera a leerlo a una mujer o a ponerlo en sus manos?

—Sí, me acuerdo.

—¿Sabes con qué mala intención se ofrece esa estupidez a la credibilidad de hombres ingenuos y necios?

—No, Señora mía, tendréis que explicármelo.

—Quien lo escribió no quiso que las mujeres se enteraran de lo que afirmaba, porque sabía que si ellas lo leyeran u oyesen

leer se percatarían de que sólo son disparates y lo refutarían entre burlas; con esta artimaña, creyó el autor poder engañar a los hombres que lo leyesen.

—Me acuerdo, Dama mía, entre otras cosas, que después de un largo discurso donde afirma con insistencia que si el cuerpo que se forma dentro del vientre de una madre es el de una hembra, se debe a una flaqueza y debilidad natural, el autor sigue diciendo que Naturaleza se avergüenza de haber hecho una obra tan imperfecta como es el cuerpo femenino.

—Ahí ves, querida amiga, la gran locura, la ciega cerrazón que le lleva a sostener tales despropósitos. ¡Cómo Naturaleza, discípula del Divino Maestro, iba a tener más poder que quien le confiere su autoridad! Dios tuvo en su pensamiento eterno la idea del hombre y de la mujer. Cuando quiso sacar a Adán del limo de la tierra en el campo de Damasco, así lo hizo y llevóle hasta el Paraíso Terrenal, que era y sigue siendo el sitio más hermoso de este mundo. Allí lo dejó dormido y formó el cuerpo de la mujer con una de sus costillas para significar que ella debía permanecer a su lado como su compañera, no estar a sus pies como una esclava, y que él habría de quererla como a su propia carne. Si el Soberano Obrero no se avergonzó creando el cuerpo femenino, ¿por qué Naturaleza habría de avergonzarse? Decir esto es el colmo de la necedad, y además ¿cómo fue formada la mujer? No sé si te das cuenta de que fue formada a la imagen de Dios. ¿Cómo puede haber lenguas que renieguen de una impronta tan noble? Sin embargo, hay locos que creen, cuando oyen decir que Dios hizo al hombre a su imagen, que se trata del cuerpo físico. Nada más falso, ya que Dios aún no había tomado cuerpo humano. Al contrario, se trata del alma, reflejo de la imagen divina, y esta alma, en verdad, Dios la creó tan buena y noble, idéntica en el cuerpo de la mujer y del varón. Como decíamos, la mujer ha sido hecha por el Soberano Obrero en el Paraíso Terrenal y ¿de qué sustancia? No de vil materia sino de la más noble jamás creada, puesto que Dios la hizo del cuerpo del hombre.

—Por lo que me decís, Dama mía, la mujer es una creación muy noble. Sin embargo, dice Cicerón que un hombre no debe nunca servir a una mujer porque ponerse al servicio de alguien menos noble que uno mismo sería envilecerse.

Ella me respondió con estas palabras:

—El más grande es aquel o aquella que más méritos tiene. La superioridad o inferioridad de la gente no reside en su cuerpo, atendiendo a su sexo, sino en la perfección de sus hábitos y cualidades. Feliz aquel que sirve a la Virgen, cuya perfección sobrepasa la de los ángeles.

—Uno de los Catones, el que fue gran orador, pretende también que si el mundo hubiese sido creado sin la mujer, conversaríamos con los dioses.

—Aquí queda manifiesto —me contestó—, el desatino de aquel a quien llamaron sabio. Es por mediación de la mujer por lo que el hombre accedió al reino de Dios. Si alguien quisiera alegar que, por culpa de Eva, la mujer hizo caer al hombre, le respondería que si Eva le hizo perder un puesto, gracias a María ganó uno más alto. De no ser por esta falta, jamás se hubiera logrado esta unión del hombre con la divinidad. Hombres y mujeres deben agradecer a Eva tan gran honor, porque, al haber caído tan bajo la naturaleza humana, más alta ha sido elevada por el Creador. En cuanto a conversar con los dioses, de no haber existido la mujer, como afirma Catón, él mismo no se imaginaba su acierto; él era pagano y creía por lo tanto que los dioses habitaban tanto el infierno como el cielo —pues a los demonios los llamaban divinidades infernales— así que no es ningún error afirmar que sin María los hombres conversarían con aquellos dioses infernales.

X

De los nuevos comentarios que intercambiamos sobre el mismo tema

—Catón de Útica, del que hablábamos, dice también de la mujer que se parece a la rosa, cuya belleza agradable de mirar esconde el pinchazo de sus espinas.

—Aquí también —respondió Razón— este Catón no sabía lo acertado que andaba. Nada es más agradable de mirar que una mujer de bellas cualidades, pero la espina del miedo a la deshonor queda clavada en su alma; de ahí la reserva, sabiduría y prudencia que le son propias y le sirven de protección.

—¿Debe creerse, Señora mía, el testimonio de quienes sostienen que las mujeres son por naturaleza glotonas y comilonas?

—Hija, habrás oído citar a menudo el dicho de que «lo que Naturaleza da no se quita». Con tales inclinaciones se las vería a todas horas en los lugares donde venden buena comida y platos agradables, es decir, en tascas y posadas, cuando allí apenas se las ve. Si se me quiere contestar que la vergüenza las retiene, yo replicaría que su único freno es su temperamento. En el caso de que tuvieran tal inclinación, habría que alabar su valor y constancia al vencerla. A propósito, acuérdate de lo que te ocurrió hace algún tiempo, un día de fiesta en que hablabas en el umbral de tu puerta con tu vecina, mujer respetable. Visteis a un hombre que salía de la taberna charlando con otro:

»—He gastado tanto dinero en la taberna —decía— que hoy mi mujer no beberá vino.

»Tú le interpelaste entonces para preguntarle por qué y él te contestó:

»—Señora, cada vez que vuelvo de la taberna, mi mujer suele preguntarme cuánto he gastado. Si son más de doce monedas, entonces quiere compensar mi gasto con su sobriedad. «No nos da para poder despilfarrar los dos», suele decirme.

—Sí que me acuerdo, Dama mía —le respondí.

—No faltan ejemplos —prosiguió— para demostrar que las mujeres son de un temperamento sobrio. Cuando no lo son, no es por inclinación natural sino por una perversión. La glotonería que atrae otros muchos vicios es aún más fea en la mujer. Es un hecho notorio que el lugar más frecuentado por las mujeres es la iglesia, donde acuden presurosas con rosario y misal en la mano para oír el sermón y confesarse.

—Es cierto —respondí—, pero dicen los hombres que ellas van a los oficios vestidas con sus mejores prendas, dando muestras de sus encantos para atraer al amor y buscar galanes.

—Eso sería verdad, hija mía, si no se vieran más que mujeres jóvenes y hermosas, pero mira los lugares de culto y por cada joven verás veinte o treinta mujeres viejas vestidas con gran sencillez y decoro. Eso respecto a la devoción, pero la caridad está aún más extendida entre las mujeres. ¿Quién visita los hospitales cuidando y reconfortando a los enfermos? ¿Quién ayuda a

los pobres? ¿Quién prepara a los muertos para darles sepultura? Ahí está la vía real que Dios mismo nos manda seguir.

—Tenéis razón, Dama mía, pero dice un autor que las mujeres son débiles por naturaleza y que en esto se parecen a los niños, lo que explicaría por qué mujeres y niños gustan de estar en mutua compañía.

—Hija mía, si te tomas la molestia de observar el carácter de los niños, verás que les gustan naturalmente la amabilidad y la dulzura y ¿qué hay más dulce y amable en el mundo que una mujer de bien? ¡Qué perversidad por parte de aquella gente malévola hacer de la ternura, esa gran calidad que Naturaleza concede a las mujeres, un defecto que se le pueda reprochar! Si a las mujeres les gustan los niños, no es por debilidad sino por bondad natural, y si tienen dulzura infantil, es con perfecta conciencia. Su conducta nos recuerda el Evangelio: cuando discutían los apóstoles para saber quién de ellos era superior, nuestro Señor cogió un niño, y poniéndolo en medio de ellos, dijo: «Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos».

—Señora mía, los hombres guardan en su panoplia un dicho que encierra los mayores reproches hacia nosotras: «Dios creó a la mujer para llorar, charlar e hilar».

—Querida Cristina, este dicho lleva su verdad, pero dígame lo que se quiera, ahí no queda motivo para el reproche. Que Dios les haya dado tal vocación es algo excelente, porque muchas se salvaron gracias al llanto, al huso y a las palabras. A quienes se lo reprochan recordaré que Cristo, que lee en las almas el más recóndito pensamiento, jamás se hubiera rebajado para verter Él mismo lágrimas de compasión, lágrimas de su cuerpo glorioso, cuando vio llorar a María Magdalena y a Marta por la muerte de su hermano Lázaro, a quien resucitó, si hubiera creído que las mujeres lloran sólo por debilidad o estupidez. ¡De cuántos dones al contrario ha colmado estas lágrimas de mujer! No desdeñó las de María Magdalena, sino que tanto le agradaron que le perdonó sus pecados, y ella mereció por su llanto entrar en el reino celeste.

»Tampoco despreció las lágrimas de aquella viuda que lloraba a su hijo único, a quien iban a dar tierra. Se conmovió, Él, fuente de toda piedad, preguntó lleno de compasión: «¿Mujer por qué lloras?», y resucitó a su hijo al instante. Cuentan las Sa-

gradas Escrituras otros muchos milagros —la lista sería muy larga— que hizo Dios, movido por lágrimas de mujer. Me atrevo a afirmar que muchas fueron salvadas por las lágrimas de su devoción, así como los hombres y las mujeres por los que oraban. Tan gran Doctor de la Iglesia como san Agustín, ¿acaso no se convirtió gracias al llanto de su madre?, aquella mujer excelsa lloraba sin cesar, rogando a Dios que iluminara el corazón de su hijo pagano. San Ambrosio, a quien visitaba aquella santa mujer para pedirle que rezara por su hijo, le contestó:

»—Mujer, no creo que tantas lágrimas puedan derramarse en vano.

»¡Oh beato Ambrosio, tú que no tenías por frívolo el llanto de una mujer! Gracias a las lágrimas de una mujer, san Agustín brilla como una luminaria sobre el altar de la Iglesia. Esto es lo que hay que contestar a los hombres para que se callen.

»La palabra es otro don que otorgó Dios a las mujeres —¡alabado sea Dios! porque si no seríamos mudas—. Ahora bien, en contra de lo que reza ese dicho, forjado por no se sabe quién para difamar a las mujeres, si la palabra femenina fuera tan despreciable y de tan escasa autoridad como algunos pretenden, jamás hubiera permitido nuestro Señor que fuera precisamente una mujer quien anunciara su Resurrección; así hizo con María Magdalena el día de Pascua, cuando le ordenó que llevara la noticia a Pedro y a los demás apóstoles. ¡Bendito seas, Dios mío, por haber querido que, además de los infinitos dones con los que colmaste al sexo femenino, fuera una mujer la mensajera de tan extraordinaria nueva!

—Mejor harían en callarse todos esos envidiosos, Dama mía —comenté entonces—, si sólo se percataran de ello. Ahora me da risa una tontería que suelen contar algunos hombres e incluso me acuerdo de haberla oído en el sermón, ya que hay predicadores bastante necios como para retomar la broma afirmando que si Dios se apareció primero a una mujer fue porque sabía que no podría callarse y que antes se conocería la noticia de su Resurrección.

—Hija mía —me contestó—, haces bien llamando necios a los que cuentan esto porque no sólo difaman a las mujeres sino que blasfeman, pretendiendo que algo tan sagrado fue revelado gra-

cias a un vicio. No sé cómo se atreven a atribuirle a Dios esa intención, porque no puede uno, ni siquiera en broma, burlarse de las cosas divinas.

»Siguiendo con la locuacidad femenina, te diré que fue algo excelente para aquella mujer de Caná haber perseguido a Cristo por las calles de Jerusalén para suplicarle entre palabras y gritos: «¡Señor ten piedad de mí porque mi hija está enferma!». ¿Qué hizo entonces el Dios de bondad, dispuesto siempre a que se cumpla el menor ruego que venga del corazón? Escuchó complacido el torrente de palabras que salía de la boca de aquella mujer. Para poner a prueba su perseverancia, la comparó con los perros —y parece que lo hizo con bastante dureza, porque ella era extranjera y heterodoxa—. Ella no dudó en contestarle sin turbarse: «Es verdad, Señor, pero los perritos comen las migas que caen de la mesa de sus amos». Mujer tan digna, ¿quién te enseñó a hablar así? La pureza de tu alma inspiró tan sabias palabras que hicieron triunfar tu causa. Quedó muy claro cuando Cristo, volviéndose a sus discípulos, afirmó que en todo Israel no había encontrado tanta fe y accedió a sus ruegos. ¿Quién podrá jamás hacer justicia a este tributo pagado al sexo femenino, que los envidiosos se esfuerzan en denigrar? Dios encontró en el corazón de una mujer de baja condición y extranjera más fe que en todos los obispos, príncipes, sacerdotes y todo el pueblo judío, ellos que pretendían ser los elegidos de Dios.

»La mujer samaritana, que había ido a buscar agua al pozo donde Cristo se había sentado para descansar, se dirigió también a Él, abogando por su causa. ¡Bendito cuerpo divino, cómo te dignaste en contestar con palabras de consuelo a una humilde mujer que ni siquiera compartía tu fe! Dejaste bien patente tu aprecio a la devoción del sexo femenino. Hoy en cambio, ¡Dios mío, qué no haría falta para ver a unos obispos charlar con una mujer sencilla, aunque sólo fuera para hablar de su salvación!

»No habló con menos tino aquella mujer que asistía al sermón de Cristo y cuyo corazón se inflamó escuchando sus palabras. Dicen que las mujeres no saben callarse, pero qué acierto cuando ella se levantó, llena de entusiasmo, y gritó en medio de la multitud la frase que recoge el Evangelio: «¡Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!».

»Así puedes comprender, querida hija, que si Dios ha concedido el don de la palabra a las mujeres fue por mejor servir su gloria. No se les debe reprochar algo donde reside tanto bien, ya que rara vez han causado daño palabras de mujer.

»En cuanto a hilar con la rueca, es otro don natural, pero a su vez un trabajo necesario para celebrar el servicio divino y vestir a todas las criaturas dotadas de razón, evitando así el desorden del mundo. Es el colmo de la perversidad reprochar a las mujeres algo que las honra y por lo que merecen agradecimiento.

XI

Cristina pregunta a Razón por qué las mujeres están excluidas del sistema judicial. Respuesta de Razón

—Muy noble y venerada Dama, vuestras explicaciones me satisfacen plenamente, pero decidme aún, si lo tenéis a bien, por qué las mujeres no ejercen ante los tribunales, no instruyen juicios ni dictan sentencia. Dicen los hombres que es culpa del mal gobierno de no sé qué mujer ante una corte de justicia.

—La malevolencia, hija mía, inventó esa historia pueril y sin fundamento. Si uno quisiera saber las causas de todo, no acabaría nunca y no bastaría ni el propio Aristóteles, que tantas explicaciones dio en sus *Problemata y Categoriae*.

»Ampliando nuestro planteamiento podríamos preguntarnos por qué Dios no quiso que los hombres hicieran trabajos de mujeres o las mujeres trabajos de hombres. A esto hay que contestar que un amo inteligente y precavido distribuye en su hacienda los distintos trabajos domésticos, y lo que es tarea de uno no le corresponde a otro. Así, quiso Dios que el hombre y la mujer le sirvan de forma distinta, que se presten mutua ayuda, cada uno a su manera. Por ello dotó a los dos sexos con la naturaleza y cualidades necesarias para cumplir con sus deberes, aunque a veces los seres humanos se equivoquen sobre lo que les conviene. A los hombres Dios les otorgó la fuerza física y el valor para andar por la vida y hablar sin temor; gracias a esas aptitudes, aprenden el derecho, tan necesario para mantener el imperio de la ley

en el mundo, y si alguien se niega a respetar la ley establecida, cuando es promulgada conforme a derecho, hay que obligarle por la fuerza y el poder de las armas. Las mujeres no podrían recurrir a una vía tan violenta. Además, si es verdad que Dios concedió a muchas una inteligencia muy viva, sería impropio de la honradez que las caracteriza que fueran a querellarse ante los jueces por la mínima causa, como hacen muchos hombres, que se comportan de forma irresponsable. ¿Para qué mandar a tres, entonces, llevar un peso que dos pueden levantar fácilmente?

»Ahora bien, si con esto se quiere pretender que las mujeres no son bastante inteligentes para estudiar derecho, la experiencia demuestra lo contrario. Como veremos más adelante, la historia ha dado muchas mujeres —y en nuestro tiempo también se encuentran— que fueron grandes filósofas, capaces de dominar unas disciplinas mucho más complejas, sutiles y elevadas que el derecho escrito y los reglamentos establecidos por los hombres⁷. Si se quiere afirmar, por otra parte, que las mujeres no tienen ninguna disposición natural para la política y el ejercicio del poder, podría citarte el ejemplo de muchas mujeres ilustres que reinaron en el pasado. Para que te adentres aún más en esta verdad, te recordaré también algunas de tus coetáneas que, una vez viudas, llevaron muy acertadamente todos los asuntos tras la muerte de su marido, demostrando así que una mujer inteligente puede hacerse cargo de cualquier tarea.

XII

Donde se trata de la emperatriz Nicaula

»Ahora dime, te lo ruego, si hubo jamás algún rey que igualara a la muy noble emperatriz Nicaula. ¿Dónde se ha leído que un rey haya tenido tanto sentido de la política, del Estado y de la justicia o incluso una corte con tanto lujo y suntuosidad? Aunque sobre los muchos países y vastos dominios de su imperio reinaron antes afamados soberanos, llamados faraones, que eran de su mismo linaje, fue ella la primera en instaurar la ley y el orden público y poner así término, o cuando menos suavizar, allí donde gobernaba, la crueldad de los hábitos de los etíopes y

las brutales costumbres de aquellos bárbaros. Según los autores que tratan de este tema es muy digno de elogio en esta mujer haber civilizado y sacado a su pueblo de la barbarie. Ella fue heredera de los faraones, es decir, no ejerció la ejemplaridad de su gobierno dentro de los límites de un país pequeño, sino sobre Arabia, Etiopía, Egipto y Mero —gran isla sita en medio del Nilo—, reinos que cuentan con toda suerte de recursos. ¿Qué más decirte sobre esta mujer? Fue tan sabia y su imperio tan inmenso que incluso la Biblia alude a la grandeza de su poder. Ella misma promulgó para su pueblo, con una justicia de gran alcance, las leyes que lo rigieron. Tanto por la nobleza de su carácter como por la abundancia de sus riquezas, superó a casi todos los hombres que han gobernado. Era muy entendida en el arte de las letras y de las ciencias, y tan altiva que jamás se dignó casarse y no quiso tener ningún hombre a su lado.

XIII

De la reina Fredegunda y de algunas otras reinas y princesas de Francia

»Podría hablarte largo tiempo de las mujeres del pasado que dieron pruebas de sabio gobierno, y ahora conversaremos sobre ello. Había en Francia una reina llamada Fredegunda, esposa del rey Chilperico. Pese a una crueldad inusitada en una mujer, después de la muerte de su marido gobernó muy prudentemente el reino de Francia, en un momento muy peligroso en el que amenazaba con naufragar y hundirse, porque el único heredero era un niño de muy tierna edad, llamado Clotario. Una guerra salvaje había estallado entre los barones, que enfrentados entre sí eran incapaces de ponerse de acuerdo sobre los asuntos del reino. Sin soltar al niño de sus brazos, la reina convocó la asamblea de los barones y les dijo: «Señores barones, aquí está vuestro rey. No olvidéis que la lealtad siempre ha sido cualidad de los francos. No despreciéis la extrema juventud de este infante, porque con la ayuda de Dios crecerá, y cuando esté en edad de reinar, sabrá reconocer a sus verdaderos amigos y premiarlos según sus méritos, siempre que no cometáis el crimen de desheredarle. En

cuanto a mí, os aseguro que sabré recompensar generosamente la lealtad y fidelidad con muy provechosos y duraderos beneficios». Así apaciguó la reina a los barones y arrancó a su hijo de manos de sus enemigos. Ella misma lo educó hasta que fue mayor de edad y recibió de ella la corona y el honor del reino. Sin el sabio gobierno de esta mujer, nada de esto hubiera ocurrido.

»Otro tanto puede decirse del papel tan acertado de la muy noble reina Blanca, madre de san Luis, que durante la minoría de edad de su hijo gobernó el reino de Francia con tanta inteligencia y prudencia que ningún hombre lo hubiera hecho mejor. Se quedó dirigiendo el Consejo, incluso cuando su hijo alcanzó la edad de reinar, porque todos admiraban su sentido de la política. Nada se hacía sin su intervención y hasta llegó a acompañar a su hijo a guerrear.

»Podría citarte numerosos ejemplos, pero no quisiera extenderme demasiado, y como hemos empezado evocando las damas del reino de Francia, sin tener que ir a buscar en los anales del pasado, te traeré a la memoria lo que tú misma presenciaste en tu infancia. Piensa, si todavía te acuerdas de ella, en la reina Juana de Borbón, viuda del rey Carlos V^o, en todo el bien que fama cuenta sobre esta mujer y en todas las nobles cualidades que demostró al llevar la corte y el ejercicio de la justicia. No se sabe de ningún príncipe que haya hecho reinar la justicia mejor que ella, en la medida de sus prerrogativas.

»En esto se le parecía su hija, esposa del duque de Orleans, hijo del rey Felipe, ya que nadie podría haber hecho más justicia de la que ella ejerció en sus tierras durante el largo periodo de su viudedad.

»Fue también el caso de la difunta reina Blanca, esposa del rey Juan, que administró sus tierras y ejerció el poder con gran respeto del derecho y la justicia.

»¿Qué decir de la duquesa de Anjou, hija de Carlos de Blois, duque de Bretaña, esposa del hermano menor de Carlos el Sabio, rey de Francia, que llegó a ser luego rey de Sicilia? Con acierto y valor, mantuvo bien alta la espada de la justicia sobre sus tierras de Provenza y demás dominios, salvaguardándolos con su buen gobierno durante la minoría de edad de sus hijos. ¡Cómo alabar todas las cualidades de esta dama! En su juventud,

superó en belleza a las demás mujeres, su virtud fue irreprochable y su sabiduría ejemplar. En la edad madura, como ya hemos visto, gobernó con supremo acierto y con una fuerza de voluntad sin fallo. En efecto, después de la muerte de su marido en Italia, casi toda Provenza se rebeló contra ella y sus hijos, pero esta gran dama luchó con tal denuedo, mezclando la fuerza con la dulzura, que logró restablecer el imperio de la ley en sus tierras y nunca se oyó contra ella queja alguna.

»Podría seguir hablándote de otras damas de Francia que al quedarse viudas tuvieron que tomar solas las decisiones y administrar sus tierras con acierto y justicia. Es el caso, por ejemplo, de la condesa de Vendôme, gran terrateniente, que vive todavía. Siempre se preocupa de la forma en que se ejerce la justicia en su nombre, gobierna con gran prudencia, tomándose con mucho interés todo lo que concierne al derecho.

»No quiero aducir más ejemplos, pero te aseguro que podría decirse lo mismo de otras muchas mujeres, de alta, mediana y baja condición, que como puede observarlo quien quiera fijarse en ello mantienen sus feudos o bienes en tan buen estado como cuando vivían sus maridos, suscitando en sus súbditos mucha estima y afecto. Ciertamente, hay mujeres tontas, pero sin querer ofender a los varones, también hay muchas que, pese a su falta de cultura, tienen la mente más alerta y razonan mejor que la mayoría de los hombres. Sus maridos harían bien en confiar en ellas o en tomar algo de su buen juicio que les sería de gran provecho.

»Aun así, las mujeres no deben lamentar el no ejercer la justicia ordinaria ante los tribunales ni tener que dictar sentencia, porque esto las aparta del peligro físico y moral. A la hora de fallar, habrá bastantes jueces que hubieran preferido no haber conocido algunos crímenes, que implican tan graves castigos.

XIV

Cristina y Razón debaten e intercambian ideas

—Decís verdad, Dama mía, y mi mente se complace en escucharos. Ahora bien, pese a lo que hablamos acerca de la inte-

ligencia femenina, es sabido que las mujeres tienen el cuerpo delicado, vulnerable, sin fuerza, y que son de natural miedoso. Todo ello merma considerablemente el crédito y la autoridad del sexo femenino a ojos de los hombres, quienes afirman que la imperfección del cuerpo lleva consigo el empobrecimiento y la debilidad del carácter, y por consiguiente, según ellos, las mujeres serían menos dignas de elogio.

—Querida hija —me respondió—, es una conclusión totalmente viciada, que no se puede sostener. Mira cómo a menudo, cuando Naturaleza no ha logrado dar a dos cuerpos el mismo grado de perfección —porque creó uno deforme, inválido o con algún tipo de deficiencia en su forma física—, compensa tal defecto concediéndole algo mucho más importante. Dicese, por ejemplo, del gran filósofo Aristóteles que era muy feo, bizco y con una cara muy extraña, pero Naturaleza hizo más que enmendar su cuerpo tan poco agraciado dotándole con grandes facilidades intelectuales y cualidades de juicio, como queda patente por la autoridad de sus escritos. Más le valió recibir ese don de suprema inteligencia que la belleza de cuerpo de Absalón.

»Otro tanto puede decirse del emperador Alejandro Magno. Era muy feo, bajo y enclenque, pero tuvo sin embargo el valor de espíritu que hizo su fama. Así de otros muchos hombres. Te juro, querida, que un físico fuerte y vigoroso no es garante de un espíritu valiente y poderoso, porque esto proviene de una fuerza natural del carácter. Es un don que Dios permite que Naturaleza conceda a algunas de sus criaturas más que a otras. El valor no reside en la fuerza del cuerpo, sino que su sede se esconde en el corazón y la conciencia. Así se ven muchos hombres altos y fuertes, pero cobardes y blandos, mientras otros, atrevidos y emprendedores, son bajos y débiles de cuerpo. Así ocurre con otras cualidades, pero en lo que respecta al valor y la fuerza física, Dios y Naturaleza han hecho un favor a las mujeres dándoles la debilidad. Gracias a ese defecto que tampoco es muy ingrato, no tienen que cometer horribles torturas, asesinatos y crueles exacciones que Fuerza ha mandado y sigue mandando acometer cuando ella señorea este mundo. No tendrán que padecer los fulminantes castigos que atraen esa suerte de actos. Ciertamente, a más de un hombre fuerte le hubiese valido pere-

grinar bajo el débil cuerpo de una mujer. Volviendo a lo de antes, te aseguro que si Naturaleza no ha concedido a la mujer una gran fuerza física, la ha compensado dotándola de una disposición a la virtud que le hace amar a Dios, temiendo pecar contra sus mandamientos, y todas las que no actúan así pervierten su naturaleza.

»Debes saber sin embargo, querida Cristina, que, según parece, Dios quiso manifestar a los hombres que si no todas las mujeres tienen la audacia y fuerza física de la que dan prueba los hombres en general no debe deducirse que las mujeres andan totalmente desprovistas de estas cualidades. En efecto, se han visto muchas mujeres a lo largo de la historia que demostraron a las claras este valor, esta fuerza emprendedora para llevar a cabo las más audaces misiones, que suele destacarse en los conquistadores y más afamados guerreros, esos mismos de los que tanto hablan los libros. Ilustraré en seguida mi afirmación citándote el ejemplo de algunas de esas mujeres.

»Querida hija y amiga, ves cómo, cavando ancha y profundamente, te he preparado los cimientos y he quitado la tierra llevándola a grandes cestadas sobre mis propios hombros. Ahora te toca a ti asentar con grandes y hermosas piedras los cimientos de los muros de la Ciudad de las Damas. Coge ya tu pluma como si fuera una pala de allanar el mortero y date prisa para llevar a cabo con ardor esta obra. Aquí está esa gran piedra hermosa que debe ser la primera asentada en la base de tu Ciudad. Se ve en los signos astrales cómo Naturaleza la ha destinado para ser utilizada en esta construcción y quedar incorporada a la obra. Apártate entonces un poco, yo colocaré para ti esta primera piedra.

XV

Donde se trata de la reina Semíramis

»Semíramis fue una mujer heroica, resuelta y llena de valor. Alcanzó tal grado de excelencia en el ejercicio y la práctica de las armas que la gente de su época, a la vista del poder de su imperio sobre la tierra y el mar, afirmaba que era hermana del gran

dios Júpiter e hija del viejo Saturno. En efecto, según una creencia pagana, ellos eran dioses de la tierra y del mar. Aquella mujer fue la esposa del rey Nino, que había dado su nombre a la ciudad de Nínive. Fue aquél tan gran guerrero que con la ayuda de su mujer Semíramis, que cabalgaba a su lado por todos los campos de batalla, conquistó Babilonia la Grande, el poderoso reino de Asiria y otros muchos reinos.

»Esa mujer estaba aún en su primorosa juventud cuando, al asaltar una ciudad, su esposo Nino murió alcanzado por una flecha. Ella mandó celebrar la exequias con toda solemnidad, como convenía al caso, pero no abandonó el ejercicio de las armas sino que, al contrario, aunó valor y redoblada fuerza. Gobernó con mayor firmeza aún los reinos y dominios —tanto los que había heredado como los que ambos habían conquistado por la fuerza de las armas—, ejerciendo el poder sobre tierras y feudos según la mejor tradición caballeresca. Logró así tan destacadas hazañas que su heroica fuerza estuvo a la altura de la de los hombres más ilustres.

»Tanto valor tuvo esa mujer que no temía el dolor ni se echaba atrás ante el peligro. Desafiando toda clase de acechanzas, triunfó sobre unos enemigos que pensaban arrancar a esa viuda todas sus anteriores conquistas. Ella logró tal fama como guerrera que no sólo conservó la soberanía de sus tierras sino que invadió Etiopía a la cabeza de un gran ejército. Librando encarnizados combates, acabó por someter aquellas tierras y unirlas a su imperio. Luego dirigió sus fuerzas hacia la India, donde jamás se había atrevido ningún hombre a llevar la guerra. Resultó victoriosa y salió a invadir otras tierras, sin detenerse hasta que conquistó y sometió casi todo Oriente.

»Además de sus numerosas y admirables conquistas, Semíramis volvió a levantar y consolidar las fortificaciones de la ciudad de Babilonia, fundada por Nemrod y los gigantes, y sita en la llanura de Shinear, que ya era una ciudad importante, defendida por murallas de una resistencia asombrosa que hacían de ella una ciudadela imposible de conquistar. Aun así, esta extraordinaria mujer le añadió nuevas fortificaciones y la rodeó de unos anchos y profundos fosos.

»Estando un día Semíramis en su cámara, rodeada de las don-

cellas de su corte que la estaban peinando, trájole un mensajero la noticia de que uno de sus reinos se había sublevado contra su autoridad. Se levantó de inmediato y juró sobre su reino que jamás sería terminada la trenza que le quedaba sin hacer si no volvía a doblar a los rebeldes bajo el imperio de la ley. Mandó armarse apresuradamente a muchos de sus súbditos, y desplegando una fuerza nunca vista, persiguió al enemigo con una resolución singular hasta volver a apoderarse de aquel país, lo que sembró tal espanto entre sus pueblos que ninguno volvió a rebelarse contra su autoridad. Durante mucho tiempo, en recuerdo de aquella acción valiente y noble, pudo verse en lo alto de Babilonia una enorme estatua de bronce cubierta de oro que representaba a una princesa blandiendo la espada con el pelo trenzado de un lado y los cabellos sueltos por otro. Esa reina fundó y mandó construir muchas ciudades nuevas y ciudadelas y llevó a cabo empresas sin fin, siendo tales sus hazañas que los libros no recogen la historia de ningún hombre cuyo valor haya sido más alto o los hechos más prodigiosos o memorables.

»También es verdad que algunos la han censurado por haberse desposado con el hijo que tuvo con su marido el rey Nino —y con todo derecho podría sostenerse tal acusación, si ella hubiera sido de nuestra religión—. Aquello obedeció a dos razones: la primera, para que ninguna otra mujer llevara la corona del imperio, lo que hubiera sido el caso si su hijo se hubiese casado con otra; la segunda, que ningún hombre le parecía digno de compartir su lecho. Ciertamente, fue una falta grave pero algo excusable puesto que todavía no regían leyes escritas. Como entonces la gente no conocía otras leyes que las de Naturaleza, cada uno podía dejarse llevar del placer sin culpa. Si ella hubiese pensado que obraba mal y podía merecer algún reproche, no cabe duda de que jamás hubiera actuado así, porque tenía el corazón demasiado noble para llevar a cabo un acto indigno y deshonesto.

»Ahora queda colocada la primera piedra donde se asientan los cimientos. Para avanzar en nuestra construcción, a fe mía, hemos de colocar aún muchas piedras unas encima de las otras, hasta coronar nuestra ciudadela.

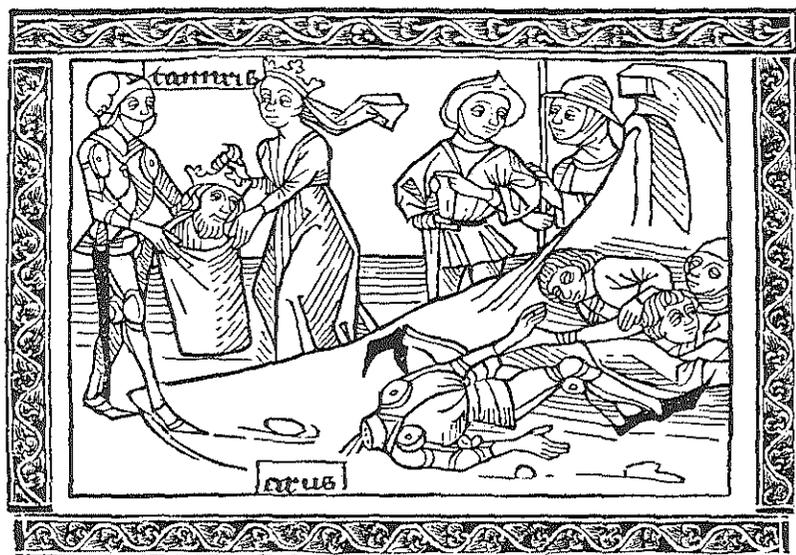
XVI
De las amazonas

»Lindando con Europa, a orillas del gran mar Océano que rodea el mundo, hay una región llamada Escitia o tierra de los Escitas. Sucedió un día que por estragos de la guerra aquel país se vio privado de todos sus hombres. Al ver que todas habían perdido a sus maridos, padres y hermanos, y que sólo quedaban ancianos y niños, las mujeres del país se reunieron en asamblea para deliberar. Decidieron entonces valientemente que en adelante gobernarían el reino sin tutela masculina y promulgaron una ley que prohibía a los hombres el acceso al territorio. Sin embargo, para asegurar su descendencia, en ciertas épocas del año, en un ir y venir, viajaban a los países vecinos⁹. Si daban a luz hijos varones, los devolvían a sus padres, mientras que si eran hijas se encargaban de su educación. Para aplicar esa ley eligieron a dos mujeres entre las más nobles, una llamada Lanfeto y la otra Martesia, y las coronaron reinas. Acto seguido, echaron del país a todos los hombres que quedaban, armáronse formando numerosos batallones compuestos únicamente por damas y jóvenes doncellas y atacaron a sus enemigos, dejando sus tierras reducidas a cenizas. Nadie pudo resistir ante ellas, que vengaron así la muerte de sus maridos.

»De esta manera empezaron las mujeres escitas a llevar las armas. Luego llamáronse «amazonas», lo que significa «que ha sufrido la ablación de un pecho». Tenían en efecto por costumbre quemar según una técnica propia de ellas el pecho izquierdo de las niñas de la alta nobleza para que no las molestara el escudo, mientras que a las de menor rango, que tenían que tirar al arco, les quitaban el pecho derecho. Dedicáronse con sumo placer a las artes marciales, ampliando por la fuerza sus dominios, y su fama dio la vuelta al mundo. Ahora bien, retomando mi discurso, Lanfeto y Martesia, después de invadir muchos países, acabaron por conquistar gran parte de Europa y Asia y las sometieron al imperio de su ley. Fundaron numerosas ciudades, en particular Éfeso, en Asia, ciudad que fue famosa y lo sigue siendo. La primera reina en morir fue Martesia, que cayó en el combate. Para sucederla, las amazonas coronaron a una de sus hijas,



Ilustraciones del libro *De mujeres ilustres*
(versión española del *De claris mulieribus* de G. Boccaccio),
impreso en Zaragoza por Paulus Hurus en 1494,
Biblioteca Nacional de Madrid.
Semíramis, fol. VI v.º



Tamiris, fol. LIII, v.º

doncella noble y hermosa, llamada Sínope. Ella era tan altiva y orgullosa que prefirió la virginidad y no se juntó jamás con un hombre. Sólo tuvo una pasión y único cuidado, el ejercicio de las armas. Nada podía saciar su hambre conquistadora a la hora de invadir y apoderarse de tierras. Vengó la muerte de su madre de modo ejemplar, pasando a todos los habitantes del país enemigo por el filo de la espada, y tras arrasar sus tierras, siguió con la conquista de otros dominios.

XVII
Donde se trata de Tamiris,
reina de las amazonas

»Como lo oirás ahora, el reino fundado por las amazonas floreció durante largo tiempo, sucediéndose a la cabeza del estado un sinfín de mujeres heroicas, de las cuales sólo te citaré las más importantes, porque resultaría fastidioso nombrarlas a todas.

»Señoreó aquel reino la sabia Tamiris con nobleza y valor. El poderoso rey de Persia, Ciro, al que no faltaron hazañas, pues venció a Babilonia la Grande y conquistó parte del mundo, fue a su vez vencido por la fuerza e inteligencia de aquella mujer. Tras otras muchas conquistas, Ciro quiso aventurarse en el reino de las amazonas para someterlas a su ley. Al enterarse por las mujeres que le servían de espías que Ciro la amenazaba con suficientes tropas para conquistar el mundo entero, esa sabia reina comprendió pronto que le sería imposible destruir tamaño ejército por la fuerza y que le convenía recurrir a la astucia. Actuó entonces como aguerrida jefe y cuando supo que Ciro ya se había adentrado mucho en sus tierras, porque ella le había dejado avanzar sin ofrecerle la menor resistencia, armó a todas sus mujeres y las dispuso para la emboscada en puntos de los bosques y montes por donde Ciro había de pasar.

»Allí situadas con el mayor secreto, Tamiris y sus tropas esperaron a que Ciro penetrara con todos sus soldados por desfiladeros u oscuros pasos entre bosques espesos. Llegado el momento, mandó tocar las trompas. Ciro, que andaba tan confiado, se quedó entonces muy asustado al verse atacado por todos la-

dos y sus apretadas tropas, apresadas en los desfiladeros, iban quedando aplastadas por las pesadas piedras que les lanzaban las amazonas desde las alturas. El terreno les impedía avanzar o retirarse porque las emboscadas guerreras los masacraban al entrar en el desfiladero, y otro tanto les esperaba al salir. Todos murieron bajo el peso de las piedras, salvo Ciro y sus barones, a quienes la reina había mandado llevar vivos ante su presencia a la tienda que había hecho levantar. Como Ciro había matado a un hijo querido que ella le había enviado en embajada, Tamiris no accedió a salvar su vida. Mandó degollar ante sus ojos a todos sus barones y le dijo luego: «Ciro, tú, que tuviste tanta sed de sangre humana, ahora podrás beberla hasta la saciedad». Ordenó entonces que cortasen la cabeza del rey y la arrojaran a una cuba donde habían recogido la sangre de sus barones.

»Te recuerdo estas cosas, querida hija y amiga, porque ilustran mi propósito, pero tú las conoces muy bien, ya que tú misma las contaste en tu *Libro de la Mutación de Fortuna* y en tu *Epístola de Othéa*. Ahora te citaré más ejemplos.

XVIII

Cómo el gran Hércules y su amigo Teseo llegaron de Grecia para atacar a las amazonas por tierra y por mar, y cómo dos doncellas, Menalipe e Hipólita, les hicieron caer de los estribos, derribando juntos caballos y caballeros

»¿Cómo retomar el hilo? Como te decía, las amazonas se hicieron temer por sus hazañas bélicas a lo ancho del mundo. Pese a estar Grecia muy alejada de Escitia, llegó hasta allí el eco de su fama; sólo se hablaba de aquellas guerreras incansables, de cómo invadían y conquistaban regiones y países enteros, asolando las tierras de quienes demoraban su rendición. Se comentaba que ninguna fuerza era capaz de resistir sus embates. Temiendo que pretendieran extender su imperio e invadir sus lindes, toda Grecia se conmovió.

»En Grecia precisamente encontrábase entonces en la flor de

la edad el gran Hércules, de fuerza prodigiosa. Ya había logrado en su momento más proezas físicas que ningún héroe nacido de mujer que la historia recuerde. Enfrentóse con gigantes, hidras y monstruos fabulosos, venciólos a todos, pues su fuerza física no se podía comparar con la de ningún hombre, sino acaso con la del famoso Sansón. Pensando aquel héroe que no se debía esperar a que las amazonas invadieran Grecia, sino que ellos debían atacar los primeros, hizo armar una flota y levantar un gran ejército de jóvenes guerreros para marchar sobre Escitia. Al conocer la nueva Teseo, el valiente y aguerrido rey de Atenas, afirmó que no irían a la guerra sin él, y juntó su ejército con el de Hércules. Haciéndose a la mar con numerosos soldados, pusieron rumbo hacia el reino de las amazonas. Al acercarse a las costas, a pesar de su fuerza prodigiosa, de su valor y del gran número de osados guerreros que le acompañaban, tal era el temor que tenía Hércules a sus poderosas enemigas que no se atrevió a echar anclas en el puerto para desembarcar de día. Si no fuera porque lo atestiguan tantos textos, esto podría parecer un relato fantasioso, porque resultaría difícil creer que aquel hombre, al que nunca había vencido criatura alguna, hubiera podido temer hasta tal punto la fuerza de esas mujeres. Hércules y su ejército esperaron entonces a que la noche se hiciera muy oscura. Abandonaron sus naves, prendieron fuego a las ciudades e iniciaron la matanza entre las amazonas, que no sospechando nada se vieron sorprendidas. A toda prisa sin embargo corrió la alarma, y todas en masa, a cual más veloz, se precipitaron hacia las armas y corrieron intrépidas hacia la orilla de donde venía el ataque.

»En aquel tiempo reinaba Oritia, que gobernaba con gran valor las numerosas tierras que había conquistado. Fue la madre de la gran reina Pentesilea, de la que hablaremos más adelante. Oritia sucedió a Antíope, reina de caballerescas proezas que siendo la más valiente guerrera de su época mantuvo entre las amazonas la disciplina militar. Ni que decir tiene que no tuvo límites la ira de Oritia cuando supo cómo los griegos habían atacado de noche y a traición, y a qué enorme masacre se entregaban. Juró que en mala hora ellos se habían expuesto a su furia, y desafiando a un enemigo a quien no temía, mandó tomar las armas y presentar batalla. Era un espectáculo asombroso ver a tantas muje-

res correr hacia las armas para juntarse alrededor de su reina. Cuando despuntó la aurora, todas las columnas estaban listas.

»Pero mientras se reagrupaban las guerreras y la reina junta-ba los cuerpos de su ejército, dos mujeres jóvenes e intrépidas, sin igual en el arte de la guerra por su virtud y valor bélico, no tuvieron la paciencia de esperar a las columnas de su comandante. Una se llamaba Menalipe e Hipólita la otra y ambas eran parientes próximas de la reina. Armándose con la mayor celeridad, montaron sus fogosas cabalgaduras, y empuñando sus lanzas, col-gados del cuello sus escudos de cuero de elefante, galoparon ha-cia el puerto. Allí, con una furia rayana en la locura, abalanzá-ronse lanzas en ristre contra los griegos de mayor bravura, Menalipe contra Hércules e Hipólita contra Teseo. Dieron en-tonces la medida de su fiereza, porque, pese a la fuerza colosal e inmenso coraje de ambos hombres, esas dos mujeres los alcan-zaron con tales golpes que bajo la brutalidad del choque caye-ron derribados, unos encima de otros, caballeros y monturas. Cada una hizo caer de los estribos a su adversario, y derribadas ellas también, no tardaron sin embargo en volver a montar y se lanzaron al ataque con la espada.

»¡Qué elogio merecen estas doncellas por haber derribado, ellas, unas simples mujeres, a los mejores caballeros de la época! Resultaría imposible de creer, si no lo hubieran reseñado en sus libros tantos autores dignos de fe. Ellos se asombran de la des-ventura de ambos, pero sobre todo de la de Hércules, e intentan disculparla explicando que fue porque tropezó su caballo, ya que de haber estado de pie nadie le podría haber derribado.

»Que dos doncellas hayan sido capaces de hacerles caer de los estribos provocó el sonrojo en ambos caballeros. Ellas, mien-tras tanto, se enfrentaban valientemente y la suerte de la batalla quedó incierta durante largo tiempo, hasta que al final las dos mujeres cayeron cautivas. ¿Acaso hay que sorprenderse de su derrota, cuando jamás se había visto juntos a dos héroes de tal valía?

»Hércules y Teseo estaban muy orgullosos de su sin par cap-tura y no la hubieran cambiado por todas las riquezas de una ciudad entera. Volvieron entonces a sus naves, para que les qui-taran sus armas y refrescasen sus cuerpos, estimando que habían

llevado a cabo una gran hazaña. Honraron y rindieron pleitesía a las mujeres, y cuando ellas se despojaron de la armadura, su gozo fue grande al verlas tan hermosas. Jamás ningún botín les había resultado tan agradable y disfrutaban mirándolas con gran placer.

»La reina, que ultimaba los preparativos para lanzar el ataque contra los griegos, sintió una inmensa pena cuando le llegaron nuevas de cómo ambas doncellas habían sido apresadas. Por te-mor a las represalias que podían padecer las dos rehenes si ella atacara, mandó cancelar la ofensiva y envió a dos de sus capita-nas a advertir que se encontraba dispuesta a pagar cuanto resca-te se pidiera por las dos jóvenes. Hércules y Teseo recibieron a las mensajeras con los debidos honores y respondieron cortés-mente que si la reina accedía a firmar la paz, prometía que ni ella ni sus compañeras de armas atacarían Grecia y aceptaba ser un país amigo —ya que ellos estaban dispuestos, por su parte, a asu-mir el mismo compromiso—, entregarían a las dos doncellas sa-nas y salvas, sin más rescate que las armaduras de ambas guerre-ras. En efecto, ellos querían guardar esos trofeos a toda costa como recuerdo de su prestigiosa victoria. La reina se vio obliga-da a aceptar la paz para que le devolvieran las dos doncellas, a quienes quería por encima de todo. Tras un largo parlamento, se decidió que la reina acudiría con su séquito. Así, después de de-sarmarse, llegaron al campamento griego donde jamás se había visto tal cortejo de damas todas de extraordinaria belleza y rica-mente ataviadas. Allí, con un gran festín y espléndidas fiestas, se selló la paz.

»Mucho le pesaba a Teseo, sin embargo, devolver a Hipólita, de la que andaba locamente enamorado. Tanto rogó y suplicó Hércules a la reina que ella dio licencia a Teseo para que tomara a Hipólita por esposa y la llevara a Grecia. Celebradas las bodas con gran fasto, los griegos se marcharon llevándose Teseo a Hi-pólita, con quien tuvo luego un hijo del mismo nombre, que lle-gó a ser un famoso y cumplido caballero. Cuando los habitantes de Grecia supieron que se había firmado la paz, su alegría no co-noció límites, al ver descartado el peligro que más temían.

De la reina Penthesilea y de la ayuda que prestó a la ciudad de Troya

»La reina Oritia vivió mucho tiempo y durante su largo y próspero reinado engrandeció el imperio. Cuando murió, a una edad muy avanzada, las amazonas ofrecieron la corona a su valerosa hija Penthesilea. Esa mujer heroica ciñó ante todas una corona de sabiduría, bravura y valor. Nunca se cansó de luchar y condujo a las amazonas al cénit de su poder, porque tanto la temían sus enemigos que ninguno se atrevió a atacarlas. Tan altanera y orgullosa fue esta mujer que nunca se dignó a unirse a ningún hombre.

»En su época tuvo lugar la gran guerra entre griegos y troyanos. En aquel tiempo fue cuando la fama de Héctor de Troya se extendió por el mundo entero, que no dejaba de alabar sus proezas caballerescas y su valentía sin par. Como es normal inclinación el querer a quien tiene con uno mismo parecidas cualidades, Penthesilea, cuyo valor destacaba soberanamente entre todas las damas del mundo, al oír tantas alabanzas sobre las hazañas de Héctor, empezó a sentir hacia él una pasión tan pura como profunda y no tuvo otro pensamiento que ir a su encuentro. Para lograr lo que le venía en deseo abandonó el reino con un gran ejército, y acompañada asimismo por un séquito de nobles damas y doncellas, todas de renombrada proeza con sus destellantes armaduras, emprendió el viaje hacia la lejana Troya. Si bien nada resulta fatigoso para un corazón enamorado y llevado por la pasión, la verdad es que, cuando llegó a Troya la noble Penthesilea, era demasiado tarde: Héctor ya había muerto, matado a traición por Aquiles en una batalla donde pereció la flor de la caballería troyana. Penthesilea fue recibida en Troya con todos los honores por el rey Príamo y la reina Hécuba y por todos sus barones, pero nada pudo remediar la pena que la invadió al saber que no encontraría a Héctor con vida. El rey y la reina, que lloraban sin cesar la muerte de su hijo, le dijeron que si no habían podido conducirla hasta él vivo la llevarían para que lo viera muerto. Acompañáronla hasta el templo donde habían mandado edificar su mausoleo, una sepultura de cuya magnificencia se

hace mención en los libros de historia. Allí, dentro de una capilla cuyas paredes de oro llevaban engastados tesoros de piedras preciosas, sentado en un trono delante del altar erigido a sus dioses, vestido con ricos atavíos, el cuerpo de Héctor, tan maravillosamente embalsamado que ofrecía la apariencia perfecta de estar vivo, desafiaba aún a los griegos con su altiva mirada y con la espada desenvainada que seguía blandiendo su mano. Allí estaba, vestido con una larga y ancha túnica de oro fino, ribeteada con unos bordados de piedras preciosas colgando hasta el suelo encima de sus piernas que ungidas con un fino bálsamo desprendían por todo el lugar un aroma maravilloso. A la luz de unas lámparas de aceite que difundían una asombrosa claridad, los troyanos honraban su cuerpo como si de un dios se tratara y nadie hubiera podido estimar en su precio el lujo de aquel mausoleo. Llevaron entonces hasta allí a la reina Penthesilea, que, en cuanto abrieron la capilla y vio su cuerpo, cayó de rodillas para homenajearle como si estuviera vivo. Luego se acercó, y mirándole intensamente a la cara, dijo llorando:

»—¡Ah, flor suprema de la caballería terrenal, gloria y parangón de sublime valentía! ¿Quién podrá ahora enorgullecerse con proezas o ceñir la espada cuando ya se apagó la luz y el ejemplo de la más elevada nobleza? ¡Ay, bajo qué tristes auspicios naciera aquel cuyo brazo maldito se atrevió a perpetrar tan innoble crimen y robar al mundo tan preciado tesoro! ¡Oh noble príncipe, por qué me fue tan contraria Fortuna que no permitió que estuviese a tu lado cuando el traidor tendió su emboscada! De haber estado yo nada de esto te hubiera sucedido, porque hubiera sabido protegerte. Si aún vive ese criminal, y ojalá viva, vengaré tu muerte para aliviar el inmenso dolor y rabia que siento al verte sin vida, enmudecido ante mí cuando tanto hubiera deseado que me hablastes. Puesto que Fortuna así lo ha querido, juro ante todos nuestros dioses, prometo y reafirmo ante ti, mi querido señor, que mientras me quede un hilo de vida vengaré tu muerte persiguiendo a los griegos.

»Así habló Penthesilea arrodillada ante el cuerpo de Héctor, y conmovida por sus palabras, la multitud de nobles damas, barones y caballeros ahí presentes la escuchaban con lágrimas de compasión. Ella siguió un rato petrificada sin poder arrancarse

de aquel momento, pero finalmente, besando la mano que empuñaba la espada, se resignó a abandonar la capilla diciendo:

»—¡Oh flor sublime de la caballería, cuántas pruebas de nobleza debes de haber dado en vida, cuando tu cuerpo, aun tras la muerte, tan poderoso rostro lleva!

»Salió llorando y entre suaves sollozos aprisa volvió a armarse. Con la ayuda de su ejército, preparó una salida para atacar a los griegos que asediaban la ciudad. Para abreviar el relato, sólo añadiré que tantas fueron sus hazañas y las de sus guerreras que, de haber vivido ella más tiempo, ningún griego hubiese vuelto a Grecia. Venció a Pirro, el hijo de Aquiles y caballero de gran mérito, asestándole tan brutal golpe que sus gentes, dándole por muerto, a punto estuvieron de dejarle en el campo de batalla. Pensando que no podría salvarse, los griegos empezaron a perder el ánimo porque tenían puesta en él toda su esperanza. Pentesilea, ciertamente, demostró al hijo cuánto odio tenía al padre.

»Sin embargo, te diré, para llegar al final de mi relato, que cuando la suerte de los griegos corría mayor peligro, porque durante días Pentesilea y sus guerreras habían dado prueba de extraordinaria audacia, Pirro, cuyas heridas iban sanando, sintió tal vergüenza e ira por haber sido derribado y herido por esa mujer que ordenó a sus soldados que no tuvieran otro fin durante todo el combate que cercar a Pentesilea para apartarla de sus tropas, porque quería darle muerte con su propia mano, y ofreció una fuerte recompensa a quienes lograsen apresarla. Los soldados de Pirro tuvieron que luchar largo rato antes de acercarse a ella, tal era el miedo que tenían a la fiereza de sus golpes.

»Un día de acérrimo combate consiguieron sin embargo rodear a Pentesilea y separarla del resto del cuerpo de batalla, hostigando sin cesar a sus compañeras para que no pudieran prestarle ayuda. Ella había luchado tanto que un sólo día apenas hubiera bastado para que Héctor la igualara. Pese a encontrarse exhausta, siguió resistiendo con una fuerza asombrosa, pero lograron descoyuntar su armadura y arrancarle un pedazo del yelmo. Cuando Pirro, que observaba la escena, vio sin protección su cabeza de larga y rubia melena, le asestó tal golpe que le abrió de tajo el cráneo y el cerebro. Así murió esa mujer tan valiente, cuya pérdida resultó muy cruel para los troyanos. Con profun-

do dolor, sus compañeras acompañaron su cuerpo en el viaje de vuelta hasta su reino, que quedó sumido en desolado duelo, y con razón, porque ninguna mujer de su talla volvería jamás a gobernar a las amazonas.

»Así, como has escuchado, aquel reino de mujeres establecido firmemente desde su fundación mantuvo su poderío durante más de ocho siglos. Puedes averiguarlo consultando las crónicas y contando los años que separan la fecha de su fundación de la época de la conquista del mundo por Alejandro Magno. En efecto, se sabe que bajo su imperio seguía existiendo el poderoso reino de las amazonas porque la historia nos relata cómo emprendió viaje el emperador hacia aquel reino, donde fue recibido por la reina y las damas de su corte. Alejandro nació mucho tiempo después de la destrucción de Troya¹⁰, más de cuatrocientos años después de la fundación de Roma. Si quieres tomarte el trabajo de comparar las crónicas y calcular el número de años, verás cómo aquel reinado y poderío femenino duró larguísimo tiempo y podrás observar cómo entre otros reinados de parecida duración no se encuentran ni tantos príncipes ilustres, ni tantas personas cuyos logros les merecieron la fama, como sucedió con las soberanas damas de aquel reino.

XX

Donde se habla de Zenobia, reina de Palmira

»Las amazonas no fueron las únicas mujeres valiosas. No tuvo menos fama la valerosa reina de Palmira, Zenobia, una mujer de noble abolengo, del linaje de los Tolomeos, reyes de Egipto. Desde la más tierna infancia dio muestras de bravura y vocación caballeresca, y en cuanto empezó a reunir la mínima fuerza física, no hubo quien le impidiese huir de las ciudadelas, palacios y cámaras reales para irse a vivir en pleno bosque. Allí, armada con espada y jabalinas, se dedicaba a acosar al venado más salvaje, y dejando a los ciervos, pronto luchó contra leones, osos y toda suerte de fieras, a las que atacaba sin temor y vencía con toda facilidad. A esa dama tan gallarda no le costaba dormir en el bos-

que con cualquier tiempo; ningún suelo, por rocoso que fuera, le parecía un lecho duro. Nada temía ni le costaba el menor esfuerzo abrirse camino entre la maleza, trepar montes o atravesar valles cuando iba acorralando a las fieras. Esa virgen atrevida despreciaba el amor carnal y se negó durante mucho tiempo a casarse. Sus padres acabaron obligándola a tomar por esposo al rey de Palmira, que era muy hermoso de cara y cuerpo. Zenobia, que era de una belleza perfecta, no prestaba atención a su propia hermosura, pero Fortuna le sonrió concediéndole un esposo de un temperamento muy afín al suyo y a los hábitos de vida que ella había elegido.

»Aquel rey, llamado Odenato, que destacaba por su excepcional bravura, decidió emprender por la fuerza de las armas la conquista de Oriente y demás imperios vecinos. Valerio, emperador de Roma, se encontraba en aquel tiempo preso de Sapor, rey de los Persas. El rey de Palmira juntó a todos sus ejércitos, y Zenobia, a quien no importaba en absoluto preservar la lozana belleza de su rostro, eligió la dura disciplina del arte militar, y vistiendo armadura, decidió participar con su marido en todas las pruebas de la lucha caballeresca.

»El rey Odenato entregó a un hijo suyo llamado Herodes, que había tenido con otra mujer, el mando de parte de su ejército para que marchara con la vanguardia contra el rey Sapor que ocupaba entonces Mesopotamia. Ordenó a su mujer Zenobia que encabezara la segunda columna para adelantarse por un flanco, mientras que él lucharía por otro con un tercer cuerpo, y cumpliendo el plan, salió la expedición. ¿Qué más contarte ahora? Lo que ocurrió, tal como puedes leerlo en los libros de historia, fue lo siguiente: Zenobia se portó con tal bravura que ganó varias batallas contra el rey persa hasta que una victoria decisiva llegara a asegurar a su marido el imperio de Mesopotamia. Al final asedió la ciudadela donde estaba refugiado Sapor y lo capturó con sus concubinas y un rico botín.

»Poco después de aquella victoria fue asesinado el rey por un pariente que ambicionaba el poder, lo que no consiguió, porque esa valiosa dama se lo impidió luchando bravamente para asumir ella misma la regencia en nombre de sus hijos menores, y se hizo coronar como emperatriz. Gobernó con tal acierto y dis-

cernimiento, fue tan experta en el arte militar que los emperadores de Roma, Galieno y tras él Claudio, pese a que ejercían el poder sobre gran parte de Oriente, nunca se atrevieron a atacarla. Otro tanto puede decirse de egipcios, árabes y armenios: tanto temían su valentía y poderío que se conformaban con mantenerse en los lindes de sus dominios. Como sabía gobernante mereció la estima de príncipes, fue obedecida y querida por su pueblo, temida y respetada por sus caballeros. Cuando salía hacia el campo de batalla –lo que era frecuente– nunca dirigía la palabra a sus soldados sin haber vestido armadura y yelmo. Tampoco se hacía transportar, como acostumbraban los reyes de su época, sino que siempre montaba un fogoso corcel e incluso cabalgaba de incógnito en primera línea para mejor espiar las filas enemigas.

»Esa valerosa mujer no sólo sobrepujo a todos los caballeros de su tiempo en la disciplina y el arte de la guerra sino que respecto a otras mujeres demostró unas cualidades y hábitos de vida excepcionales. Ella era de una extrema sobriedad, lo que no le impedía dar unas fiestas espléndidas y agasajar con festines a sus barones e invitados extranjeros. No reparaba en liberalidad y obsequiaba a todos con presentes suntuosos porque sabía que tal generosidad le atraería el favor y la estima de la gente de bien.

»Era de una castidad ejemplar, no sólo porque evitaba a los demás hombres sino porque se acostaba con su marido sólo para asegurarse una descendencia y se lo daba a entender prohibiéndole dormir a su lado en cuanto se quedaba embarazada. Para asegurarse de que las apariencias estuvieran en armonía con su temperamento íntimo, prohibió su corte a todo hombre de poca moral, insistiendo en que quienes quisieran gozar de sus favores debían ser personas educadas y de calidad. Concedía honores a la gente conforme a su honradez y valía y nunca por consideración hacia su riqueza y nobleza de linaje. Apreciaba a los hombres de maneras poco cortesananas pero de probado valor caballeresco. Vivía rodeada de lujo con la magnificencia de una emperatriz, gastando sin contar, a la usanza de los persas, cuyos hábitos de vida eran los más fastuosos de todas las cortes. Le servían en vajilla de oro y piedras preciosas, toda decorada con los más ricos ornamentos. Amasó grandes tesoros con sus propios

bienes y haciendo dones con tal largueza, siempre que fuera razonable, que nunca hubo tan generoso príncipe.

»Ahora bien, después de haberte hablado de todas sus cualidades, me queda la más perfecta, sobre la que no me detendré, su profundo conocimiento de las letras, tanto las de los egipcios como las de su propia lengua. Durante sus horas de ocio se aplicaba al estudio y quiso tener por maestro a Longino, que la inició en la filosofía. Sabía latín y griego, lo que la ayudó a redactar de forma elegante y concisa un compendio de historia. Quiso que sus hijos, a los que educaba con la misma disciplina intelectual, lograran las mismas cuotas de saber. Dime ahora, querida Cristina, si en todas tus lecturas te has encontrado con un príncipe o caballero de más perfectas cualidades.

XXI

De la noble reina Artemisa

»¿Acaso podríamos decir menos de la ilustre reina de Caria que de otras valerosas mujeres? Quiso al rey Mausolo, su esposo, con un amor tan grande que cuando murió hizo que siguiera compartiendo su corazón, como veremos más adelante. Al quedarse viuda, tuvo que gobernar un país inmenso, pero no se arredró porque poseía una gran fuerza de carácter, sabiduría y sentido político. Tenía además todas las virtudes caballerescas, dominaba el arte militar y sus muchas victorias le valieron fama y renombre. No sólo asumió el gobierno del Estado sino que tomó el gobierno de las armas en frecuentes ocasiones, dos de ellas especialmente memorables, una para defender su propio país, la otra por lealtad hacia la amistad y la palabra dada.

»La primera ocasión se presentó tras la muerte de su marido, el rey Mausolo, cuando los habitantes de Rodas, cuyas tierras lindaban con el reino de Caria, se sublevaron indignados porque una mujer asumiera el poder en un Estado vecino. Con la esperanza de expulsarla y conquistar su feudo, la atacaron con un gran ejército y una nutrida flota. Dirigiéronse hacia la ciudad de Halicarnaso, situada en medio del mar en la isla de Icaria. Se trata de una plaza fortificada que cuenta con dos puertos, uno in-

terior, por así decir escondido dentro de la ciudadela, al que se accede por un paso estrecho y que escapa a las miradas, de tal suerte que en caso de asedio se puede entrar y salir del palacio sin ser visto; el otro es un puerto grande, junto a las murallas. Cuando la sabia Artemisa supo por sus espías que se acercaba el enemigo, reunió a las tropas y les mandó armarse. Pero antes de salir acordó con los habitantes de la ciudad y gentes de su confianza, a los que dejó con esa misión expresa, que, a una señal convenida, acogerían a los habitantes de Rodas dándoles muestras de paz e invitándoles desde lo alto de las murallas a entrar en una ciudad dispuesta a rendirse. Debían intentar que las fuerzas enemigas abandonaran sus navíos para reagruparse en la plaza del mercado. Después de dar esa orden, Artemisa abandonó la ciudad con su ejército por el puerto interior y se alejaron hacia alta mar por detrás de la ciudadela, sin que nadie pudiera observarlos. Después de dar la señal y recibir otra confirmando que habían entrado en la plaza, zarpó inmediatamente hacia el puerto grande, donde se apoderó de la flota enemiga e hizo tender emboscadas en toda la ciudad. Pudo así sorprender y tomar de revés a los habitantes de Rodas y aniquilar su ejército.

»No le bastó con esa victoria aplastante e hizo aún más. Utilizando a las naves enemigas para embarcar a sus tropas, puso rumbo hacia Rodas izando en las velas los emblemas de la victoria, como si de una vuelta triunfal se tratara. Pensando acoger a los suyos victoriosos, los habitantes de Rodas con gran alborozo abrieron el puerto. Artemisa desembarcó, y dejando a un retén controlando el puerto, marchó al instante sobre el palacio, donde capturó y mandó matar a todos los príncipes. Así venció a los confiados habitantes de Rodas y la isla entera se le rindió. Después de fijar el tributo que tenía que pagar el país conquistado, Artemisa dejó allí una guarnición, pero antes de abandonar la isla mandó erigir dos estatuas de bronce, una representándola a ella misma como conquistadora, la otra, a Rodas conquistada.

»El segundo hecho memorable entre las hazañas de esa mujer tuvo lugar cuando Jerjes, rey de Persia, lanzó su expedición contra Esparta. Había invadido las tierras con la caballería, la infantería y todo el ejército, y ocupado las costas con sus barcos creyendo ya destruir Grecia entera; pero los griegos, que habían

firmado un tratado de amistad con la reina Artemisa, reclamaron su ayuda. En vez de mandarles tropas, ella llevó el honor caballeresco hasta el punto de acudir en persona con un ejército inmenso para desafiar a Jerjes y vencerle sin tardanza. Tras derrotarle en tierra, se hizo a la mar para atacarle con su flota cerca de la ciudad de Salamina. Luchando en primera fila al frente de su ejército, Artemisa infundía valentía y coraje a sus barones y capitanes, diciéndoles:

»—¡Adelante, hermanos, esforzaos mis buenos caballeros para que el honor de la batalla sea nuestro! Ganaréis fama y renombre y no repararé en premiaros con mis riquezas.

»En fin, tanto hizo que derrotó a Jerjes en el mar como antes en tierra. Aquél huyó deshonrosamente pese al incalculable número de los soldados de su ejército, del que cuentan las crónicas que por donde pasaba se secaban fuentes y ríos. Con tan noble victoria volvió esa heroica mujer a su reino para ser coronada con los laureles de la gloria.

XXII

Donde se trata de Lilia, madre del valiente caballero Teodorico

»Aunque ella no luchó con las armas en la mano, no es menos digno de alabanza el valor de esa noble dama Lilia que amonestó a su hijo Teodorico, esforzado caballero, para que volviera al combate. Ahora te contaré su historia. Teodorico era en aquel momento uno de los grandes caballeros de la corte del emperador de Constantinopla. De muy hermosos rasgos y aguerrido caballero, era además muy instruido gracias a la educación que le había dado su madre.

»Un día los romanos se vieron atacados por un príncipe, llamado Odoacro, que tenía el propósito de destruir toda Italia. Ellos requirieron entonces la ayuda del emperador de Constantinopla, que les mandó un ejército encabezado por Teodorico, que era el más destacado caballero de su corte. Fue entonces cuando ocurrió lo siguiente: en plena lucha la suerte de las armas se volvió contra Teodorico que presa del pánico emprendió la

huida hacia Rávena. Cuando su sabia y enérgica madre, que había estado observando la batalla, vio cómo huía su hijo, le invadió una profunda pena pensando que no había mayor infamia que abandonar el campo de batalla. Pudo más su dignidad que el amor materno —hubiese preferido una muerte honrosa para su hijo—, así que corrió a su encuentro para suplicarle que detuviera tan deshonrosa huida y juntara a sus hombres para volver a luchar. Como sus palabras quedaban sin efecto, enfurecida e indignada, se levantó el vestido por delante y le gritó:

»—¡Quieres huir, hijo, vuelve entonces al vientre que te llevó!

»Tan humillado se vio Teodorico que detuvo la huida, juntó a sus tropas y volvió a la batalla, donde aguijoneado por la vergüenza que le produjo la amonestación de su madre combatió esforzadamente hasta derrotar al enemigo y matar a Odoacro. Así, Italia entera, a punto de caer, fue salvada por el acierto de una mujer, y me atrevería a afirmar que el honor de la victoria más que sobre el hijo debiera recaer sobre la madre.

XXIII

Donde vuelve a hablarse de la reina Fredegunda

»Otra prueba de audacia bélica la tenemos en Fredegunda, reina de Francia de la que ya te hablé anteriormente. Como recordarás, se quedó viuda del rey Chilperico y con su hijo Clotario al pecho se encontró con el reino asediado por la guerra. Dijo entonces a sus barones:

»—Caballeros, no os dejéis desanimar por el número de enemigos que nos amenazan, porque he ideado una estratagema que nos asegurará la victoria, siempre que confiéis en mí. Por amor a vuestro joven príncipe, abandonaré todo miedo femenino y me armaré como un hombre para aumentar vuestra bravura y la de vuestras tropas. Yo iré por delante llevando al príncipe en mis brazos y vosotros me seguiréis, haciendo todo lo que he dispuesto con vuestro condestable.

»Los barones le contestaron que no tenía más que mandar y que ellos la obedecerían gustosamente. Ella fue disponiendo las

tropas con gran inteligencia y púsose a cabalgar en cabeza con su hijo en brazos. Detrás iban los barones y luego los caballeros, formados en cuerpo de batalla. En ese orden siguieron montados en busca del enemigo hasta la caída de la noche, cuando entraron en un bosque. De la fronda de un árbol cortó el condestable una hermosa rama y los demás siguieron su ejemplo. Fueron cubriendo los caballos con follaje de árboles de mayo y añadieron cascabeles y cencerros como cuando por las cañadas se lleva al ganado hacia tierras de pasto. Así cabalgaron en apretadas filas hacia el campamento enemigo llevando en la mano frondosas ramas. La reina seguía avanzando valientemente a la cabeza con el pequeño rey en brazos, exhortando con promesas y dulces palabras de ánimo a los barones, que la seguían conmovidos, dispuestos a defender sus derechos con la mayor fiereza. Cuando les pareció que se encontraban bastante cerca de sus enemigos, se pararon en absoluto silencio.

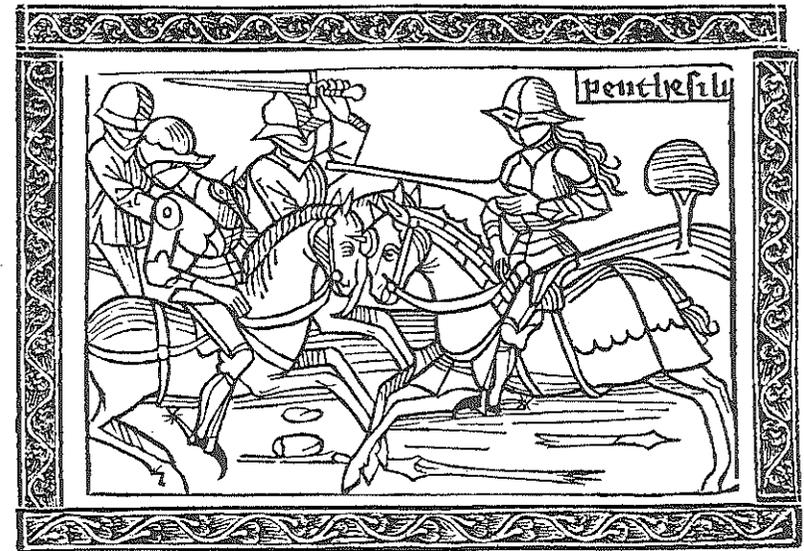
»Al despuntar el día, los centinelas enemigos que descubrieron la escena empezaron a discutir:

»-¡Qué raro -decían unos-, anoche no había aquí ningún bosque, ni árboles siquiera y ahora hay esta espesa floresta!

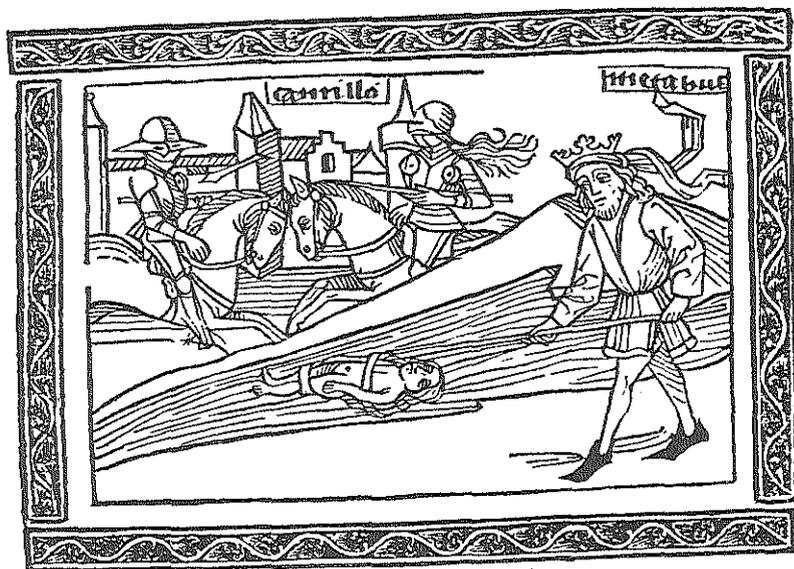
»Otros les contestaban que el bosque tenía que estar allí desde hacía tiempo, que no podía ser de otra manera, y que había que ser estúpido para no haberlo visto. Estaba claro que era un bosque, porque se oían alrededor los cencerros de los animales paciendo. De pronto, mientras se enzarzaban en discusiones sin sospechar el engaño, los soldados de la reina echaron al suelo sus ramas. Lo que habían tomado por un bosque resultó ser un ejército de caballeros armados que se abalanzaron sobre ellos sin darles tiempo a coger las armas, ya que fueron arrancados del sueño. Fueron de tienda en tienda, matando o capturando a todo el campamento, y así el ingenio de Fredegunda les valió la victoria.

XXIV Donde se trata de Camila

»Mucho más podría contarte acerca de mujeres valiosas, y no lo fue menos Camila que cualquiera de las que te hablé. Ella era



Pentesilea, fol. xxxviii.



Camila, fol. XLIII v.º

hija de Metabo, rey de los volscos. Su madre murió durante el parto; poco después se produjo una sublevación y su padre, destronado, se vio obligado a exiliarse para salvar la vida. Sólo pudo llevar consigo a Camila, a quien quería por encima de todo. Llegado ante un ancho río que había que atravesar a nado, se desesperó porque no sabía cómo cruzar con la niña. Después de pensarlo mucho, arrancó largos trozos de corteza de los árboles para confeccionar una suerte de navicilla donde colocó a su hija, y dejando la barquilla bien sujeta a su brazo con unas fuertes lianas de hiedra, atravesaron así el río. Como temía una emboscada por parte de sus enemigos, se refugió en los bosques, donde las ciervas salvajes amamantaron a su hija y la piel de las fieras les sirvió de abrigo y lecho.

»Cuando la niña alcanzó la adolescencia, muy gallarda ella, empezó a cazar con honda y piedras y era más veloz que cualquier lebre. En la edad adulta, ya era un prodigio de destreza y coraje. Cuando supo por su padre el daño que le habían causado sus súbditos, le dejó para tomar las armas. Para abreviar te diré que, con la ayuda de unos pocos parientes, tanto luchó que logró reconquistar su país. Tomando parte en las más violentas batallas, llevó a cabo grandes hazañas que le merecieron la fama. Su orgullo no le permitió casarse. De la misma Camila cuentan las crónicas que acudió en ayuda de Turno cuando Eneas invadió Italia.

XXV

De Berenice, reina de Capadocia

»Había en Capadocia una reina llamada Berenice, noble de sangre y corazón como puede esperarse de la hija del poderoso rey Mitrídates, que dominaba gran parte de Oriente. Era esposa del rey Ariaracto, y cuando enviudó, un hermano de aquél le declaró la guerra para apoderarse de Capadocia. Durante una batalla él mató a dos de sus sobrinos, es decir, a los hijos de Berenice que presa de un inmenso dolor perdió todo miedo femenino. Tomó las armas, y encabezando un fuerte ejército, emprendió el ataque contra su cuñado hasta matarle con sus propias manos, pasando luego sobre su cuerpo con el carro de la victoria.

XXVI
Donde se habla
de la intrépida Clelia

»No le faltó valor a la noble Clelia aunque no llegara a ilustrarse en los campos de batalla. Sucedió que los romanos aceptaron como garantía de un tratado de paz mandar como rehenes a la noble doncella junto con otras vírgenes romanas de alto rango. Tras sufrir el cautiverio cierto tiempo, Clelia se rebeló considerando deshonoroso para la ciudad de Roma que tantas de sus nobles mujeres estuvieran presas de un rey extranjero. Ella se armó de valor e ingenio, y burlando con promesas la vigilancia de sus guardianes, huyó con sus compañeras durante la noche. Llegaron a orillas del Tíber. Allí, en un prado, encontró Clelia un caballo paciendo y ella, que nunca había montado, saltó encima a horcajadas. Sin temor a la profundidad de las aguas, llevó en la grupa a una de sus compañeras y cruzó con ella el río. Volvió en busca de las otras haciéndolas vadear sucesivamente, hasta devolverlas a todas sanas y salvas a sus padres en Roma.

»Los romanos estimaron en mucho el valor de la doncella e incluso el rey que la había tenido como rehén se quedó admirado y hasta le divirtió su osadía. Para guardar la memoria de tal hazaña, los romanos elevaron a Clelia una estatua que representaba una doncella cabalgando y la colocaron en un alto cerca del templo, donde permaneció mucho tiempo.

»Ya hemos acabado de poner los cimientos de nuestra Ciudad. Ahora tenemos que levantar los altos muros del recinto.

XXVII
Cristina pregunta a Razón si Dios
ha permitido jamás que una inteligencia
femenina acceda a las más elevadas ciencias

Después de oír esas historias, yo pregunté a la Dama que hablaba con tan firme discurso:

—Verdaderamente, Señora mía, Dios concedió una fuerza prodigiosa a las mujeres que habéis descrito. Pero os ruego que

me aclaréis si Dios, que ha dispensado muchos favores al sexo femenino, ha querido jamás honrarlo concediendo a ciertas mujeres el privilegio de una elevada inteligencia y profundo saber para que su mente acceda a las más altas ciencias. Me importa mucho la respuesta, porque los hombres siempre pretenden que las mujeres tienen muy escasa capacidad intelectual.

—Hija mía —me contestó—, todo lo que te he dicho antes va precisamente en contra de lo que ellos afirman, y para demostrártelo de forma más clara te daré unos ejemplos. Te vuelvo a decir, y nadie podrá sostener lo contrario, que si la costumbre fuera mandar a las niñas a la escuela y enseñarles las ciencias con método, como se hace con los niños, aprenderían y entenderían las dificultades y sutilezas de todas las artes y ciencias tan bien como ellos. Ya se han dado esas mujeres, como te he indicado antes. Además, como la mujer tiene el cuerpo más delicado y débil, no puede emprender tantas tareas y así aplica mejor su mente, la tiene más libre y más aguda.

—¿Qué estáis diciendo, Dama mía? Con todo el respeto, por favor, ¿podrías desarrollar este punto? Seguramente, los hombres nunca admitirían que esto es verdad, a menos que se explicara más claramente, porque dirían que salta a la vista que los hombres saben más que las mujeres.

—¿Y por qué crees tú que las mujeres saben menos? —me preguntó.

—No lo sé, Señora, me lo tenéis que decir.

—Es sin duda porque no tienen, como los hombres, la experiencia de tantas cosas distintas, sino que se limitan a los cuidados del hogar, se quedan en casa, mientras que no hay nada tan instructivo para un ser dotado de razón como ejercitarse y experimentar con cosas variadas.

—Dama mía, si su mente es tan capaz de aprender y conceptualizar como la de los hombres, ¿por qué no aprenden más?

—Hija mía —me respondió—, porque, como te dije antes, la sociedad no necesita que ellas se ocupen de los asuntos confiados a los hombres, y a ellas les basta con cumplir las tareas que les han encargado. En cuanto a afirmar que las mujeres saben menos, que su capacidad es menor, mira los hombres que viven aislados en el campo o en el monte, estarás de acuerdo en que en

muchos sitios salvajes los hombres son tan simples de espíritu que uno los tomaría por animales. Sin embargo, no hay duda de que Naturaleza los ha provisto con los mismos dones físicos e intelectuales que depara a los hombres más inteligentes y eruditos que podamos encontrar en las ciudades. La falta de estudio lo explica todo, lo que no excluye que en los hombres, como en las mujeres, algunos individuos sean más inteligentes que otros. Ahora, para ilustrar la cuestión de la similitud de inteligencia en la mujer y en el hombre, déjame contarte algo sobre mujeres de grandes facultades intelectuales que alcanzaron un saber profundo.

XXVIII

Razón empieza a citar a mujeres que se ilustraron en la ciencia, hablando primero de la joven Cornificia

»A la joven y noble Cornificia la mandaron a la escuela con su hermano desde muy niña, gracias a que sus padres mantuvieron el engaño de que ambos eran chicos. Dotada de una inteligencia prodigiosa, se aplicó al estudio y empezó a saborear el dulce fruto del saber. Hubiera resultado difícil alejarla de un placer del que disfrutaba cada vez más, dejando de lado cualquier ocupación femenina. Tanto se dedicó a ello que llegó a ser una consumada poetisa, pero no sólo brillaba en el arte poético sino que parecía que había bebido de la fuente pura de la filosofía. Quería ser experta en todas las disciplinas y lo consiguió hasta sobrepasar a su hermano, que era un excelente y culto poeta. No le bastaba con el saber poético sino que puso su mente a trabajar con papel y pluma, ejercitándose en componer varios libros que se hicieron famosos. El mismo san Gregorio los cita como muy apreciados en su época. En uno de sus libros, el gran poeta Boccaccio hace también su elogio en estos términos: «¡Qué honor para una mujer haber abandonado las tareas femeninas para dedicar su espíritu a los estudios que ocupan las mentes de los grandes sabios!». Habla, asimismo, de las mujeres que se desprecian a sí mismas y a sus capacidades cuando se de-

saniman diciendo que sólo sirven para solazar a los hombres, traer hijos al mundo y criarlos, como si hubieran nacido en algún lejano monte y fueran totalmente ignorantes. Dios les ha dado, sin embargo, una hermosa inteligencia que pueden aplicar, si quieren, a cualquiera de los campos donde se ejercitan los hombres más ilustres. No son ni más ni menos accesibles para ellas, si quieren estudiar y ganarse la fama con un trabajo honrado. Así, querida hija, puedes ver cómo este autor ofrece un testimonio a favor de todo lo que te he dicho y alaba la ciencia de las mujeres.

XXIX

Donde se habla de Proba la Romana

»Proba la Romana, mujer de Adelfo, es otro destacado ejemplo. Era cristiana, de elevada inteligencia, se dedicó al estudio con ardor y llegó a conocer a la perfección las siete artes liberales. Excelente poetisa, frecuentaba todas las obras en verso y de modo especial los poemas de Virgilio, que conocía de memoria. Haber leído tanto la había llevado a una reflexión profunda. Siempre se había esforzado en penetrar en la significación de los textos, lo que le hizo concebir el proyecto de poner en verso las Sagradas Escrituras, retomando la densa y armoniosa poesía de Virgilio. «Fue ciertamente admirable que un proyecto tan ambicioso naciera del cerebro de una mujer», afirma Boccaccio, «pero más prodigioso aún que fuera capaz de llevarlo a cabo».

»En efecto, ella se puso a la tarea compilando la obra de Virgilio, es decir, recorriendo las *Églogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*, tomando de un texto u otro, aquí unos versos enteros, allí unos fragmentos, que juntaba para componer versos completos con una maestría asombrosa. Luego ensamblaba los versos, los acoplaba, hasta que todo quedase sin ninguna falta, completando así un poema cuya calidad ningún hombre hubiera superado. Empezando desde la Creación del mundo y siguiendo con los relatos del Antiguo y Nuevo Testamento, llegó hasta Pentecostés, cuando el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles. Esto hizo con tan perfecta concordancia que, de no haber sabido cómo estaban

hechas las obras, uno podría haberse creído que Virgilio era profeta y evangelista. Por todo ello, sigue diciendo Boccaccio, hay que reconocer y alabar en esta mujer un conocimiento tan profundo de las Escrituras como el de los grandes teólogos de nuestro tiempo. Esa noble dama quiso llamar *Cento* a su obra, y a pesar de que la labor requerida para su composición podría haber ocupado la vida de un hombre, pudo dedicarse a escribir otros libros dignos de elogio, entre ellos un texto retomado de Homero llamado también *Cento* porque tenía cien versos. De todo eso se puede deducir que conocía la literatura griega a la perfección. Como observa Boccaccio, deberían alegrarse las mujeres al oír hablar de los trabajos de tan culta dama.

XXX
De Safo, mujer tan sutil,
ingeniosa poetisa y filósofa

»Nacida en la ciudad de Mitilene, Safo no fue menos sabia que Proba. Era muy hermosa de cuerpo y cara y todo en sus maneras, en su porte, en el tono de su voz y forma de hablar era dulce y placentero, pero el encanto que ofrecía su viva inteligencia era el mayor de todos sus dones, porque era entendida en varias artes y ciencias. Su cultura no sólo abarcaba obras ajenas sino que descubrió formas de escribir y compuso varios libros de poesía. El poeta Boccaccio hizo su elogio en términos llenos de dulzura: «Safo, poseída por la gracia de su ingenio y un ardiente deseo de estudiar, en medio de hombres rudos e ignorantes, frecuentó las altas y despeñadizas cumbres del Parnaso y con feliz osadía mezclóse con las musas, es decir, con las artes y las ciencias, como una hija querida. Se adentró en una floresta llena de laureles, árboles de mayo, flores de múltiples colores, dulces fragancias y varias especias aromáticas, lugar de esparcimiento y solaz para la gramática, la lógica, la alta retórica, la geometría y la aritmética. Siguió su camino hasta la profunda cueva de Apolo, dios del saber, y descubrió las impetuosas aguas de la fuente de Castalia. Sacó el plectro y tocó con el harpa¹¹ suaves melodías para guiar las danzas del cortejo de las ninfas, es decir, seguir el



Safo, fol. LII.



Mantua, fol. xxxv v.º

ritmo de los acordes de la música según las leyes de la armonía».

»De las palabras de Boccaccio puede deducirse la profundidad del saber poético de Safo, cuyos escritos sólo alcanzan hombres de gran erudición e ingenio. Han llegado hasta nosotros sus poemas, que siguen siendo modelos de inspiración para los escritores en busca de la perfección. Inventó varios géneros líricos, cantos de amor desesperado al modo elegíaco y otros llamados precisamente «sáficos» por la originalidad de su prosodia. Cuenta Horacio cómo a la muerte de Platón —tan gran filósofo que fue maestro hasta de Aristóteles— encontraron bajo su almohada unos poemas de Safo.

»Su ciudad natal erigió para honrarla y guardar su memoria una magnífica estatua de bronce áureo. Así entró en el afamado círculo de los poetas, lo que, como dice Boccaccio, es un honor tan grande como llevar corona o diadema real, mitra episcopal o los laureles de la victoria.

»Otra mujer griega de gran cultura —y, por supuesto, podría hablarte de muchas más— fue la filósofa Leuntion¹², que con claro y razonado discurso se atrevió a refutar los argumentos del filósofo Teofrasto, uno de los más ilustres de su tiempo.

XXXI

Aquí habla Razón de la virgen Mantua

»Si las ciencias y las letras están abiertas a las mujeres y al alcance de su genio, verás ahora cómo las artes tampoco les están vedadas. En el antiguo culto pagano la gente adivinaba el futuro por el vuelo de los pájaros, las llamas del fuego o las entrañas de animales muertos. Se tenía en gran estima aquel arte o ciencia adivinatoria, cuya soberana maestra fue la hija de Tiresias, el gran sacerdote de Tebas —al que llamaríamos obispo, y recuerda que en las otras religiones los sacerdotes podían casarse—. Esa mujer, que se llamaba Mantua y vivía en tiempos de Edipo, rey de Tebas, dominaba con sus extraordinarias dotes el arte de la pironancia, es decir, de la adivinación por el fuego, que se remonta, según algunos, a los caldeos y que, según otros, fue descu-

bierto por el gigante Nemrod. Lo cierto es que no había ningún hombre en su época que supiera discernir mejor el movimiento, el sonido y el color del fuego, o leer con tanto acierto en las venas de los animales, la garganta de los toros y las entrañas de toda clase de bestias. Se creía que gracias a su arte podía convocar a los espíritus para que contestaran a sus preguntas. Le tocó vivir la ruina de Tebas a consecuencia de la lucha entre los hijos de Edipo y marchó a Asia, donde mandó edificar un templo a Apolo, que había de ser famoso. Acabó sus días en Italia. Allí tanto la veneraban que dieron su nombre a una ciudad que hoy existe todavía: Mantua, donde nació el poeta Virgilio.

XXXII

De Medea y de otra reina llamada Circe

»Medea, de la que muchos libros de historia hacen mención, no estaba menos familiarizada con aquellas artes practicadas por Mantoa. Hija de Persea y Aetes, rey de Cólquida, era una mujer muy hermosa, alta de estatura y de cara agradable, y por su saber sobrepasaba a todas. Conocía las propiedades de las hierbas y todas las medicinas que con ellas podían elaborarse. Ningún arte le era ajeno. Gracias a sus sortilegios, cantando ciertos versos, sabía turbar el aire y nublar el cielo, hacer salir los vientos de las cuevas y de las más profundas cavernas, mover tempestades y torbellinos, detener los ríos para que no corriesen, preparar ponzoñas, hacer surgir el fuego de cualquier cosa que eligiese, que luego ardía como si nada. Fue gracias a sus encantamientos como Jasón conquistó el Vello de Oro.

»Asimismo, Circe, reina de una isla cercana a Italia, era tan experta en el arte de la magia que gracias a sus extraordinarios hechizos podía lograr cuanto se proponía. Sabía de un brebaje capaz de mudar a los hombres en cualquier animal o bestia salvaje. Así lo cuenta la historia de Ulises. Cuando intentaba volver a Grecia después de la destrucción de Troya, Fortuna llevó sus barcos con vientos adversos en medio de una gran tormenta que le hizo arribar al puerto de la isla de Circe. Allí, el ingenioso Ulises no quiso desembarcar sin el permiso de la reina y man-

dó en embajada a sus caballeros para saber si era de su agrado el requerimiento. Circe, pensando que eran enemigos, dio de beber a diez de ellos una pócima que los transformó en piara de cerdos de forma inmediata. Ulises no tardó en acudir y pudo persuadirla de que devolviera a sus compañeros su forma humana.

»Se dice que cuando otro príncipe griego, Diomedes, arribó al puerto de Circe, la maga metamorfoseó a sus guerreros en pájaros, y aún siguen siéndolo hoy. Son unos pájaros más grandes de lo normal y con una forma bastante extraña, pero pese a su ferocidad los habitantes de la región los miran con orgullo y los llaman «diomedeos».

XXXIII

Cristina pregunta a Razón si alguna vez una mujer descubrió una ciencia antes desconocida

Yo, Cristina, después de escuchar el discurso de Razón le contesté en estos términos:

—Señora mía, ya veo que pueden citarse muchos casos de mujeres instruidas en las artes y las ciencias, pero ahora os pregunto si conocéis algunas que por intuición, saber, inteligencia o ingenio, hayan inventado algunas nuevas técnicas o ciencias necesarias y provechosas que se desconocían antes.

—Puedes estar segura, querida —me contestó—, que muchas ciencias e importantes técnicas han sido descubiertas por la inteligencia y el ingenio femenino, tanto en lo que respecta a la ciencia pura —y ahí están sus escritos— como en el campo de la técnica, como lo prueban algunas invenciones y profesiones manuales. Ahora te daré varios ejemplos.

»Te hablaré primero de la noble Nicostrata, a la que los italianos llaman Carmenta¹³. Esa dama era hija de Palas, rey de Arcadia. Era de una inteligencia extraordinaria, dotada por Dios con un talento especial para el saber. Muy versada en literatura griega, se expresaba con una lengua hermosa y una elocuencia admirable, hasta tal punto que los poetas de la época la celebraban en sus versos como si fuera la amada del dios Mercurio.

También pretendieron que un hijo que habría tenido con este último y que llegó a ser poeta era obra del dios.

»A causa de ciertos disturbios acontecidos en Grecia, abandonó su país y zarpó hacia Italia con su hijo y otras muchas gentes que la acompañaban en sus barcos. Llegó hasta el río Tíber, en cuya orilla desembarcó, y allí subió hasta la cumbre de una colina que llamó, en honor a su padre, el monte Palatino. En ese mismo lugar, donde había de ser fundada luego Roma¹⁴, con la ayuda de su hijo y de sus gentes, levantó una fortaleza.

»Al descubrir que los hombres de aquel país vivían como salvajes, escribió ciertas leyes para prescribirles que se conformaran al derecho y la razón, como es de justicia. Ella fue la primera en promulgar leyes en un país que resplandecería con tanta fama por haber nacido allí todo el derecho escrito.

»Entre sus muchos talentos, poseía el don de la profecía y adivinó que llegaría un tiempo en que aquella tierra se alzaría como la más noble y famosa del mundo. Le pareció entonces que sería indigno de la grandeza del imperio romano, que había de regir el mundo, emplear los caracteres de un alfabeto bárbaro e inferior, legado por un país extranjero. Iba a revelar a los siglos futuros toda su sabiduría y la excelencia de su genio poniéndose a la tarea de inventar un alfabeto original, cuyos caracteres son muy diferentes de los que se usan en otra parte, es decir, nuestro abecedario, el orden alfabético latino, la ortografía, la distinción entre vocales y consonantes y la base de la gramática. Cuidó que enseñaran este alfabeto al pueblo con el deseo de difundir un descubrimiento de tanta relevancia. No es poco lo que debemos agradecer a esta mujer por haber aportado al mundo algo tan provechoso, y casi puede decirse que nunca se inventó nada tan valioso.

»Los italianos se percataron de tal beneficio y no se mostraron ingratos. El descubrimiento les pareció tan extraordinario que no sólo proclamaron que esa mujer era más grande que cualquier hombre, sino que hicieron de ella una diosa. Celebraron fiestas en su honor durante su vida y después de su muerte le dedicaron un templo al pie de la colina donde vivió. Para perpetuar su memoria designaron varias cosas con el nombre de la ciencia que inventó y dieron su nombre a otras muchas. Así llamáronse «latinos» los habitantes de aquella tierra en honor del latín, de-

sarrollado por esa mujer. Como además la palabra latina *ita*, que significa *oui* en francés, es la mayor afirmación de la lengua latina, no les bastó con llamar a su país «tierra latina», sino que quisieron que todo aquel vasto territorio con sus dominios y provincias allende los Alpes llevara el nombre de Italia¹⁵. De su nombre, Carmenta, viene también la palabra latina *carmen*, que significa «poema», y mucho después de su muerte los romanos llamaron *Carmentalis* a una de las puertas de la ciudad. Por muy buena fortuna que hayan tenido algunos de sus emperadores, los habitantes de Roma nunca quisieron cambiar este nombre, que aún hoy sigue usándose.

»¿Qué más pides, querida hija? ¿Puede decirse algo más honroso de algún varón? Sin embargo, no vayas a creer que ella haya sido la única mujer en descubrir las varias ramas del saber.

XXXIV

De Minerva, que descubrió varias ciencias, así como el arte de fabricar armaduras de hierro y acero

(»Como lo has escrito tú misma en alguno de tus libros, Minerva era una doncella de origen griego a la que dieron el sobrenombre de Palas. Esa virgen era de una inteligencia tan deslumbrante que los necios de su época, que no sabían quiénes eran sus padres, viéndola hacer además unas cosas prodigiosas y nunca vistas, creyeron que era una diosa bajada del cielo. Cuenta en efecto Boccaccio cómo su saber, superior al de las mujeres de su tiempo, asombraba aún más porque se desconocían los orígenes de su familia. Su talento y dotes intelectuales no se limitaban a un solo campo. Gracias a su ingenio inventó un tipo de escritura que servía para reducir el número de letras y poder transcribir las narraciones más largas. Los griegos utilizan aún esta invención, fruto de una mente muy sutil. Asimismo descubrió las cifras y el cálculo, como forma de sumar rápidamente.

»Era tan dotada para la ciencia que encontró técnicas desconocidas, en particular, todo lo que se refiere al arte de hilar y tejer. Fue la primera en pensar cómo esquilan las ovejas, carmenar,

peinar y cardar la lana con distintos instrumentos, devanar las madejas sobre brocas de hierro y por fin enroscar e hilarla con el huso. También inventó los telares y la técnica para tejer los paños finos.

»Asimismo, descubrió cómo sacar el aceite prensando aceitunas u otros frutos de la tierra. A ella se debe el arte de fabricar carros y carretas para el transporte. Hizo algo que podría asombrar más todavía a quienes piensen que no está en la naturaleza femenina reflexionar sobre esos asuntos; en efecto, fue ella quien inventó la técnica del arnés y de las armaduras de acero que caballeros y soldados llevan para protegerse en los combates. Brindó la invención a los atenienses, a quienes enseñó también cómo desplegar los batallones y luchar en ordenadas filas¹⁶. Ella inventó, además, la flauta, la chirimía, la tromba y otros instrumentos de viento.

»Esa mujer, que todo lo abarcaba con la inteligencia, se quedó virgen toda la vida. Aludiendo a su castidad tan ejemplar, los poetas imaginaron en sus fábulas que Vulcano, dios del fuego, se enfrentó con ella en largo combate pero que al final fue ella quien se llevó el triunfo. Venció al dios del fuego, es decir, el deseo carnal que asalta de modo especial a la juventud. Los atenienses la veneraban y adoraban como a una divinidad, invocándola como diosa de la guerra y del arte de la caballería, así como diosa de la sabiduría en honor a su profunda ciencia.

»A su muerte los atenienses levantaron para honrarla un templo, donde erigieron una estatua con la efigie de una doncella que representaba la sabiduría y la caballería. Esa estatua tenía la mirada implacable y aterradora, porque el papel de la caballería es ejecutar las órdenes de la justicia y también porque las intenciones del sabio son misteriosas. Llevaba un yelmo, propio del aguerrido caballero en el campo de batalla, y a su vez porque quedan velados por el secreto los designios de la sabiduría. Iba vestida con una cota de malla, emblema del poder del estado de la caballería, y para significar también que el sabio va siempre armado contra los hados de Fortuna. Llevaba en la mano un asta o lanza muy larga, figura del caballero, que es punta de lanza de la justicia, y del sabio, que lanza muy lejos sus arrojadas flechas. Llevaba colgado del cuello un gran escudo o tarja de cris-



Circe, fol. XLIII v.º



Minerva (Pallas), fol. XII.

tal, el escudo simbolizando la defensa caballeresca y el cristal, la clarividencia del sabio. En el centro estaba pintada la cabeza de la serpiente Gorgona, porque el caballero tiene que ser astuto como la sierpe para desbaratar los planes de sus enemigos, así como el sabio, que sortea todas las trampas. Al lado de la estatua, como vigilándola, colocaron una lechuza, ave nocturna, para significar que de día y de noche el caballero debe andar presto a defender el Estado, lo mismo que el sabio a todas horas vigila la verdad. Durante mucho tiempo esa mujer fue objeto de un gran culto y tan lejos se extendió su fama que le dedicaron templos en varios países, varios siglos después; estando su imperio en pleno apogeo, los romanos colocaron la imagen de Minerva junto a los dioses del Panteón.

XXXV

De la reina Ceres, que inventó
el arte de labrar la tierra
y otras muchas artes

»Gracias a su inteligencia, Ceres, que reinó en Sicilia en la más remota antigüedad, tuvo el privilegio de ser la primera en descubrir las técnicas agrícolas así como los instrumentos de cultivo. Enseñó a sus súbditos a domar y criar a los bueyes salvajes para uncirlos con el yugo. Inventó, asimismo, el arado y enseñó a su pueblo todas las técnicas de la labranza, como la cuchilla forjada en hierro para surcar la tierra.

»Luego les enseñó el arte de la siembra, cómo cubrir el grano cuando ha germinado y brotado, cómo cortar el trigo, arrancar la cizaña de la mies trillando las espigas con el mayal. Les mostró luego cómo moler el grano entre gruesas piedras, construyendo molinos, y hasta cómo preparar la harina y amasar el pan. Así esa mujer enseñó a los hombres que vivían como bestias salvajes, comiendo bellotas y bayas, a alimentarse de una forma más digna.

»Ceres hizo más aún: cuando las gentes de su época seguían viviendo como nómadas esparcidos entre bosques y yermos, errando como animales, los llevó a juntarse en comunidades, en-

señándoles a construir casas y ciudades donde pudieran convivir. Gracias a esa mujer, el mundo se alejó del estado salvaje y rústico para adoptar los modos de vida propios de la urbanidad, es decir, racionales y civilizados. Los poetas crearon el mito del rapto de Ceres por Plutón, dios del infierno, pero sus coetáneos la veneraron por haberles brindado tantos beneficios y la invocaban como a la diosa de los cereales.

XXXVI

Donde se trata de Isis, que inventó el arte de los jardines

»Isis fue reina de Egipto. Fue para los egipcios, que la veneraban como una diosa, objeto de una devoción especial por sus conocimientos de la técnica de la agricultura. Cuentan los poetas de sus amores con Júpiter, que la transformó en vaca, y tras nueva metamorfosis la devolvió a su forma primera, como tú misma lo has glosado en tu *Epístola de Othéa*¹⁷. Eso es una ficción alegórica para representar su inmenso saber, como el sistema simbólico que enseñó a los egipcios para anotar de forma abreviada su complejo lenguaje.

»Isis era hija de Inacos, rey de los griegos, y hermana del sabio Foroneo. Con este mismo hermano abandonó Grecia para quedarse en Egipto, donde enseñó el arte de los jardines y del cultivo de las plantas, así como la técnica del injerto. Promulgó leyes justas que para los egipcios, que vivían entonces de forma rústica e incivilizada, casi como animales, supusieron el respeto por la justicia y el inicio de una sociedad más pulida.

»Resumiendo, dio a Egipto tantas pruebas de su ingenio que no sólo llegó a ser objeto de culto allí, sino que su fama dio la vuelta al mundo, y estando aún Roma en la cima del poder, sus habitantes le dedicaron un templo, donde le hacían ofrendas y celebraban sus misterios según el rito egipcio.

»De Apis, su esposo, decían erróneamente que era hijo de Júpiter y de Níobe, pero Níobe era hija de Foroneo, como lo atestiguan las crónicas.

XXXVII

De cuántos beneficios trajeron aquellas mujeres al mundo

—Lo que acabo de oír, Señora mía, me deja admirada. ¡Tantos beneficios logrados para el mundo, gracias a la inteligencia de las mujeres! Los hombres, sin embargo, suelen afirmar que el saber femenino no tiene ningún valor, y es un tópico oír decir cuando se habla de alguna necedad: «¡De una mujer tenía que ser esa idea!». En resumen, la opinión común a todos los hombres es que las mujeres nunca sirvieron para otra cosa que para traer hijos e hilar la lana.

—Ahí se ve la ingratitud de quienes hablan así. Tan ingratos son como los que viven del bien ajeno, que como no saben de dónde viene su dinero nunca se les ocurre dar las gracias a nadie. Ahora puedes comprender cómo Dios, que no hace nada que no sea razonable, ha querido mostrar a los hombres que no tiene en menor estima al sexo femenino que al varonil. Se ha complacido en conceder a las mujeres tantas facultades intelectuales que su inteligencia no sólo es capaz de comprender y asimilar las ciencias sino de inventar algunas nuevas de tal provecho para la humanidad que resultaría difícil encontrar otras más útiles. Recuerda el ejemplo de Carmenta, de la que hablamos hace poco. Ella inventó el alfabeto latino y Dios se mostró tan favorable a este descubrimiento que su uso se ha extendido por todas partes, ahogando casi la fama de la escritura hebraica y de la griega, que tanta preeminencia tuvieron antes. Europa casi entera —es decir, gran parte de los países del mundo— lo utiliza, y con estos mismos caracteres se han escrito una cantidad infinita de textos de todas las disciplinas donde tanto brilla la memoria de los hechos de los hombres como la gloria divina, las artes y la ciencia. Que no se me diga que mi argumentación es parcial, porque yo retomo a Boccaccio, cuya autoridad es indiscutible.

»Así, ten por cierto que el bien que hizo Carmenta es inmenso, porque fue gracias a ella por lo que los hombres, aunque ellos no lo quieran reconocer, pasaron de la ignorancia a la cultura. También gracias a ella poseen el medio de enviar, tan lejos como deseen, sus más secretos pensamientos, comunicar a cual-

quier parte todo lo que deseen. Por el mismo medio, llegan a conocer el pasado y el presente, e incluso a veces algo del futuro. Gracias al descubrimiento de esa mujer, los hombres pueden concluir acuerdos y trabar amistad con personas lejanas, e incluso sin haberse visto jamás, mantener correspondencia para llegarse a conocer. En resumen, no se alcanza a decir todo el bien que debemos a la escritura y por tanto a los libros y cuantas cosas describen y dan a conocer y comprender: Dios, el cielo, la tierra, el mar, los seres y las cosas del universo. Ahora te pregunto: ¿Hubo alguna vez algún hombre al que se deba más?

XXXVIII Vuélvese sobre lo mismo

»Te preguntaría también si ha habido un hombre que hiciera tanto por la humanidad como la reina Ceres, de la que te hablé hace poco. ¿Cómo puede lograrse la fama de forma más honrosa que llevando a hombres bárbaros y nómadas, que vivían en los bosques como fieras sin conocer la justicia, a poblar ciudades donde viven respetando la ley? Ella los proveyó, además, con un alimento mejor que las bayas y bellotas, el trigo, que vuelve el cuerpo más hermoso y lozano, los miembros más robustos y ágiles, porque es una comida más adaptada a las necesidades de la especie humana. ¿Qué más digno de elogio que desbrozar una landa llena de cardos, espinos y arbustos salvajes, labrar esta tierra, sembrarla y cambiar un campo sin domesticar en tierra franca, cultivada para el bien común? Esta mujer enriqueció la naturaleza humana y la llevó de la inculta barbarie a una sociedad civilizada y urbana, sacando de las tinieblas de la ignorancia las perezosas mentes de aquellos vagabundos, para que accedieran a las tareas más nobles y las formas más elevadas del pensamiento. Al organizar los trabajos de la agricultura, hizo posible la vida en las ciudades y aseguró que tuvieran alimento aquellos habitantes de la ciudad que se dedican a otras labores igualmente necesarias.

»Otro tanto puede decirse de Isis en el arte de los jardines. ¿Cómo medir el beneficio que aportó al mundo saber desarro-

llar un método para injertar los árboles frutales y cultivar plantas y especias, tan útiles para la alimentación?

»Y ahora, querida Cristina, recuerda a Minerva, cuyo ingenio proporcionó a la humanidad tantas cosas necesarias, como ropa de lana cuando los hombres vestían las pieles de los animales o como saber hacer carros y carretas cuando todo había que transportarlo con la única fuerza de los brazos. ¡Y cómo comparar la cota de malla, armadura hermosa y resistente, que enseñó a fabricar a los nobles para proteger sus cuerpos en la guerra, con las tiras de cuero que llevaban antes!

Yo dije entonces:

—Señora, ahora entiendo mejor que antes por qué hablasteis de la enorme ingratitud e ignorancia de los hombres que hablan mal de las mujeres. Ahora veo que ellas han colmado de bienes a los hombres y ellos los han aceptado y aún siguen las mujeres prodigando su generosidad. ¡Que callen ya! ¡Que se callen para siempre esos clérigos que hablan mal de las mujeres, esos autores que las desprecian en sus libros y tratados, y que se mueran de vergüenza todos sus aliados y cómplices por lo que se han atrevido a decir, al ver cómo la verdad contradice lo que sostienen! La noble Carmenta ha sido para ellos como una maestra de (escuela —esto no lo pueden negar—, les enseñó la lección que tanto orgullo y altivez les da saber, quiero decir las letras del alfabeto latino.

»¿Qué dicen los nobles que, en contra de toda caballerosidad, atacan en tono vehemente a las mujeres? Que guarden silencio ahora y sepan que todo el arte militar que tanto les enorgullece, como disponer batallones en ordenadas filas, todo, hasta la armadura que llevan, se lo deben a una mujer. Si todos esos hombres que labran el campo, se alimentan de pan y trigo, y viven en ciudades conforme al Estado de derecho pensarán en el provecho que recibieron gracias a las mujeres, ¿podrían permitirse condenarlas y despreciarlas como tantos hacen? Claro que no, porque fueron mujeres, es decir, Ceres, Isis, Minerva, quienes les proveyeron con estas cosas de las que disponen libremente para toda su vida. ¿Son de poca monta esas cosas? Por supuesto que no, y me parece, Señora, que la filosofía de Aristóteles, que goza de tanta estima y con razón por su importancia para la inteli-

gencia humana, o la de otros filósofos no han aportado tantas ventajas a la humanidad como las invenciones debidas al ingenio de aquellas mujeres.

—No fueron las únicas —me dijo—, hubo algunas más; te las citaré.

XXXIX

De la joven Aracne, que inventó el arte de teñir la lana, de fabricar tapices, así como de cultivar y tejer el lino

»Como te decía, no sólo por mediación de aquellas mujeres Dios ha dotado a la humanidad con muchas nobles artes, sino que el talento creativo ha resplandecido en otras, como en una joven llamada Aracne, que venía de Asia y era hija de Idmón de Colofón. Su ingenio era prodigioso; inventó el procedimiento de teñir las madejas de lana de distintos colores para tejer tapices como si se tratara de pintar, gracias a la técnica del lizo, es decir, dividiendo el estambre en finos hilos. Era muy hábil en el arte de tejer, y cuenta la fábula de su rivalidad con Palas, que por despecho la transformó en araña.

»Esta mujer descubrió unas artes más útiles aún como las del cultivo y recogida del lino y del cáñamo: cómo dejarlos enfriar en la alberca, como agramar y rastrillarlos para separar las fibras y luego, por fin, hilar con la rueca y tejer la tela. Me atrevo a afirmar que estas técnicas resultaron indispensables para la humanidad aunque haya hombres que desprecian a las mujeres por practicar estas artes.

»A Aracne también se le debe el invento de las redes de pescar y de los lazos y trampas para el venado y otras fieras de caza mayor, así como las destrezas para coger pájaros, conejos y liebres con unas técnicas antes desconocidas. Me parece que no fue poco el servicio prestado por esa mujer a la humanidad, dotándola de las artes de la caza y la pesca, tan placenteras como provechosas.

»Es verdad que ciertos autores, entre los cuales se encuentra el poeta Boccaccio, a quien debemos este relato, sostienen que

cuando los hombres comían bellotas y bayas silvestres e iban vestidos con las pieles de los animales era una edad más feliz que la nuestra, que ha aprendido a vivir con mayor refinamiento. Pense a Boccaccio y a quienes opinan como él que el descubrimiento de técnicas que mejoran la alimentación y el bienestar del cuerpo humano fue una desgracia para el mundo, yo, en cambio, afirmo que cuantos más beneficios y dones depara Dios al mundo mayor es nuestra obligación hacia Él. Pienso además que si se hace mal uso de los bienes y facilidades que el Creador ha dispuesto para el hombre y la mujer, no se debe a estas cosas que de por sí son buenas y provechosas, sino a la perversidad de quienes hacen tan mal uso de ellas.

»Cristo mismo nos dio ejemplo utilizando cosas excelentes como el pan, el vino, el pescado, la ropa de lino teñido de color, todos recursos indispensables que no habría utilizado si fuese mejor vivir de bellotas y bayas silvestres. Pagó, además, gran tributo al arte de Ceres cuando bajo la especie del pan dio en el rito de la comunión su glorioso cuerpo a hombres y mujeres.

XL

Donde se trata de Pánfila, que inventó la cosecha del gusano de seda y demás técnicas para fabricar tejidos

»Entre las provechosas técnicas inventadas por las mujeres no hay que olvidar la que descubrió la noble Pánfila, nacida en Grecia. Esa mujer tenía una mente muy industriosa, dotada para todo, y le gustaba tanto investigar y examinar fenómenos raros que inventó el arte de tejer la seda. Solía observar cómo los gusanos fabrican la seda de forma natural sobre las ramas de los árboles. Recogió los capullos que esos animales habían fabricado y que le parecieron muy bellos. Fue juntando las hebras de varios, luego quiso ver si se podían teñir esos hilos e hizo varios ensayos con distintos colores. Cuando terminó su experimento y vio lo hermoso que quedaba, decidió tejer esa seda.

»Esta mujer, gracias a las técnicas que desarrolló, trajo belleza y provecho al mundo, porque el uso de la seda se extendió a

todas partes. Para mayor gloria del Señor, de seda son los hábitos sacerdotales y las casullas que llevan los preladados para celebrar los oficios. La llevan emperadores, reyes y príncipes, e incluso en algunas regiones el pueblo no usa otro tejido, porque escasean los animales que dan lana y, por el contrario, abundan los gusanos de seda.

XLI

De Timareta la pintora, de Irene, otra pintora, y de Marcia la Romana

»Estarás convencida, al menos así lo espero, de que las mujeres pueden aprender e inventar ciencias puras. Tienen la misma facilidad para formarse en las artes manuales y ejecutarlas hábilmente. Tenemos el ejemplo con Timareta, cuyo talento en el arte y la técnica de la pintura hizo de ella la pintora más grande de su tiempo. Boccaccio cuenta que era hija del pintor Micón y que nació en la época de la Olimpiada que hacía el número noventa. Se llamaba «Olimpiada» a la fiesta donde se celebraban juegos a cuyos vencedores se les concedía lo que pidieran, dentro de lo razonable. Fundadas por Hércules, en honor de Júpiter, tenían lugar cada seis años. La celebración de la primera Olimpiada marca para los griegos el principio de su era histórica; como el nacimiento de Cristo para los cristianos.

»Timareta abandonó todas las ocupaciones comunes a las mujeres y se dedicó con gran ingenio al arte de su padre. Durante el reinado de Aquelaos de Macedonia, alcanzó tanta fama que los efesios, que adoraban a Diana, le rogaron que pintara una tabla con la efigie de la diosa. Esa imagen es una verdadera obra maestra y da la medida del genio de Timareta. Sobrevivió largo tiempo como objeto de veneración y sólo se exponía en la fiesta solemne de la diosa.

»Otra mujer griega, llamada Irene, alcanzó gran maestría en el arte de pintar, sobrepasando a los artistas de su tiempo. Era discípula del pintor Cratevas, pero ella, con sus excepcionales dotes y aplicación, logró pronto superar a tan consumado maestro.

»Sus coetáneos la tenían por una mujer prodigiosa, hasta el

punto de hacerle una estatua que la representaba pintando, según la costumbre de los antiguos de rendir homenaje a quienes destacaban en algún campo —el saber, la fuerza, la belleza o algún otro talento— y de perpetuar su memoria colocando su estatua en lugares de honor.

»De gran talento en el arte de la pintura fue también Marcia la Romana, una virgen noble y virtuosa cuyo genial trabajo sobrepasó el de hombres como Dionisio y Sopolino, de quienes se decía entonces que eran los mejores pintores del mundo. Si hay que creer a los maestros, ella llegó a la cumbre de la perfección artística. Entre sus obras más famosas figura un extraordinario autorretrato que fue pintado mientras se miraba en un espejo. Queriendo conservar para el mundo la memoria de su imagen, logró tal perfección que al mirar su figura en la tabla parecía como si se la viera respirar. De aquella obra, conservada como un tesoro, se habló mucho tiempo como de un prodigio de belleza.

—Señora —le dije entonces—, esos ejemplos nos demuestran que los antiguos tenían en mayor estima las ciencias y honraban mejor la cultura que nosotros. A propósito de mujeres dotadas para la pintura, yo conozco una pintora llamada Anastasia, que tiene tanto talento para dibujar e iluminar las figuras de los adornos marginales y los paisajes de fondo en las miniaturas que no se podría encontrar en París, donde viven sin embargo los mejores artistas del mundo, uno solo que la supere¹⁸. Nadie ejecuta mejor que ella los motivos florales y adornos de los manuscritos, y como se tiene en gran estima su trabajo, siempre le encargan la ilustración de los libros más valiosos. Lo sé por experiencia, porque ella ha pintado para mí ciertas miniaturas que, según una opinión unánime, son aún más bellas que las de los grandes maestros.

—Te creo, querida Cristina —me contestó—. Si la gente se molestara en buscarlas, encontraría muchas mujeres extraordinarias. Ahora lo veremos con el ejemplo de otra romana.

XLII
De Sempronia la Romana

»Sempronia la Romana fue una mujer deslumbrante. La más bella de cuerpo y cara de todas las mujeres de su época, se distinguía aún más por sus facultades intelectuales. No había nada tan sutil o complejo que no pudiese retener sin error, por muy difícil que fuera. Tenía tal capacidad de memoria que podía repetir hasta los más largos relatos. No sólo sabía latín sino griego, y lo escribía a la perfección, asombrando a todos.

»Su forma de hablar y su expresión eran muy agradables. Tenía un estilo justo y hermoso. Así que podía ganarse a cualquiera con un discurso. Si lo que quería era que la gente se divirtiese, hacía brotar la alegría del ánimo más triste, pero lo mismo podía provocar a su antojo la melancolía y el llanto. Si se lo proponía, despertaba el valor en quienes la escuchaban para que se enfrentaran con el peligro. Nadie se cansaba del placer de mirarla y oírla, tan dulces y delicados eran sus gestos, tan grácil el movimiento de su cuerpo. Su voz era melodiosa, y ganaba concursos tocando a la perfección todos los instrumentos de cuerda. Verdaderamente, era mucha y variada la ingeniosidad de su mente.

XLIII
Cristina pregunta si Naturaleza
ha dotado a la mujer de templado juicio
y discernimiento. Respuesta de Razón

Yo, Cristina, volví a tomar la palabra:

—Veo muy claro, Señora mía, que Dios ha concedido a la mujer una mente capaz de comprender, conocer y retener todas las cosas de los más variados campos del saber. No es raro encontrar personas con un espíritu despierto y unas facultades intelectuales que les permitan comprender con facilidad todo lo que se les enseñe. Con sólo aplicarse al estudio, alcanzan un gran saber. Ahora bien, se ve a muchos sabios, e incluso algunos famosos y muy cultos, que carecen del mínimo juicio en su vida pri-

vada, cosa que siempre me sorprende profundamente porque no cabe duda de que las ciencias son muy formativas y enseñan a vivir con cordura. Ahora que me he convencido por vuestros ejemplos y mi propia experiencia de que las mujeres pueden estudiar las ciencias más difíciles y todas las ramas del saber, quisiera que me dijerais, Señora, si la mente femenina es capaz de buen juicio y discernimiento para decidir lo que hay que hacer o dejar de hacer. ¿Es la experiencia la que guía a las mujeres para que aprendan a enjuiciar su conducta presente a la luz de su pasado? ¿Los asuntos del presente les enseñan a discernir mejor lo que les reserva el futuro? Estas preguntas, me parece, tienen que ver con la facultad de juzgar de forma razonada.

—Dices verdad, hija —me contestó—. Pero esa capacidad de juicio de la que hablas es un don que Naturaleza otorga lo mismo a hombres que a mujeres, y a algunos más que a otros. No proviene del saber en absoluto. Ahora bien, el saber luce aún más en mentes naturalmente dotadas con agudeza de juicio porque, como sabes, la unión de dos fuerzas es mucho más potente que cada una de ellas por separado. Por lo tanto, me atrevo a decir que si alguien posee por naturaleza una gran capacidad de juicio —lo que se entiende a veces familiarmente por «buen sentido»— y además ha adquirido saber, es seguro que su espíritu es de una calidad admirable. Sin embargo, como tú misma has dicho, poseer lo uno no significa poseer lo otro, porque el juicio es una capacidad natural, mientras que el saber sólo se adquiere a través del estudio. Ambos son buenos, por supuesto.

»Algunos prefieren el buen sentido sin el saber a un saber erudito con poco juicio. Pueden formularse varias opiniones sobre esta propuesta que plantea numerosos problemas. Habría que empezar admitiendo que lo mejor es lo que contribuye al bien público, y en este sentido, un individuo que conoce las distintas ramas del saber es de mayor provecho para la sociedad por su capacidad de difundir la ciencia que otro que pueda demostrar todo el buen juicio del mundo. En efecto, esta facultad dura lo que la vida de un individuo. El saber, en cambio, perdura gracias a la fama de quienes lo tuvieron y puede recordarse y enseñarse en los libros para las futuras generaciones. Ahí está como ejemplo Aristóteles y otros sabios que transmitieron su

ciencia al mundo. La suma de sus conocimientos es de mayor provecho para la humanidad que toda la capacidad de juicio que hayan recibido los hombres a lo largo de la historia si ésta no va a la par con el saber. También puede decirse que reinos e imperios sólo se mantienen a fuerza de prudencia y buen gobierno pero, aún así, se trata de cosas transitorias.

»Dejemos ahora este tema para que otros sigan debatiendo, porque no tiene que ver con la construcción de nuestra Ciudad. Vuelvo, en cambio, a lo que me has preguntado, es decir, si la mujer posee naturalmente capacidad de juicio. ¡Claro que la tiene! Con lo que te comenté deberías saberlo, pero además, por experiencia, puedes verlo en la forma en que las mujeres en general llevan a cabo las tareas que se les confía. Observa y verás que todas, o casi todas, administran las cosas de su casa con sumo cuidado y diligencia, se ocupan de todo con tan buen gobierno que hasta algunos maridos despreocupados se enfadan pensando que ellas, creyendo que valen más, intentan manejarlos e insisten demasiado para que ellos hagan frente a sus obligaciones. Así, lo que algunas mujeres dicen a sus maridos con la mejor intención se vuelve en su contra. De las mujeres juiciosas habla precisamente el Libro de los Proverbios en la «Epístola de Salomón», que te recordaré ahora.

XLIV
La «Epístola de Salomón»¹⁹
del *Libro de los Proverbios*

Una mujer completa, ¿quién la encontrará?
Es mucho más valiosa que las perlas.
En ella confía el corazón de su marido,
y no será sin provecho.
Le produce el bien, no el mal,
todos los días de su vida.
Se busca lana y lino
y lo trabaja con manos diligentes.
Es como nave de mercader
que de lejos trae su provisión.

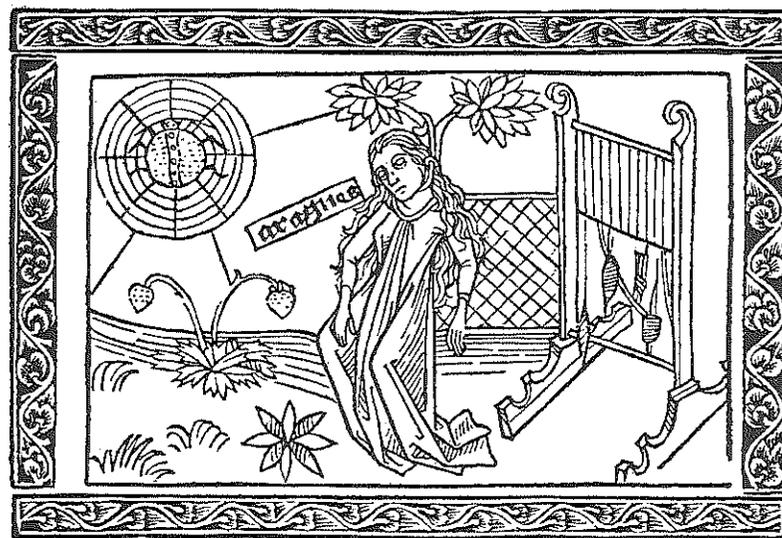
Se levanta cuando aún es de noche,
da de comer a sus domésticos
y órdenes a su servidumbre.
Hace cálculos sobre un campo y lo compra;
con el fruto de sus manos planta una viña.
Se ciñe con fuerza sus lomos
y vigoriza sus brazos.
Siente que va bien su trabajo,
no se apaga por la noche su lámpara.
Echa mano a la rueca,
sus palmas toman el huso.
Alarga su palma al desvalido,
y tiende sus manos al pobre.
No teme por su casa a la nieve,
pues todos los suyos tienen vestido doble.
Para sí se hace mantos,
y su vestido es de lino y púrpura.
Su marido es considerado en las puertas,
cuando se sienta con los ancianos del país.
Hace túnicas de lino y las vende,
entrega al comerciante ceñidores.
Se viste de fuerza y dignidad,
y se ríe del día de mañana.
Abre su boca con sabiduría,
lección de amor hay en su lengua.
Está atenta a la marcha de su casa
y no come pan de ociosidad.
Se levantan sus hijos y la llaman dichosa;
su marido hace su elogio:
«¡Muchas mujeres hicieron proezas,
pero tú las superas a todas!».
Engañosa es la gracia, vana la hermosura.
La mujer que teme a Yahveh, ésa será alabada.
Dadle del fruto de sus manos
y que en las puertas la alaben sus obras.

XLV
Donde se trata de Gaya Cirila

»A propósito de la mujer perfecta alabada en la «Epístola de Salomón», puede recordarse el ejemplo de Gaya Cirila. Era romana o toscana y esposa de Tarquinio, rey de los romanos. Mostró gran capacidad de juicio en sus actos y además virtud, lealtad y generosidad. Tenía fama de ser muy precavida y todos admiraban la forma en que gobernaba su casa. Ser reina no le impedía trabajar con sus manos, porque siempre quería sentirse útil, y huyendo de la ociosidad, aprovechaba cualquier rato para ejecutar alguna labor, marcando la pauta a las damas de su séquito. Sabía elegir entre varias clases de lana, según quería hacer un tejido fino o basto, y a ello dedicaba su tiempo, lo que en aquella época se consideraba una ocupación muy noble. Todo ello le valió ser honrada, apreciada y muy admirada. Para conservar su memoria, los romanos, que luego llegaron a ser mucho más poderosos que durante la época de aquella reina, mantuvieron la siguiente costumbre: en las bodas de sus hijas, cuando la novia franqueaba el umbral de la casa de su marido, le preguntaban cómo iba a llamarse y ella había de contestar «Gaya», para indicar su propósito de adoptar las costumbres de vida de aquella mujer.

XLVI
Del buen juicio y sabiduría
de la reina Dido

»Como tú misma dijiste, el juicio es la facultad de reflexionar sobre lo que se quiere emprender para llevarlo a buen término. Para que veas hasta qué punto las mujeres dan pruebas de un gran discernimiento en las tareas más elevadas, he aquí varios ejemplos de mujeres que ejercieron el poder político. Empezaremos con Dido, llamada antes Elisa, que demostró la fuerza de su juicio con lo que ahora te contaré. Fundó y mandó construir en tierra africana una ciudad llamada Cartago, de la que fue dama y reina. La manera en que tomó posesión de la tierra y la for-



Aracne, fol. xxiiii v.º



Dido, fol. XLVII.

ma en que conservó y fundó la ciudad hicieron patentes su fuerte resolución, nobleza y valor, cualidades sin las cuales no sirve la prudencia.

»Dido descendía de los fenicios, que abandonaron las más lejanas tierras de Egipto para fundar en Siria numerosas y magníficas ciudades. A este pueblo pertenecía el rey Agenor, de cuyo linaje era el padre de Dido, el rey Belos, que conquistó el reino de Chipre. Tenía por única descendencia a un hijo llamado Pigmalión y a Dido. Cuando le llegó la muerte, encomendó a sus barones que sirvieran con lealtad y afecto a sus dos hijos, y así se lo hizo prometer. Muerto el rey, coronaron a su hijo Pigmalión y desposaron a la hermosa Elisa con el jefe que más poder tenía en el país después del monarca. Se llamaba Acerbas Siqueo, pero era conocido como Siqueo. Gran sacerdote del templo de Hércules, era prodigiosamente rico. Siqueo y su esposa se amaban y llevaban una vida feliz, pero el rey Pigmalión era de una crueldad perversa y de una codicia sin límites. Como su hermana sabía lo peligroso que podía resultar para su marido, cuyas riquezas eran un secreto a voces, aconsejó a éste desconfiar del rey y poner sus bienes en un lugar a salvo. Siqueo siguió su consejo, pero descuidó su propia protección contra las acechanzas del rey, como le había recomendado Elisa, y un día Pigmalión le mató para así apoderarse de su tesoro. Tan dolida se encontraba Elisa por la muerte de su esposo que pensó en morir. En su largo duelo maldecía a su hermano. Pigmalión sólo había podido encontrar parte de las riquezas, y al verse defraudado en su codicia, comenzó a odiar a su hermana porque sospechaba que ella había escondido el tesoro. Como peligraba su vida, la prudencia aconsejó a esta mujer abandonar el país. Después de tomar esta decisión, se armó de valor y siguió pensando cómo habría de llevarla a cabo. Sabía que al rey, a causa de sus crímenes y exacciones, no le querían ni sus barones ni el pueblo. Convocó entonces a los príncipes, a algunos burgueses y a gente del pueblo. Les hizo jurar guardar secreto y les expuso su plan con tal elocuencia que todos hicieron causa común con ella y se comprometieron a acompañarla en el exilio, jurando serle fieles y leales.

»Apresuradamente y con la mayor discreción, ella hizo armar un navío y salió de noche acompañada de mucha gente. Or-

denó a la tripulación que se esforzara en zarpar lo antes posible. Llevaba sus inmensas riquezas, y sabiendo que su hermano mandaría salir en su busca en cuanto se enterara de su marcha, con gran astucia dispuso una estratagema. Mandó llenar grandes arcas y baúles con cosas pesadas y sin valor para hacer creer que ahí iba su tesoro. Sabía que si soltaba esas piezas a los perseguidores enviados por su hermano la dejarían marchar. Así ocurrió. Cuando llevaban recorrida poca ruta, surgió un fuerte contingente de hombres armados, enviados por el rey. Se dirigió a ellos con gran aplomo, les pidió que le dejaran proseguir su peregrinación, pero viendo que esta excusa no servía, propuso entregarles su tesoro, ya que sabía que sus riquezas y no su persona era lo que perseguía su hermano. Ellos accedieron convencidos de que así era y de que podrían aplacar al rey y darle contento. Con la cara triste como si se le rompiera el alma, les hizo entrega de todas sus arcas y baúles. Pensando que habían actuado de la mejor forma, después de cargar los barcos, los enviados del rey se dieron prisa en volver para darle la buena noticia.

»Sin mostrar ningún desagrado, la reina reanudó el viaje. Navegaron día y noche y atracaron en Chipre para aprovisionarse. Después de ofrecer un sacrificio a los dioses, volvió al navío, llevando consigo al sacerdote de Júpiter y a su familia. Por sus artes adivinatorias ese mismo sacerdote sabía que una mujer había de llegar de tierra fenicia y que él abandonaría su país para acompañarla. Dejando atrás Creta, navegaron con Sicilia a su derecha, y bordeando la costa de Masilia hasta llegar a África, desembarcaron.

»Los habitantes acudieron para ver el barco y los pasajeros. Al ver que la dama y quienes la acompañaban venían en son de paz, les trajeron gran cantidad de víveres. Ella les habló con gran cortesía, diciendo que por todo el bien que había oído sobre su país había decidido venirse a vivir a su lado, siempre que ellos estuvieran de acuerdo. Lo aceptaron sin poner trabas. Como no quería dar a entender que pretendía ocupar mucha tierra extranjera y establecer una gran colonia, la dama les pidió que le vendieran tanto suelo como pudiera caber en la piel de un buey para acampar con su gente. Accedieron a la petición y se redactó un contrato cuyos términos juraron respetar. Aquí se vio la in-

geniosidad y astucia de esta mujer. Mandó cortar el cuero de una piel de buey en finísimas tiras que fue atando a modo de cinta, y rodeando el litoral como si de una cerca se tratara, se apropió de gran cantidad de tierras. Los vendedores se quedaron asombrados ante su habilidad y no tuvieron más remedio que respetar las condiciones del trato.

»Así obtuvo su tierra en África. Dentro del terreno cercado se encontró una cabeza de caballo y esto, unido a otros augurios como el vuelo y el graznido de los pájaros, hizo presagiar que los habitantes de la futura ciudad habrían de ser aguerridos conquistadores y expertos en el arte militar. La dama mandó traer obreros y sin reparar en gastos hizo levantar una gran ciudad, muy bella y poderosa, a la que llamó Cartago, mientras que a la gran torre de la ciudadela le dio el nombre de *Birsa*, es decir, «piel de buey».

»Apenas terminada la ciudad, le llegó la noticia de que su hermano se preparaba para atacarla por haberle burlado y engañado. No se arredró y contestó a los enviados que había entregado el tesoro en perfectas condiciones y que posiblemente los que se hicieron cargo de llevárselo lo habían robado cambiándolo por otra cosa; o que acaso fuera una metamorfosis, obra de los dioses, que queriendo castigarle por su crimen no permitieron que disfrutara de las riquezas de su marido asesinado. En cuanto a amenazarla con la guerra, ella, con la ayuda de los dioses, ya sabría defenderse.

»Mandó llamar a todos los que la acompañaban y les hizo saber que no quería que se quedaran con ella en contra de su voluntad ni que sufrieran ningún percance por su culpa. Les proponía volver a marchar si era su intención; todos podían hacerlo, ella les compensaría por su trabajo y les dejaría irse. Todos respondieron unánimes que, a vida o muerte, compartirían su destino y no la abandonarían ni un solo día.

»Marcharon los emisarios y la dama mandó que se apresuraran a terminar la ciudad. Acabada la construcción, promulgó leyes y ordenanzas para que se viviera conforme al derecho y la justicia. Su acertada forma de gobernar la hizo famosa en el mundo entero. Su destacada audacia y valor, su admirable discernimiento político, le merecieron el nombre de «Dido», equi-

valente del latín *virago*, es decir, «que tiene la fuerza y valor de un hombre». Vivió mucho tiempo en la cumbre de la gloria hasta que Fortuna, siempre envidiosa de quienes prosperan, se volvió contra ella preparándole un amargo brebaje, como tendré ocasión de comentarte a su debido tiempo y lugar.

XLVII
Donde se habla de Opis,
reina de Creta

»En una época remota, Opis u Ops, llamada diosa y madre de dioses, logró fama por su conducta prudente. Cuentan los antiguos mitos que siempre dio pruebas de constancia frente a la suerte, feliz o adversa, que le deparó la vida. Era hija de Urano, hombre muy poderoso en Grecia, y de Vesta, su esposa. Como aquellos tiempos eran aún muy bárbaros y atrasados, tuvo por marido a su hermano Saturno, rey de Creta. En un sueño de mal presagio aquel rey vio un día cómo su mujer daba a luz un hijo varón que luego había de matar a su padre. Para escapar a su destino, mandó matar a todos los hijos varones que tuviera la reina, pero ella, gracias a su inteligencia y astucia, logró salvar la vida de sus tres hijos, es decir, de Júpiter, Neptuno y Plutón. Fue alabada y honrada por su prudencia. Su inteligencia y la fuerza extraordinaria de sus hijos le valieron tanta fama que el pueblo ignorante le otorgó el título de diosa madre de dioses, porque durante sus vidas sus hijos superaron a los demás hombres, que aún eran unos rústicos con pocas luces. Le dedicaron templos y ofrendas, y como el pueblo persistió en su errónea creencia, aun cuando el poder de Roma había llegado a su apogeo, seguían venerándola como una diosa.

XLVIII
De Lavinia, hija del rey Latino

»Lavinia, reina de los latinos, muy afamada también por su templado juicio, era del linaje de Saturno —el rey de Creta del que

acabamos de hablar— e hija del rey Latino. Llegó a ser la esposa de Eneas, pero antes de casarse con él, Turno, rey de los rútuos, había sido su prometido. Su padre, a quien un oráculo había anunciado que ella se casaría con un príncipe troyano, iba aplazando la boda pese a las presiones de su mujer. Cuando Eneas llegó a Italia, pidió permiso al rey Latino para desembarcar. Éste no sólo se lo concedió sino que le ofreció inmediatamente la mano de su hija. Cuando se enteró Turno, declaró a Eneas una guerra muy sangrienta. Turno murió y Eneas, victorioso, se casó con Lavinia, aunque pronto había de morir mientras ella esperaba un hijo suyo. Cuando llegó el momento del parto, Lavinia temió que Ascanio, hijo de un primer matrimonio de Eneas, mandara matar al niño para reinar en su lugar. Marchóse para dar a luz en medio de un bosque, por lo que llamó a su hijo Julio Silva.

»Esa mujer nunca quiso volverse a casar. Viuda, supo gobernar con inteligencia y su admirable prudencia preservó sus dominios. Logró el afecto de su hijastro, que para no emprender nada contra ella abandonó el reino y fundó la ciudad de Alba. Lavinia gobernó con su hijo hasta que éste estuvo en edad de reinar. De él nacieron Rómulo y Remo, fundadores de Roma, así como todos los grandes príncipes que vinieron después.

(»¿Qué más decirte, querida? Creo haber aportado bastantes pruebas para demostrarte con razones y ejemplos, como era mi intención, que Dios nunca ha tenido reproches para el sexo femenino —ni más ni menos que para el masculino—. Lo ves ya y lo verás de forma aún más clara después de escuchar a mis dos hermanas. Me parece que yo hice bastante. Ahora que están levantadas las murallas del recinto de La Ciudad de las Damas y seco ya el mortero, con la ayuda y consejo de mis hermanas podrás terminar lo que queda por construir.

*Aquí termina
la primera parte del libro de
La Ciudad de las Damas.*

Libro II

Aquí empieza la segunda parte del libro de *La Ciudad de las Damas*, donde se cuenta cómo y por quién fue construida la Ciudad dentro del recinto y quiénes vinieron a poblarla

I

Donde se trata de las diez sibilas

Apenas Razón, la primera Dama, hubo terminado su discurso, una segunda Dama, llamada Derechura, se me acercó para decirme:

—Querida Cristina, no voy a eludir mi tarea. Construiremos juntas los edificios que encerrarán las murallas levantadas por mi hermana Razón. Coge tus herramientas y ven conmigo.

»Anda, mezcla con tinta este mortero y usa sin reparos esta argamasa, porque yo te proveeré con gran cantidad de ella y gracias a la virtud divina, avanzando a grandes trazos de tu bien templada pluma, pronto acabaremos la construcción de los altos palacios y hermosas mansiones, donde podrán residir para siempre las damas de gran fama y mérito a quienes van destinados.

Yo, Cristina, después de escuchar las palabras de esa honorable Dama, le respondí:

—Muy noble Señora, aquí estoy para lo que mandéis y no tengo otro deseo que obedeceros.

—Mira, querida Cristina —replicó ella—, estas piedras preciosas tan bellas y brillantes, más valiosas que cualesquier otras, que he juntado y tallado para que queden trabadas dentro de tu obra. ¿Crees que me iba a quedar ociosa mientras Razón y tú estabais echando los cimientos? Anda, vete colocándolas encima de la línea que he trazado.

»Entre las mujeres de muy alta dignidad, figuran en primer lugar las sabias sibilas que, según los autores de mayor autori-

dad, eran diez. Escúchame bien, querida Cristina, ¿ha existido jamás un solo profeta a quien Dios haya concedido el honor de la Revelación y haya querido tanto como a esas nobles damas que estoy evocando? Les confirió tales dones de profecía que lo que decían no sólo parecía anticipar el futuro sino narrar acontecimientos pasados, conocidos ya, porque sus escritos resultaban tan claros e inteligibles como una crónica. Anunciaron incluso la llegada de Cristo de forma más clara y detallada que los textos de los profetas. Las llamaron «sibilas», lo que significa: «la que conoce el pensamiento divino», porque tan milagroso era su don de profecía que sólo podía provenir del espíritu divino; «sibila» se refiere, por lo tanto, a un oficio y no es nombre propio. Nacieron en diversos países del mundo y en épocas distintas, pero todas vieron hechos extraordinarios que habían de acontecer más tarde, como el nacimiento de Cristo, al que hemos aludido ya. Sin embargo, todas eran paganas y ninguna perteneció a la religión judía.

»Llamaron a la primera sibila, que venía de Persia, Pérsica y a la segunda, que era libia, se la llamó Líbica. La tercera recibió el nombre de Delfica, por haber nacido en el templo de Apolo en Delfos. Profetizó la destrucción de Troya y Ovidio le dedicó unos versos. Nació en Italia la cuarta, llamada Cimeriana. Erífila se llamaba la quinta, originaria de Babilonia. Ella anunció a los griegos que habían acudido para consultarla que habían de destruir Troya e Ilión, su ciudadela, y que Homero dejaría sobre tales hechos un relato muy fantástico. Le cambiaron el nombre por el de Eritrea porque así se llamaba la isla donde vivía y allí se descubrieron sus libros. La sexta se llamó Samiana, por ser de la isla de Samos. Nacida en Italia, en Cumas, provincia de Campania, la séptima llevaba el nombre de Cumeana. Helespontina, por el Helesponto, la llanura de Troya, era la octava, que vivió en la época de Ciro y del famoso autor Solón. En Frigia nació la novena, la sibila Frigiana, que profetizó claramente la caída de varios reinos y la llegada de un falso profeta o anticristo. A la décima, Tiburtina, le daban también el nombre de Alburnia y fue muy venerada por sus oráculos porque anunció la venida de Cristo. Aunque todas ellas fueron paganas, ello no les impidió denunciar el politeísmo y proclamar la falsedad de los ídolos.

II De la sibila Eritrea

»De todas las sibilas, Eritrea fue la que llevó más lejos la visión profética, porque Dios le había concedido el don de describir el futuro tan clara y detalladamente que sus escritos, más que profecías, parecían el Evangelio. Cuando la consultaron los griegos, hizo para ellos una descripción tan clara de sus futuras hazañas y de la destrucción de Troya que no pareció más verdadera cuando aconteció. Mucho tiempo antes de que ocurriera, vaticinó también sobre la suerte del imperio romano, el poder de Roma y su destino, dejando un relato que parece una crónica de hechos pasados y no una anticipación del futuro.

»Profetizó algo aún más extraordinario, revelando secretos del poder divino a los que los profetas sólo habían aludido con palabras de escondido sentido y oscuras figuras. Anunció el misterio de la Encarnación y llegó a escribir en su libro: *Jesu Christos Theonios Soter*, lo que significa: «Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador». Profetizó también acerca de su vida, sus milagros, la traición, arresto, muerte y Resurrección, la Ascensión, cómo el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles, y todo con tanta precisión que no parece una predicción sino un resumen de los misterios de la fe cristiana.

»A propósito del Juicio Final dice así: «Ese día la tierra se estremecerá de espanto y sudará sangre en señal del Juicio. Bajará del cielo el Rey que ha de juzgar el mundo entero y le verán cara a cara tanto el justo como el malo. Las almas encontrarán sus cuerpos y cada uno será premiado según sus méritos. Desaparecerán las riquezas y caerán los falsos ídolos. Aparecerá el fuego, que se llevará a toda cosa viviente. Habrá llantos y desolación, y rechinar de dientes por la angustia. El sol, la luna y las estrellas perderán su claridad. Los montes llenarán los valles y el mar, la tierra; toda la Creación quedará allanada. Sonarán las trompetas celestes para llamar a Juicio. Todos enloquecerán de miedo y llorarán su locura. Un Nuevo Mundo será creado. Reyes, príncipes y la humanidad entera comparecerán ante el Juez Soberano, que premiará a cada uno según sus méritos. Desde lo alto del cielo, bajará el rayo hasta el fondo del infierno».

»Ventisiete versos le bastaron a la sibila para expresar todo esto. Escribe Boccaccio –y así lo afirman otros autores– que sus méritos nos hacen creer que esa sibila fue elegida por Dios y se le debe reverencia más que a cualquier otra mujer, después de las santas del Paraíso. También podemos pensar que esa mujer casta alcanzó la pureza perfecta porque sólo un corazón puro puede iluminarse con el espíritu de profecía.

III De la sibila Amaltea

»La sibila Amaltea nació, como hemos dicho²⁰, en Campania, cerca de Roma. Poseía también, según parece, muy especiales dotes de clarividencia. Sabemos por las crónicas que nació en tiempos de la destrucción de Troya y vivió hasta el reinado de Tarquinio el Soberbio. Algunos la llamaron Deifebe. Esta dama vivió hasta una edad excepcional. Se mantuvo casta, pero a causa de su sabiduría los poetas imaginaron que fue la amada de Febo, dios del sol, que le otorgó una larga vejez y el don del conocimiento. Por esa fábula hay que entender que fue gracias a su pureza por lo que Dios, sol de toda sabiduría, la iluminó con la luz profética. También se cuenta que cuando se encontraba vaticinando el oráculo en Baïes, a orillas del lago del Averno, tuvo una revelación divina que se ha preservado transcribiéndola en versos. Sigue asombrando a quienes la consultan. Según ciertos poetas, guió a Eneas hasta los infiernos.

»Esta mujer se vino a Roma, donde visitó al rey Tarquinio para mostrarle nueve libros que quería venderle. Como el rey se negaba a darle el precio que pedía, quemó tres en su presencia. Al día siguiente pidió para los seis libros restantes el precio que había exigido para los nueve, afirmando que si seguía rechazando la oferta quemaría otros tres inmediatamente y al día siguiente los tres libros restantes. Entonces, pagó Tarquinio el precio que ella había pedido al principio. Los libros fueron guardados en el tesoro de los emperadores romanos y, como resultó que encerraban predicciones sobre el futuro de Roma, se los consultaba como a un oráculo.

»Observa, querida Cristina, cómo una sola mujer no sólo supo aconsejar a un emperador, sino a todos cuantos reinaron sobre Roma. Dime si hubo jamás un hombre que hiciera tanto. ¡Y tú, que te lamentabas hace poco de pertenecer al género femenino!

»Virgilio habló de esta sibila en un gran poema. Ella terminó sus días en Sicilia, donde durante mucho tiempo siguieron enseñando su tumba.

IV Donde se trata de otras profetisas

»Las diez sibilas no fueron las únicas mujeres con el don de la profecía, porque en todas las religiones profesadas surgieron otras muchas. Si buscas en la religión judía, encontrarás muchas, como por ejemplo, Deborah, profetisa en tiempos de los Jueces de Israel, que gracias a su inteligencia liberó al pueblo judío de la esclavitud en que lo había tenido el rey de Canaán durante veinte años.

»¿Acaso no fue el espíritu de profecía lo que inspiró a santa Isabel, prima de la Virgen, esas palabras de salutación: «¿Cómo es que viene hacia mí la madre de nuestro Señor?». ¿Cómo, si no, podría haber sabido que la Virgen había concebido del Espíritu Santo? Así ocurrió con Ana el día de la Presentación, cuando estaba encendiendo las lámparas del templo y supo que el niño que entraba con la Virgen era el Salvador, y se arrodilló entonces para adorarlo. También lo sabía Simeón el Profeta cuando lo cogió en sus brazos y le dijo: *Nunc dimittis*.

»En la religión cristiana hay un número infinito de profetisas que abundan entre las santas. Las dejaremos, sin embargo, porque podría decirse que es un privilegio divino, y volveremos a hablar de las paganas.

»Cuenta también la Escritura que cuando la reina de Saba, mujer de gran inteligencia, oyó hablar de la sabiduría de Salomón, cuya fama se había extendido por todo el mundo, quiso ir a verle. Viajó entonces desde la tierra más lejana del mundo, cabalgando desde los confines de Oriente, atravesó Etiopía y

Egipto y cruzó el Mar Rojo y los inmensos desiertos de Arabia. Acompañada por un gran séquito de príncipes, señores, caballeros y nobles damas, llegó cargada de tesoros a la ciudad de Jerusalén para visitar al rey y comprobar si era bien merecida su fama. Salomón la recibió con todos los honores que merecía su rango. Ella permaneció a su lado mucho tiempo poniendo a prueba su sabiduría con preguntas y problemas. Le propuso enigmas difíciles, que contestó con facilidad, por lo que ella declaró que tanta sabiduría no podía ser fruto de una mente humana sino de un don divino. Entre los regalos con los que le obsequió figuraban unos retoños de arbustos de cuya savia extraen bálsamos. El rey mandó plantarlos cerca del lago Asfaltita y cuidó que los podaran con mucha atención. Él, a su vez, regaló a la reina unas joyas muy valiosas.

»Ciertos relatos mencionan también que, cuando visitaba la reina el templo de Jerusalén con Salomón, vio un largo madero colocado encima de un cenagal que la gente utilizaba como puente para cruzar. Ella se paró y se arrodilló ante la viga diciendo:

»—Llegará el día en que esta tabla de madera, hoy despreciada y pisada por vuestros pies, será honrada por encima de todas las maderas del mundo, adornada con piedras preciosas, se guardará en los tesoros de los príncipes, porque sobre ella ha de morir quien aniquilará la religión judía.

»Los judíos no se tomaron a broma la profecía y retiraron el madero para enterrarlo, pensando que jamás volverían a encontrarlo. Pero, como lo que Dios quiere guardar bien guardado está, reapareció en tiempos de Cristo y cumplióse lo profetizado, ya que con aquel madero se hizo la cruz donde sufrió Pasión y Muerte.

V

De Nicostrata, de Casandra y de la reina Basina

»Nicostrata, de la que hablamos antes, también fue profetisa. Nada más cruzar el Tíber con su hijo Evandro, subió al Palatino y desde allí vaticinó que sobre aquella misma colina sería edi-

ficada una ciudad, la más famosa del mundo. Como quería ser ella quien colocara la primera piedra construyó una fortaleza allí donde había de ser fundada Roma, como ya vimos antes.

»Casandra, noble virgen troyana, hija del rey Príamo y hermana del rey Héctor, dominaba todas las artes y era también adivina. Ella nunca quiso que mandara sobre ella ningún hombre, aunque fuera un príncipe. Como sabía de antemano lo que el porvenir reservaba a Troya, era presa de una gran angustia. Durante todo el periodo que precedió a la guerra entre griegos y troyanos, hasta la prosperidad de Troya la hacía llorar, porque sabía que no iba a durar. Viendo la belleza y riqueza de la ciudad y pensando en sus hermanos tan famosos, sobre todo el valeroso Héctor, no podía dejar de imaginar todas las desgracias que iban a padecer. Cuando empezó la guerra, su pena se acrecentó. No cesaba de lamentarse e intentaba con sus gemidos y acechanzas convencer a su padre y a sus hermanos para que hicieran la paz con los griegos porque, si no, sabía con certeza que iban a morir todos. Ellos no prestaban atención a sus palabras porque no las creían. Sin embargo, como Casandra no podía dejar de lamentarse, y con razón, sobre ruinas y desgracias futuras, su padre y sus hermanos la azotaban diciendo que se había vuelto loca. Pero Casandra no paraba de hablar, porque ni la amenaza de una muerte segura la podría haber hecho callar. Así que para ahogar sus gritos y quedarse tranquilos, su padre y hermanos terminaron por encerrarla en un cuarto alejado de todo. Más les hubiese valido creerle, porque todo lo que profetizó ocurrió, y cuando ya era demasiado tarde, sintieron no haberla escuchado.

»Asombrosa fue también la profecía de la reina Basina, esposa del rey de Turingia y luego de Childerico, cuarto rey de los francos según las crónicas. Cuenta la historia que la noche de sus bodas con el rey Childerico, ella le anunció que si se mantenía casto aquella noche, tendría una visión maravillosa. Luego le dijo que se levantara, que fuera hasta la puerta y prestara atención a lo que viese. Así hizo el rey y le pareció ver unos animales que llaman unicornios, así como leopardos y leones que andaban errando por el palacio. Volvió a la alcoba y le preguntó a la reina el significado de aquella visión. Ella le respondió que lo sabría al día siguiente, que no debía asustarse sino volver y seguir

mirando. Obedeció y le pareció ver grandes osos y lobos que se atacaban unos a otros. Por tercera vez le mandó ir la reina y entonces le pareció ver cómo se despedazaban unos perros y otros animales más pequeños. El rey volvió espantado y la reina le explicó que esas visiones de animales simbolizaban las distintas generaciones de príncipes que reinarian sobre Francia, y que a la naturaleza de cada especie animal correspondía un temperamento del que se podía inferir hechos futuros. Así ves, amiga mía, cómo Dios ha elegido a menudo mujeres para revelarle secretos al mundo.

VI De Antonia, que llegó a ser emperatriz

»No fue de poca importancia el secreto que Dios reveló por intermedio de una mujer a Justiniano, que fue luego emperador de Constantinopla. En aquel tiempo era el guardián de los tesoros del emperador Justino. Un día se fue de paseo por el campo llevando por placer a una mujer a la que quería, llamada Antonia. Cuando dieron las doce sintió un gran cansancio y se tumbó debajo de un árbol, la cabeza sobre el regazo de su amiga. En cuanto se durmió, bajó hacia ellos una inmensa águila y Antonia vio cómo volaba sobre Justiniano extendiendo sus alas, protegiendo así su cara del ardiente sol. Su sabiduría le permitió entender aquel signo, y cuando Justiniano se despertó, le dirigió estas hermosas palabras:

»—Dulce amigo, os he querido mucho y os quiero todavía. Sois dueño de mi cuerpo y de mi amor y lo sabéis. Como el amado no debe negar nada a su amada, os pido a cambio de mi honestidad y amor un favor que os parecerá insignificante pero que para mí sí tiene importancia.

»Justiniano respondió a su amiga que no dudara en pedírselo porque le concedería todo cuanto estuviera en su poder. Antonia dijo entonces:

»—Éste es el favor que os quiero pedir: cuando seáis emperador, no despreciéis a vuestra amiga Antonia. Hacedla compañe-

ra de vuestra gloria imperial con los honorables lazos del matrimonio. Os ruego que me lo prometáis ahora.

»Justiniano empezó a reír porque tomaba a broma sus palabras, ya que pensaba que era imposible llegar a ser emperador, pero se lo juró ante todos los dioses y ella le dio las gracias. Para sellar la promesa, intercambiaron sus anillos.

»—Justiniano —le dijo Antonia—, te prometo solemnemente que en un futuro muy próximo, serás emperador.

»Con esas palabras se separaron.

»Poco tiempo después, cuando marchaba con su ejército para combatir a los persas, el emperador Justino cayó enfermo y murió. Se reunieron en asamblea los barones y príncipes para elegir nuevo emperador, y como no conseguían ponerse de acuerdo, eligieron a Justiniano por despecho. Él reaccionó con gran ímpetu y salió inmediatamente para librar batalla. Venció a los persas y capturó a su rey, conquistando así la gloria y un rico botín. Cuando volvió, Antonia, que había conseguido con gran astucia entrar en la sala del palacio donde, sentado en el trono, su amante estaba reunido con toda su corte, se arrodilló ante él pidiendo justicia para que respetara su compromiso un joven que había intercambiado su anillo con ella. El emperador, que no se acordaba de nada, contestó que si le había prometido matrimonio era justo que el joven la tomara por esposa. Él, como emperador, saldría como garante de que así fuera si ella podía aducir una prueba. Antonia se quitó entonces el anillo y se lo entregó diciendo:

»—Noble emperador, este anillo me servirá como prueba. Míralo, a ver si lo reconoces.

»El emperador vio que estaba cogido por sus propias palabras y la hizo llevar a sus aposentos, donde, una vez ataviada con ricas prendas, la tomó por esposa.

VII Donde Cristina charla con Derechura

—Señora mía, ahora que veo y entiendo hasta qué punto es justa la causa de las mujeres, hay que dejar bien claros los erro-

res de quienes las acusan. Ahora no puedo callar una costumbre muy frecuente en los hombres e incluso en algunas mujeres: cuando ellas dan a luz una niña, ocurre a menudo que sus maridos protestan y se quejan de que no haya sido niño, y las tontas de sus mujeres, en vez de alegrarse y dar gracias a Dios de que el parto haya ido bien, se sienten desgraciadas porque sus maridos se quejan. ¿Por qué les dará pena? ¿Es que las hijas son una mayor carga para sus padres que los hijos varones, se ocupan menos de ellos o son menos cariñosas?

—Querida amiga —me contestó—, ya que me has preguntado la razón, te diré que viene de la ingenuidad y total ignorancia de quienes se quejan así; ahora bien, el principal motivo es que temen lo que les han de costar la dote y la boda; otros también porque piensan en el peligro de que unas hijas jóvenes y sin experiencia puedan dejarse seducir. Todas estas razones no resisten un examen serio. Respecto a su posible deshonra, basta con educarlas desde niñas y que su madre les dé buen ejemplo siendo íntegra y prudente. También hay que vigilarlas para preservarlas de malas compañías. A los hijos de todas las condiciones es bueno inculcarles desde niños la disciplina, que es una preparación para otras cualidades y para toda la vida. Respecto al gasto, si los padres reparasen en lo que les cuestan sus hijos, en educarlos, formarlos en una profesión, dotarlos con un cargo —y hasta esos gastos superfluos que ocasionan las locuras en malas compañías—, creo que no encontrarían ventajas económicas en tener hijos en vez de hijas. Si uno piensa además en las preocupaciones que causan algunos varones, armando riñas, como es frecuente, o provocando desórdenes con su vida disoluta, todo ello a costa de sus padres, se vería que tanto perjuicio no es menor que el cuidado que requiere una hija.

»Dime a cuántos hijos se ve cuidando con cariño y paciencia a sus padres cuando les llega la vejez, como sería su obligación hacerlo. Creo que a muy pocos; sí, se han visto, los hay siempre, pero escasean. Al contrario, ocurre a menudo que cuando el padre y la madre han educado a sus hijos como si fueran dioses, y gracias a esa instrucción y profesión que les dieron, o a la buena fortuna, se han hecho ricos, si su padre tiene la desgracia de caer en la pobreza, estos mismos hijos le desprecian y se avergüenzan de

él si se lo encuentran. Por otra parte, si el padre es rico, desean su muerte para heredar cuanto antes. ¡Dios sabe cuántos hijos de grandes señores y hombres ricos desean la muerte de sus padres para tener sus bienes y tierras! Es verdad lo que dice Petrarca: «Pobre ignorante que quieres tener hijos, ¿no sabes que serán luego enemigos mortales? Si eres pobre, los exasperarás, desearán tu muerte para que te quites de su vista; si eres rico, lo mismo, para heredar tus bienes». No digo que todos sean así pero hay muchos, y si están casados, ¡con qué avidez querrán sacarles dinero a sus padres! Poco les importa que se mueran de hambre. ¡Vaya una forma de ayudarlos! ¡Cuántas madres, ya viudas, para quienes los hijos deberían ser un apoyo y una alegría en la vejez, ellas, que tanto los han querido, educado y mimado, ven así premiadas sus penas! Estos hijos indignos piensan que todo debería ser suyo, y si sus madres viudas no les dan todo lo que piden, no dudan en hundirlas con ofensas, faltarles al respeto e incluso algunos se atreven a ir a juicio contra ellas. Éste es el premio por haber dedicado su vida a sacar adelante a sus hijos. Podría darse el caso de algunas hijas indignas, pero si haces un recuento verás cómo se da más en los hijos.

»Aunque todos los hijos fueran buenos, es más fácil ver a las hijas quedarse al lado de sus padres, visitarlos a menudo, cuidar de ellos en la enfermedad y la vejez. La razón es que los hijos andan dando vueltas por el mundo mientras que las hijas no suelen alejarse tanto, como puedes ver por tu propia experiencia. A tus hermanos no les faltaba bondad o amor filial, pero se han marchado lejos y te han dejado sola con tu madre, lo que para ella es una compañía maravillosa en la vejez. Puede llegarse a la conclusión de que los que se ponen tristes cuando les nace una hija son unos insensatos. Ya que estamos con el tema, deja que te hable de algunas mujeres que la historia recuerda por haber dado a sus padres pruebas de un amor filial natural.

VIII

Donde se habla de hijas que amaron a sus padres, empezando por Dripetina

»Dripetina, reina de Laodicea, era muy querida de su padre, el gran rey Mitrídates, y ella a su vez le quería hasta el punto de seguirle al campo de batalla.

»Era poco agraciada porque tenía una doble fila de dientes —una anomalía feísima—, pero su padre la quiso tanto que ella jamás lo abandonó, ni en la prosperidad ni en el infortunio. Ella señoreaba un gran reino que le podía haber permitido una vida ociosa, blanda y sin preocupaciones. Compartió, sin embargo, todas las duras penalidades de su padre, acompañándolo en sus campañas, e incluso, cuando le venció el gran Pompeyo, ella se quedó a su lado para cuidar de él con mucha diligencia.

IX

Donde se trata de Hipsípila

»Hipsípila se jugó la vida para salvar a su padre, rey de los lemnios. El pueblo se había levantado, y cuando se precipitaba hacia el palacio para matarlo, ella se apresuró a esconderlo en un arca y salió para calmar a la multitud.

»Los rebeldes, hartos de no poder encontrar al rey, a quien llevaban buscando largo rato, amenazaron a su hija con matarla poniéndole el filo de una espada en su garganta si no les decía dónde se escondía su padre. También le prometieron que en caso de ayudarlos le darían la corona y le jurarían fidelidad. Ella, a quien le importaba ante todo la vida de su padre, no se dejó asustar por esas amenazas de muerte y tuvo el valor de afirmar que el rey había huido.

»Mucho tiempo estuvieron buscándolo, pero como ella continuaba asegurando con firmeza que había huido, terminaron por creerle y la coronaron reina.

»Gobernó en paz durante algún tiempo, pero temiendo que pudieran descubrir que su padre seguía escondido, le hizo salir

de noche para que se embarcara con muchas riquezas rumbo a un país seguro. Sin embargo, unos súbditos desleales que descubrieron el engaño destronaron a la reina y la hubiesen matado si la intervención de otros, conmovidos ante pruebas de tanta fidelidad, no lo hubiese impedido.

X

De la vestal Claudina

»¡Qué gran prueba de amor dio la vestal Claudina a su padre el día en que aquel valeroso príncipe volvió victorioso de una larga campaña militar! Los romanos le estaban otorgando los honores del «triumfo» —así llamaban a una ceremonia fastuosa que reservaban a sus héroes—, por sus múltiples hazañas cuando, en pleno triunfo, le agredió un jefe militar que le odiaba.

»Claudina, que iba en cortejo con otras vírgenes consagradas a la diosa Vesta —llamadas «vestales», lo que hoy son las monjas en las abadías— caminando al encuentro del héroe para recibirle, como es la tradición, oyó de repente el ruido de las armas, y pensando que habían atacado a su padre, el amor filial le hizo olvidar por completo la conducta recatada que se supone propia de una monja. Olvidándose del miedo, saltó del carro donde iba subida con sus compañeras y se abrió paso entre la multitud. Se plantó intrépida entre las espadas y lanzas que rodeaban a su padre y se tiró a la garganta del asaltante más cercano, para defenderlo con la sola fuerza de sus puños. El ejército se encargó de acabar con la pelea. Como los romanos tienen por costumbre honrar a quienes destacan por el valor de sus actos, tuvieron en gran estima a esta virgen y alabaron su heroicidad.

XI

De una mujer que dio el pecho a su madre presa

»Cierta mujer romana de la que hablan las crónicas²¹ dio también pruebas de amor filial a su madre. Como castigo de un cri-

men, ésta había sido condenada a morir de hambre en la cárcel. Afligida por esta condena, su hija requirió de los guardianes el favor especial de poder visitar cada día a su madre mientras viviese, con el fin de darle ánimo. A fuerza de llantos y súplicas, convenció a los carceleros que movidos por la piedad le permitieron visitarla a diario. Sin embargo, siempre registraban sus ropas antes de dejarla entrar, para asegurarse de que no llevara comida alguna.

»Pasaron muchos días, y aunque parecía imposible sobrevivir tantos días sin comer, la presa seguía con vida. Como la única persona que la visitaba era su hija, los guardianes, que nunca dejaban de registrarla, decidieron aclarar el misterio. Espiando y mirando a ambas durante la siguiente visita, vieron cómo la pobre hija, que acababa de parir, daba el pecho a su madre, que bebía hasta dejarla con las mamas sin leche. Así devolvía a la madre en la vejez lo que había tomado de niña. Ante tan extrema prueba de amor filial no sólo se conmovieron los carceleros sino también los jueces, que decidieron liberar a la madre y dejarla marchar con su hija.

»Como testimonio de amor filial hacia el padre, también puede evocarse el ejemplo de Griselidis, que sería luego marquesa de Saluces, y de cuya virtud te hablaré más adelante. Tenía por naturaleza un amor filial tan grande que sirvió con admirable entrega a su padre, Guiannucolo, ya muy mayor y enfermo, a quien ella en la flor de la juventud alimentaba y cuidaba con toda constancia. Usó su vida desgastándose en trabajos manuales e intentando ganar unos sueldos miserables con los que sostenerse ambos.

»Pueden llamarse bien nacidas a las hijas que así se portan, aunque sólo hagan lo que se supone que deben hacer. Sus almas también encontrarán premio, pero merecen el elogio del mundo, así como los hijos varones cuando se honran con una conducta semejante.

»¿Qué más quieres que añada? Podría citarte otros muchos casos, pero estos ejemplos te bastarán ya.

XII Donde anuncia Derechura que han terminado la construcción de la Ciudad y que ya es tiempo de poblarla

»Me parece, querida Cristina, que nuestra construcción anda muy adelantada. A lo largo de las anchas calles de la Ciudad de las Damas ya se levantan altos edificios, magníficas mansiones y palacios, tan altas torres y atalayas que pueden divisarse desde lejos. Ahora es tiempo de poblar esta noble Ciudad para que no se quede vacía como una villa muerta. Al contrario, estará toda ella habitada por mujeres y de gran mérito, porque son las únicas que queremos aquí. ¡Qué felices vivirán las damas de nuestra ciudad! No tendrán que temer ser expulsadas por ejércitos extranjeros, porque la obra que hemos ido construyendo tiene una propiedad especial, la de ser inexpugnable. Ahora empieza la era del Nuevo Reino de Femenidad, muy superior al antiguo reino de las Amazonas, porque las damas que habiten aquí no tendrán que marcharse para concebir y dar a luz a nuevas herederas que mantengan sus posesiones y perpetúen su linaje. Quienes se alojen aquí, ahora, vivirán en esta Ciudad eternamente.

»Cuando la hayamos poblado con mujeres de calidad, llegará a la vera de mi hermana Justicia la Reina que supera a todas. Ella y su séquito de princesas morarán en los hermosos aposentos que coronan las altas plantas de las elevadas torres. Ella es la Emperatriz del Género Femenino y es justo que haga una entrada triunfal en esta su Ciudad, donde la acogerán todas las mujeres.

»¿Qué ciudadanas albergará nuestra Ciudad? Por supuesto que no queremos mujeres frívolas y casquivanas, sino de gran mérito y fama, porque no hay mejor morador para una ciudad ni mayor hermosura que unas mujeres valiosas.

»Anda, querida Cristina, acompáñame, vamos a buscarlas.

Donde pregunta Cristina si es verdad, como afirman los libros y los hombres, que las mujeres tienen la culpa de hacer insoportable el matrimonio. Contesta Derechura recordando a mujeres que amaron profundamente a sus maridos

Cuando íbamos caminando en busca de las futuras pobladoras de nuestra Ciudad, yo hablé así a Derechura:

—Verdaderamente, Señora, Razón y Vos habéis contestado todas mis preguntas y resuelto todas mis dudas. De ambas he aprendido algo muy importante: todo lo que es posible hacer y aprender está al alcance de las mujeres, en cualquier campo, material e intelectual, requiera fuerza física, inteligencia u otra facultad. Todo lo pueden abarcar, y además, pueden hacerlo fácilmente.

»Ahora os ruego todavía que me respondáis una cuestión que me deja muy perpleja. Si hay que creer lo que dicen tantos hombres, que se apoyan en otros —los autores de libros—, por culpa de sus esposas los maridos tendrían, según ellos, que afrontar unas tormentas que las mujeres provocan en el matrimonio con su amargura y rencor. Lo proclaman los libros, lo dice y lo repite la gente. A ellas nada les pesaría tanto como la compañía de sus maridos, por lo que muchos aconsejan no casarse, como modo de conjurar las ofensas, ya que ninguna mujer o muy pocas guardan fidelidad.

»Así, puede leerse en la Epístola de Valerio que el sabio no debe casarse porque una esposa es fuente de grandes preocupaciones, poco amor y muchos gritos —otras tantas afirmaciones retomadas de un texto de Teofrasto—. Si uno se casa, sigue diciendo, para estar servido o bien atendido y cuidado en caso de enfermedad, un buen criado lo hará con mayor lealtad y por mucho menos dinero; mientras que si es la mujer quien cae enferma, el marido no se atreverá a moverse de su lado. Pero basta, ya no voy a seguir citando un discurso que nunca se agota, sólo quiero deciros, Señora, que si tales defectos se dan de verdad en la mujer, bastan para eclipsar todos los otros talentos y virtudes en su haber.

—Es cierto, querida —me contestó—, que como tú misma dijiste quien va a juicio sin que esté en la sala la parte contraria lo tiene muy fácil. Puedo asegurarte que esos libros no fueron escritos por mujeres. Estoy segura de que si uno se molestara en recoger información sobre hechos de la vida doméstica para escribir un libro conforme a la verdad, descubriría algo totalmente distinto²².

»¡A cuántas mujeres podemos ver, y tú conoces algunas, querida Cristina, que por culpa de la crueldad de un marido desgastan sus vidas en la desgracia, encadenadas a un matrimonio donde reciben peor tratamiento que las esclavas de los moros! ¡Dios mío, cómo les pegan, a todas horas y sin razón! ¡Cuántas humillaciones, ataques, ofensas, injurias tienen que aguantar unas mujeres leales, sin gritar siquiera para pedir ayuda! Piensa en todas esas mujeres que pasan hambre y se mueren de pena en unas casas llenas de hijos, mientras sus maridos se enfrascan y andan vagando por todos los burdeles y tabernas de la ciudad. Y todavía, cuando ellos vuelven, ellas pueden recibir como cena unos buenos golpes. Dime si miento o si no es el caso de algunas vecinas tuyas.

—Es cierto, señora —le contesté—, he visto y conozco a muchas que sufren así y es una gran pena.

—Ya te creo. Y encima hay que oír hablar de maridos desconsolados, pero éstos, querida, dime dónde están.

»Mira, Cristina, creo que no es necesario seguir para que te enteres ya: todas las necedades y tópicos que se cuentan sobre las mujeres son mentiras. Han sido inventadas y están siendo forjadas todavía hoy a partir de la nada y en contra de toda verdad porque son los hombres los que mandan sobre las mujeres y no éstas sobre sus maridos. Ellos jamás lo soportarían.

»Por otra parte, te aseguro que las disensiones no se dan en todos los matrimonios. Hay parejas que viven en armonía, llevándose ambos con amor y fidelidad, tranquila y razonablemente. Hay maridos malos, pero los hay honrados, excelentes y prudentes. Las mujeres que se los encuentren han nacido con buena estrella y deben agradecer al cielo tanta felicidad. Esto lo sabes muy bien por tu propia experiencia porque tuviste tan buen marido que no podrías haber elegido otro mejor. En tu opinión nadie estuvo a su altura, tan leal y bondadoso, capaz de tanta dul-

zura y tierno amor, y ahora que Muerte te lo ha robado, el due-
lo sigue habitando tu corazón.

»Ahora bien, si es verdad que hay, como comentamos antes, muchos maridos crueles que maltratan a sus mujeres, excelentes esposas, también hay que admitir que existen algunas muy poco razonables, aunque se trate de una minoría insignificante; porque si te dijese que todas son buenas, sería mentira. Pero no me ocuparé de las mujeres malas porque no representan a la naturaleza femenina, sino a su perversión.

»Volviendo a la bondad de las mujeres y a la cita de Teofrasto donde afirma que, en caso de desgracia o enfermedad, un hombre estaría tan bien atendido o mejor por su criado, son muchas las mujeres que se desviven por sus maridos, enfermos o sanos, a quienes quieren con un amor que parece verdadera adoración. Dudo que se hallen muchos casos a la inversa. Para seguir con el tema, te daré ejemplos de mujeres que llegaron hasta la suprema fidelidad en el amor.

»Ahora hemos vuelto a nuestra Ciudad en compañía de las mujeres dignas y de gran mérito que aquí se albergarán. En el palacio que hemos preparado para ellas, acogeremos en primer lugar, porque su valía se remonta a tan antiguo tiempo, a la noble reina Hipsicratea, esposa del rey Mitrídates.

XIV

De la reina Hipsicratea

»Sería difícil encontrar mayor prueba de amor y lealtad que la que demostró la reina Hipsicratea hacia su esposo, el gran rey Mitrídates. Aquel poderoso monarca reinaba sobre un imperio donde no se hablaban menos de veinticuatro lenguas distintas. Los romanos lucharon sin piedad contra su dominio durante largas campañas, y su mujer siempre le siguió a todas partes, incluso para guerrear a su lado.

»El rey tenía concubinas, como era costumbre entre los bárbaros. Sin embargo, la reina no dejaba de quererle con un amor tan generoso que no soportaba dejar de acompañarle, hasta en el fragor de la batalla, donde se jugaba la vida y el reino contra el

poder de Roma. Hasta lejanos países, por peligrosos mares e inmensos desiertos, ella siempre le acompañó y no hubo desafío mortal donde ella se apartara de su lado. Esa dama sabía que, muy al contrario de lo que escribe Teofrasto al respecto, reyes y príncipes se ven traicionados por sus servidores y éste era el motivo por el cual la reina seguía siempre al rey, vigilando y cuidando de todo, pese a sufrimientos y penalidades.

»Como la ropa de mujer no era la adecuada para afrontar tales circunstancias, ni era lo propio ver a una dama peleando al lado de tan poderoso rey y noble guerrero, la reina cortó los largos cabellos de oro de su melena —que tanto embellecen a una mujer— para tener aspecto varonil. Tampoco reparó en preservar la lozanía de su rostro, sino que llevaba el yelmo sobre la cara y por debajo la piel manchada a menudo de polvo y sudor. Dobló bajo el peso de la armadura su cuerpo hermoso y delicado, lo ciñó con los anillos de hierro de la cota de malla. Se quitó sortijas y pulseras, y en vez de esos adornos, sus manos manejaban el hacha, la lanza o el arco y las flechas. En el delgado talle, nada de cinturones enjovados, sino una espada. La fuerza de su amor inspiró a esa dama valerosas proezas y su joven cuerpo, esbelto y frágil, hecho para la ternura, se volvió vigoroso, armado de musculatura como si fuera el de un caballero. Boccaccio, que cuenta esta historia, no dejaba de asombrarse: «¿De qué no será capaz el amor cuando empuja a una mujer acostumbrada a toda la blandicia y refinamientos de una vida ociosa, como dormir en sábanas de seda, a cabalgar por su propia voluntad día y noche, por valles y montes, durmiendo sin otro lecho que la arena del desierto o la tierra del bosque, amenazada por enemigos, rodeada de serpientes y fieras, y todo como si fuera un hombre robusto!». Todo esto, sin embargo, le resultaba llevadero porque estaba al lado de su marido para reconfortarle, aconsejarle y servirle de ayuda en todos los asuntos.

»Cuando ambos ya habían tenido que soportar muchas pruebas, su esposo fue vencido salvajemente por el general romano Pompeyo y tuvo que emprender la huida.

»Todos lo suyos le abandonaron, perdió toda esperanza, pero su gentil esposa seguía dándole ánimo para que volviera a tener esperanza hasta mejor fortuna. Ahora que se encontraban en

una situación tan aciaga, mayor era el consuelo que ella le daba, le alegraba con dulces palabras e incluso inventaba ingeniosos juegos para arrancarle de la melancolía. Con su ternura esa dama lograba aliviarle hasta tal punto que le hacía olvidar el sufrimiento, la miseria y las privaciones, y en medio de tanta desgracia, solía decir el rey que no creía estar pasando penalidades en el exilio sino viviendo una vida de deleite en su palacio, al lado de su leal esposa.

XV De la emperatriz Triaria

»Tanto el destino de la noble emperatriz Triaria como la lealtad de su amor hacia su esposo, el emperador romano Lucio Vitelo, tienen gran parecido con la historia de la reina Hipsicratea, que acabamos de contar.

»Impulsada por el amor, ella no se apartó de su marido, a quien acompañaba a guerrear, vestida con armadura y peleando con gran valor, siempre a su lado. Cuando su esposo disputaba a Vespasiano el poder del imperio, atacó de noche una ciudad volsca, y logrando entrar en la ciudadela cuando todos sus habitantes se encontraban dormidos, empezó a masacrarlos salvajemente. Triaria, que le seguía, ciñó la espada, y para asegurar la victoria a su marido, empezó a asestar golpes a diestro y siniestro sin dejar de pelear en medio de las tinieblas, olvidándose del miedo y del horror de la guerra.

»Logró tan valiosas hazañas que mereció la estima de todos. Demostró así el gran amor que tenía hacia su marido, como observa Boccaccio, autor que sí defiende los lazos del matrimonio, que tantos otros atacan sin piedad.

XVI Vuélvese a hablar de la reina Artemisa

»De todas las damas que amaron a sus maridos hasta la devoción y dieron pruebas de tan perfecto amor, quisiera volver

sobre el caso de la noble reina Artemisa, reina de Caria. Como antes vimos, ella acompañó al rey Mausolo en numerosas batallas, y cuando éste murió, cayó presa de la desesperación, pensando que jamás soportaría una pena tan grande. Sin embargo, muerto el rey, ella iba a demostrarle tanto amor como en vida.

»Hizo celebrar las exequias con tanta solemnidad como lo requería la época para la persona de un monarca. Acompañada de un séquito de príncipes y vasallos, la reina llevó el cuerpo hasta la pira fúnebre. Allí, ella misma recogió las cenizas y lavándolas con sus lágrimas las fue dejando en una copa de oro. Después pensó que sería injusto que esas amadas cenizas tuviesen otro sepulcro que el cuerpo y corazón que albergaban un amor de tanta raigambre. Así que cada día, poco a poco, fue bebiendo algunas cenizas mezcladas con vino, hasta apurar la copa.

»La reina quiso, sin embargo, perpetuar la memoria de su marido con un sepulcro que fuera un monumento extraordinario. Sin reparar en gastar su fortuna, mandó buscar a quienes más sabían de arquitectura funeraria, es decir, Scopas, Briaxis, Timoteo y Leocares, que destacaban en el arte de concebir y ejecutar esas obras. La reina les dijo que quería levantar para su esposo la tumba más suntuosa que haya tenido jamás rey o príncipe, porque deseaba que esa obra maravillosa hiciera inmortal el nombre del rey Mausolo. Ellos contestaron que seguirían sus instrucciones. Artemisa mandó traer mármoles y jaspes de todos los colores, así como otros materiales. Delante de las murallas de Halicarnaso, capital de Caria, levantaron entonces una soberbia construcción de mármol finamente esculpido. La base era cuadrada, de sesenta y cuatro pies de anchura²³ y con paredes de ciento cuarenta pies de alto. Lo admirable de aquel edificio era que su masa se sostenía sobre treinta columnas de mármol.

»Cada artista se encargó de esculpir una de las cuatro fachadas, buscando sobrepasar a los demás. La obra resultó tan bella que no sólo perpetuó la memoria del hombre a quien iba dedicada sino que despertaba la admiración hacia el arte de su autor. Un quinto artista, llamado Iterón, vino para terminar la obra, que culminó con una cúpula que coronando el edificio se elevaba a unos cuarenta pies por encima del resto. Por fin el sexto artista, Pitis, esculpió un carro de mármol para colocarlo en la cima.

»Ese monumento era tan extraordinario que llegó a considerarse una de las siete maravillas del mundo y por el nombre del rey Mausolo llamaron «mausoleo» al sepulcro más suntuoso jamás construido y luego, como dice Boccaccio, a todas las tumbas de príncipes y reyes. Con ese gesto la leal Artemisa dejó prueba de la constancia de un amor que sólo dejó de existir con ella.

XVII Donde se trata de Argía, hija del rey Adrasto

»A la luz de la pasión que sintió Argía, hija de Adrasto, rey de Argos, por su marido Polinices, ¿quién se atrevería a decir que la mujer no es capaz de querer mucho? Por aquel entonces, el reino de Tebas se había convertido en objeto de lucha fratricida entre Etéocles y Polinices. El primero, que quería para él todo el reino, no respetó el pacto que había firmado con su hermano. Polinices le declaró la guerra y vino en su ayuda el rey Adrasto, pero Fortuna fue tan cruel que ambos hermanos se dieron muerte en el campo de batalla y el rey fue el único de todo el ejército en sobrevivir.

»A sabiendas de que su marido había muerto, Argía abandonó el palacio, acompañada de todas las mujeres de Argos. Así cuenta los hechos Boccaccio: «Cuando supo la noble dama Argía que el cuerpo de su marido Polinices yacía sin sepultura en medio de los cadáveres y podridas carroñas de soldados del común muertos allí, ella, loca de dolor, se arrancó la túnica enjorada y demás signos de realeza y abandonó la blandura de sus suntuosos aposentos. Se sobrepuso a la flaqueza femenina y a la molicie»²⁴. Al cabo de un viaje de varios días, llegó al lugar de combate sin arredrarse ante las emboscadas del pérfido enemigo. No habían podido con sus fuerzas ni el largo viaje ni el apretado calor del día. Una vez en el campo de batalla, no la asustaron las fieras y rapaces que andaban alrededor de los cadáveres ni tampoco los espíritus malignos que según los necios persiguen a los muertos. «Cosa más admirable», prosigue Boccaccio, «desa-

fió el edicto del rey Creonte»²⁵, que había hecho proclamar la interdicción, bajo pena de muerte, de honrar y enterrar a los muertos, de cualquier rango que fueran. Ella no había venido de tan lejos para obedecer esa orden. Anochecía ya cuando llegó a la inmensa llanura donde el pestilente hedor que desprendían los cadáveres no le impidió palpar cada cuerpo, uno por uno, con la resolución propia de quien ha perdido la esperanza, e iba de un lado a otro buscando al hombre que amaba.

»Siguió en su busca hasta que, a la luz de la pequeña tea que llevaba, encontró por fin a su amado esposo. «Amor extraordinario, fervorosa pasión, tierna piedad», comenta Boccaccio. La cara de su marido, comida por la corrosión de la armadura, estaba ya pútrida, purulenta, ensangrentada y ennegrecida, irreconocible. Pero era tal la fuerza de su amor que Argía sí pudo reconocerle. Pese al horror de esa cara que hedía como la peste, la besó y quedóse abrazada a su cuerpo.

»Desafiando la prohibición de Creonte, ella proclamaba a gritos su desgracia: «¡He encontrado al hombre a quien quería!». No hubo edicto que le impidiera llorar. Después de besarle en la boca para ver si su cuerpo albergaba aún algún soplo de vida, purificó con el rocío de sus lágrimas sus miembros putrefactos, y llamándole por su nombre entre llantos y gemidos, entregó su cuerpo a las llamas en medio de los gritos de las plañideras. Cumpliendo piadosamente hasta el final el penoso rito, recogió sus cenizas en una vasija de oro.

»Acabadas las honras fúnebres, quiso llevar aún más lejos el desafío, porque estaba dispuesta a morir por vengar a su marido, y con la ayuda de otras mujeres, acometió el asalto a la ciudad, donde tras abrir brecha en la muralla, penetraron sembrando la muerte.

XVIII Donde se trata de la noble Agripina

»La noble y leal Agripina merece también figurar entre las mujeres que dieron a sus maridos pruebas de amor profundo. Era hija de Marco Agripa y Julia, hija del emperador Augusto,

dueño del mundo. Diéronla en matrimonio a Germánico, valioso y prudente príncipe, preocupado por el bien del Estado o cosa pública, mientras la corrupción reinaba en Roma bajo el emperador Tiberio. Éste sintió tal envidia de la buena fama y el afecto que todos tenían por Germánico que mandó tenderle una emboscada para asesinarlo.

»Agripina sintió tal dolor que quiso que la mataran de una forma similar y empezó a increpar e insultar al emperador Tiberio, que la hizo castigar dándole tortura y cárcel. Como ella prefería la muerte, porque no quería sobrevivir a su marido, resolvió dejar de comer y beber. Cuando se enteró de su decisión el tirano Tiberio, mandó que la torturaran para obligarla a comer y prolongar así sus sufrimientos. Como aquello resultaba inútil, la hizo alimentar a la fuerza, pero ella puso fin a sus días, demostrando así al emperador que si tenía el poder para mandar a la gente a la muerte no lo tenía para mantenerla con vida en contra de su voluntad.

XIX

Donde Cristina toma la palabra y le contesta Derechura citando el ejemplo de Julia, hija de Julio César y esposa de Pompeyo

Tras escuchar todo aquello de boca de Derechura yo le respondí:

—Ciertamente, Señora, me parece un gran honor para el sexo femenino el oír la historia de mujeres de tanto arrojo y virtud. Deberían alegrarse todos de que entre las cualidades de la mujer figure la constancia de su amor dentro de los vínculos del matrimonio. Ahora ¡qué se vayan a dormir y callen de una vez Mateolo y los demás charlatanes que han calumniado a las mujeres por pura envidia! Pero, Dama mía, yo todavía recuerdo cómo afirma el filósofo Teofrasto, al que cité antes, que las mujeres odian a sus maridos cuando son viejos, y dice también que ellas no quieren a los hombres sabios porque éstos pretenden que la vida conyugal es incompatible con el estudio.

—Basta, querida —me contestó—. Ahora cállate, por favor, y yo

te daré en seguida unos ejemplos que contradicen y refutan esas afirmaciones.

»Julia, la más noble de las romanas de su época, era hija de Julio César —que sería luego emperador— y de Cornelia. Eran descendientes de Eneas y Venus de Troya. Esa dama era esposa de Pompeyo, el gran conquistador, que según Boccaccio hacía y deshacía reyes porque, después de vencerlos, los destronaba y ponía a otros en su lugar. Había subyugado naciones, atajado la piratería, ganado el favor de Roma, así como el de los soberanos del mundo entero. Como resultado de sus brillantes victorias, se había asegurado anchos dominios por tierra y mar, y se encontraba en la cima de los honores, pero ya viejo y decaído. En cambio Julia, su mujer, era joven todavía. Ella le quería con perfecta entrega y quiso el azaroso destino que fuera tan profundo amor lo que le hiciera perder la vida.

»Un día Pompeyo quiso agradecer a los dioses una victoria y ofreció un sacrificio, como era costumbre en aquellos tiempos. El animal degollado estaba sobre la piedra del altar, y cuando Pompeyo lo cogió con sus propias manos para elevarlo piadosamente, la sangre de la herida le salpicó la toga. Así que se la quitó y mandó a un servidor a su casa para que le trajese otra limpia. Con mala fortuna, Julia se encontró con el servidor cuando llevaba la toga ensangrentada, y al ver manchada de sangre la ropa de su marido, quedó presa de una terrible angustia porque sabía que en Roma era frecuente atentar contra la vida de un rival poderoso tendiéndole una emboscada para matarle. Se quedó convencida de que semejante desgracia le había ocurrido a Pompeyo y pensó que la vida ya no tenía sentido para ella. Debilitada también por su embarazo, cayó al suelo desvanecida como si la hubiera fulminado un rayo. Trastornada la mirada, demudado el rostro con una palidez mortecina, sin que pudieran hacer nada, rindió el espíritu. Fue una pena difícil de sobrellevar para su afligido marido y al mismo tiempo una pérdida irreparable para los romanos y demás pueblos porque, de haber vivido ella y el niño, jamás hubiera estallado aquella guerra cruenta entre Julio César y Pompeyo, conflicto que resultó desastroso para muchos países.

De la noble dama Tercia Emilia

»La bella y virtuosa Tercia Emilia, esposa de Escipión el Africano, tampoco sentía aversión hacia su marido por ser viejo. Esta dama era una mujer avisada y de bien templado juicio. Aunque su marido se encontraba ya mayor, mientras que ella era joven y hermosa, esto no le impedía irse a la cama con una esclava que atendía a Emilia como doncella, y esto con bastante frecuencia para que se enterara la valiosa dama. Pese a que esa conducta le causara mucha tristeza, en vez de dejarse llevar por los celos, esta mujer bien templada hizo frente a la situación con todos los recursos de la razón. Ocultó su herida como un secreto, tan inteligentemente que ni su marido ni ninguna otra persona se dieron cuenta. Con él no quería hablar de este asunto porque le parecía que resultaría vergonzoso reprochar algo tan lamentable a un gran hombre, y menos comentarlo con otra persona, que sería mermar la reputación y atentar contra el honor de quien había conquistado reinos e imperios. No dejó de servirle lealmente, de quererle y honrarle, y cuando murió, concedió la libertad a aquella esclava casándola con un hombre libre.

Yo, Cristina, respondí entonces:

—Verdaderamente, yo puedo añadir a lo que estáis contando la experiencia de mujeres a quienes he conocido que no dejaron de querer a sus maridos ni de mostrarse amables, pese a su falta de lealtad hacia ellas, hasta ayudaron y consolaron a mujeres que habían tenido hijos con sus maridos, como es el caso de una dama de Bretaña, la condesa de Coëmen, de la que oí hablar hace poco. Muy joven aún y de una belleza que sobrepasaba la de las demás mujeres, se dejó llevar, sin embargo, por la generosidad y actuó con una dignidad ejemplar.

De Jantipa, mujer del filósofo Sócrates

—La noble Jantipa poseía grandes cualidades de sabiduría y bondad, por lo que se casó con el eminente filósofo Sócrates. El

ya era mayor y prefería pasar el tiempo entre libros, indagando sobre la verdad, a buscar formas nuevas y delicadas con las que agradar a su mujer. Esta valiosa dama no dejó, sin embargo, de amarle sino que al contrario la superioridad de su inteligencia y la fuerza de su carácter la llevaron a admirarle y quererle profundamente. Cuando se enteró esta mujer valiente de que su marido había sido condenado por los atenienses, a los que había censurado por rendir culto a los ídolos, cuando sólo hay un Dios a quien adorar, no lo pudo soportar y acudió desmelenada, golpeándose el pecho, al palacio donde tenían retenido a Sócrates.

»Llegó cuando Sócrates llevaba la copa a sus labios. Se abalanzó sobre él para arrancársela y derramar por el suelo el brebaje. Sócrates le hizo reproches y luego la consoló y le dio ánimos. Como ella no podía impedir su muerte, se lamentó exclamando:

»—¡Qué error e irreparable pérdida! ¡Cómo mandar a una injusta muerte a un hombre tan justo!

»Sócrates, que seguía consolándola, murió diciendo que más valía perecer víctima de la injusticia que haber merecido una justa condena. Pero el duelo que se apoderó del corazón de su mujer, que tanto le quería, no la abandonó de por vida.

De Paulina, mujer de Séneca

»El sabio filósofo Séneca, que se encontraba ya mayor, seguía dedicando al estudio todas sus energías, pero esto no le impidió a su mujer Pompeya Paulina, aún joven y bella, quererle con todo su corazón. Esta noble dama le estaba tan lealmente entregada que sólo quería preservar la paz a su alrededor y rodearle de ternura. Cuando se enteró de que el emperador y tirano Nerón —de quien Séneca había sido preceptor— le había condenado a morir cortándose las venas en el baño, se volvió loca de dolor. Como quería morir con su marido, corrió hasta Nerón, le increpó y le gritó insultos en la cara para que el emperador se vengara y la condenara a ella también. Fue en vano, pero el dolor que sintió por la muerte de Séneca apenas si le dio un respiro de vida.

Entonces, yo, Cristina, le dije:

—Muy noble Señora, vuestro relato me ha traído a la memoria el de otras muchas mujeres jóvenes y hermosas que amaron profundamente a sus maridos, pese a su fealdad y avanzada edad. Por propia experiencia he conocido a muchas que permanecieron leales de por vida. Así me acuerdo de Juana de Laval, hija de barones de Bretaña, a la que casaron con el valiente condestable Beltrán du Guesclin, que tenía un cuerpo feísimo y además era ya mayor. Ella, en la belleza de la primera juventud, prestaba más atención a sus grandes méritos que a su aspecto físico, por lo que le quiso tanto que durante toda la vida siguió llorando su muerte. Dejo otros ejemplos para no alargarme.

—Te creo —me contestó—. Yo te hablaré del amor de algunas mujeres hacia sus maridos.

XXIII

De la noble Sulpicia

»Sulpicia era la esposa de un patricio romano, llamado Lentulio Crucelión. El gran amor que sentía hacia él se reveló ante todos cuando, acusado su marido por unos crímenes, se vio condenado por los jueces a marcharse al exilio y terminar sus días en la pobreza. La excelente Sulpicia, que poseía una gran fortuna y podía haberse quedado cómodamente en Roma a disfrutar de sus riquezas, prefirió seguirle para compartir la miseria que llevar sin él una vida de lujo y placer. Renunció a sus bienes, a su herencia y a su país, que abandonó bajo un disfraz para burlar la vigilancia de sus padres e ir a juntarse con su marido.

Yo, Cristina, intervine entonces:

—Es verdad, Señora, lo que estáis contando; me recuerda ejemplos parecidos que he conocido. Así, he visto mujeres cuyos maridos enfermos de lepra tenían que vivir apartados del mundo. Ellas, que podían haberse quedado en sus casas con una vida fácil, prefirieron seguirlos hasta la leprosería para cuidar de ellos hasta el último momento. Hoy incluso conozco a una mujer joven y bella, de cuyo marido sospechan que tiene esa misma enfermedad. Sus padres quieren que deje al leproso y se vaya a vi-

vir con ellos, pero ella dice que no le abandonará mientras viva y que si le enseñan a un médico que lo declare leproso —lo que significaría tener que aislarse del mundo—, ella se marchará con él, por lo que sus padres no la obligan a que un médico examine a su marido.

»Conozco a otras mujeres —cuyos nombres callaré porque podrían disgustarse— que tienen unos maridos tan perversos y de vida tan desordenada que sus suegros preferirían verlos muertos, y lo intentan todo para que sus hijas los dejen y vuelvan a casa. Ellas, sin embargo, prefieren los golpes, la mala comida, la pobreza y la esclavitud antes que abandonarlos, y dicen a sus amigos:

»—Me lo han dado. Vivo con él y con él moriré.

»Son cosas que se ven todos los días, pero nadie les presta la debida atención.

XXIV

Donde se habla de mujeres que juntas salvaron a sus maridos de la muerte

—Ahora te hablaré de un grupo de mujeres que, como las que acabamos de evocar, sentían por sus maridos un amor profundo. Después de que Jasón hubiese dejado Cólquida, donde conquistó el Vello de Oro, ocurrió que varios caballeros que le acompañaban y que provenían de Orcómenos, en Beocia, abandonaron aquella ciudad griega para irse a vivir a otra, llamada Lacedemonia. Allí fueron bien recibidos y los tuvieron en gran estima por su rico abolengo. Se casaron con las hijas de las mejores familias y se hicieron con tanto dinero y poder que llegaron a conspirar contra las autoridades. Se descubrió la conspiración, los encarcelaron y condenaron a muerte. Desesperadas, sus mujeres se reunieron en asamblea como si fuesen a llorar todas juntas, pero aquello era en realidad para deliberar sobre la forma de salvarlos.

»Encontraron una estratagema. Vistieron ropa vieja, y embozados los rostros con capas para que no las reconociesen, fueron así disfrazadas hasta la cárcel, donde a fuerza de lágrimas y dádi-

vas, convencieron a los guardianes para que las dejaran ver a los presos. Una vez en su presencia les dieron los vestidos que llevaban y ellas se pusieron las ropas de sus maridos, a quienes hicieron salir. Los carceleros creyeron que eran ellas las que regresaban de la visita.

»El día de la ejecución los verdugos llevaron a los reos al suplicio. Allí, cuando vieron que los condenados eran mujeres, se admiraron ante la ingeniosidad de la estratagema y las alabaron por ello. Los ciudadanos se apiadaron de sus hijas, declarándolas inocentes. Así salvaron a sus esposos esas valientes mujeres.

XXV

Donde Cristina se rebela ante Derechura contra quienes afirman que las mujeres no pueden guardar secretos. La Dama contesta con el ejemplo de Porcia, hija de Catón

—Tengo ahora por cierto, Señora, lo que antes sospechaba, que muchas mujeres dieron y siguen dando pruebas de un amor profundo y leal hacia sus maridos. Por eso me sorprende aún más que pueda retomarse ese tópico tan extendido entre los hombres —como vuelve a proclamarlo Jean de Meun en su *Roman de la Rose*, y no es el único autor en hacerlo— que afirma que un hombre nunca debe confiar un secreto a su mujer porque ella no podrá callárselo.

—Querida Cristina —me respondió—, no todas las mujeres son discretas, ni tampoco todos los varones, y un hombre hará bien en asegurarse del buen juicio y prudencia de su mujer antes de arriesgarse a confiarle lo que quiere que permanezca secreto. Pero si estima que tiene una mujer avisada y de templado juicio, nadie encontrará más digno de su confianza ni que mejor sepa aliviar sus penas.

»Nunca pensó Bruto, patricio romano, marido de Porcia, que las mujeres no saben portarse con discreción, como pretenden esos autores. Esta noble dama, Porcia, era hija de Catón de Útica, sobrino de Catón el Mayor. Su marido, que conocía su prudencia, le confió que junto con Casio tenía intención de ma-

tar a César en el Senado. Pensando en todas las consecuencias desastrosas que podría tener un acto tan grave, esta avisada dama usó de todas sus energías para intentar disuadirle, aconsejándole que no lo hiciera. Le causó tanta preocupación el asunto que no pudo conciliar el sueño en toda la noche. A la mañana siguiente, cuando Bruto abandonaba la alcoba para llevar a cabo su propósito, en un último intento por hacerle renunciar al proyecto, ella cogió la cuchilla del barbero como si fuera a cortarse las uñas. La soltó y cuando fue a cogerla del suelo se la hincó deliberadamente en la mano. Al ver manar la sangre, sus criadas gritaron tan fuerte que Bruto volvió sobre sus pasos. Viéndola herida, la riñó diciendo que esto era oficio de barbero y no suyo. Porcia contestó que ella no era tan tonta y que lo había hecho a propósito, para ver cómo se suicidaría si fracasaba lo que él se proponía. Bruto, sin embargo, no se dejó disuadir y se marchó. Al poco rato, fue en busca de César, y cuando lo encontró al lado de Casio, lo mató.

»Ambos conjurados fueron condenados al exilio, y pese a que abandonó Roma, a Bruto lo mataron. Cuando su buena esposa Porcia supo la noticia, quiso renunciar no sólo a la alegría sino a la vida misma. Como habían retirado cuchillos y cualquier objeto cortante, porque adivinaban sus intenciones, ella se acercó al fuego y se llenó la boca con brasas candentes que fue tragando. Nadie conoció más extraña muerte que la noble Porcia, que apagando el fuego apagó su vida.

XXVI

Donde se ilustra el mismo ejemplo con la valiosa Curia

»Déjame retomar este tópico para contestar a los hombres que pretenden que las mujeres nada saben ocultar, aduciendo unos ejemplos que son, a su vez, pruebas de extrema lealtad conyugal.

»La noble Curia, esposa de Quinto Lucrecio, lo quiso con especial constancia y discreción. Condenado a muerte, junto con otros, por un asunto criminal, los demás reos huyeron para re-

fugiarse en cuevas que tuvieron que abandonar a su vez a causa de las fieras salvajes. Lucrecio, en cambio, escuchó los consejos de su mujer y no se movió de su habitación. Cuando vinieron en su busca, ella lo metió a su lado en la cama y se las arregló para ocultarlo tan bien que nadie se enteró. Luego lo escondió en un hueco de la pared y ni siquiera los criados supieron de su presencia. Siguió engañando a todos fingiendo que estaba loca. Iba por las calles harapienta y desmelenada rasgándose el pecho y preguntando si alguien había visto a su marido, si sabían dónde se escondía, porque allí donde se encontrara quería reunirse con él para compartir su exilio. Tan bien lo hizo que nadie tuvo nunca la mínima sospecha. Gracias a su fingida locura, puso a salvo a su marido, preservándole así del exilio y de la muerte.

XXVII

Donde se acaba con el tópico

»Podría seguir con muchos ejemplos para refutar a quienes pretenden que las mujeres no pueden guardar secretos, pero bastará con un caso más.

»Cuando ejercía sobre Roma su poder tiránico el emperador Nerón, varios romanos llegaron a pensar, a la vista de sus atrocidades, que en beneficio de todos era mejor asesinarle. Empezaron a conspirar, y para deliberar sobre el modo de matarle, los conjurados se retiraron a la casa de una mujer en quien tenían tanta confianza que no reparaban en mencionar delante de ella todos los detalles de la conspiración.

»Una noche que se encontraban cenando en aquella casa para planear lo que iban a llevar a cabo al día siguiente, no tomaron ninguna precaución al hablar, de tal suerte que los oyó un hombre sin escrúpulos que para ganarse los favores del emperador fue inmediatamente a contárselo todo. Nada más marcharse los conjurados llegó la guardia imperial a casa de aquella mujer, y al no encontrar a los hombres, se la llevaron ante el tirano y él mismo la interrogó durante largo rato. Ella se mantuvo tan entera que nunca pudo sacarle los nombres de los conspiradores, ni siquiera llevarla a admitir que sabía algo. Ni los magníficos

presentes que le prometió ni sobre todo la tortura que no le ahorró, nada pudo quebrar una discreción tan ejemplar.

XXVIII

Donde se refuta a quienes pretenden que el hombre que sigue el consejo de su mujer es despreciable

—Señora, por todas las razones que me habéis dado y por mi propia experiencia, viendo el buen juicio y la prudencia de las mujeres, no puedo entender cómo aún hay hombres que pretenden que un marido que escucha el consejo de su esposa es un necio despreciable.

—Como te dije antes —me contestó—, no todas las mujeres son razonables. Ahora bien, necio es precisamente quien desoye a una mujer avisada. Puedes constatarlo tú misma por los ejemplos que te conté. De haber escuchado a Porcia cuando le suplicaba que renunciara a matar a César, Bruto no habría muerto, y se hubiese evitado todo el mal acaecido al albur del crimen. Puesto que me preguntas por el tema, voy a comentarte todas las desgracias acontecidas a otros que también desoyeron a sus mujeres. Luego evocaré a quienes se beneficiaron de sus consejos.

»Si Julio César, del que acabamos de hablar, hubiera escuchado a su prudente y avisada esposa, no habría ido al Senado donde habían de matarle, ya que numerosos presagios y un sueño espantoso que ella tuvo por la noche le habían anunciado claramente el asesinato de su marido, y ella intentó disuadirle por todos los medios para que no fuera allí aquel día.

»El caso de Pompeyo es parecido. Como vimos, se casó con Julia, hija de César; luego su segunda esposa fue Cornelia, otra mujer muy noble, que ilustra perfectamente la fidelidad en el amor. Ella nunca quiso dejar a su marido, pese a todas las desgracias que se abatieron sobre él. Incluso cuando tuvo que hacerse a la mar, tras ser derrotado por Julio César, ella se quedó a su lado, acompañándole en todas las pruebas. Cuando arribaron al reino de Egipto, el rey Ptolomeo fingió alegrarse por su llegada y le mandó la guardia como para darle la bienvenida. En rea-

lidad, era un ardid que tenía como propósito matarlo. Los guardias lo invitaron a subir a bordo en una embarcación más ligera y a dejar a su gente en la nave, para que así pudieran llevarlo antes a puerto. En el momento de embarcar, la prudente Cornelia le suplicó que por nada del mundo se separara de sus soldados. Cuando comprendió que se negaría a aceptar su consejo y que todo estaba perdido, quiso subir con él a bordo de la otra nave, pero Pompeyo rechazó su propuesta y mandó que la retuvieran a la fuerza. Comenzó entonces para su mujer el peor trance de su vida porque apenas se hubieron alejado, ella, que seguía con la mirada clavada en él, vio cómo le mataban a golpes los traidores que se lo habían llevado. A duras penas la sujetaban para que no se ahogara, presa de la desesperación.

»Parecido infortunio cayó sobre el valiente caballero Héctor de Troya cuando, la noche antes de que lo mataran, Andrómaca, su mujer, tuvo en sueños una visión prodigiosa, el presagio de que Héctor había de morir en la batalla del día siguiente. Espantada por una visión que consideraba verdadera profecía, se arrojó ante su marido para suplicarle en nombre de los dos hermosos niños que llevaba en brazos que no fuera al combate. Pensando que siempre le reprocharían no haber ido a la guerra por culpa de una mujer, Héctor no hizo caso de sus palabras. Ella invocó a sus padres para que aplazara el combate, pero fue en vano y ocurrió lo que había anunciado: a Héctor lo mató Aquiles. ¿Quién negaría que hubiese sido mejor para él creer en las palabras de su mujer?

»Así que no faltan ejemplos de calamidades que se han abatido sobre hombres que desoyeron consejos de sus prudentes mujeres, pero a quien rechaza un buen consejo no hay que compadecerle cuando se enfrenta a la desgracia.

XXIX

De hombres que tuvieron buena fortuna por haber seguido el consejo de una mujer

»Te daré algunos ejemplos de hombres que se vieron favorecidos por Fortuna por haber seguido el consejo de mujeres. Pro-

curaré no alargarme porque son innumerables, pero se aplica al caso de todo lo que vimos antes a propósito de las mujeres de bien templado juicio.

»El emperador Justiniano, del que ya hablamos, tuvo por compañero a un barón a quien quería como a sí mismo. Se llamaba Belisario, y como era muy valiente guerrero, el emperador le puso al frente de todas sus legiones. Lo sentaba a su lado en la mesa y mandaba que lo atendieran con los mismos honores. Tantas muestras de afecto le prodigaba que suscitó la envidia de sus vasallos. Éstos mandaron decirle que Belisario conspiraba contra él para quedarse con el imperio. Sin pensarlo, Justiniano dio fe a sus afirmaciones, y buscando un ardid para matar a Belisario, lo mandó a luchar contra los vándalos, pueblo indómito al que nadie había podido someter. Al recibir la orden, Belisario se percató en seguida de que había perdido la confianza del emperador, que, si no, jamás le hubiera encargado esa misión, y volvió a su casa oprimido por la tristeza.

»Cuando su mujer Antonia, hermana del emperador, lo vio tumbado en la cama, pálido y pensativo, los ojos empañados por las lágrimas, le dio pena e intentó saber la causa de tanta aflicción. A duras penas se lo fue contando. Después de escucharle, su mujer puso cara alegre para consolarle y le dijo:

»—Si esto es todo, no es para trastornarse.

»Aquella época era la de los primeros cristianos y Antonia, que pertenecía a la nueva religión, siguió diciendo:

»—La fe de Cristo os ayudará a triunfar. Con hechos habréis de demostrar que se equivocan los envidiosos que os quieren destruir y volver la situación a vuestro favor. Creed en mí y no despreciéis mi consejo. No debéis aparentar pesadumbre ni preocupación, sino mostrarnos animoso y confiado. Yo os diré cuándo reunir el ejército y la flota, cuidando de que nadie sepa vuestras intenciones. Dividiréis el ejército en dos para salir en secreto cuanto antes rumbo a África con parte de las tropas, y una vez allí, atacar al enemigo. Yo estaré al mando del resto, y cuando el enemigo esté ocupado librándoos batalla, lo sorprenderemos desde el puerto por el otro flanco y conquistaremos y saquearemos las ciudades hasta destruirlo todo.

»Siguiendo Belisario su consejo, organizó la expedición tal y

como se lo había aconsejado; todo salió bien. Venció y capturó al rey de los vándalos. La prudencia y perspicacia de su mujer le valió una victoria tan brillante que volvió a ganarse el afecto del emperador.

»Luego unos envidiosos lograron por segunda vez que el emperador le retirase su confianza y el mando del ejército, pero estos últimos, a su vez, destituyeron a Justiniano. Su mujer, sin embargo, volvió a infundirle ánimo y esperanza y Belisario pudo reponer al emperador en el trono, pese al daño que éste le había hecho. Fue entonces cuando Justiniano midió la traición de sus cortesanos y la lealtad de su vasallo, todo gracias al avisado consejo de una mujer.

»El rey Alejandro también se dejó aconsejar por su mujer, hija de Darío, rey de los persas. Cuando se percató Alejandro de que había sido envenenado por unos servidores desleales, quiso echarse al río para acabar cuanto antes con sus tremendos dolores. Se encontró con su mujer en el camino, y pese a su inmensa tristeza, ella le reconfortó y le hizo ver que tenía que morir en la cama, hablando con sus vasallos de las cuestiones de Estado, formulando leyes y ordenanzas, como convenía a su soberana dignidad, para que nadie dijera después de su muerte que había cedido ante el dolor. Así, Alejandro, escuchando a su mujer, retomó el mando antes de morir.

XXX

De todos los beneficios que trajeron y siguen trayendo al mundo las mujeres

Yo, Cristina, dije:

—Veo, Señora mía, cuántos beneficios han supuesto para el mundo las mujeres. Sin embargo, los hombres siguen afirmando que ellas son fuente de todos los males.

—Querida Cristina —me respondió—, por lo que has escuchado puedes ver tú misma todo lo contrario.

»No hay hombre que pueda calcular en cifras la suma de servicios que han prestado y siguen prestando cada día las mujeres. Has tenido la prueba con lo que tantas damas aportaron a las ar-

tes y a las ciencias, pero si no te basta con los bienes materiales, te hablaré de los espirituales. ¿Habrá hombre tan ingrato como para olvidar que fue una mujer quien abrió la puerta del Paraíso —hablo, claro está, de la Virgen—. Como ya antes recordé, gracias a Ella, Dios se hizo hombre. Tampoco puede olvidarse todo el bien que las madres hacen a sus hijos y las mujeres a sus maridos, pero miremos el campo espiritual, por ejemplo, la antigua ley judaica. Si lees la historia de Moisés, verás cómo una mujer lo salvó de la muerte, como ahora te recordaré.

»Cuando los judíos eran esclavos de los reyes de Egipto, corría una profecía según la cual nacería del pueblo hebreo un hombre que redimiría a Israel. Cuando nació el noble jefe Moisés, su madre no se atrevió a criarlo y se vio obligada a abandonarlo en una pequeña cesta que confió a las aguas del río. Como Dios salva lo que quiere salvar, quiso que la hija del faraón estuviese precisamente a orillas del Nilo entreteniéndose cuando pasó la cestita. Curiosa por saber lo que contenía, mandó que se la trajesen. Se alegró al ver que era un precioso niño y decidió criarlo, diciendo a todos que era suyo. Milagrosamente, Moisés no quiso tomar el pecho de una mujer de otra religión y ella tuvo que confiarlo a una judía para que lo amamantara. Llegado a la edad adulta, el elegido de Dios recibió las Tablas de la Ley y salvó a los judíos de los egipcios, guiándolos hacia Israel a través del Mar Rojo. Este gran beneficio sólo pudo ocurrir gracias a la intervención de una mujer.

XXXI

De la noble viuda Judith

»Cuando Nabucodonosor el Grande, después de conquistar Egipto, mandó a Holofernes a luchar contra los judíos, la noble viuda Judith salvó al pueblo de Israel. Con numerosas fuerzas, asedió Holofernes la ciudad de los judíos y llevó contra ellos una campaña salvaje cortándoles el agua y los víveres. Al límite de su resistencia, ellos seguían rezando. Dios, que había de salvar a la Humanidad a través de una mujer, escuchó sus oraciones y salvó al pueblo judío.

»Había en la ciudad una mujer joven, de gran belleza y virtud, a quien Dios inspiró una atrevida estratagema. Una noche se dirigió con su criada hacia el campamento de Holofernes. Cuando los centinelas la vieron tan hermosa a la luz de la luna, la llevaron inmediatamente hasta su jefe, que quedó muy complacido con su belleza. La mandó sentarse a su lado y estimó en mucho su sabiduría y donaire. Cuanto más la miraba más ardía en deseos de poseerla. Ella seguía rogando a Dios por el éxito de su misión, pero a la vez seduciendo a Holofernes con halagadoras palabras y esperando el momento oportuno. La tercera noche Holofernes invitó a cenar a sus barones y bebió hasta que, excitado por el vino y la buena comida, no quiso otra cosa que irse a la cama con la mujer judía. Se lo confesó y ella no lo rechazó, pero le pidió que por respeto y decencia mandara desalojar su tienda para estar a solas con él. Luego le dijo que se acostara y que ella volvería alrededor de las doce cuando todos estuvieran dormidos. Holofernes accedió a su petición, y mientras esto se cumplía, ella oraba para tener el valor de librar a su pueblo de tan cruel tirano. Cuando Judith vio que estaba dormido Holofernes, se acercó a la tienda sin hacer ruido, acompañada de su criada, y al oírle dormir, dijo:

»—Ahora tengamos valor, Dios está con nosotros.

»Entró, y cogiendo sin miedo la espada que estaba en la cabecera de la cama, la desenfundó, y levantándola con toda su fuerza, cortó de un tajo la cabeza de Holofernes. Nadie oyó ni sospechó nada. Ella huyó rápidamente con la cabeza del enemigo escondida en su regazo. Llegó a las puertas de la ciudad y gritó:

»—¡Venid, abridme, porque Dios está con nosotros!

»Cuando entró en Jerusalén, la alegría de los sitiados se desbordó. Colgaron la cabeza de Holofernes de un palo que plantaron encima de las murallas y con el alba, armados todos, avanzaron valientemente hacia el campamento enemigo. Sorprendidos en el sueño, los sitiadores, que no habían establecido vigilancia porque les parecía inútil, corrieron a la tienda de Holofernes para despertarlo. Cuando descubrieron su muerte, cundió el pánico. Los judíos mataron o apresaron a todos. Así liberó al pueblo de Dios la valiente Judith, siempre alabada por ello en la Sagrada Escritura²⁶.

XXXII
De la reina Esther,
que liberó a su pueblo

»Dios también eligió a una mujer, la noble Esther, para liberar a su pueblo de la esclavitud del rey pagano Asuero, cuyo poder alcanzaba vastos dominios. Como quería tomar esposa, mandó traer a su corte a las doncellas más bellas y mejor educadas de todos sus reinos. Entre ellas estaba una noble joven llamada Esther, que era judía y amada por Dios. Fue a ella a quien eligió el rey. La quiso con un amor tan fuerte que accedía a cuanto le pidiese.

»Algún tiempo después de la boda, un vil consejero llamado Amán logró fomentar en el rey tal odio hacia los judíos que ordenó ir en su busca para apresarlos y matarlos. Antes de que se ejecutaran las sentencias, el jefe de los judíos, Mardoqueo, puso al tanto a la reina Esther, que todo lo ignoraba de estas persecuciones contra su pueblo. Muy afectada, la reina decidió actuar pronto. Se adornó con sus más vistosas prendas, y a sabiendas de que el rey estaba en sus aposentos, cuyas ventanas daban al jardín, bajó con sus damas como si fuera a dar un paseo. Pasó y volvió a pasar debajo de la cámara del rey, como si nada, hasta que alzando la mirada vio a su esposo asomado a la ventana. Entonces ella se arrodilló para saludarlo. Halagado ante tanta humildad y seducido más aún por su belleza, el rey la llamó y le ofreció complacer cualquier deseo suyo. Ella contestó que sólo quería cenar con él en sus aposentos en compañía de Amán. Accedió el rey fácilmente y la tercera noche, cuando se encontraban festejando, el rey, muy complacido por la belleza de su mujer y tan agradable cena, volvió a proponerle que le pidiese cualquier favor. Entonces ella se echó a sus pies para rogarle que tuviera piedad de su pueblo, y ya que había hecho de ella una reina, no la deshonrase persiguiendo y matando a traición a la gente de su mismo linaje. El rey preguntó airado quién podría atreverse a tales actos, a lo que la reina contestó:

»—Señor, vuestro preboste Amán, aquí presente.

»Para terminar de contarte la historia en pocas palabras, el rey hizo revocar la sentencia; Amán, que había urdido tantos

crímenes, fue condenado a la horca y Mardoqueo puesto en su lugar, mientras que los judíos, liberados de la servidumbre, viéronse favorecidos respecto a otros pueblos para acceder a puestos y honores. Una vez más, como en tiempos de Judith, Dios había elegido una mujer para salvar a su pueblo, y no creas que son las únicas que menciona la Escritura; estoy omitiendo a Deborah, de la que te hablé antes, y a otras muchas, con el fin de abreviar.

XXXIII

De cómo las sabinas trajeron la paz

»La Antigüedad pagana ofrece también numerosas historias de mujeres que salvaron a sus países o ciudades. Me ceñiré a dos destacados ejemplos, que bastarán para rematar mi argumento.

»Después de fundar Roma, Rómulo y Remo no conseguían encontrar esposas para los guerreros que la poblaban, porque los reyes y príncipes sabinos desconfiaban de los romanos, a quienes veían como bárbaros y salvajes. Rómulo ideó entonces una hábil estratagema. Hizo pregonar un torneo y justas e invitó a reyes y príncipes de otros pueblos a asistir con sus hijas a una fiesta que ofrecían los guerreros extranjeros. Acudieron muchos al torneo con gran número de damas y doncellas jóvenes. Entre ellas, el rey de los sabinos trajo a su hija, de deslumbrante belleza, acompañada del numeroso séquito de sus doncellas. Las justas se celebraban en las afueras de Roma, en una llanura tras las murallas al lado de una montaña. Las damas estaban sentadas en filas, conforme a su rango, en las alturas cercanas a la colina. Los caballeros rivalizaban en proezas a cual más atrevida, en una disputa caballerisca aguijoneada por la presencia de tantas mujeres hermosas. Ya se habían disputado varias justas cuando Rómulo, pensando que había llegado el momento de ejecutar su plan, empezó a tocar con mucha fuerza un cuerno de marfil, señal que todos conocían. Sus guerreros abandonaron el torneo y con gran alboroto arrebataron a las damas. El propio Rómulo raptó a la hija del rey de los sabinos, de la que ya andaba ardentemente enamorado. Llevándose cada guerrero a una mujer

atada a la fuerza a la grupa del caballo, huyeron hacia la ciudad para encerrarse tras las murallas. En vano se lamentaban los padres fuera. Al otro lado de las puertas gemían lastimeramente las hijas, raptadas contra su voluntad. Rómulo celebró una boda fastuosas con la mujer a quien había raptado y así hicieron los demás.

»El rapto fue motivo de una larga guerra. El rey de los sabinos, que había atacado a los romanos, no lograba vencer a un pueblo tan valiente, y la cruenta lucha duraba ya cinco años cuando ambos lados reunieron a sus ejércitos para librar una batalla decisiva, que prometía convertirse en una gran masacre.

»Ya habían abandonado la ciudad las inmensas huestes romanas cuando la reina reunió a las mujeres en uno de los templos para deliberar sin tardanza. Se dirigió a la asamblea diciendo:

»—Honorables damas del reino de los sabinos, queridas hermanas y compañeras, no necesito recordaros cómo se apoderaron de nosotras nuestros maridos, a quienes hoy nuestros padres y hermanos libran batalla. Sea de quien sea la victoria, para nosotras siempre será desastrosa. Si resultan vencidos nuestros maridos, nos será doloroso perder a los padres de nuestros hijos. Si son nuestros padres y familiares, ¡qué desgracia haber provocado su muerte! Lo hecho hecho está y no tiene remedio. Me parece que lo deseable es buscar el medio de parar esta guerra, y si queréis seguir mi consejo, creo que conseguiremos la paz.

»Todas aceptaron gustosamente. Entonces la reina se descalzó y fue soltando su larga melena, mientras despeinándose las otras damas la imitaban. Las que tenían hijos los llevaban de la mano o en brazos y había muchas embarazadas. La reina encabezó tan mísero cortejo.

»Llegaron al campo de batalla y con muchos arrestos se interpusieron en el preciso momento en que ambos ejércitos formaban filas para atacar, de tal suerte que los combatientes tuvieron que pasar por encima de sus cuerpos para luchar. La reina se arrodilló al frente de las otras mujeres reunidas, que hicieron lo propio y gritó:

»—¡Queridos padres y hermanos, amados esposos, por piedad, sellad la paz, porque todas preferimos morir aquí mismo bajo las pezuñas de vuestros caballos!

»Viendo a mujeres e hijos, los maridos, vencidos por la piedad, lloraban, créeme, y perdieron todas las ganas de arremeter. En cuanto a los padres, el amor de estas mujeres logró arrastrar su odio y convertirlo en piedad filial. Conmovidos hasta lo más hondo del alma, padres y maridos se miraron unos a otros. Abandonaron las armas, se abrazaron e hicieron la paz. Rómulo llevó a Roma al rey de los sabinos, padre de su mujer, para recibirlo con todos los honores a él y a su séquito. Así dejaron de matarse romanos y sabinos, gracias al templado juicio y coraje de una reina.

XXXIV

De Veturia, madre de Coriolano

»La noble Veturia, dama romana, era madre de Marcio, hombre valioso, audaz y aguerrido, que los romanos mandaron a luchar contra los coriolanos, a quienes derrotó. En recuerdo de aquella victoria, le dieron el sobrenombre de Coriolano. Era tal su prestigio que gozaba de un poder absoluto, y como es tan peligroso que uno solo responda del gobierno de todo un pueblo, los romanos acabaron por sublevarse y lo condenaron al exilio. Él supo vengarse desde el destierro, poniéndose al lado de quienes había vencido para incitarlos a levantarse contra Roma. Lo eligieron como jefe y marcharon a guerrear arrasando por donde pasaban. Asustados ante tales saqueos, los romanos le mandaron varias misiones de paz para negociar, pero Coriolano no se dignó recibirlas. Volvieron con otras embajadas, y él siguió sus mantanzas. Enviaron entonces a sacerdotes vestidos con sus ornamentos, que le rogaron humildemente, pero fue en vano, por lo que pidieron a unas damas que suplicaran a la noble Veturia para que mediase apaciguando la belicosidad de su hijo. Ella salió de Roma con otras patricias al encuentro de Coriolano. En cuanto éste vio a su madre, bajó del caballo y la recibió con todo el respeto que un hijo debe a su madre. Como Veturia iba a implorarlo para que hiciera la paz, le dijo Coriolano que no era de una madre suplicar a un hijo sino mandar sobre él y la acompañó hasta Roma. Así logró esa dama, salvando la ciudad de la destrucción, lo que no habían podido negociar los más altos dignatarios.

XXXV

De Clotilde, reina de Francia

»Volviendo al caso de los beneficios que trajeron las mujeres en el campo espiritual, recordemos a Clotilde, hija del rey de Borgoña y esposa del poderoso rey Clodoveo. ¿Qué mayor beneficio pudo traer a Francia que la religión cristiana? Iluminada por la fe, ella suplicaba sin cesar a su marido para que se convirtiera, pero él se negaba. La reina seguía rogando a Dios, que se apiadó de ella. Un día que Clodoveo luchaba contra los alamanes, sintió la derrota cerca, y alzando la mirada hacia el cielo, dijo:

»—Dios poderoso en quien cree mi esposa, dignate ayudarme en la batalla y te juro que me convertiré a tu santa ley.

»Apenas hubo hablado, cambió la suerte de las armas. Cuando volvió, ante el alborozo de la reina, recibió el bautismo junto con sus barones y todo el pueblo. Desde entonces, a diferencia de otros reinos e imperios, Francia nunca ha conocido la herejía porque, escuchando a santa Clotilde, Dios ha extendido su gracia sobre el reino, cuyos soberanos siempre son llamados «muy cristianas Majestades».

»Si uno quisiera contar todo cuanto debemos a las mujeres, este libro se alargaría demasiado. Cifrándonos, sin embargo, al lado espiritual, ¡cuántos mártires de los que hablaremos luego fueron albergados, alimentados y reconfortados por mujeres sencillas, viudas o de más alta condición! Si lees las vidas de santos, verás cómo casi todos vieron aliviados sus sufrimientos gracias a una mujer. ¡Qué digo yo mártires! Los apóstoles, como san Pablo y Cristo mismo, fueron atendidos y cuidados por mujeres.

»Los franceses, que veneran el cuerpo del beato san Dionisio —y con razón, porque fue el primero en traer a Francia el Evangelio—, gracias a una mujer han conservado su cuerpo y los de dos de sus compañeros, san Rústico y san Eleuterio. En efecto, el tirano que los hizo degollar mandó arrojar sus cuerpos al Sena. Llevando los sacos hacia la orilla, los verdugos hicieron un alto en casa de una viuda honesta, llamada Catula. Ella les dio de beber hasta que estuvieran borrachos. Luego aprovechó para retirar los cuerpos de los santos y cambiarlos por tres cerdos recién sacrificados. Enterró en su propia casa a los tres mártires

con una inscripción para que los tiempos futuros conservaran su memoria. En aquel mismo lugar, largo tiempo después, otra mujer, santa Genoveva, levantó en su honor una capilla que se mantuvo hasta que el rey Dagoberto erigió la iglesia que hoy conocemos.

XXXVI

Contra los hombres que pretenden que las mujeres no deben estudiar

Yo, Cristina, después de escuchar su alegato, contesté:

—Ya veo, Dama mía, cuánto bien han traído las mujeres, y si otras han causado algunos males, me parece que en comparación —a la vista sobre todo del saber que aportaron a las ciencias y a las letras, como antes comentamos— el beneficio ha sido inmenso. Por eso me asombra que haya hombres que opinen que las mujeres no deben estudiar y que impiden que lo hagan sus hijas, esposas o familiares, alegando que los estudios arruinarían sus costumbres.

—Esto te demuestra —me respondió—, que las opiniones de los hombres no se fundamentan todas sobre la razón, porque está bien claro que ahí andan equivocados. No se puede admitir que el conocimiento de las ciencias morales, que enseñan precisamente la virtud, corrompa las costumbres. Al contrario, es cierto que las mejora y ennoblece. ¿Cómo creer que fomenta la corrupción? Es algo que no se puede pensar ni decir. No digo que sea bueno que un hombre o una mujer se enfrasquen en las artes de la brujería u otras ciencias cuya práctica ha prohibido la Iglesia. Pero afirmar que el conocimiento del bien y de la verdad corrompe a las mujeres es inadmisibile.

»No compartía esa opinión Quinto Hortensio, hábil retórico y gran orador romano. Tenía una hija, Hortensia, a la que quería mucho y estimaba por la viveza de su inteligencia. Le dio el gusto por las bellas letras y le enseñó la retórica, que llegó a dominar con tanta perfección que en nada desmerecía de su padre: no sólo se le parecía en la sutileza del ingenio y asombrosa memoria sino que le igualaba en la elocuencia y arte oratoria.

»Esta mujer destacó con una contribución admirable —y con ello volvemos al capítulo de los beneficios aportados por el sexo femenino—. Cuando Roma estaba gobernada por un triunvirato, Hortensia apoyó la causa de las mujeres y emprendió lo que ningún hombre se hubiera atrevido a emprender. Como el gobierno tenía que hacer frente a graves dificultades financieras, se pensó en ayudar al erario público gravando a las mujeres con impuestos sobre adornos y joyas. Resultó tan elocuente el discurso de esta mujer que todos la escucharon con la misma atención y convencimiento que si hubiera sido su padre y logró ganar el caso.

»Sin recurrir a ejemplos de la Antigüedad, veamos algo más reciente, como el caso de Giovanni Andrea, el famoso legista que enseñaba en Bolonia hace unos sesenta años. Lejos de pensar que el estudio no convenía a las mujeres, a su hija querida, la hermosa Novella²⁷, le hizo estudiar letras y derecho, hasta tal avanzado grado que, cuando se veía obligado por otras tareas, mandaba a Novella a dar la clase magistral a sus estudiantes. Pero para que su belleza no fuera objeto de distracción para el auditorio, se instaló una pequeña cortina delante de la cátedra. Así podía suplir a su padre, que en honor a su hija dio el nombre de *Novella super Decretalium* a un libro de destacados comentarios sobre decretos, que había redactado.

»De hecho, como ves, no todos los hombres, y sobre todo los más cultos, piensan que está mal que las mujeres estudien. Sí es cierto que así opinan los que menos instrucción tienen, porque les disgustaría mucho que unas mujeres supieran más que ellos.

»Tu padre, gran sabio y filósofo, no pensaba que por dedicarse a la ciencia fueran a valer menos las mujeres. Al contrario, como bien sabes, le causó gran alegría tu inclinación hacia el estudio. Fueron los prejuicios femeninos de tu madre los que te impidieron durante tu juventud profundizar y extender tus conocimientos, porque ella sólo quería que te entretuvieras en hilar y otras menudencias que son ocupación habitual de las mujeres. Pero, como reza el dicho al que antes aludí: “Lo que Naturaleza da nadie lo quita”. Y tu madre no pudo arrancar en ti ese gusto por la ciencia, esa tendencia natural que te ha permitido ir cosechando el saber, aunque fuera recogiendo migajas. Tú no

crees, de esto estoy segura, que te haya echado a perder tu dedicación al estudio sino que lo consideras, y con razón, tu más preciado tesoro.

Yo, Cristina, sólo pude contestarle:

-Lo que decís, Señora, es una verdad como el Evangelio.

XXXVII

Donde Cristina somete a Derechura la opinión según la cual hay pocas mujeres castas

»Por lo que veo, Señora, la mujeres poseen muchas cualidades, pero ¿cómo pueden afirmar los hombres que hay muy pocas castas? Porque de ser así, no les valdrían las otras virtudes. Según lo que os he oído decir, habrá que pensar que lo contrario es verdad.

-¡Claro que es todo lo contrario! Tú lo sabes y te lo podría repetir hasta el final de los tiempos. ¡De cuántas mujeres habla la Escritura que prefirieron la muerte antes que renunciar a su pureza! Fue el caso de la hermosa Susana, mujer de un judío rico e influyente llamado Joaquín. Un día que paseaba sola por el jardín, dos ancianos, sacerdotes concupiscentes, se le acercaron para incitarla al pecado. Ella los rehusó, y viéndose rechazados sin contemplaciones, amenazaron con denunciarla a la justicia por delito de adulterio sorprendido in fraganti con un joven. En esos casos, la ley de aquel tiempo condenaba a las mujeres a ser lapidadas, por lo que viéndose perdida pensó: «Si me niego a hacer lo que quieren esos hombres, me expongo a la muerte, y si acepto, ofendo al Creador, por lo que prefiero morir inocente».

»Entonces Susana empezó a gritar y acudió la gente de su casa. Para abreviar la historia, te diré que los sacerdotes consiguieron hacerla condenar con falso testimonio. Pero Dios no abandona a quien lo ama y proclamó su inocencia por boca del profeta Daniel. Era un niño todavía en brazos de su madre, y cuando estaba viendo pasar el cortejo de gentes llorando que la seguían camino de la muerte, gritó que aquello era injusto y que ella era inocente. Volvieron entonces a la ciudad para interrogar

a los dos sacerdotes que, obligados a confesarse culpables, fueron condenados a muerte mientras liberaban a la inocente Susana.

XXXVIII

Donde se trata de Sarah

»De la virtud de castidad de Sarah, mujer del gran patriarca Abraham, se habla en el primer libro de la Biblia, hacia el capítulo veinte. Paso por alto otras muchas cualidades tuyas que menciona la Escritura, para ceñirme al tema. De una belleza singular, Sarah despertó el deseo de muchos príncipes, a los que no dejó de rechazar. El faraón llegó a raptarla, pero ella siguió al amparo de Dios, que hizo caer sobre el faraón tamañas desgracias y espantosas visiones, que se vio forzado a devolver a Sarah sin haberla tocado.

XXXIX

Aquí se habla de Rebeca

»No menos sabia y hermosa que Sarah fue la virtuosa Rebeca, esposa del patriarca Isaac. Cantando sus alabanzas en el libro primero, capítulo veinticuatro, cuenta la Biblia cómo ella fue un modelo de castidad para las demás mujeres. Se comportaba con su marido con gran humildad, hasta olvidarse de que pertenecía a un elevado rango, pero Isaac la quería y reverenciaba profundamente. Su virtud le valió algo aún más precioso que el amor de su marido, ya que Dios le concedió la gracia extraordinaria de llevar en su cuerpo ya viejo y estéril a dos hijos, Jacob y Esaú, de donde proceden las tribus de Israel.

XL

De la noble Ruth

»Como quiero abreviar, no te citaré todas las mujeres castas de las que habla la Biblia, y sólo te recordaré de pasada a la no-

ble Ruth, de cuyo linaje procede el profeta Daniel. Brilló por su virtud de casada, y al quedarse viuda, dio una singular prueba de fidelidad cuando abandonó a su propia familia y su país para irse a vivir con los judíos y la madre de su marido hasta el final de sus días. Sobre ella escribieron un libro para recoger el testimonio de una vida tan ejemplar.

XLI De Penélope, mujer de Ulises

»Leemos en textos antiguos muchos ejemplos de mujeres paganas que cultivaban la virtud. Así Penélope, esposa del príncipe Ulises, entre cuyos alabados méritos destaca sobremanera la castidad. Es famosa la historia de cómo gastó toda su sabiduría y empeño durante los diez años de ausencia que pasó su marido asediando Troya, rechazando los amorosos lances y propuestas de cuantos príncipes y reyes había cautivado su belleza, sin que prestara atención a ninguno. Era avisada, prudente y tenía devoción a los dioses. Después de la destrucción de Troya aún tuvo que esperar otros diez años, mientras daban por perdido a su marido tras largos infortunios en el mar. Cuando por fin regresó Ulises, encontró a Penélope asediada por un rey que, atraído por su casta constancia, pretendía casarse con ella. Disfrazado de peregrino, preguntó por su mujer y mucho le agradó cuanto oyó contar sobre su admirable virtud; también le dio gran gozo ver a su hijo Telémaco, niño cuando lo dejó, hombre a la hora de encontrarse.

Entonces yo, Cristina, le dije:

—Veo, Señora, que la belleza de esas damas no les impidió ser virtuosas. Sin embargo, muchos hombres afirman que es imposible encontrar a una mujer hermosa y casta.

Ella me contestó:

—Quienes dicen esto están ciegos: siempre ha habido, hay y habrá mujeres hermosas y castas.

XLII Donde sigue refutando el mismo argumento con el ejemplo de Mariana

»Mariana, hija del rey hebreo Aristóbolo, era de tan singular belleza que no sólo sobrepasaba a las mujeres más hermosas de su época sino que, más que criatura mortal, parecía divina aparición. Hicieron su retrato, que mandaron a Egipto al rey Marco Antonio. Deslumbrado por su belleza, dijo que no podía creer que un simple mortal hubiera engendrado una mujer tan magnífica y que debía ser hija de Júpiter. Príncipes y reyes, encendidos los corazones, la cortejaban asiduamente. Ella resistía con una virtud admirable que suscitaba unánimes alabanzas y era más digna de elogio por ser malcasada. Era esposa del rey Herodes Antipas, que entre tantos crímenes había matado al hermano de Mariana; ésta le odiaba por sus atrocidades y por la violencia y escarnio con que la trataba. Ello no le impidió mantenerse casta, aun cuando sabía además que Herodes había dado orden de matarla si muriese antes que ella para que nadie tras él pudiera disfrutar de su belleza sin par.

XLIII Donde se cuenta el ejemplo de Antonia, mujer de Druso Tiberio

»Suele decirse entre la gente del común que es más difícil que una mujer hermosa resista a la seducción de admiradores dispuestos a solazarse en los placeres, a que se mantenga sin quemarse en medio de las llamas del fuego. Sin embargo, Antonia, mujer de Druso Tiberio, bien supo cómo defenderse.

»Cuando su hermano, el emperador Nerón, envenenó a Tiberio, dejándola viuda en la más lozana y espléndida belleza de su juventud, decidió no volver a casarse. Alcanzó mayor fama su virtud que la de cualquier mujer de la Antigüedad. Sobremenera admirable —dice Boccaccio— porque vivía entre hermosos jóvenes ociosos, que sólo se entretenían en la elegancia y el delei-

te, y andaban siempre ávidos de amorosos juegos. Entre esa corte transcurrió su larga vida por encima de cualquier reproche, con una dignidad que causa asombro si recordamos con nuestro autor que ella era hija de Marco Antonio, ejemplo opuesto de desenfundada lujuria. Por encima de aquel brasero de impudicia, ella mantuvo su pureza a salvo de las llamas.

»Podría citarte el ejemplo de muchas mujeres bellas que mantienen su virtud en medio de una sociedad mundana, de modo especial en la corte donde tantos jóvenes solicitan sus favores. Hoy son muchas e insisto para acallar las malas lenguas, porque creo que nunca como en nuestro tiempo se habló tan mal de las mujeres, ni hubo tantos hombres para infamarlas sin motivo. Te aseguro que si hoy viviesen todas esas damas virtuosas de las que hemos hablado, en vez de premiar sus cualidades, como hizo la Antigüedad, no dejarían de recibir envidiosas críticas y reproches.

XLIV

Donde se refuta a los hombres cuando pretenden que a las mujeres les gusta que las violen y, como primer ejemplo, el de Lucrecia

Yo, Cristina, le respondí:

—Creo, Señora, todo lo que estáis diciendo. Estoy segura de que son muchas las mujeres a quienes la belleza no impide saber defenderse de las trampas y los engaños de la seducción masculina. Por esto me da pena, me causa indignación oír a los hombres repetir que a muchas mujeres les gusta ser violadas, que no las molesta que un hombre las viole, aunque protesten, que sus protestas sólo son palabras. No puedo admitir que les cause placer esa vejación.

—Puedes estar segura, querida —me contestó—, de que ninguna mujer de vida honrada siente placer por ser violada; al contrario, la violación es para ellas causa del mayor sufrimiento, y así lo demostraron de forma ejemplar algunas mujeres como Lucrecia, esposa de Tarquinio Colatino. Otro Tarquinio, apodado el Soberbio e hijo del rey Tarquinio el Mayor, se enamo-

ró ardientemente de la noble Lucrecia, pero como la veía tan casta se percató de que nada lograría con ruegos y dádivas e intentó poseerla por la astucia y el engaño. Se ganó la amistad del marido para poder acercarse a su casa sin despertar recelo y un día que sabía que éste estaba ausente fue a visitarla. Sabiendo que gozaba de la amistad de su marido, Lucrecia lo recibió con confiado trato. Se quedó espantada y presa de una horrible ansiedad cuando su huésped, que venía con otro propósito, consiguió penetrar por la noche en su alcoba.

»Sin detenerme para apurar el relato te diré que viendo cómo, por más que le ofreciera regalos y promesas, ella jamás se sometería a su deseo, desenvainó la espada y amenazó con matarla si gritaba. Lucrecia le instó a que lo hiciera sin tardanza, porque prefería morir antes que someterse. Tarquinio ideó entonces una innoble estratagema: declararía que ella cometió adulterio con un esclavo. Pensando que darían crédito a la infamia, Lucrecia cedió ante Tarquinio.

»No pudo callar Lucrecia la afrenta y por la mañana mandó buscar a su marido, a su padre y demás familiares pertenecientes todos a la aristocracia romana para confesarles entre lágrimas su deshonra. Mientras buscaban aliviar su desesperanza con palabras de consuelo, Lucrecia sacó un cuchillo que llevaba escondido debajo del vestido y dijo:

—Es verdad que puedo probar mi inocencia, pero no quiero librarme del castigo por temor a servir de ejemplo a mujeres deshonradas.

»Con esas palabras hundió violentamente el cuchillo en su pecho y derrumbóse mortalmente herida a los pies de su marido y amigos que inflamados por la ira salieron en busca de Tarquinio.

»Toda Roma se conmovió por su causa. Destronaron al rey, y de haber encontrado a su hijo, habría sido hombre muerto. Desde entonces ningún rey volvió a reinar en Roma. Dicen algunos que fue la violación de Lucrecia lo que impulsó a promulgar una ley que condenaba a muerte a todo hombre que violara a una mujer, lo que no deja de ser una condena legítima y justa.

Del ejemplo de la reina de Galatia para ilustrar el mismo asunto

»La historia de la reina Galatia, mujer del rey Orgiagón, viene a ilustrar el mismo tema.

»Cuando los romanos iban extendiendo sus conquistas por el mundo, apresaron en plena batalla al rey de Galatia y a la reina también. Durante su cautiverio en el campamento, un general romano cayó ardientemente enamorado de tan hermosa, cortés y virtuosa dama. La persiguió e intentó conquistarla con favores y magníficas dádivas, pero viendo que nunca lograría su propósito, la tomó brutalmente a la fuerza. La dama ultrajada no cejó hasta tomar venganza y se mantuvo callada a la espera de una ocasión propicia.

»Cuando trajeron el rescate que habían de pagar por su libertad, ella pidió entregárselo en persona al general que guardaba la prisión. Luego le recomendó volver a pesar el oro para no verse defraudado en el precio. Cuando lo vio absorto en la tarea, sacó un cuchillo y lo apuñaló. A continuación, sin temblarle el pulso, le cortó la cabeza y se la llevó a su marido, a quien contó la historia y por qué había tomado venganza.

Donde se cuentan más ejemplos para ilustrar el mismo asunto

»Acabo de contarte ejemplos de mujeres casadas cuya dignidad no pudo soportar la angustia de la violación. Podría citarte otros tantos referidos a viudas y vírgenes.

»Así una mujer griega, Hipo, fue raptada por piratas que saqueaban los mares de Grecia. Como era muy hermosa, andaban persiguiéndola con tanto apremio que, al ver que no podría sustraerse al horror de la violación, prefirió la muerte a la angustia de tan abominable suerte y, arrojándose a la mar, se ahogó.

»De la misma manera, los sicambrios —llamados hoy franceses— atacaron a los romanos con un inmenso ejército y una mul-

titud de gente, ya que, pensando ocupar Roma, habían traído a sus mujeres e hijos. Cuando las mujeres se percataron de que los sicambrios iban perdiendo la batalla, se reunieron para deliberar y acordaron morir antes que ser deshonradas porque sabían que, según las costumbres guerreras, iban a ser violadas. Se rodearon con filas de carros y carretas a modo de fortaleza, y recogiendo algunas armas, lucharon con gran arrojo. Lograron matar a algunos soldados romanos, pero casi todas ellas perecieron. Las demás defendían su honor suplicando las dejaran consagrarse al templo de Vesta, y si no accedían al ruego, se quitarían la vida.

»Lo mismo ocurrió con vírgenes como Virginia, noble doncella romana, a quien Claudio, un juez corrupto, creyó poder apremiar y poseer a la fuerza con engaño. Aunque era muy joven, prefirió la muerte antes que ser violada.

»Finalmente, te diré que en una ciudad de Lombardía donde entraron a saco, las hijas del señor a quien acababan de matar, sabiendo la suerte que las esperaba, idearon una extraña estrategia que las honra. Se colocaron entre los pechos carne de pollo crudo que con el calor fue desprendiendo un olor pútrido que echó atrás a cuantos enemigos se les acercaban: «¡Dios mío, cómo apestan esas mujeres lombardas», decían antes de retroceder. Pero realmente ese hedor preservó la fragancia de sus almas²⁸.

Donde se refuta cuanto se afirma sobre la inconstancia de las mujeres. Derechura contesta a Cristina con las pruebas de falta de firmeza que dieron ciertos emperadores

—Señora mía, me acabáis de citar destacadas pruebas de la admirable constancia, fuerza y nobleza de ánimo de las mujeres. ¿Acaso hicieron más tantos robustos varones? Los hombres, sobre todo los autores de libros, vociferan en contra de las mujeres, a quienes reprochan su frivolidad e inconstancia; siempre las retratan volubles, maleables como niños y faltas de carácter. Estos hombres que acusan a las mujeres de debilidad, ¿acaso son tan valientes en la vida diaria que nunca flaquean ni cambian de pa-

recer?, porque, si a ellos les falta firmeza, ¿no es vergonzoso exigir a los demás lo que uno no tiene?

—Muy querida Cristina —me respondió—, ¿no has oído lo que se suele decir: que el necio ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo? Ahora te demostraré lo inconsecuentes que son los hombres y en qué contradicción caen cuando acusan a las mujeres de ser volubles e inconstantes. De hecho, como todos pretenden que la naturaleza femenina es inestable, se podría suponer que ellos siempre tienen el ánimo bien templado, o al menos que son más constantes que las mujeres. Pero resulta que exigen mucho más de las mujeres de lo que ellos demuestran. Los hombres, que siempre proclaman su fuerza y coraje, caen en tamaños fallos y criminales errores no por ignorancia sino a sabiendas de que se equivocan, eso sí, siempre se buscan disculpas, diciendo que el error es humano. Ahora bien, que una mujer tenga el menor fallo —provocado, en general, por un abuso de poder por parte del hombre— ¡y ya están listos para acusarlas de inconstancia y ligereza! Me parece que en justicia ellos deberían tolerar en las mujeres esa ligereza que tanto les reprochan y no tratar como si fuera un crimen lo que en su caso tildan de *peccata minuta*. No existe ley ni tratado que les otorgue el derecho de pecar más que las mujeres ni que estipule que los defectos masculinos son más disculpables. En realidad ellos se van cargando de tanta autoridad moral que se atribuyen el derecho de acusar a las mujeres de los peores defectos y crímenes, sin saber nunca comprender o disculparlas. Quienes tanto difaman a las mujeres nunca reconocen su fuerza y constancia, que les permiten soportar tantas vejaciones por parte de los hombres. Así, el hombre siempre tiene el derecho a su favor porque pleitea representando a ambas partes, como muy bien escribiste en tu *Epistre au Dieu d'amours*.

»Me has preguntado si los hombres demuestran tanta constancia como para poder permitirse acusar a las mujeres de ser volubles. Acércate a los libros de Historia, desde la Antigüedad hasta nuestros días, piensa en lo que te ha tocado vivir y en tu experiencia de cada día y no repares siquiera en hombres del común o de baja condición, sino en los más grandes y poderosos; ¡verás dónde están la perfección y la fuerza moral, la templanza

de ánimo y la constancia! Claro que me refiero a la mayoría de ellos, porque sí hay hombres sabios, constantes y valerosos, y buena falta hacen...

»Si quieres ejemplos, bien antiguos, bien recientes, de esta acusación hecha por los hombres a las mujeres como si ellos estuvieran por encima de toda sospecha en cuanto a firmeza y seriedad, piensa en la vida de los hombres poderosos y famosos, donde resulta aún más escandaloso. Tomemos el caso de los emperadores, ¡qué voy a decirte!; te pregunto si se ha visto a una mujer tan débil de carácter, tan miedosa, inestable e inconstante como el emperador Claudio. Era tan voluble que al cabo de una hora revocaba las órdenes que acababa de dar; nadie podía fiarse de su palabra, porque siempre estaba de acuerdo con el último que acababa de hablar. Su necia crueldad le arrastró a asesinar a su mujer, por quien no cesaba de preguntar luego para que se acostara con él. Mandaba buscar para jugar a los dados a familiares a quienes acababa de mandar cortar la cabeza. Era tan pusilánime que le temblaba el cuerpo sin cesar y no confiaba en nadie. ¿Para qué seguir con un retrato que combina los rasgos más desastrosos de cobardía y abyección? Él no fue el único en asumir el poder del imperio con tanta debilidad. ¿Acaso fue mejor Tiberio? ¿Sería posible encontrar en una mujer tanta inconstancia, tan voluble discurso y desordenadas costumbres?

XLVIII

Donde se habla de Nerón

»En el capítulo de los emperadores, ¡qué vamos a decir de Nerón! La flaqueza e inestabilidad de su carácter eran notorias. Al comienzo de su reinado intentó complacer a todos con ecuanimidad, pero pronto se dejó arrastrar por su lascivia, avaricia y crueldad. Para dar rienda suelta a sus inclinaciones, cogía sus armas y salía de noche recorriendo las calles con sus compañeros de lujuria para dedicarse a orgías y a cualquier clase de impudicia en lupanares y sitios de mala fama. Para provocar riñas empujaba a los paseantes, a los que hería o mataba si protestaban. Entraba a patadas en tabernas y burdeles para violar a las muje-

res, y casi lo mató el marido de una sus víctimas. Los baños, donde celebraba fiestas durante noches enteras, eran para él motivo de la mayor lujuria.

»Lanzaba a capricho azarosas órdenes que revocaba al instante. Arrastrado por la vanidad y un desenfrenado lujo, despilfarró una gran fortuna en satisfacer sus fantasías y perversos gustos. Perseguía a los justos y le atraía la maldad. Fue cómplice del asesinato de su padre e hizo matar a su madre. Una vez muerta, mandó abrirle el vientre para ver donde había sido concebido y comentó, después de examinarla detenidamente, que ella había sido muy hermosa. Mató a la noble Octavia, su mujer, y se casó con otra a la que quiso al principio pero a la que terminó matando. También mató a Antonia, hija de su predecesor, que se negaba a desposarse con él. Por fin, hizo matar a su hijastro, un niño de siete años, porque un criado jugando con él lo había tratado como a un príncipe.

»A su maestro Séneca, el gran filósofo, lo condenó a morir porque su sola presencia le parecía un reproche a sus crímenes. Fingiendo ofrecerle un remedio para el dolor de muelas, envenenó a uno de sus generales y usó también veneno, que vertía en sus copas o mandaba mezclar con los alimentos, para terminar con la vida de los más respetables patricios en cuanto le parecía que obtenían riquezas y poder. Después de matar a su tía, confiscó sus bienes. ¡A cuántos nobles romanos mandó ejecutar o enviar al exilio, masacrando luego a sus hijos! Tenía adiestrado a un hombre egipcio, notable por su crueldad, para que sólo comiera carne humana, y así devoraba vivas a sus víctimas. Sería imposible hacer un recuento de sus atrocidades y ¡dónde parar el relato de sus depravaciones sin fin! Aun así, remató sus crímenes con el incendio de Roma, que ardió seis días y seis noches, provocando un desastre en el que mucha gente murió. Mirando derrumbarse una torre entre llamas, se alegró ante la belleza del espectáculo y empezó a cantar. Mandó degollar a los santos Pedro y Pablo como diversión que entretuviera su cena. Después de un reinado de catorce años, los romanos, que tantas atrocidades habían sufrido por su culpa, se rebelaron contra él, que, desesperado, acabó con su vida.

XLIX Donde se trata del emperador Galba y de sus sucesores

»No pensarás que pretendía escandalizarte con lo que acabo de contarte de la crueldad de Nerón. Te parecerá un caso excepcional, pero ten por cierto que de haber vivido más tiempo, su sucesor, Galba, hubiera resultado parecido por su depravación y desmedidos vicios. Siempre vacilante e inestable, ora cruel e irascible, ora blando en extremo, envidioso, rencoroso, lleno de infundadas sospechas y odio hacia sus caballeros y príncipes, asustadizo y cobarde, y por encima de todo, avariento, no alcanzó a reinar más de seis meses porque lo asesinaron para poner término a sus crímenes.

»¿Puede decirse que era mejor Otón, quien le sucedió? Suele decirse de las mujeres que son coquetas, pero aquel hombre de cuerpo débil era tan refinado que jamás se vio persona tan delicada. Acostumbrado a la blandura y molicie, despilfarraba y robaba con avarienta voracidad. Era vergonzosamente glotón, hipócrita, desleal y presa de toda suerte de impudicia. No duró más de tres meses su reinado porque lograron vencerle sus adversarios y él mismo puso fin a sus días.

»No fue mejor Vitelio, que sucedió a Otón. Tenía tantos vicios que no quiero enumerarlos. No vayas a creer que exagero. Mira las crónicas y vidas de los emperadores para ver cuántos fueron justos, valiosos y constantes. Julio César, Octavio, Trajano y Tito sí lo fueron, pero por cada hombre excepcional como aquéllos encontrarás diez infames.

»Ahora hablemos de los papas y hombres de la Iglesia, que tendrían que alcanzar mayor perfección que el resto de los mortales. Durante los primeros tiempos de la Iglesia sí llegaron a la santidad, pero desde que Constantino dotó a la Iglesia con riquezas y fuertes ingresos, lo que queda de santidad... ¿Qué voy a decirte? No tienes más que ir a los libros de Historia. Si me dices que esto era antes y que ahora todo está bien, vete observando todas las condiciones y estados para decidir si el mundo está mejor y si los hechos y dichos de los príncipes, el poder temporal y espiritual, están demostrando firmeza y constancia²⁹. Está

claro, pero no diré más. Ahora bien, me pregunto cómo pueden hablar los hombres de la inconstancia caprichosa de las mujeres sin sentir bochorno, cómo no se avergüenzan viendo con qué ligereza llevan los asuntos que tienen a su cargo —asuntos que son responsabilidad de ellos, no de las mujeres—, donde demuestran una vacilación en sus conductas que resulta del todo infantil. ¡Y no se olviden los varones de la perfecta firmeza con que se aplican las propuestas y acuerdos que ellos toman en sus Consejos!

»Al fin y al cabo, ¿cómo definir la inconstancia y la ligereza sino como algo que va en contra de la razón que lleva a toda criatura razonable a hacer el bien? Cuando un hombre o una mujer deja que la sensualidad oscurezca su razón, esto es debilidad e inconstancia. Cuanto más se hunda en el error una persona, más vulnerable se vuelve porque ya no le alumbraba la razón. De todo cuanto relatan los libros de Historia —y según creo la experiencia no lo desmiente—, queda claro que, en contra de lo que puedan afirmar los filósofos y demás autores que gozan de autoridad sobre la inconstancia de las mujeres, nunca existió mujer alguna que alcanzara el grado de perversidad de muchos hombres.

»Como ejemplos de mujeres perversas, hablan los libros y las crónicas de Atalía y de su madre Jezabel, reinas ambas de Jerusalén, de Brunehilde, reina de Francia, y de algunas más. Pero piensa en la perversidad de un Judas, traicionando a su Divino Maestro, que sólo le había prodigado el bien, o en la crueldad del pueblo judío, que no sólo mató por odio a Cristo sino a varios profetas que le precedieron, lapidándolos o quebrando sus huesos. Mira el caso de Juliano el Apóstata, cuya perversidad hizo pensar que era el Anticristo, o el tirano Dionisio de Sicilia, de tan execrable vida que sólo leerla resulta abominable. Si consideras cuántos reyes indignos y emperadores desleales reinaron sobre el mundo, cuántos papas heréticos y avarientos prebostes desprovistos de fe —y todos los falsos profetas y anticristos por venir— estimarás que los hombres bien podían callarse y las mujeres agradecer a Dios que haya colocado sus preciosas almas en cuerpos femeninos.

»Ahora, para refutar con ejemplos los argumentos de los hombres sobre la debilidad de las mujeres, te hablaré de mujeres de gran poderío cuyas historias son maravillosas de oír.

Donde se habla de la fuerza moral de Griselda, marquesa de Saluces

»Hablan los libros de un marqués de Saluces, llamado Gualtieri, hombre hermoso y cortés, pero cuya conducta destacaba por su rareza³⁰. Sus barones no dejaban de amonestarle e instarle a que se casara para tener un sucesor. Tras negarse mucho tiempo, terminó asintiendo, pero exigió de sus vasallos que aceptaran la mujer que eligiera, fuera quien fuese, lo que ellos juraron. El marqués gustaba a menudo de los placeres de la caza y la cetrería. Cerca del castillo había una pequeña aldea donde, entre otros campesinos, vivía un labrador llamado Giannucolo. Aquel hombre justo y honrado era mayor, pero tenía una hija de dieciocho años llamada Griselda, que le cuidaba y mantenía hilando lana. El marqués, que solía pasar por la aldea, se había fijado en su conducta recatada y mucho le agradaba la belleza de su rostro y hermoso cuerpo. Convocó un día a sus barones, a quienes había prometido desposarse, para que junto con las damas acudieran en la fecha señalada convidados a sus bodas.

»Iniciáronse los preparativos para una ceremonia fastuosa y el día fijado el marqués mandó cabalgar a todos sus invitados y encabezó el cortejo para ir en busca de la novia. Fue derecho hasta la casa de Giannucolo y se encontró con Griselda, que volvía de la fuente llevando en la cabeza un cántaro lleno de agua. Ella se arrodilló y Gualtieri le mandó ir en busca de su padre. Cuando le dijo que iba a casarse con su hija, le respondió que así fuera si tal era su gusto. Entonces las damas entraron en la choza para vestir a la novia con ricos atavíos y joyas preciosas, dignas de su rango, que había preparado el marqués. La llevó el marqués a palacio, donde se casaron y para abreviar te diré que por sus muchas cualidades y agradable trato esa mujer supo ganarse la estima y el afecto de todos, sirviendo y queriendo a su marido también a la perfección.

»Aquella misma noche la marquesa dio a luz una niña, nacimiento que causó gran alegría, pero cuando llegó a la edad en la que ya no necesitaba tomar pecho, para poner a prueba la paciencia y constancia de Griselda, el marqués le hizo creer que los baro-

nes se indignaban ante la idea de que una hija suya llegara a reinar y que querían matarla. Ante esa nueva —tremenda para cualquier madre—, Griselda contestó que ya que él era el padre en sus manos estaba la suerte de su hija. Entregó la niña a un escudero que fingió llevársela para matarla, pero viajó con ella hasta Bolonia para dejarla en casa de la condesa de Panice, hermana del marqués, a fin de que la cuidara y educara. Pese a que pensaba que su hija había muerto, Griselda se guardó de dar muestra alguna de tristeza y de dolor. Al año siguiente, la marquesa quedó otra vez embarazada y dio a luz un hermoso niño, cuyo nacimiento fue acogido con gran alborozo. Para poner nuevamente a prueba a su mujer, Gualtieri le dijo que había que matar al niño porque así lo exigían sus vasallos. La dama contestó que si no les bastaba con la muerte de su hijo ella estaba dispuesta a morir también, si él quería. Como antes hiciera con su hija, entregó el niño al escudero sin aparentar ningún dolor. Sólo le encomendó que lo enterrara, para que su tierna carne no fuera pasto de pájaros y fieras, pero ante tanta crueldad el rostro de Griselda permaneció impasible.

»No se dio por satisfecho el marqués, que decidió seguir poniendo a prueba a su mujer. Llevaban viviendo juntos doce años, y tan irreprochable había sido su conducta que lo razonable hubiera sido pensar que sobraba cualquier prueba. Sin embargo, la hizo venir un día a sus aposentos y le dijo que estaba a punto de perder el feudo porque los barones rechazaban rendir pleitesía a la hija de Giannucolo; para apaciguarlos, era preciso que volviera a casa de su padre y que él tomara una esposa de más alto linaje.

»—Siempre he sabido y creído, Señor —replicó Griselda a tan severa propuesta—, que no había comparación entre tu nobleza y fortuna y mi pobreza, ni me tuve en tanta estima que pensara poder ser tu amante, y menos tu esposa. Ha llegado el momento de volver a casa de mi padre donde acabaré mis días. En cuanto a llevar dote, como dices, me acuerdo de cómo antes de franquear el umbral de la casa paterna, me mandaste quitarme la ropa para adornarme con las ricas prendas que me destinaste para la boda. Yo no traje otra dote que la fidelidad, la virtud y mi pobreza. Todo lo demás te lo entregaré; me quito el vestido pa-

ra devolvértelo; toma el anillo de boda y demás joyas y arneses con que me ataviaron en la cámara nupcial. Salí desnuda de casa de mi padre y desnuda he de volver allí, pero como me parece una falta de pudor que el vientre que llevó a dos hijos tuyos quede expuesto a las miradas del pueblo, te pido que si lo tienes a bien —y como premio a la virginidad que te entregué y que no puedo volver a llevarme de este palacio—, me dejes llevar una sola camisa para tapar la desnudez de quien fue tu esposa además de marquesa.

»Así fue; delante de barones y damas Griselda se fue desvistiendo, se descalzó, se quitó las joyas y con su sola camisa se quedó. Ya había corrido por el país el rumor de que el señor pretendía repudiar a su mujer y la gente acudía a palacio, triste y desesperada. La cabeza desnuda, descalza y desnudo el cuerpo bajo la camisa, Griselda salió cabalgando, acompañada de los barones, caballeros y damas, que maldecían al marqués y lloraban conmovidos sobremanera por la bondad de su dama. Griselda, en cambio, no soltó una sola lágrima. Al oír el alboroto, su padre, que siempre había temido que el marqués se cansara de un matrimonio tan dispar, salió al encuentro de su hija llevando su viejo vestido gastado, que había guardado para tal trance, y se lo entregó impasible. Ella retomó su vida humilde y pobre cuidando de su padre, a quien consolaba de la amarga pena que sentía al ver cómo su hija, tan encumbrada, había vuelto a caer en la miseria.

»Cuando Gualtieri pensó que ya había puesto bastante a prueba a su fiel esposa, mandó a su hermana que viniera desde Bolonia con un rico séquito de damas y caballeros y trajera también a sus dos hijos, pero sin decir a nadie quién era su padre. Anunció a sus vasallos su boda con una joven noble que se encontraba en tutela en casa de su hermana. Reunió en palacio a una asamblea de gentileshombres y damas para acoger a su hermana y mandó a Griselda que volviese, dándole las siguientes órdenes:

»—Griselda, mañana llegará con mi hermana la joven con quien me desposaré. Quiero que sean recibidas con todos los honores. Como tú conoces mis costumbres y la disposición de los aposentos y salas del palacio, quiero que te encargues de todo y

mandes a los criados para que cada uno reciba el trato acorde a su rango, antes que nadie, por supuesto, mi futura esposa. Cuida bien de que todo esté a punto.

»Al día siguiente empezaron los fastos. Griselda seguía vestida pobremente, pero no por ello acogió con menor cortesía y distinción a quien ella creía la futura esposa, diciéndole con una reverencia: «Bienvenida seáis, Señora mía, a esta casa».

»Con amable trato y gracia, también acogió al joven y a cada caballero y dama de la corte, sin descuidar a nadie. Si su vestido revelaba baja condición, sus maneras y gestos, su porte, hacían pensar que era dama de la más alta distinción y sabiduría. Los convidados extranjeros se sorprendían de que tan pobres hábitos ocultasen tanta nobleza y elocuencia. Los festejos se iban celebrando sin ningún fallo porque todo lo había previsto Griselda. Ella estaba fascinada por la doncella y el joven, alababa su belleza y no se apartaba de ellos.

»A la hora prevista para la misa, el marqués, que todo lo había ordenado como si fuera a casarse con la joven, se presentó ante la asistencia; mandó venir a Griselda y le preguntó:

»—¿Qué piensas, Griselda, de mi futura esposa? ¿No te parece buena y honrada?

»—Ciertamente, Señor —contestó ella sin vacilar—. Sería difícil encontrar otra más bella y honrada. Pero con toda humildad quisiera rogar y aconsejarte que no la atormentes ni la trates con tanta crueldad como a la primera, porque es más joven y ha tenido una educación más blanda, por lo que no podría soportar tantas pruebas como tu otra esposa.

»Al oír esta respuesta, quedóse asombrado el marqués ante tanta fuerza de carácter y tan firme y templado valor. Le admiró su extraordinaria constancia y sintió compasión por todos los sufrimientos que le había causado durante tanto tiempo y por la desgracia que ella seguía padeciendo, aun sin haberla merecido para nada. Empezó a hablar ante todos:

»—Griselda, ya has probado sobradamente tu constancia, tu fidelidad, lealtad y profundo amor hacia mí. Creo que ningún hombre recibió jamás tantas pruebas de amor conyugal como me has dado tú.

»Se le acercó, la abrazó tiernamente, y besándola, le dijo:

»—Sólo tú eres mi esposa. Otra no quisiera ni tendré nunca. Esta joven, que pensabas me era destinada, es hija tuya y mía. Éste es tu hijo. Que lo sepan todos los presentes, cuanto hice fue para poner a prueba a mi mujer, no para condenarla. Aquí están mis hijos, a los que no mandé matar sino educar en casa de mi hermana.

»Cuando oyó esas palabras, presa de la felicidad, la marquesa se desvaneció. Cuando volvió en sí, abrazó a sus hijos, a los que inundó de lágrimas, y entre los asistentes no se veía a nadie que no llorase de alegría o compasión. Griselda gozó de mayor admiración que nunca. Volvió aún más ricamente ataviada y enojada y empezaron unas espléndidas fiestas. Durante veinte años más, vivieron en paz compartiendo la felicidad. El marqués mereció la estima de todos trayendo a palacio a Giannucolo, el padre de su mujer, del que no se había preocupado hasta entonces. Casó a sus hijos honrosamente y a su muerte, con consentimiento de los barones, le sucedió su hijo.

LI

Donde se trata de Florencia la romana

»Si Griselda, marquesa de Saluces, fue un modelo de constancia y valor, la noble Florencia, emperatriz romana, también soportó la adversidad con admirable firmeza, como leemos en *Les Miracles Nostre-Dame*³¹. Esa mujer era de una hermosura sin par y no menos virtuosa. Ocurrió que su marido tuvo que salir de expedición militar hacia un lejano país y dejó al cuidado de su hermano el imperio y a su mujer. Pero una pasión culpable por su cuñada se apoderó de aquel hermano. Éste la apremiaba tan ardientemente para que satisficiera su deseo que a punto de verse forzada Florencia mandó encerrarlo en una torre, donde lo mantuvo preso hasta el regreso del emperador. Cuando su marido anunció que llegaba, ella liberó a su cuñado para que fuese a su encuentro y aquél no supiera su traición. Lo que menos se imaginaba es que fuera a calumniarla y acusarla de haberlo tenido preso en la torre para dar rienda suelta a sus perwersas inclinaciones. El emperador dio crédito a la versión de su

hermano, y sin darle a su mujer la oportunidad de explicarse, mandó matarla; no quería volver a hablar con ella ni encontrarla viva. Aturdida ante una sentencia tan cruel, Florencia logró persuadir a quienes tenían orden de quitarle la vida para que la dejaran marchar ocultando su identidad bajo un disfraz.

»Empezaron sus peregrinaciones hasta que le confiaron la educación del hijo de un príncipe. Ocurrió entonces que el hermano de aquel príncipe cayó locamente enamorado de ella. La persiguió con ardiente deseo largo tiempo, y al verse rechazado, se vengó brutalmente matando al niño, que dormía a su lado. Acusada y condenada a muerte, la llevaron al suplicio, pero conmovidos por el recuerdo de su virtud ejemplar los príncipes le perdonaron la vida y la dejaron marchar al exilio.

»Conoció entonces desventuras y miserias. Un día que se había quedado dormida en un vergel, soñó que la Virgen le decía que cogiera una planta del prado que encontraría justo debajo de donde tenía apoyada la cabeza; con ella podría ganarse la vida curando toda clase de enfermedades. En efecto, se hizo curandera famosa. Habiendo caído presa de una grave enfermedad el hermano del príncipe —el mismo que había matado al niño—, mandaron en su busca para que lo sanara con aquella hierba. Ella le dijo que si no reconocía públicamente su falta no podría curarse. Cuando supo el crimen de su hermano, el príncipe quiso sentenciarlo a muerte, pero Florencia, que había curado al enfermo, devolvió el bien por el mal perdonándole e interviniendo en su favor.

»Al cabo de poco tiempo se repitió la historia. Cayó enfermo de lepra el hermano del emperador por cuya culpa tuvo que exiliarse Florencia. Como ya había alcanzado una fama universal curando toda suerte de enfermedades, mandaron en su busca de parte del emperador. Éste, que daba por muerta a su mujer, no la reconoció. Ella exigió al enfermo una confesión pública, a lo que se negó mucho tiempo, pero temiendo que la lepra fuera un castigo divino desveló cuanto había urdido contra la emperatriz. Loco de dolor pensando que por su culpa había mandado a la muerte a tan amada y leal esposa, el emperador quiso matar a su hermano, pero dándose a conocer Florencia lo apaciguó con dulzura. Con su extraordinaria paciencia, bien había merecido recobrar su rango y la felicidad, para mayor alegría de todos.

Donde se cuenta la historia de la mujer de Bernabó de Génova

»Para ilustrar la discusión acerca de las mujeres virtuosas, puede invocarse la historia que cuenta Boccaccio en el *Decamerón*³². Había en París, reunidos alrededor de una mesa para cenar, unos cuantos mercaderes lombardos e italianos que, conversando sobre distintas cosas, llegaron a hablar de sus mujeres. Uno de ellos, que tenía por nombre Bernabó de Génova, empezó a alabar a su mujer como hermosa, sabia y discreta, y haciendo una larga lista de sus méritos, insistió en que era cumplida en castidad más que ninguna. Encontrábase entre los convidados un hombre arrogante llamado Ambruogiuolo de Piacenza, el cual le hizo reparar en la necedad en que había caído alabando a su mujer, especialmente respecto a su virtud, porque no había mujer alguna, por muy casta que fuera, capaz de resistir ante los ruegos, promesas, dádivas y amorosas palabras de un seductor empeñado en conquistarla. Encendiéronse los ánimos, discutieron y terminaron apostando cinco mil florines de oro. Bernabó hizo la apuesta que por mucho que lo intentara Ambruogiuolo jamás lograría acostarse con su mujer. Apostando todo lo contrario, Ambruogiuolo prometió aportar pruebas fehacientes de su triunfo. Los otros mercaderes se las ingeniaron para hacerlos renunciar, pero fue en vano.

»Salió lo antes que pudo Ambruogiuolo para Génova, y una vez allí, se informó de la vida y costumbres de la mujer de Bernabó. Oyó hablar tan bien de ella que le pareció haber emprendido desatinada empresa. Confuso y desesperado, se arrepintió de lo que consideraba una torpeza, pero como la idea de perder cinco mil florines le partía el corazón pensó en alguna estrategia. Como había conocido a una anciana que vivía en casa de aquella señora, fue a corromperla con dineros para que escondido en un arca lo hiciese llevar hasta la mismísima alcoba de la virtuosa dama. La vieja cumplió su propósito, y con el pretexto de que aquella arca encerraba objetos muy valiosos que habían intentado robar, pidió a la señora que tuviera a bien guardarla en su cámara unos días hasta que volviesen sus dueños. La dama

aceptó gustosamente. Llegada la noche, Ambruogiuolo, escondido en el arca, no cesó de mirar a la dama hasta conseguir verla desnuda. Sin hacer el menor ruido, salió de su escondite, y cogiendo una escarcela y un cinturón que la mujer de Bernabó había bordado con sus propias manos, se volvió dentro del arca sin haber despertado a la dama ni a la niña que dormía a su lado. Ellas no se percataron de nada y al cabo de tres días volvió la vieja por el arca.

»Contentísimo con el engaño y sintiéndose muy ingenioso, Ambruogiuolo se volvió a París, donde en presencia de todos los mercaderes anunció al marido que se había acostado con su mujer y había logrado de ella todo lo que se había propuesto. Primero le dibujó la forma de la alcoba y las pinturas que en ella había. Luego, diciendo que eran presentes de la dama, le mostró la escarcela y el cinturón, que Bernabó reconoció inmediatamente. Pero cuando al describir el cuerpo desnudo de la dama añadió que tenía bajo el pecho izquierdo un lunarillo color de fresa, eran ya tan manifiestas las pruebas que no pudo dudar de su veracidad. Tan dolido como si le hubiesen hundido un cuchillo en el corazón, pagó al contado los cinco mil florines y salió sin tardanza hacia Génova. Al acercarse a la ciudad y antes de entrar en ella, mandó un mensaje a un empleado suyo que cuidaba de sus bienes y de quien mucho se fiaba para que matara a su mujer, con detalladas instrucciones para lograr su propósito, pero sin darle ninguna explicación sobre los motivos de esa orden. Al recibir la carta, el servidor hizo creer a la mujer de Bernabó que habían de ir al encuentro de su marido, noticia de la que ella se alegró mucho. Ambos se pusieron en camino, y cuando llegaron al linde de un bosque solitario, el servidor le dijo que iba a matarla por orden de su marido. Para contártelo en dos palabras, te diré que esa dama que era muy bella y amable logró convencerle para que la dejase marchar bajo promesa de abandonar el país.

»Lejos y a salvo, llegó a una pequeña ciudad, donde compró a una vieja prendas masculinas con las que una vez que se hubo cortado el pelo pudo disfrazarse de hombre. Se puso luego al servicio de un rico gentilhomme de Cataluña, llamado Segner Ferrant, que había bajado al puerto a refrescarse. El gentilhomme catalán la contrató como servidor, y haciéndose llamar Sicu-

rant de Finale, subió con él a la nave. Tan bien lo sirvió que quedó perfectamente satisfecho, pues jamás, decía él, servidor alguno había sido tan de su agrado. Siempre llevando a Sicurant, llegó a Alejandría, donde compró hermosos caballos y ciertos halcones peregrinos para regalárselos al sultán de Egipto, con el que le unían lazos de amistad. Llevaban ya algún tiempo allí cuando el sultán se fijó en Sicurant, que con tanto esmero atendía a su amo; le pareció tan gentil de cuerpo y de tan donosas, agraciadas y delicadas maneras que le agradó mucho y se lo pidió al Segner Ferrant, prometiendo hacer de él su intendente. Aunque le resultó duro, éste se lo cedió. Sicurant sirvió tan bien al sultán que empezó a tener gran ascendiente sobre él y éste le confió la dirección de muchos de sus asuntos.

»Como iba a celebrarse una gran feria en una de las ciudades del sultán adonde acudían de todas partes los mercaderes, éste decidió mandar allí a Sicurant con rango de gobernador para que vigilara sus intereses. Quiso la suerte que el traidor Ambruogiuolo, que había hecho fortuna gracias a los dineros de Bernabó, acudiese a vender joyas con otros mercaderes italianos. Como gran intendente del sultán, todos buscaban los favores de Sicurant y los mercaderes extranjeros le llevaban joyas. Así sucedió que un día compareció ante él el tal Ambruogiuolo. Abrió un cofrecillo lleno de piedras preciosas para enseñárselas y en el cofrecillo estaban también la escarcela y el cinturón que Sicurant reconoció al instante como suyos; los cogió maravillándose mucho de cómo habrían podido llegar hasta allí. Ambruogiuolo, que se había olvidado del asunto, empezó a sonreírse. Viéndolo tan alegre, le dijo Sicurant:

»—Te ríes tal vez porque ves que me intereso por cosas femeninas, como esta bolsita. Confieso que es bonita.

»—Señor, es vuestra si la queréis —respondió Ambruogiuolo—, pero yo sólo me reía recordando el modo en que la conseguí.

»—¡Ah, pues si no te importa, cuéntame cómo la conseguiste!

»—La verdad —dijo Ambruogiuolo—, es que la recibí de una hermosa mujer que me la regaló después de una noche de amor. Y además, me gané cinco mil florines de oro en una apuesta que hice con el necio de su marido, un tal Bernabó que me retó a que no me acostaba con ella. El desgraciado mandó matar a su mu-

jer por ello, cuando es a él a quien deberían haber castigado por bruto. Los hombres deben tener por seguro que las mujeres son débiles y de fácil conquista y que hay que estar loco para fiarse de ellas.

»Al oír esto, la dama comprendió cuál había sido el motivo de la ira de su marido, pero como era mujer de templado juicio decidió no dejar aparentar nada hasta que llegase el momento. Fingió encontrar muy divertida y amena la historia y dijo a Ambruogiuolo que le parecía galán ingenioso y mucho le gustaría trabar amistad con él; esperaba incluso que estuviera dispuesto a quedarse para compartir con él como socio cierto comercio; él le entregaría de buena gana grandes sumas de dinero y todo el asunto le resultaría de gran provecho. A Ambruogiuolo le encantó tal discurso. Para que resultara mejor el engaño, lo puso al frente de un comercio, le confió mucho dinero y le dio frecuentes pruebas de amistad. Con el pretexto de entretener al sultán, le hizo contar su aventura. Asimismo, Sicurant se informó sobre el estado de Bernabó, que había caído en la miseria tanto a causa del dinero perdido como por la tristeza que lo vencía. Para terminar en pocas palabras con la historia, con la ayuda de unos mercaderes genoveses, alegando razones de negocios, Sicurant hizo venir a Bernabó a Alejandría. También había informado al sultán de que Ambruogiuolo mentía al jactarse de haber gozado de los favores de la dama y le rogó que arrancase la verdad a éste y lo castigara como merecía.

»Cuando ambos estuvieron en presencia del sultán dijo Sicurant:

»—Ambruogiuolo, mucho le gustaría a Su Excelencia volver a oír la broma que le gastaste a Bernabó, aquí presente, ganándole cinco mil florines y acostándote con su mujer. Cuéntanos en detalle como fue el asunto.

»Espantado ante una petición que no se esperaba, Ambruogiuolo palideció como si incluso a un hombre tan falso le costara disimular la verdad, y sobreponiéndose dijo:

»—Señor, ¡qué importa si lo digo o no! Bernabó ya lo sabe de sobra y me da vergüenza abochornarlo más.

»Apesadumbrado, Bernabó pidió entonces que le dieran permiso para salir y no oír más algo que tanto le disgustaba. Sicurant

insistió bromeando que no tenía más remedio que volver a oírlo. Comprendiendo que no podía echarse atrás, Ambruogiuolo volvió a contar la aventura de la que había alardeado ante Bernabó y ante el sultán, pero esta vez con voz temblorosa e insegura. Cuando hubo terminado, volviéndose hacia Bernabó, Sicurant le preguntó si era verdad lo que había contado Ambruogiuolo.

»—No tengo la menor duda —afirmó Bernabó.

»—¡Cómo es que estás tan seguro —dijo entonces Sicurant—, dando crédito a unas míseras pruebas antes que a tu experiencia, de que este hombre se haya acostado con tu mujer! ¡O eres tan tonto que no sabes que existen el engaño y el fraude, que pudo llegar a conocer detalles de su cuerpo sin haberse acostado con ella! ¡Y por esto la has mandado matar! Eres tú el que merece la muerte, porque no bastaba con aquellas pruebas engañosas.

»Bernabó se quedó espantado, pero Sicurant, que ya no quería callar, prosiguió dirigiéndose a Ambruogiuolo:

»—¡Traidor, hipócrita! ¡Confiesa, embustero! ¡Confiesa la verdad antes de que te obliguemos a ello bajo tortura! ¡Tenemos pruebas de que sólo ha salido la mentira de tu falsa lengua! Has de saber que la mujer cuyos favores te jactas de haber obtenido no ha muerto. Está bastante cerca como para acabar con tus falacias, porque la verdad es que tú jamás la tocaste.

»Todos los asistentes, tanto los vasallos del sultán como los mercaderes lombardos, escucharon esas palabras con profundo asombro y Ambruogiuolo tuvo que confesar ante tantos testigos que la avaricia le había empujado a perpetrar el fraude para ganarse los cinco mil florines de la apuesta. Cuando Bernabó oyó la verdad, enloqueció de rabia pensando que había mandado matar a su mujer injustamente, pero Sicurant se le acercó y preguntó:

»—¿Qué darías, Bernabó, si te devolviesen a tu mujer viva y casta?

»Bernabó contestó que daría todo cuanto poseía.

»—Bernabó, querido mío, ¿no me reconoces?

»Estupefacto y maravillado, Bernabó más creía que era sueño que verdad lo que estaba oyendo. Entonces, su mujer se desnudó el pecho diciendo:

»—Mira, Bernabó, soy yo, tu fiel esposa, a quien mandaste matar injustamente.

»Abrazáronse entonces llorando de gozo, mientras el sultán y los asistentes alababan la constancia de la dama, que quedó colmada de bienes con la herencia de Ambruogiuolo, condenado a morir bajo tortura. Luego volviéronse a Génova Bernabó y su mujer.

LIII

Donde Cristina pregunta por qué aquellas valiosas mujeres no refutaron los libros y los juicios de los hombres que las difamaban.

Respuesta de Derechura

Acababa de escuchar aquellos relatos que me hizo Derechura sobre la constancia de las mujeres, algunos de los cuales incluso he omitido, para no alargarme, como el de Lena, una mujer griega, que antes que denunciar a dos hombres a los que querían acusar, ante el juez que la hacía torturar para que confesara, se arrancó la lengua ella misma con los dientes. También me habló de otras que prefirieron el veneno antes que verse forzadas a traicionar. Yo, Cristina, le dije entonces:

—Habéis demostrado, Señora, que las mujeres son capaces de gran firmeza y valor. Verdaderamente, no se puede decir más de ningún hombre. Mucho me sorprende entonces que todas aquellas valiosas mujeres, que además eran sabias, versadas en letras, y compusieron libros que fueron modelos de elocuencia, hayan tolerado hasta hoy sin rebatirlas tantas acusaciones infames por parte de los hombres, cuando ellas ya sabían que todos faltaban a la verdad.

—Querida amiga —me replicó—, lo que me preguntas tiene fácil respuesta. Por todo lo que te conté de aquellas mujeres, viste cómo cada una aplicó su inteligencia a distintas obras y no pensaron todas sobre lo mismo. Eras tú la que estabas destinada a levantar esta Ciudad, y no ellas, porque sus obras ya bastaban para que la gente de mente lúcida y juicio razonable estimara a las mujeres. No tenían por qué escribir ningún libro sobre el asunto que nos ocupa. En cuanto a todo el tiempo que pasó antes de que se refutara a sus acusadores para acallar tanta calum-

nia, te diré que, vistas desde la eternidad, las cosas suelen llegar a su hora. ¿Cómo, si no, hubiese tolerado Dios tantas herejías que van en contra de Su Palabra y que ha costado mucho tiempo extirpar? Hay muchas cosas que se aceptan durante largo tiempo, hasta que un día se acaban debatiendo y rechazando.

Yo, Cristina, volví a tomar la palabra:

—Es cierto, Señora, pero yo sé que las malas lenguas murmurarán contra esta obra mía, alegando que si es verdad que hubo en el pasado mujeres valiosas, y aún quedan hoy algunas, no es el caso de todas, ni siquiera de la mayoría.

—Es falso decir que no son virtuosas. Aparte de todo lo que vimos, lo confirma la experiencia de cada día. ¿Acaso son las mujeres las que cometen las atrocidades e injusticias que aquejan al mundo? ¿Por qué sorprenderse de que todas no lo sean? No quedaba un solo justo en la poblada ciudad de Nínive cuando Dios mandó a Jonás para destruirla si no se convertía, tampoco en Sodoma se halló uno solo cuando el fuego cayó del cielo para aniquilarla. Es más, entre los discípulos de Cristo, que sólo eran doce y todos hombres, había uno malo. Ahora los hombres pretenden que todas las mujeres tienen que ser virtuosas y que hay que lapidar a las que faltan a la virtud. Yo les digo a los hombres que se miren a sí mismos y el que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Y ellos, ¿cómo deberían portarse? Porque ten por cierto que cuando los hombres sean perfectos las mujeres también lo serán.

LIV

Donde Derechura responde a la pregunta de Cristina de si tienen razón los hombres cuando afirman que hay muy pocas mujeres fieles

Yo, Cristina, retomé la discusión diciendo:

—Dejemos por ahora, Señora, esas cuestiones que nos alejan un poco del tema, porque hay otras que me gustaría plantearos si estuviese segura de que no os enojarán, ya que se alejan algo de la bien templada Razón y más bien responden a las leyes de Naturaleza.

—Querida Cristina —me respondió—, puedes hacerme todas las preguntas que quieras, porque nunca debe reprender el maestro al discípulo por cuestionarlo todo.

—Señora, existe una inclinación natural de los hombres hacia las mujeres y de las mujeres hacia los hombres que rige el mundo no como ley social, sino como atracción carnal. Llevados del ardiente deseo, se quieren con un amor que el loco placer inflama a su vez. Ignoran de dónde viene el fuego de la pasión que los consume pero todos y todas conocen este estado que se llama amor. Sin embargo, los hombres suelen decir de las mujeres que pese a sus promesas son falsas, inconstantes y no saben querer. Todos esos defectos de los que las acusan muchos autores vendrían de la flaqueza de su carácter. Así el requisito de Ovidio en su *Ars Amandi*. Después de vituperar a las mujeres, Ovidio, como otros muchos autores, asegura que tantos ataques tienen como fin el bien común, para que los hombres se curen en salud ante los engaños del sexo femenino, pérfida serpiente escondida en la hierba. Decidme, Dama mía, qué opináis de todo esto.

—Querida hija, sobre la infidelidad yo no voy a contestarte nada que no sepas, pues tú misma lo has argumentado perfectamente en tu *Epistre au Dieu d'amours* y *Epistres sur le Roman de la Rose*. Sólo te demostraré la falsedad de los hombres cuando alegan el bien público para justificar sus ataques al sexo femenino. La razón es la siguiente: el bien público o común no es otra cosa que el general provecho para una ciudad, un país o una comunidad, donde todos los miembros, hombres y mujeres, toman parte y disfrutan de algo. En cambio, lo que se hace en bien de unos pocos, a exclusión de otros, no puede llamarse bien público sino privado o propio. Menos aún, si se coge algo a unos para dárselo a otros, en cuyo caso ya ni sería bien privado o propio sino robo calificado, algo hecho en perjuicio de unos y a favor de otros. Esos autores no escriben para las mujeres, no las aconsejan para que desconfíen de las trampas que les tienden los hombres, al contrario, es demasiado evidente que los hombres suelen engañar a las mujeres con su duplicidad y discursos lisongeros. Tampoco hay duda de que las mujeres no son una raza o especie aparte, sino que forman parte del pueblo de Dios, y

como tal tienen derecho a una instrucción moral. De ahí deduzco y concluyo que si los hombres actuaran para el bien común, es decir, para ambas partes, deberían dirigirse a las mujeres para prevenirlas contra el engaño masculino, de la misma forma que lo hacen con los hombres respecto a ellas³³.

»Contestando ahora a tu otra pregunta sobre la fidelidad, te citaré ejemplos de algunas mujeres que amaron hasta la muerte. Empezaremos con la noble Dido, reina de Cartago, de cuyas virtudes ya te hablé y que tú misma has alabado en tus poemas.

LV

Donde se trata de la fidelidad amorosa de las mujeres, con el ejemplo de Dido, reina de Cartago

»Como tuve ocasión de contarte antes, el reinado de Dido sobre Cartago fue glorioso y feliz. Ocurrió entonces que después de la destrucción de Troya Eneas huyó de la ciudad, capitaneando a muchos troyanos. Fueron muchas sus desventuras y fatigas de navegante, con tormentas miles, donde se quebraron sus naves, perdió gran parte de la tripulación y de los víveres, y encontrándose arruinado y exhausto, necesitado de refugio y descanso, arribó al puerto de Cartago. Allí, como no quería desembarcar sin el permiso de la reina, le mandó unos mensajeros para preguntar si tendría a bien dejarle fondear en el puerto. Esa noble dama conocía la fama de los troyanos, que sobrepasaba por aquel entonces la de otros pueblos, y sabía también que Eneas pertenecía a la Casa Real de Troya, por lo que no sólo le dio licencia para echar anclas sino que fue a su encuentro hasta la orilla con un hermoso séquito de damas, doncellas y barones, que le acogieron a él y a sus compañeros con todos los honores. En tan cortés compañía, los condujo hasta la ciudad, donde los agasajó y festejó a placer. ¿Para qué entretenerme más alargando el relato? Sólo te diré que la estancia a Eneas le resultó muy placentera e hizo olvidar el deleite los muchos sufrimientos que había padecido. Se vieron tan a menudo Dido y Eneas que Amor logró inflamar sus corazones con enamorado deseo. Pero como

lo demostró la experiencia el amor de Dido por Eneas era mucho más profundo que el que sentía él por ella. Después de haberle jurado que jamás amaría a otra y que le pertenecería para siempre, cuando ella ya le había ayudado a reponer fuerzas, había mandado reparar y volver a armar sus naves, guarnecerlas con todo lo necesario, le había colmado de riquezas, dispuesta a gastar su fortuna en quien tenía conquistado su corazón y su solaz, él la abandonó. Salió sin despedirse, huyendo de noche como un traidor sin que ella nada supiera. Así premió su hospitalidad. Esa ruptura causó gran dolor a la infortunada Dido. Había querido demasiado a Eneas y pensó que sólo le quedaba renunciar a los goces de la vida. Se deshizo en quebrantos y lamentaciones y se arrojó a una pira que había mandado prender —otros dicen que se hundió en el pecho la espada de Eneas—. Con tal trágica muerte pereció la noble reina Dido, cuya fama sobrepasó la de cualquier otra mujer de su época.

LVI De Medea enamorada

»Medea, hija del rey de Colcos, versada en muchos saberes, quiso a Jasón, caballero griego de extraordinario valor, con un amor demasiado profundo y constante. Éste había oído decir que en el reino de la Cólquida se hallaba un carnero encantado de maravilloso vellocino de oro, del que pese a parecer imposible empresa habían profetizado que lo conquistaría un caballero. Quiriendo acrecentar su fama y ponerse a prueba en la aventura, Jasón salió de Grecia con sus compañeros en su búsqueda. Cuando llegó a Colcos, el rey le advirtió que ningún mortal podría apoderarse del Vellocino de Oro por la sola fuerza y valor porque estaba protegido con sortilegios y que lamentaría verle perder la vida como tantos guerreros muertos en el empeño. Jasón le contestó que la idea de la muerte no le haría renunciar a la empresa.

»Su belleza, fama y leal linaje atrajeron a Medea, hija del rey. Le pareció muy digno de su amor y resolvió protegerlo de la muerte con toda suerte de encantamientos. Durante una larga conversación, a cambio de una promesa de matrimonio, le fue

desvelando todos los sortilegios y diciéndole lo que tenía que hacer para conquistar el Vellocino de Oro. Jasón juró que se casaría con ella, que nunca tomaría otra mujer, que la amaría fielmente toda la vida. Pero nada más conseguir lo que se proponía la traicionó abandonándola por otra. Desesperada, Medea, que antes se habría dejado arrancar el corazón que traicionar a Jasón, como él hizo con ella, jamás volvió a sentirse feliz.

LVII De Tisbe

»Como sabes, cuenta Ovidio en sus *Metamorfosis* que había en la ciudad de Babilonia dos familias de ricos ciudadanos que vivían tan cerca que un mismo muro separaba ambos palacios contiguos. Tenían dos hijos, a cual más precioso, un niño llamado Píramo y Tisbe, hermosísima niña. Aún en la temprana edad de la inocencia, hacia los siete años, se querían tanto que no podían vivir el uno sin el otro. Esperaban con impaciencia la hora de levantarse y se les hacía largo el almuerzo porque ansiaban volver a encontrarse y compartir sus juegos.

»Aquel amor encendido en la niñez se acrecentó en la adolescencia. Como siempre estaban juntos, la gente empezó a murmurar y los rumores llegaron a oídos de la madre de Tisbe, que encerró a su hija en sus aposentos, diciendo con gran enojo que ella sabría impedir que se viese con Píramo. Los dos jóvenes sufrían como si estuvieran presos en una cárcel y sus quejas y llantos rompían el alma. No podían aguantar una separación tan cruel, pero la larga angustia no restó fuerza a su amor: aunque no se viesen, se iba acrecentando ardentemente con el paso del tiempo hasta que se hicieron adolescentes.

»Un día quiso Fortuna que Tisbe, que en nada podía pensar salvo en Píramo, sentada en su alcoba, empañados los ojos de lágrimas, alzase la mirada hacia el muro que mediaba entre ambos palacios; entonces, se puso a suspirar:

»—¡Ay, cruel muro de piedra que me separas de mi amigo, si tuvieras piedad te abrirías para dejar que vea a quien mirar tanto deseo!

»Al decir esto, vio en una esquina una rayita de luz que se filtraba desde el otro lado a través de una rendija. Se precipitó para raspar la fisura con la hebilla de su cinturón —pues otra herramienta no tenía— y fue haciendo un agujero lo suficientemente grande como para pasar la hebilla al otro lado y que Píramo la viera, como así ocurrió.

»Esa señal permitió a los amantes hablarse con frecuencia a través de la rendija, donde intercambiaban suspiros, lamentos y dulces palabras, hasta que inflamados por tan exaltado amor tomaron la decisión de huir de noche, abandonando la casa de sus padres para volver a encontrarse fuera de la ciudad, bajo la copa de una morera blanca, al lado de una fuente donde habían jugado a menudo de niños. Tisbe, cuyo amor era más fuerte, llegó la primera. Mientras estaba esperando a su amigo, oyó el rugido de un león que se acercaba para beber de la fuente. Huyó asustada y se escondió debajo de un arbusto, pero al huir se le cayó el velo blanco que llevaba en la cabeza. El león lo agarró y se puso encima para vomitar las entrañas de los animales que acababa de devorar. Llegó Píramo antes de que Tisbe se atreviera a dejar su escondite, y viendo a la luz de la luna el velo manchado de ensangrentadas carnes, tuvo por seguro que una fiera había devorado a su amada. Sin poder resistir la pena, se atravesó el cuerpo con la espada. Cuando Tisbe encontró a Píramo moribundo apretando el velo contra su pecho, comprendió la causa de tal desgracia. Sintió un dolor tan inmenso que no pudo seguir viviendo. Vio cómo expiraba su amante, lo lloró con gran duelo y con la misma espada se mató.

LVIII Donde se habla de Hero

»El amor de la noble doncella Hero por Leandro no fue menos profundo que el de Tisbe hacia Píramo. A fin de guardar secretos sus encuentros amorosos y proteger así el honor de su dama, Leandro se arriesgó a los mayores peligros. Evitaba juntarse con ella en presencia de gente y solía visitarla de noche. Abandonaba la alcoba sin que nadie lo oyese, y siempre solo, bajaba

a la orilla, se desnudaba y atravesaba nadando parte del mar Hellesponto hasta el castillo de Abidos, donde vivía su amada. Ella siempre le esperaba acechando desde la ventana. Durante las largas y oscuras noches de invierno, solía encender una antorcha para alumbrarle el camino. Así compartieron los dos amantes varios años de felicidad, hasta que la celosa Fortuna, que envidiaba su deleite, resolvió arrancárselo. Una noche de invierno se levantó tal tormenta que el mar se encrespó con violento oleaje. Durante largo tiempo soplaron los vientos y no amainó la peligrosa tempestad. El ansia de la espera se hacía intolerable para los amantes, cuando una noche Leandro vio brillar la antorcha en la ventana de Hero, y arrastrado por el encendido deseo, pensó que su amada le hacía señas y que sería una cobardía no emprender la arriesgada aventura. ¡Ay, qué desafortunado destino! La desdichada Hero, que temía que su amado se expusiera al peligro, cuando ella le habría prohibido cualquier intento, había encendido la antorcha para que viera el camino, si por desgracia se arriesgara a cruzar. La perversa Fortuna empujó a Leandro a desafiar la tempestad. Éste no pudo luchar contra las olas que lo llevaron contra corriente hacia alta mar, donde acabó ahogándose.

»Presa de la angustia, Hero, cuyo corazón albergaba tristes presentimientos, no dejaba de llorar. Al despuntar el alba, volvió a la ventana donde había pasado gran parte de la noche sin poder encontrar el sueño ni hallar descanso siquiera. Fue cuando vio flotar encima de una ola el cadáver de su amado. No quiso sobrevivirle y se arrojó a la mar, donde murió abrazada al cuerpo de su amante.

LIX De Ghismunda, hija del príncipe de Salerno

»Cuenta Boccaccio en su *Decamerón*³⁴ cómo un príncipe de Salerno llamado Tancredo tenía una hija más hermosa que cualquiera, donosa, discreta y cortés, a quien amaba con tal pasión que no podía vivir sin verla. Como no quería separarse de Ghismunda —así se llamaba la doncella—, pese a los ruegos de su fa-

milia, tardó muchos años en dar su consentimiento para que se casara. Por fin accedió a darla por mujer a un hijo del duque de Capua. Murió el conde al poco tiempo y ella volvió a casa de su padre. Éste decidió que nunca la volvería a casar porque alegraba su vejez. Ella, en cambio, sabía que era muy hermosa y risueña, se sentía llena de vida, y acostumbrada a los placeres del amor, le disgustaba la idea de agotar su juventud sin un marido, pero no se atrevía a rebelarse contra la autoridad paterna.

»Como esa dama solía asistir a todas las audiencias de la corte del príncipe, veía a muchos gentileshombres, pero más que otro entre tantos nobles y caballeros le agradó un escudero de su padre que le pareció el más hermoso de cuerpo y rostro, de más corteses maneras, y en una palabra, el más digno de ser amado. Tanto le sedujo toda su persona que decidió aplacar los ardientes deseos de su juventud y solazarse con él tomándolo como amante. Sin embargo, sentada a la mesa de su padre, siguió observando con cautela las maneras y conductas del joven, que se llamaba Guiscardo, antes de revelar sus sentimientos.

»A medida que pasaban los días, más perfecto le parecía, y cuando estimó que ya lo había pensado bastante, un día le hizo sentarse a su lado y le dijo:

»—Guiscardo, amigo mío, con la fe que tengo en vuestra fidelidad, os abriré mi corazón para confiaros mi más preciado secreto que no contaría a ninguna otra persona. Pero antes quiero vuestra palabra de que no lo revelaréis a nadie.

»—Señora mía —contestó Guiscardo—, sobre mi honor os juro que en la vida revelaré a nadie el menor secreto vuestro.

»—Guiscardo, ahora te diré que siento gran afecto por un gentilhombre al que quiero amar con amor verdadero. Pero como no tengo libertad para hablar con él ni confidente alguno para ponerle al tanto de mis sentimientos te he elegido a ti como mensajero de nuestros amores. Ten por cierto, Guiscardo, que confío en ti más que en cualquier otro, hasta el punto de poner mi amor entre tus manos.

»—Señora mía —dijo Guiscardo arrodillándose ante ella—, conozco vuestra virtud y sé que nunca emprenderíais algo que os deshonrase. Agradezco vuestra confianza y me honra que me estiméis hasta desvelarme el secreto de vuestro corazón. Ahora

podéis hablar sin temor conmigo de vuestros más íntimos deseos porque yo os serviré en cuerpo y alma, así como al objeto de tan noble amor, al hombre que tiene la dicha de ser amado por una mujer tan digna.

»Ghismunda, que había querido ponerle a prueba, se quedó conmovida ante la grandeza de su ánimo, y cogiéndole la mano, le dijo:

»—Guiscardo, dulce amigo mío, tengo que confesarte que eres tú el único elegido de mi corazón, el único objeto de mi deseo, porque me parece que tu perfecta conducta y nobles sentimientos te hacen digno de ser amado con el más profundo amor.

»Lleno de un gozo infinito, el joven agradeció a Ghismunda su amorosa pasión.

»No me alargaré contándote sus amores, que transcurrieron en feliz secreto hasta que Fortuna, envidiosa de tan largo deleite, con un extraño suceso, el gozo de los dos amantes volvió amargo duelo. Un día de verano que Ghismunda se encontraba paseando por el jardín con sus damas, su padre, que sólo se sentía alegre en su presencia, fue a su cuarto para distraerse hablando con ella. Encontró las ventanas cerradas y echadas las cortinas de la alcoba. Pensando que estaba durmiendo la siesta y no queriendo despertarla, se tumbó encima de un diván al lado de la cama, donde se quedó dormido. Al cabo de un rato, Ghismunda despidió a sus damas y volvió calladamente a sus aposentos. Cerró la puerta sin darse cuenta de la presencia de su padre, y creyendo estar sola, hizo salir a Guiscardo del escondite donde la aguardaba. Estando juntos, entregados a amorosos juegos, riendo y conversando detrás de las cortinas, se despertó el príncipe y se dio cuenta de que su hija estaba con un hombre. Mortalmente dolorido, pensó primero precipitarse sobre el intruso para impedirle que deshonrara a su hija, pero se contuvo, reconoció quién era y abandonó la alcoba sin que Guiscardo y Ghismunda se dieran cuenta. Los dos amantes estuvieron largo tiempo juntos solazándose como acostumbraban, y cuando hubieron agotado sus placeres, salió Guiscardo. El príncipe, que había mandado vigilarlo, lo hizo apresar al momento. Luego se fue a la cámara de su hija y demudado el rostro le dijo llorando:

»—Ghismunda, creía tener en ti una hija más honesta y vir-

tuosa que ninguna otra. Nunca hubiera podido creer, aunque me lo hubieran dicho, que tú te entregarías a un hombre que no fuera tu marido. Sabiendo ahora que lo hiciste, en este poco resto de vida que la vejez me reserva, siempre estaré dolido recordándolo. Y lo que más me duele aún es que te creía incapaz de dejarte llevar por un amor que no fuera digno de tu rango. Ahora veo que te enamoraste de un hombre de oscura condición. Si habías de encaminarte a la deshonestidad, tenías para elegir a tantos nobles gentileshombres de mi corte, pero ¡te dejaste seducir por un vil Guiscardo! Ten por cierto que le haré pagar caro el dolor que me causa. Quiero que sepas que voy a mandarle matar y la misma suerte te habría reservado si hubiera podido arrancar de mi corazón el loco cariño que siempre te he tenido. No puedo hacerlo porque siempre te quise más de lo que ningún padre quiere a su hija.

»Cuando Ghismunda se percató de que su padre había descubierto el amor que ella había luchado tanto por ocultar, sintió que el dolor la abrumaba; lo que le desesperaba más aún era el ardor con el que su padre prometía matar a su amante. Ella hubiese querido morir al momento y determinó no seguir con vida, pero antes sacó fuerza para demostrar firmeza, y con el rostro nada alterado, sin derramar una lágrima, contestó:

»—Padre, ya que Fortuna ha querido desvelar lo que tanto me empeñé en ocultaros, lo único que estoy dispuesta a rogaros, si puedo lograr así salvar la vida del que queréis matar, es ofrecerme mi vida a cambio de la suya. Moriré gustosamente en su lugar. No creáis que jamás imploraré vuestro perdón: si ejecutáis vuestra amenaza matándole, pondréis fin a mis días porque yo no podré seguir viviendo.

»En cuanto a lo que tanta ira os causa, vos tenéis la culpa. ¿O es que, siendo vos de carne, pensabais haber engendrado una hija que no fuera de carne sino de piedra o madera? Aunque ahora seáis viejo, deberíais acordaros de la fuerza con que la sensualidad trabaja la juventud —sobre todo la que vive en el refinado ocio— y lo difícil que resulta resistir su agujijón. Como veía que habíais decidido no volver a casarme y me sentía tan joven y llena de vida, decidí tomar un amante. No creáis que acepté ceder a mi amoroso deseo sin deliberado consejo. Al contrario,

largo tiempo observé la conducta de Guiscardo y lo encontré el más perfecto y noble de los hombres de vuestra corte. Vos lo debéis saber, ya que lo habéis educado y elegido como valioso servidor. De verdad, ¿qué es ser noble sino obrar virtuosa y cortésmente? No tiene nada que ver con la sangre o con la carne. Os equivocáis acusándome de haberme enamorado del hombre menos noble de vuestra corte —como si no os hubiera enojado que hubiese elegido a un hombre de la nobleza—. No tenéis motivo para perseguirnos con vuestro resentimiento porque vos tenéis la culpa. Es injusto, además, que recaiga sobre él vuestra venganza porque fui yo quien lo induje a amarme. ¿Qué iba a hacer? No iba a rechazar a una mujer de mi condición. A él y no a mí, debéis perdonar la vida.

»El padre se despidió admirado de su hija, pero sin haber perdonado a Guiscardo. Al día siguiente mandó que lo mataran y le arrancaran el corazón para llevárselo. Luego, haciéndose traer el príncipe una hermosa copa de oro y puesto en ella el corazón de Guiscardo, se lo mandó a su hija por un hombre de su confianza, a quien ordenó que cuando se lo diera le dijese:

»—Tu padre te ofrece este regalo para alegrarte con lo que más amas, como le has alegrado tú con lo que él más amaba.

»El mensajero entregó a Ghismunda el regalo repitiendo las palabras del príncipe. Ella recibió la copa, y descubriéndola, se percató en seguida de todo, pero conteniéndose con orgullosa fuerza no quiso mostrar su dolor, y sin demudársele el altanero rostro, respondió:

»—Amigo, dile al príncipe que aprecio la justicia con la que en esto al menos ha obrado porque para tal corazón no convenía sepultura menos digna que el oro y las piedras preciosas.

»Luego, mirando la copa y acercándosela a la boca, besó repetidas veces el corazón diciendo estas conmovedoras palabras:

»—¡Ay, dulcísimo corazón, fuente de todos mis placeres! ¡Maldita sea la crueldad de aquel que me hace verte ahora con los ojos de la cara, a ti al que miré en cada momento con los del alma! La desgracia ha puesto fin al curso de tu noble vida, pero has engañado a la perversa Fortuna recibiendo de tu enemigo la sepultura que tu valor merecía. Ahora es justo, ¡oh dulce corazón!, que quien tanto amaste te rinda con sus lágrimas cumpli-

das exequias. Tu alma no quedará sola porque mi deber es ir a juntarme con ella sin tardanza. Una vez más, venceré con contrarias armas a la traidora Fortuna, convirtiendo en felicidad el daño que te hizo, en gozo la crueldad de mi padre, que te envió hacia mí. Así pude honrarte y hablarte antes de dejar este mundo en compañía de tu alma. Sé que tu espíritu me espera, me llama y desea.

»Así se lamentaba Ghismunda con tan enternecedoras palabras que nadie que las oyese podría haber dejado de sentirse conmovido. Lloraba como si, en vez de ojos, dos fuentes tuviese, vertiendo en la copa infinitas lágrimas. Sin gritos ni sollozos, pero con dulce murmullo, besaba el muerto corazón.

»No dejaban de asombrarse las damas y doncellas que le hacían compañía porque nada sabían del asunto e ignoraban la razón de tanto duelo, pero conmovidas ante el dolor de su señora ellas también lloraban y se las ingeniaban para consolarla. En vano las más íntimas le preguntaban por el motivo de su dolor. Después de que hubo llorado mucho rato, vencida por tanta desgracia dijo:

»—Oh, corazón muy amado, todos mis deberes hacia ti están cumplidos y sólo me queda enviar mi alma para que se una con la tuya.

»Dicho esto, se levantó y sacó de un arca una frasquito donde había dejado macerar unas hierbas y raíces para tener dispuesto el veneno llegado el momento. Vertió en la copa donde estaba el corazón el licor mortal y sin ningún espanto lo bebió de golpe. Luego, apretando contra su pecho la copa con el corazón de su amante muerto, se tendió en el lecho a esperar la muerte. Cuando vieron sus damas cómo su cuerpo empezaba a estremecerse, mandaron desesperadas en busca de su padre. El príncipe había salido de paseo para aliviar su tristeza. Cuando llegó a la alcoba de Ghismunda, el veneno corría por sus venas. Viendo el trágico trance en que se hallaba, empezó a consolarla con dulces palabras y lleno de arrepentimiento rompió a llorar. Pero, con gran esfuerzo, su hija le dijo:

»—Tancredo, guarda tus lágrimas para otro caso porque aquí sobran. No las quiero, no las deseo. Te pareces a una serpiente que llorase por la víctima a la que acabase de morder. ¿No hu-

biera sido mejor que tu desdichada hija viviera feliz, amando discretamente a un hombre de mérito, que verla perecer por tu propia crueldad? Ahora resplandecerá a los ojos del mundo lo que ella quiso mantener secreto.

»Éstas fueron sus últimas palabras, y estrechando contra su pecho el muerto corazón, expiró. Su anciano padre, príncipe de Salerno, murió dolorido y arrepentido.

LX Donde se trata de Isabetta y de otras amantes

»Cuenta también Boccaccio en su *Decamerón* que había en Italia, en la ciudad de Mesina, tres jóvenes mercaderes que tenían una hermana, llamada Isabetta, a quien por avaricia todavía no habían casado. Tenían, además, estos tres hermanos en un almacén suyo a un joven de su confianza, a quien su padre había recogido y criado desde la infancia y que dirigía todos sus negocios. Como se veían todos los días los dos jóvenes, sucedió que empezaron a gustarse el uno al otro hasta enamorarse del todo extraordinariamente.

»Disfrutaron de placenteros ratos cierto tiempo, hasta que advirtieron los hermanos su amoroso deleite, y dándose por gravemente ofendidos, resolvieron matar al joven, que se llamaba Lorenzo, porque temían que cayese la deshonra sobre su hermana si esta afrenta se hacía pública. Un día llevaron al joven fuera de la ciudad hasta una finca de su propiedad, en cuyo jardín lo mataron entre los tres. Luego lo enterraron bajo unos árboles, y vueltos a Mesina, corrieron la voz de que habían mandado a Lorenzo de viaje.

»Isabetta no sólo sufría desconsoladamente al estar privada de la compañía de su amado sino que le preocupaba tan larga ausencia, e impulsada por un terrible presentimiento, sucedió un día que preguntándole muy ansiosamente a uno de sus hermanos dónde habían enviado a Lorenzo éste le respondió con rabia:

»—Y tú, ¿qué necesidad tienes de saberlo? Si se te ocurre volver a preguntarnos, ¡te vas a arrepentir!

»Tuvo por cierto entonces Isabetta que sus hermanos habían descubierto su amor por Lorenzo y que lo habían matado. Cada vez que estaba sola se abandonaba al llanto, y sin querer dormir, se pasaba las noches lamentando su ausencia hasta que cayó enferma. Con el pretexto de la enfermedad pidió permiso a sus hermanos para ir a descansar a aquella finca que tenían fuera de la ciudad. Una vez allí, adivinó en su corazón lo que había ocurrido, y hallándose sola en el jardín donde Lorenzo estaba enterrado, empezó a buscar bajo los árboles hasta que encontró un sitio donde le pareció que la tierra había sido hollada y removida. Allí fue cavando con una pala y tal como había intuido descubrió el cuerpo de su amante. Lo abrazó desesperada y estuvo llorando y lamentándose larga y amargamente.

»Como sabía que no podía quedarse a su lado sin que la descubriesen, volvió a enterrar el cuerpo, pero se llevó la cabeza del joven a quien sus hermanos habían decapitado. Dándole largos besos, la envolvió en un precioso velo y la puso en un tiesto grande y hermoso de esos donde se planta la mejorana y la albahaca, y sobre ella plantó algunas matas de hermosísima albahaca.

»Vuelta a la ciudad, apenas se apartaba de la ventana donde había colocado el tiesto, que con ninguna otra agua sino con sus lágrimas regaba. Mucho tiempo lo cuidó, y al contrario de lo que pretenden los hombres cuando dicen que las mujeres pronto olvidan, cada día su dolor se hacía más profundo. La albahaca, tanto por el continuo afecto como por la riqueza de la tierra procedente de la cabeza, se puso hermosa y muy olorosa.

»Mirando los cuidados de Isabetta, los vecinos, que mucho se maravillaban viéndola regar el tiesto sin cesar con sus propias lágrimas, advirtieron a sus hermanos. Éstos quedaron sorprendidos ante la fuerza de su llanto y adivinando la causa aprovecharon la noche para robarle el albaquero. Al día siguiente, quedó muy dolida al no encontrar el tiesto, que reclamó muchas veces. Suplicaba a sus hermanos y les prometía abandonar su parte de la herencia si se lo devolvían. Quejándose lastimeramente, decía:

»-¡Qué mala estrella me dio unos hermanos tan despiadados! No me dejan siquiera un mísero tiesto, la única herencia que les pido. ¡Qué sería si tuvieran que concederme algo importante!

»No dejaba de llorar la desdichada joven, que enfermó, y

rehusando todo cuanto le ofrecían, pidiendo siempre su tiesto, llorando murió. No creas que esa historia sea una ficción porque sobre esa mujer y su albahaca en Italia hicieron una canción que hoy todavía se canta³⁵.

»¿Qué más puedo añadir? Podría citarte un número infinito de grandes amantes que destacaron por la constancia de su amor. Cuenta Boccaccio otra historia de una mujer a quien su marido hizo comer el corazón de su amante y que no volvió a probar otro manjar³⁶. Fue también el caso de la dama de Fayel, que amó al señor de Couci. La castellana de Vergi murió de amor, como Isolda, que tanto quiso a Tristán, y Dejanira, que se suicidó tras la muerte de su amante, Hércules. Cuando una mujer entrega su corazón, su amor es profundo y constante, esto está fuera de duda, aunque existan mujeres ligeras.

»Esos ejemplos conmovedores no deben impulsar a las mujeres a arrojarse al mar de las pasiones, donde siempre peligran sus cuerpos, sus bienes, su honor y, cosa aún más grave, su salvación. Harán bien en no escuchar a los hombres, siempre dispuestos a engañar a las mujeres que se abandonen a sus pasiones.

LXI

De Juno y de algunas otras mujeres famosas

»Acabo de hablarte de un gran número de mujeres cuya historia puede leerse en las crónicas, y como no tengo intención de recordar a todas porque sería interminable, sin más pruebas doy por refutados estos argumentos de los hombres que me has expuesto. Ahora, para concluir, sólo te hablaré de algunas mujeres famosas no tanto por su mérito como por sus azarosas vidas.

»Juno, hija de Saturno y Opis, según el mito pagano cantado por los poetas, fue la más famosa de las mujeres de su religión, pero no ciertamente por su virtud. Era hermana y esposa de Júpiter, el dios supremo según aquellas creencias, y como ambos vivían en la opulencia, la invocaban como diosa de la riqueza. Pensaban los samios que su imagen les daría mayor abundancia y le hacían presidir nupcias y partos. En todas partes le dedica-

ron templos, juegos y sacrificios. La veneraron griegos y cartaginenses y en Roma, donde llevaron su estatua al Capitolio para colocarla al lado del trono de Júpiter, celebraban en su honor diversos ritos.

»De la misma manera, Europa, hija de Agenor de Fenicia, se hizo famosa porque Júpiter se enamoró de ella y dieron su nombre a la tercera parte del mundo —así ocurrió con varios países y ciudades que llevan nombres de mujer; dicese, por ejemplo, que Inglaterra viene del nombre Ángela.

»En cuanto a Yocasta, le dio fama su aciago destino, ya que tuvo el infortunio de casarse con su hijo cuando éste acababa de matar a su padre, sin ninguno saberlo, y le vio morir desesperado cuando supo la verdad, así como vio a sus dos hijos matarse entre ellos.

»Su singular belleza le valió la fama a Medusa o Gorgona. Hija del rey Forcis, cuyo reino estaba en los confines de los mares, según los viejos mitos su belleza era tan sobrenatural, con su larguísima cabellera de rizos como sierpes de oro y sobre todo su chispeante y hechizadora mirada, que fascinaba a cuantos mortales tuvieran la audacia de mirarla, de ahí la leyenda que cuenta cómo les echaba suertes y los dejaba convertidos en piedra³⁷.

»Famosa por su belleza fue también Helena, mujer de Menelao, rey de Lacedemonia, hija de Tíndaro, rey de Esparta, y de Leda, su esposa, pues su rapto por Paris trajo la destrucción de Troya. Como decían de su belleza que sobrepasaba la de cualquier mujer mortal, los poetas imaginaron que había sido engendrada por Júpiter.

»De Polixena, hija menor del rey Príamo, decían asimismo las historias antiguas que era la más bella doncella que se hubiese visto. Ella era valiente, como lo demostró cuando prefirió la muerte a la esclavitud, siendo decapitada encima de la tumba de Aquiles, sin que el ansia alterara ningún rasgo de su rostro. Y para no alargarme dejo otros ejemplos de los que podría hablar.

LXII

**Cristina toma la palabra y Derechura
le contesta refutando a quienes pretenden
que las mujeres seducen a los hombres
con su coquetería**

Yo, Cristina, dije entonces:

—Ciertamente, Señora, volviendo a lo que antes contasteis, veo que las mujeres avisadas hacen bien en evitar los engaños de la pasión amorosa, que tantos estragos pueden causar en sus vidas, pero dicen algunos que muchas tienen la culpa porque, engalanándose con ricos atavíos, sólo buscan coquetear y seducir a los hombres.

—Querida Cristina —me contestó—, no voy a disculpar el excesivo lujo de las mujeres frívolas que sólo se preocupan por su elegancia. Sin embargo, te diré que a las mujeres hermosas que visten elegantemente no hay que reprochárselo ni pensar que sólo lo hacen para coquetear con los hombres porque a todo el mundo, sea hombre o mujer, le puede encantar la belleza, el refinamiento, las prendas vistosas, el ir bien aseado y con dignidad y distinción. Si este deseo es natural, no hay por qué evitarlo, ni va en contra de otras cualidades. Así, el apóstol Bartolomeo, que era un gentilhombre, siempre llevó atuendos de seda bordada ribeteados con piedras preciosas, pese a que predicara Cristo la pobreza, porque vestir lujosamente —con ostentación, diríamos de otro— para él era lo normal. Sin embargo, dicen algunos que por ello murió martirizado y desollado, pero yo creo que nadie debe juzgar las intenciones según el hábito o la forma de vestir porque sólo Dios puede juzgar a sus criaturas. Ahora te daré algunos ejemplos al respecto.

LXIII

De Claudia la romana

»Cuenta Boccaccio y también Valerio Máximo la historia de Claudia, una patricia romana a quien mucho le gustaban las prendas lujosas y ricos adornos. Como era más refinada que otras da-

mas de Roma, algunos empezaron a hacer correr rumores sobre su virtud y a deshonorar su reputación. Durante la segunda guerra púnica, trajeron a Roma la imagen de una gran diosa, la *Magna Mater*, que según la creencia pagana era la madre de todos los dioses. Todas las damas romanas acudieron en cortejo a su encuentro. Habían colocado la estatua encima de una galera para remontar el Tíber, pero pese a los esfuerzos de los remeros la nave se encalló en el río y no conseguían moverla. Claudia, que sabía que la habían difamado públicamente a causa de su elegancia y belleza, se arrodilló ante la estatua y rogó en voz alta a la diosa que si la tenía por casta le concediera arrastrar la galera ella sola hasta el puerto. Confiando en su virtud, cogió su cinturón y como si fuese una sirga lo ató al barco, y maravillándose toda la gente, lo fue arrastrando hacia la orilla tan fácilmente como si tuviese a bordo todos los remeros del mundo.

»Yo no creo en absoluto que le concediera un milagro la diosa pagana. Sólo te quería mostrar cómo aquella mujer elegante no había renunciado a la virtud y la única diosa que la ayudó fue esa misma confianza que tenía en su pureza.

LXIV
Donde se citan ejemplos
de mujeres amadas por sus cualidades
más que por sus encantos

»Si admitimos que hay mujeres que se visten, adornan y hermo-sean para seducir a los hombres, te diré que esto no sirve para los hombres honrados, que las prefieren por sus cualidades morales. Podrían objetarme que si es la virtud y no la belleza lo que atrae a los hombres y que si la seducción es algo malo en sí, entonces mejor que las mujeres no sean tan virtuosas, pero eso sería un sofisma. Nunca hay que renunciar a las cosas provechosas con el pretexto de que los necios hacen mal uso de ellas. Lo que sí te demostraré ahora con ejemplos es que fueron muchas las mujeres amadas por su virtud. Podría recordarte, para empezar, el caso de santas que en vida fueron objeto del deseo de los hombres por su perfección.

»Del mismo modo, si Tarquinio se enamoró de Lucrecia —que fue violada, como antes te conté—, fue más por su honradez y discreción que por su belleza. En efecto, durante una cena a la que asistía el marido de Lucrecia junto con otros patricios romanos, entre ellos ese Tarquinio que luego la violó, cada uno empezó a hablar de su mujer diciendo que la suya era la más virtuosa. Para descubrir la verdad y ponerse de acuerdo, encabalaron para visitar sus casas y descubrir en qué tareas estaban ocupadas sus mujeres. De Lucrecia, entre todas, alabaron las honestas maneras, porque la encontraron vestida de forma muy sencilla, hilando lana y conversando con sus criadas. Tarquinio, que acompañaba a su marido, quedó cautivado ante tanta sencillez y modestia y de ahí nació la pasión que le llevaría a ultrajarla³⁸.

LXV
De la reina Blanca de Castilla,
madre de san Luis, y de otras damas
amadas por sus cualidades

»Del mismo modo, fue por sus grandes virtudes, su inteligencia profunda y templado juicio por lo que la reina Blanca de Castilla, madre de san Luis, fue amada por el conde de Champaña. Al oír las palabras tan juiciosas con las que la reina le reprochaba con toda razón el haber emprendido la guerra contra su hijo —algo que nunca hubiera debido hacer, decía, si se hubiese acordado de todos los favores con que le había colmado su hijo—, el noble conde, que no podía apartar la mirada de ella, quedó asombrado ante su sabiduría. Tan ardientemente se enamoró de esa mujer, que sin embargo ya no era joven, que no supo qué hacer ni qué decir. Antes habría muerto que confesarle su amor, porque sabía que ella nunca consentiría en amarle. Desde aquel momento padeció el tormento de la desmedida pasión que lo arrastraba. Alcanzó a contestarle que no debía temer que luchara contra el rey, porque de ahora en adelante a ella pertenecía en cuerpo y alma, ponía a sus pies todos sus bienes y se sometía a su voluntad. Empezó entonces una pasión que duró toda la vida, pese a que no abrigaba ninguna esperanza de verla correspondida. Compuso

unas baladas amorosas donde cantaba las alabanzas de su dama, unos poemas muy bellos a los que pusieron una música aún más hermosa. Mandó pintarlos en las paredes de la sala condal de su castillo de Provins y en Troyes, donde aún pueden verse.

Yo, Cristina, le respondí:

—Ciertamente, Señora, la experiencia me ha dado a conocer casos que se parecen a lo que acabáis de contar. Conozco a mujeres virtuosas que según las confidencias que me hicieron fueron más solicitadas desde que perdieron su lozanía y belleza que cuando eran jóvenes. Me preguntaban sorprendidas:

»—¿Qué significa esto? ¿Acaso estos hombres ven en mí una conducta poco razonable que les hace pensar que yo me entregaría fácilmente?

»Ahora veo que eran sus cualidades lo que seducía a los hombres. Digo esto para refutar a quienes pretenden que a una mujer virtuosa que quiere seguir casta nunca la solicitarán ni le harán propuestas en contra de su voluntad.

LXVI

Habla Cristina y Derechura le contesta, refutando a quienes pretenden que las mujeres son de natural avariento

»Señora, no sé ya qué deciros, porque habéis contestado a todas mis preguntas, demostrando la falsedad de las acusaciones que los hombres vierten contra las mujeres. Así, en contra de lo que pretenden, no se ve que la avaricia sea un defecto femenino por excelencia.

—Ten por cierto, querida Cristina —me respondió—, que la avaricia no es más propia de las mujeres que de los hombres, sino más bien menos, porque Dios sabe que los daños y desgracias que causa la avaricia de los hombres en el mundo son mucho mayores, pero como dijimos, el tonto ve una *peccata minuta* que comete el vecino e ignora los horrores y atropellos de los que es culpable.

»A las mujeres en general les gusta coleccionar telas, comprar hilos u otras cosas para el hogar y por eso las acusan de avaricia.

Pero te aseguro que hay muchas mujeres que, si tuvieran bienes, los gastarían generosamente donde más falta hacen, como un pobre da a otro aún más necesitado. Lo que ocurre es que sus maridos suelen dejarlas en tal aprieto de dinero que ellas guardan lo poco que tienen como oro en paño, porque saben lo que les costaría que les aflojaran otra vez la bolsa. También hay gente que las juzga avarientas cuando lo que ocurre es que tienen unos maridos tan insensatos que despilfarran todos sus bienes, y saben las pobres mujeres que su casa necesita todo lo que gastan esos irresponsables y que al final lo pagan los hijos. Por esto, ellas no dejan de advertir y suplicar a sus maridos para que limiten sus gastos. Esto no es avaricia ni parquedad sino prudencia. Hablo de las que actúan con discreción, porque como a los hombres no les gustan esas advertencias suele haber escenas conyugales cuando los maridos reprochan a sus mujeres lo que más deberían elogiar, es decir, unos consejos juiciosos. Por la generosidad de sus dones caritativos, está claro que la avaricia no es cosa de mujeres. ¡A cuántos presos han rescatado, pobres o caballeros en territorios de los sarracenos, a cuántos desheredados han ayudado y reconfortado todos los días en el mundo, pagando ellas con sus propios bienes!

Yo, Cristina, dije entonces:

—Verdaderamente, Señora, me acuerdo de haber visto unas mujeres muy dignas de elogio por la generosidad y discreción con que daban todo cuanto disponían. Hoy conozco a algunas que se sienten más felices diciendo a un necesitado: «¡Toma!», que un avaro atesorando riquezas. Yo sé por qué los hombres insisten tanto hablando de la avaricia femenina, porque por más que se cite la generosidad de Alejandro puedo deciros que esa caridad masculina yo nunca la he visto.

La Dama se echó a reír y replicó:

—Es cierto, amiga mía, que cuando los romanos habían gastado tanto en guerras que las arcas estaban vacías sus mujeres no se mostraron avarientas regalando al tesoro público todas sus joyas, gesto que fue muy alabado, y al final recobraron sus alhajas como merecían porque habían contribuido a la salvación de Roma.

LXVII
De la generosidad de una poderosa
dama llamada Paulina

»Otro ejemplo de generosidad femenina lo encontramos en *Les Faits des Romains*³⁹, donde se cuenta la historia de una noble dama llamada Paulina, que vivió en Apuleya, cuando Aníbal estaba asolando Italia y muchos romanos, tras ser derrotados en Cannes, abandonaban heridos el campo de batalla. Esa valiosa dama recibió hasta diez mil soldados en su casa, y además de reconfortarlos, gastó parte de su gran fortuna en tenerlos atendidos y sufragar los gastos para que pudiesen reconstituir un ejército y volver a Roma, un gesto generoso que le valió la estima de todos.

»Podría seguir con muchos ejemplos de mujeres de gran cortesía y largueza que ofrecen los libros de historia, pero también quiero recordar la liberalidad de las mujeres de tu tiempo. Así evocaré la gran generosidad de la señora Margarita de la Rivière —ella vive todavía—. Estuvo casada con el señor Burel de la Rivière, primer chambelán del rey Carlos el Sabio. Un día que asistía a una fiesta muy brillante que daba en París el duque de Anjou —el que luego sería rey de Sicilia—, esa dama, joven todavía y conocida por su gran cortesía y virtud, mirando a su alrededor a la asamblea de nobles damas y caballeros, echó en falta la presencia de un gentilhomme famoso llamado Emerion de Pommiers —que ya murió—. Se acordaba de aquel caballero tan cumplido pese a su edad avanzada, y como le parecía que los hombres eméritos, aunque mayores, son el más bello ornamento de una corte, preguntó por qué no asistía a la fiesta. Le contestaron que se encontraba en la prisión del Châtelet por una deuda de quinientos francos que había contraído corriendo torneos.

»—¡Qué vergüenza para el reino —exclamó la dama—, tener encarcelado a ese caballero aunque fuera una hora!

»Y quitándose una espléndida diadema de oro se colocó sobre la rubia melena una guirnalda trenzada con delicadas flores azules llamadas pervincas o «hierbas de doncella». Entregó la diadema a un paje diciéndole:

»—Vete a empeñar esta joya para pagar la deuda y que suelten ahora mismo al caballero para que acuda a la fiesta.

»Así se hizo, y el gesto de la joven dama mereció los mayores elogios.

LXVIII
Donde se trata de princesas
y grandes damas del reino

Yo, Cristina, retomé la palabra:

—Señora, ya que acabáis de recordar el ejemplo de una dama que vive todavía y que habéis citado otras damas de Francia, quiero preguntaros si no pensáis que sería justo que nuestra Ciudad albergara algunas de ellas y si no son tan dignas como las extranjeras.

—Ten por cierto, querida Cristina, que las hay de gran mérito y que me gustaría que fueran ciudadanas nuestras.

»Primero, no se lo podríamos negar a la noble reina de Francia, Isabeau de Baviera, que reina ahora por la gracia de Dios, porque no hay en ella ningún rastro de crueldad, avaricia u otro vicio sino bondad y magnanimidad hacia sus súbditos⁴⁰.

»También merece alabanzas la joven y hermosa Juana, duquesa de Berry, esposa del duque Juan, hijo del rey Juan el Bueno, hermano del rey Carlos el Sabio, porque pese a su juventud, es un modelo de sabiduría.

»¿Qué decir de la hija del duque de Milán, Valentina, duquesa de Orleans⁴¹, esposa de Luis, hijo del rey Carlos el Sabio? Todos conocen el amor que siente por su marido, la excelente educación que ha dado a sus hijos, el acertado juicio con que lleva todos los asuntos, su justo trato hacia todos y tantas otras virtudes.

»¿Acaso no es también irreprochable la conducta de Margarita, duquesa de Borgoña, esposa del duque Juan Sin Miedo, hijo de Felipe el Atrevido?

»Y María de Clermont, hija del duque de Berry y esposa del conde de Clermont, hijo y heredero del duque de Borbón, ¿acaso no es una princesa perfecta cuyas cualidades resplandecen en su hermosa compostura?

»También debe figurar entre las más perfectas la que tanto

aprecias, agradeciendo su afecto y los favores con los que te colma, Margarita, duquesa de Holanda y condesa de Hainaut, hija del difunto Felipe, duque de Borgoña.

»Y Ana, duquesa de Borbón, ¿acaso no merece figurar entre estas princesas como digna de todos los honores?

»Me haría falta mucho tiempo para recordar todos los méritos de esas mujeres, pero todavía añadiré a la noble condesa de Saint-Pol, prima del rey de Francia, y a Ana, a la que tanto quierres, la esposa de Luis de Baviera, hermano de la reina de Francia. Ninguna de ellas hará sombra a la fama de tan digna asamblea, porque sus cualidades, conocidas por Dios, brillan también a los ojos del mundo.

»Ahora bien, ten por cierto que pese a tantos reproches y calumnias también hay otras muchas damas de gran virtud y mérito entre condesas, baronesas, burguesas, y verdaderamente, entre las mujeres de todos los estados y condiciones. ¡Que Dios las proteja y ayude a las que puedan fallar! Te aseguro que ésta es la verdad; quien dice lo contrario y acusa a las mujeres lo hace movido por la envidia.

Yo, Cristina, exclamé:

—¡Qué alegría siento al oír lo que acabáis de decir!

—Querida amiga —me respondió—, me parece haber cumplido ya con mi misión en la Ciudad de las Damas. He construido hermosos palacios y mansiones y los he poblado con nobles damas. Ya viven en ella mujeres de mérito de todos los estados y condiciones. Ahora es tiempo que lo deje y venga mi hermana Justicia para acabar la obra.

LXIX

Cristina se dirige a las princesas y a todas las mujeres

—Excelentes y honorables princesas de Francia y de todos los países, vosotras, damas, doncellas, mujeres de todas las condiciones que amasteis o amáis y seguiréis amando el bien y la sabiduría, las que habéis muerto, las que vivís todavía y las que vendréis en el futuro, alegraos todas, disfrutad de esta nueva

Ciudad, que ya está casi toda levantada, construidos sus armoniosos edificios y reunidas ya quienes en ella vivirán.

»Dad gracias a Dios, que me ha guiado por el largo y trabajoso camino del estudio. Yo he querido construir para vosotras un refugio de altas murallas para proteger vuestro honor, una fuerte ciudadela que os albergará hasta el fin de los tiempos. Hasta aquí he llegado con la esperanza de terminar mi obra con la ayuda de Justicia, que me prometió su apoyo hasta tener acabada y rematada nuestra Ciudad. Rezad por mí para que así sea, muy admiradas damas mías.

*Aquí termina
la segunda parte del libro de
La Ciudad de las Damas.*

Libro III

Aquí empieza la tercera parte del libro de *La Ciudad de las Damas*, donde se cuenta cómo fueron acabados los tejados de las elevadas torres y qué nobles damas fueron elegidas para habitar en los palacios y más altos torreones

I

De cómo Justicia llevó a vivir a la Ciudad de las Damas a la Reina de los Cielos

Se acercó a mí en todo su esplendor Justicia y con sonriente gesto me dijo:

—Verdaderamente, Cristina, veo que has trabajado muy bien en la construcción de la Ciudad de las Damas, sacando lo mejor de tus fuerzas y de la ayuda de mis hermanas. Como te prometí, ahora emprenderé lo que queda por hacer, es decir, traeré aquí a la excelente Reina que con su séquito de damas gobernará nuestra Ciudad, porque ya veo amueblados los palacios, pavimentadas y decoradas las calles por donde princesas, damas y mujeres de todos los estados y condiciones acudirán a recibir a la que será su ministra y soberana. Todo está ya dispuesto para que haga su entrada triunfal. Residirá en el más elevado palacio, edificado por mi hermana Derechura para su gloria. Vayamos a su encuentro con todas las mujeres diciendo:

»—Te acogemos, Reina del Cielo, con la misma salutación que te dio el ángel y tanto te agradó: «Ave María». El pueblo de las mujeres te pide que te dignes a convivir con ellas. Concédeles la gracia de ser su protectora, defensora, baluarte contra los ataques de sus enemigos; la fuente de virtud donde saciarán su sed y se curarán de todo vicio. ¡Ven a nosotras, Reina Celeste, Templo Divino, Claustro del Espíritu Santo, Receptáculo de la Trinidad, Gozo de los ángeles, Estrella, Vasija, Nave y Refugio de los extraviados, Esperanza de los creyentes!

Libro III

Aquí empieza la tercera parte del libro de *La Ciudad de las Damas*, donde se cuenta cómo fueron acabados los tejados de las elevadas torres y qué nobles damas fueron elegidas para habitar en los palacios y más altos torreones

I

De cómo Justicia llevó a vivir a la Ciudad de las Damas a la Reina de los Cielos

Se acercó a mí en todo su esplendor Justicia y con sonriente gesto me dijo:

—Verdaderamente, Cristina, veo que has trabajado muy bien en la construcción de la Ciudad de las Damas, sacando lo mejor de tus fuerzas y de la ayuda de mis hermanas. Como te prometí, ahora emprenderé lo que queda por hacer, es decir, traeré aquí a la excelente Reina que con su séquito de damas gobernará nuestra Ciudad, porque ya veo amueblados los palacios, pavimentadas y decoradas las calles por donde princesas, damas y mujeres de todos los estados y condiciones acudirán a recibir a la que será su ministra y soberana. Todo está ya dispuesto para que haga su entrada triunfal. Residirá en el más elevado palacio, edificado por mi hermana Derechura para su gloria. Vayamos a su encuentro con todas las mujeres diciendo:

»—Te acogemos, Reina del Cielo, con la misma salutación que te dio el ángel y tanto te agradó: «Ave María». El pueblo de las mujeres te pide que te dignes a convivir con ellas. Concédeles la gracia de ser su protectora, defensora, baluarte contra los ataques de sus enemigos; la fuente de virtud donde saciarán su sed y se curarán de todo vicio. ¡Ven a nosotras, Reina Celeste, Templo Divino, Claustro del Espíritu Santo, Receptáculo de la Trinidad, Gozo de los ángeles, Estrella, Vasija, Nave y Refugio de los extraviados, Esperanza de los creyentes!

»¡Oh, noble Dama, quién se atrevería, viendo tu esplendor, a pensar o dejar salir de su boca algo tan ultrajante para las mujeres como pretender que el sexo femenino es vil! Aunque todas las demás mujeres fueran malas, tanto brilla la luz de tus virtudes que bastaría para ahuyentar las perversas sombras. Tú eres el honor de nuestro sexo, puesto que Dios te escogió por esposa, por tanto, ¿no deberían abstenerse los hombres de acusar a las mujeres y al contrario, venerarlas piadosamente?

»Así respondió la Virgen:

»—A ti, Justicia, la preferida de mi Hijo, me complace concederte la gracia de vivir en compañía de las mujeres, mis hermanas y amigas. Razón, Derechura, tú, Justicia y Naturaleza también me impulsan a ello sirviéndome y honrándome sin cesar.

»Yo seré por la eternidad la Reina de todas las mujeres, como de toda eternidad lo quiso Dios y lo ordenó la Santa Trinidad.

»Entonces se arrodillaron todas las mujeres mientras Justicia decía:

»—Alabada seas eternamente. Sálvanos, Señora Nuestra, y ruega por nosotras a tu Hijo que todo te lo concede.

II

De las hermanas de Nuestra Señora y de María Magdalena

»Ahora tenemos viviendo entre nosotras a la Soberana sin par, mal que les pese a todos los que se dedican a hablar y calumniar a las mujeres. Es justo que la acompañen sus hermanas y María Magdalena, porque todas ellas se quedaron en su compañía al pie de la cruz durante la Pasión de su Hijo. ¡Qué grande es el amor de las mujeres! Cuando todos sus apóstoles le habían traicionado y abandonado, ellas no se alejaron del Hijo de Dios ni vivo ni muerto. Es evidente que Dios no despreció el amor de las mujeres como si fuera esa cosa frágil que pretenden algunos. Él encendió el corazón de María Magdalena y de las otras mujeres con el fuego de tan fervoroso amor que bendijo con su gracia.

III Santa Catalina

»Las damas de compañía de la Reina de los Cielos, Emperatriz y Princesa de la Ciudad de las Damas, serán las beatas vírgenes y todas las santas. Así se verá cómo Dios ha favorecido al sexo femenino igual que al masculino, ya que en su gracia ha concedido a delicadas y frágiles doncellas fuerza y constancia para padecer horrendos sufrimientos en defensa y gloria de su fe. Coronadas en el Cielo, sus vidas son muy hermosas de oír y hablan más que cualquier doctrina. Ocuparán por tanto el lugar más destacado de nuestra Ciudad y empezaremos por ellas.

»La primera en entrar será la beata Catalina, hija del rey de Alejandría. A los dieciocho años esa santa quedó huérfana de padre y todo lo regía con admirable gobierno. Ella era cristiana y no quería casarse para mejor servir a su Esposo celeste. Un día, con ocasión de alguna fiesta pagana, vino a Alejandría el emperador Maguncio. Había mandado preparar grandes sacrificios para los dioses. Desde su palacio Catalina oía los gritos y berridos de los animales que iban a inmolar y el retumbar de la música. Envió a un mensajero para que la informara y así supo que el emperador ya estaba ante el altar para sacrificar a los dioses. Se precipitó al templo y con toda la fuerza de su elocuencia empezó a amonestar al emperador para intentar sacarle del error y le fue demostrando con argumentos filosóficos, pues ella estaba muy versada en teología y ciencias, cómo sólo había un Dios creador de todas las cosas y sólo a Él puede adorarse. Estupefacto al oír tan razonado discurso pronunciado por una joven tan hermosa, el emperador no supo qué contestar y se puso a mirarla detenidamente. Mandó luego en busca de los más afamados filósofos de Egipto, tierra donde esa disciplina era muy floreciente en aquella época, y cumpliendo sus órdenes, reunieron a más de cincuenta. Todos se mostraron muy ofendidos al saber por qué los convocaban y dijeron que era una frivolidad imperdonable hacerlos venir desde tan lejos para discutir con una muchacha tan joven.

»Para contártelo abreviando mi relato, el día fijado para la disputa²², Catalina los persiguió y agotó con tantos argumentos

que no sólo se dieron por vencidos sino que se convirtieron, con gran despecho del emperador, que arrastrado por la ira mandó a todos a la hoguera. Pero con dulces palabras los consolaba Catalina y los exhortaba al martirio, prometiéndoles el Paraíso si se mantenían en la fe. Así murieron, y milagrosamente, cuando se apagó la hoguera se vio cómo el fuego no había tocado sus cuerpos ni sus ropas y cómo sus hermosos rostros parecían vivos.

»Enamorado de la santa, el tirano Maguncio la apremiaba para que cediera a su deseo. Amenazas, latigazos, crueles suplicios, todo fue en vano. La arrojaron sola a un calabozo, donde la dejaron doce días, pensando que el aislamiento y el hambre terminarían por hacerla ceder. Pero visitada y reconfortada por los ángeles, cuando la llevaron de nuevo ante el emperador era aún más hermosa y lozana que antes. Convencido de que sus guardianes habían cuidado de ella, los mandó al tormento. Catalina se apiadó de ellos, afirmando que no había recibido otra ayuda que la del Cielo. Aconsejado por su prefecto, el emperador, que ya no sabía a qué tortura someterla, mandó fabricar una máquina cuyas grandes ruedas llevaban cuchillas que, al girar una contra otra, todo lo despedazaban. Entre ambas ruedas ataron a Catalina desnuda, pero cuando empezaron a girar hacia ella, que iba de pie, las manos juntas, perdida la conciencia en adoración, con gran estrépito quedaron destruidos máquina y verdugos por unos ángeles bajados del cielo.

»Al oír de tantos milagros, la mujer del emperador fue a visitar a Catalina a la cárcel y luego se convirtió y condenó la crueldad de su esposo. El tirano la mandó también al suplicio, le arrancaron los pechos, y cuando iban a despedazarla, Catalina la consoló prometiéndole el gozo del Cielo. El emperador pidió entonces a Catalina que fuera su esposa, y viéndose rechazado, recurrió a la degollación. Ella pidió a Dios que concediera su gracia a cuantos, acordándose de su martirio, invocasen su nombre en medio de sus sufrimientos. Oyóse una voz desde el Cielo diciendo que su ruego sería escuchado. Al final de su martirio, era leche y no sangre lo que fluía de su cuerpo⁴³, que los ángeles se llevaron hasta el monte Sinaí para enterrarlo. De su tumba mana un aceite milagroso que todo lo cura, y como no

quiero con este tema alargarme, sólo te diré que Maguncio murió con atroces sufrimientos.

IV Santa Margarita

»No olvidemos a santa Margarita, cuya leyenda es bien conocida. Nacida en Antíoques de una familia noble, fue su nodriza quien la inició al cristianismo. Iba con ella a cuidar rebaños y un día que estaba sola pasó el prefecto del emperador, que encendido en ardoroso deseo, mandó raptarla. Como no quería ceder a sus requerimientos amorosos, la azotaron y encarcelaron. Ella se sentía perseguida por fuerzas demoníacas y pidió a Dios que diera forma visible a sus tentaciones. Se le apareció entonces un espantoso dragón que le heló la sangre, pero santiguándose, logró aplastarlo. Luego salió de un rincón del calabozo un hombre tan negro como un etíope, al que Margarita logró estrangular pisoteando su garganta, mientras él pedía piedad a gritos. Entonces una luz iluminó su celda y fue reconfortada por los ángeles. Llevada de nuevo ante el juez, volvieron a someterla a redoblado tormento, del que salió indemne.

»El tirano mandó entonces descabezarla. Antes de morir rogó a Dios que aliviara el sufrimiento de las mujeres que la invocasen durante el embarazo o el parto. Apareció un ángel para decirle que esto se cumpliría y que le esperaba la palma de la victoria. Ofreció la nuca al verdugo y los ángeles llevaron su alma hasta el Paraíso.

V Santa Lucía

»Santa Lucía, nacida en Roma, fue raptada por Aucejas, rey de Barbaria, que quiso violarla. Ella empezó a discutir con él y no sólo logró disuadirle sino que el rey quedó asombrado ante su inteligencia, que le pareció prodigiosa e incluso divina. Le ofreció unos lujosos aposentos en su palacio, donde ella vivía

orando rodeada de honores y respeto. El rey la consultaba en todos sus asuntos y ella siempre le dio muy acertados consejos. Cuando se marchaba a la guerra, le pedía que rezara a su Dios por él. Ella le bendecía y él regresaba victorioso. Hubiera querido erigir templos donde adorarla como a una diosa, pero ella siempre lo ponía en guardia recordándole que sólo había un Dios.

»Al cabo de veinte años, Nuestro Señor ordenó a Lucía volver a Roma, donde le esperaba el martirio. Cuando se lo anunció al rey, éste le dijo con voz conmovida:

»—¡Ay, si te vas, se echarán encima mis enemigos y Fortuna me abandonará en cuanto te apartes de mi lado!

»—Señor —contestó—, que tu majestad me acompañe. Abandona este reino terrestre porque Dios te invita a compartir uno más noble que no tendrá fin.

»Entonces todo lo abandonó el rey para seguir a esa santa. En cuanto llegaron a Roma, Lucía se proclamó cristiana, la arrestaron y la llevaron al martirio. Enloquecido por el dolor, el rey se precipitó a su lado y quiso arrojarla encima de los verdugos. Ella se lo prohibió, pero cuando llegó el momento en que iban a degollar a la santa, él se arrodilló y gritó:

»—¡Soy cristiano, ofrezco mi cabeza al Dios que adora Lucía!

»Ambos fueron descabezados y juntos se les festeja en las séptimas calendas de julio, así como a doce mártires convertidos por Lucía.

VI

De la beata virgen Martina

»Martina nació en Roma de familia patricia, y como era muy hermosa, el emperador quiso obligarla a desposarse, pero ella le respondió que era cristiana y que sólo podía amar al Dios vivo a quien se había consagrado en cuerpo y alma. Irritado por esas palabras, el emperador hizo que la llevaran al templo para adorar a los ídolos. Cuando Martina empezó a rezar a Dios, con gran estrépito cayeron las imágenes y se derrumbó el templo, donde perecieron los falsos sacerdotes. Para vengar a sus dioses, el tirano

mandó que llevaran a Martina al tormento. Entre tan horribles suplicios Dios se le apareció y ella sacó fuerzas para convertir a sus verdugos, que imploraban su perdón, cuando se oyó una voz celeste que decía:

»—Por amor a la beata Martina, os concedo mi gracia.

»El prefecto gritó entonces a los verdugos:

»—¡Estáis locos! ¡Os ha embrujado esta maga!

»—¡Tú estás embrujado por el diablo —respondieron—, porque no reconoces a tu Creador!

»Con enloquecida furia el emperador mandó que fueran ahorcados y descuartizados. Ellos recibieron el martirio con gozo.

»El emperador hizo desnudar a Martina. Desvelada su hermosa piel blanca como la azucena, quedáronse deslumbrados los asistentes así como por la singular belleza de su cuerpo.

»El emperador, que la deseaba ardientemente, la solicitó largo tiempo para que se solazara con él. Cuando vio que nunca le complacería, mandó que laceraran su cuerpo, y en vez de sangre, brotó leche de sus heridas con una deliciosa fragancia. Más airado aún, el emperador ordenó que ataran su cuerpo a unas estacas para descuartizarla, pero los verdugos quedaron exhaustos porque Dios daba fuerzas a la santa para resistir la tortura. Ante tan prolongado y conmovedor espectáculo, muchos se convirtieron.

»—Majestad, ¡no podemos seguir —se quejaban los encargados del tormento—, los ángeles nos golpean y destrozan con cadenas!

»Nuevos verdugos mandados de refuerzo murieron en el acto. Desconcertado, el emperador mandó quemar su atado cuerpo con aceite hirviendo. Pero Martina seguía alabando a Dios y de su boca salía un perfume divino como a mil nardos. Agotados sus verdugos con el tormento, la echaron al fondo de un calabozo. Allí bajó a espiar a Martina un primo del emperador, llamado Heliogábalo, que quedó maravillado viendo a la santa, iluminada toda la celda con una gran claridad, rodeada ella como una reina de un coro de ángeles que cantaban dulces melodías. Estaba sentada en un trono finamente labrado y llevaba en la mano una tablilla de oro donde podía leerse: «Dulce Señor, tus santos alaban tu obras». Heliogábalo volvió junto al emperador y le contó el milagro, pero éste afirmó que había sido engañado por los sortilegios de una bruja.

»Cuando al día siguiente la hizo salir del calabozo, todos se admiraron al ver cómo habían sanado sus heridas. Una vez más el emperador mandó que la llevaran al templo, y entre truenos y rayos volvieron a caerse con gran estrépito los ídolos, de donde salieron diablos gritando espantados. Una vez más la cólera del emperador imaginó horrendos suplicios. Mientras le arrancaban las carnes con peines de hierro, un león hambriento al que habían soltado para que la devorara lamía sus llagas con ternura. Volvieron a llevarla a la hoguera, pero el viento apartó las llamas de su cuerpo. Cuando el emperador mandó cortar la rubia melena de Martina y dejarla con el cráneo afeitado, porque afirmaba que en su cabellera residían sus poderes mágicos, le dijo la santa:

»—Quieres destruir lo que llamó el apóstol el más bello ornamento de la mujer, pero a ti Dios te destruirá y su venganza será terrible.

»Volvieron a encerrarla en el templo, cuyas puertas selló el propio emperador, pero ella jugaba con los ángeles, que al cabo de tres días se la llevaron al Cielo entre goces celestes. Entonces cayó en tales sufrimientos el tirano que, comiendo sus propias carnes⁴⁴, llamaba a la muerte a gritos.

VII De otras vírgenes

»Hubo otra santa llamada también Lucía, que había nacido en Siracusa. Un día que se encontraba rezando a santa Ágata por su madre enferma, salió de la tumba la santa en un destello de luz y piedras preciosas y le dijo: «Lucía, ¿por qué me pides lo que tú misma puedes dar a tu madre? Tú también ofreciste a Cristo las incomparables joyas de tu pureza, por lo que la ciudad de Siracusa será exaltada por ti, como por mí lo fue Catania».

»Lucía se levantó y al volver se encontró con su madre curada. Se consagró entonces a Dios y el martirio coronó su vida. Entre múltiples suplicios, el juez, burlándose de su Esposo celeste, ordenó que fuera llevada a un prostíbulo para ser violada, pero ella le dijo:

»—Si me violan, mayor será mi castidad, porque, mientras no ceda el espíritu, triunfa la pureza del alma.

»Como pretendían llevarla hacia el burdel, su cuerpo se hizo tan pesado que ni bueyes ni toros pudieron moverla. La ataron entonces con cuerdas para arrastrarla y aquello era como desplazar una montaña. Antes de su muerte, esa santa profetizó la caída del Imperio Romano.

»Santa Benita, nacida en Roma, merece una veneración especial. Acompañada por otras once vírgenes, salieron a predicar juntas por tierras extranjeras hasta que Dios quiso separarlas para extender su apostolado. Todas recibieron la palma del martirio antes de entrar con dignidad en la Ciudad celeste.

»Santa Fausta sólo tenía catorce años cuando abjuró de los ídolos, por lo que el emperador Maguncio ordenó que padeciera el martirio. Un día entero llevaban los verdugos intentando sin éxito trocear su cuerpo con una sierra. Agotados, le preguntaron qué magia le permitía resistir tanto tiempo. Entonces ella empezó a predicar y convertir a quienes miraban el espectáculo. El emperador mandó que le hundieran el cráneo con grandes clavos, pero ella, con la cabeza atornillada como el yelmo de un caballero, seguía hablando y diciendo:

»—Estoy entre vosotros como una vid que lleva sus frutos, porque dijo Cristo: «Donde varios se junten en mi nombre, allí estaré yo».

»Entonces hasta el prefecto romano quiso compartir sus suplicios y en pleno gozo subieron con ella al cielo otros mártires.

VIII De Justina y otras santas

»En la flor de la juventud la hermosa Justina, nacida en Antioques, venció al diablo que alardeaba de obligarla a ceder a los impuros deseos de un hombre que había sido seducido por su belleza. Recurrió a muchos ardides demoníacos y a la intervención de un brujo llamado Cipriano, pero Justina sorteó milagrosamente todos los peligros, por lo que muchos se convirtieron. Luego la palma del martiro la llevó al Reino celeste.

»Nacida en España, Eulalia huyó de casa de sus padres a los doce años. Éstos la tenían secuestrada para que no se la oyese alabar a Cristo, pero una noche escapó para ir a romper las imágenes del templo. Afirmó ante el tribunal que la juzgó que gozosamente padecería el martirio para defender la verdad de Cristo. Murió entre largos suplicios con milagrosa ayuda divina, lo que movió a muchos a convertirse.

»Arrancados los pechos de Macra, una de las numerosas torturas que padeció esa virgen, bajó un ángel a su calabozo para devolverle su cuerpo sano e intacto, ante el asombro de todos, empezando por el prefecto romano, que no dejó sin embargo de atormentarla. Su cuerpo está enterrado en la ciudad de Reims.

»Al ver cómo adoraban a un ídolo, Marciana lo tiró al suelo y lo destrozó. La azotaron hasta la muerte y la dejaron en un calabozo donde por la noche entró para violarla un sacerdote pagano, pero cuando éste se disponía a satisfacer su deseo una alta pared surgió entre ambos cuerpos. Al día siguiente viendo el milagro, mucha gente se convirtió.

»También padeció crueles suplicios santa Eufemia, de noble linaje y belleza sin par. Fue torturada por el prefecto Prisco a quien había cubierto de ridículo rebatiendo todos sus argumentos con un razonado discurso. Airado por haber sido vencido en público por una mujer, hizo redoblar el tormento. Pero cuanto más destrozado estaba su cuerpo, más iluminadas por la inteligencia eran las palabras que salían por su boca, y su lucidez iba creciendo bajo la tortura. Con candentes tenazas arrancaban sus miembros, pero su voz salía tan fuerte que todos podían oírla⁴⁵. Trajeron leones y hambrientas fieras, que no quisieron tocarla, y ella llamó a su Dios para que la llevara a la Ciudad celeste.

IX

De Teodosia, Bárbara y Dorotea

»La hermosa Teodosia padeció el martirio a los dieciocho años tras una controversia con el juez Urbano, a quien superó con su inteligencia. Colgada de la horca por los pelos, mientras la azotaban, ella dijo al enfurecido varón:

»—Mal podrá gobernar quien no se gobierna a sí mismo. ¡Maldito sea quien sólo piensa en llenarse la tripa sin acordarse de los hambrientos, quien se cobija al calor mientras otros mueren de frío, quien descansa agotando a los demás con trabajo! ¡Que caiga la desgracia sobre quien se apropia de todo lo ajeno y llama suyo a lo que recibió de Dios, quien quiere recibir el bien cuando es culpable de todos los males!

»Así siguió hablando con gran dignidad durante todo el suplicio, y como se avergonzaba de que la vieran desnuda, Dios mandó una nube blanca que la ocultó entera. Cada vez más furioso, Urbano la hizo arrojar al mar, pero salió a flote sostenida por los ángeles. Jugó con los leopardos que debían devorarla, y cuando la descabezaron, salió una blanca paloma.

»Su padre tenía encerrada a Bárbara en la prisión de una torre por temor a que la sedujeran, ya que era de una extraordinaria belleza. Allí tuvo la revelación de la verdadera fe y ella misma se bautizó. Rechazó a todos los pretendientes de su padre que, exasperado, la condenó a morir. Logró escaparse pero la encontraron luego gracias a un pastor que moriría después calcinado. Su padre la hizo someter al tormento. Tras arrancarle los pechos, mandó que la pasearan desnuda por la ciudad. Bajó un ángel a curar sus heridas y la envolvió en su hermoso manto blanco. Con la cara radiante como las estrellas, volvió donde su padre. Subiendo a una montaña, éste la descabezó con sus propias manos; pero después, al bajar, su padre cayó fulminado por un rayo y su cuerpo se hizo cenizas.

»Dorotea de Capadocia no quería casarse con ningún hombre y sólo hablaba de su Esposo divino. Cuando la llevaban al suplicio, un canciller de la universidad llamado Teófilo se burló de ella diciéndole que cuando estuviese reunida con su marido le mandase rosas y manzanas de su jardín. Ella se lo prometió, y nada más morir la santa, surgió ante Teófilo un niño con una cesta llena de rosas de una belleza singular. También llevaba manzanas doradas y brillantes que despedían un aroma maravilloso. Era pleno invierno, y quedó tan admirado Teófilo que se convirtió.

»Te podría enumerar otras muchas mártires que merecieron el Paraíso por su extraordinario valor, como por ejemplo Ceci-

lia, Inés o Ágata. Pero si quieres saber más sólo tienes que consultar el *Speculum Historiale*⁴⁶. Me detendré, sin embargo, en la vida de santa Cristina porque es tu patrona y lo merece.

X De santa Cristina

»Cristina nació en Tiro y era hija de Urbano, gobernador de aquella ciudad. Debido a su gran hermosura su padre la tenía encerrada en una alta torre con otras doce damas. Al lado de su alcoba había hecho instalar una capilla con ídolos a los que tenía que venerar, pero a los doce años ella ya era cristiana y no les hacía ningún caso, sino que se arrodillaba por la noche ante el estrellado cielo para adorar al Dios eterno. Sus damas, asustadas, mucho temían que lo viniera a saber el gobernador poniendo así en peligro sus vidas.

»Cuando lo supo su padre, en efecto, la amenazó. Ella le contestó que gustosamente adoraría al Dios del cielo. Creyendo que hablaba de Júpiter, su padre quiso besarla, pero Cristina le gritó:

»—¡No manches mis labios, que quiero hacer una ofrenda al Dios celeste!

»Pensando que iba a hacer un sacrificio ante los ídolos, el gobernador se alegró también. Ella volvió a encerrarse en su cámara y vio al pie de la torre a unos mendigos que pedían limosna. Como no tenía nada para darles, rompió los ídolos de su padre, que eran todos de plata y oro, y repartió los trozos entre los pobres. Loco de ira, su padre la hizo azotar y mandó que, cargada con cadenas, la pasearan por la ciudad. Volvió a amenazarla con toda clase de suplicios si no adoraba a las falsas imágenes. Como era en vano, la hizo desmembrar atando a cuatro estacas su cuerpo desnudo, mientras le seguía preguntando si se arrepentía diciéndole:

»—Hija, estoy violentando mi natural ternura atormentándote a ti, carne de mi carne, pero a ello me obliga la devoción hacia mis dioses, a los que eres sacrílega.

»—¡Tirano al que no puedo llamar padre, porque eres el enemigo de mi felicidad, venga, sigue torturando la carne que en-

gendraste! Esto sí lo puedes hacer, pero nunca podrás atentar contra mi alma, que pertenece a mi Padre celeste.

»Enloquecido por la rabia, el padre hizo traer una rueda en la que ataron a la joven. Luego mandó encender una hoguera debajo y echar sobre el cuerpo de su hija grandes cantidades de aceite hirviendo. Entonces bajó un ángel, que apagó el fuego y destruyó los instrumentos de tormento. Sin saber qué hacer, Urbano mandó arrojarla al mar, de donde no sólo la salvaron multitud de ángeles sino que bajó Cristo mismo sobre las aguas para bautizarla con su propio nombre, Cristina, y ciñéndola con una corona de piedras preciosas, le puso en la frente una refulgente estrella. Aquella misma noche murió su padre.

»Ocurrió entonces que cierto juez, llamado Idión, que ardía en deseo de poseerla, la hizo comparecer ante él. Sabía de sus largas torturas y pensaba que con dulces palabras podría seducirla, pero viendo que todo era en vano la mandó al suplicio. La echaron de cabeza en una cuba llena de aceite hirviendo, mientras cuatro hombres hacían girar con peines de hierro su cuerpo sumergido en la mortal mezcla. Ella seguía cantando dulces melodías y amenazando a sus verdugos con eternas condenas. Entonces el falso juez mandó ahorcarla en la plaza pública, colgada de su larga melena, que tenía rubia como el oro, pero indignadas ante tan cruel espectáculo, las mujeres de la ciudad se abalanzaron sobre el juez amenazándolo. Asustado éste, mandó que quitaran a Cristina de la horca y se la llevó al templo diciéndole:

»—Vamos a adorar al dios soberano que tanto te ayudó.

»Él pensaba obligarla a sacrificar a Júpiter, pero ella le contestó:

»—Hablaste muy bien. Vayamos al templo.

»Llegados ante el altar, Cristina se arrodilló y rezó a Dios. Luego mirando al ídolo, gritó:

»—¡Espíritu maligno, te conjuro en nombre de Cristo para que salgas ahora mismo!

»Con gran estrépito se rompió la imagen y salió el diablo.

»—¡Ves como ha salido nuestro dios para mostrarse a su criatura! —exclamó el juez, incapaz de distinguir lo divino de lo demoníaco.

»Se enfadó Cristina y discutió duramente con el juez. Su ra-

zonado discurso convenció a los asistentes y muchos se convirtieron. Mientras tanto, el juez se puso a pensar que cuando supiera el rey de esos hechos maravillosos y de tantas conversiones, lo mandaría a la muerte, y presa de un temor pánico, murió en el acto.

»Entonces un tercer juez, llamado Julián, alardeó de poder obligar a Cristina a adorar a los ídolos. Muchos fueron los prodigios que rodearon su suplicio en la hoguera, donde cantaba mientras unas serpientes venenosas lamían sus pechos; cuando el enloquecido juez mandó arrancárselos, brotó leche de sus heridas. Gritó enfurecido:

»—¡Bruja, ya nos has dado bastantes pruebas de tu magia!

»Cuando Julián mandó arrancarle la lengua, la santa siguió hablando y discurrendo mejor que antes y con mayor claridad disertaba sobre las cosas divinas. Entonces oyóse una voz celeste que decía:

»—Oh, radiante Cristina, el Reino de los Cielos te espera porque desde la infancia glorificaste el nombre de Cristo.

»El juez mandó, entonces, a los verdugos que volvieran a cortarle la lengua de cuajo para que no pudiera responder, pero Cristina escupió el pedazo de lengua en la cara del tirano dejándole tuerto. Luego le gritó:

»—¡Tirano, yo podré hablar toda la eternidad, mientras tú callarás en el infierno! ¡Porque tú no prestaste atención a mis palabras, mi lengua te ha dejado ciego!

»Cuando ya la santa estaba viendo a Dios, dos flechas pusieron fin a su vida, una de ellas le alcanzó el corazón. Uno de sus parientes le dio sepultura y escribió la historia de su vida.

»¿Qué más podría contarte, querida Cristina, para aumentar el número de nuestras ciudadanas? Venga santa Úrsula con toda su flota de miles de vírgenes que, enviadas allende los mares para casarse, fueron descabezadas por negarse a renunciar a su fe cuando desembocaron en aquella tierra pagana.

XI

De varias mujeres que asistieron al martirio de sus propios hijos

»¿Acaso hay algo más precioso para una madre que su hijo y mayor duelo para su corazón que verlo sufrir? Sin embargo, hubo mujeres de tanta fe que ofrecieron sus hijos al suplicio, como fue el caso de santa Felicidad, madre de siete hermosos jóvenes. El amor divino venció en su corazón al amor que toda madre siente por la carne de su carne, y, antes de padecer el martirio, entregó a sus hijos al verdugo, confortándolos en la fe. La beata Julieta, que tenía un hijo llamado Círico, lo instruyó desde muy pequeño en las cosas divinas. Cuando Círico compartió el martirio con su madre, que le animaba constantemente, los verdugos no pudieron hacerle abjurar, sino que el niño seguía proclamando su fe con una voz fuerte como la de un hombre.

»Constancia admirable también la de Blandina, que tuvo que asistir al martirio de su hija de quince años, a la que reconfortaba con infinita ternura y amor. Muerta su hija, ella se entregó a los verdugos con la alegría de la esposa que va al encuentro del esposo.

XII

De santa Marina

»Ahora te contaré dos historias que ilustran la constancia femenina. Un hombre que tenía una hija llamada Marina confió la niña a uno de sus parientes porque quería tomar los hábitos. Llevaba una vida ejemplar, pero cada día Naturaleza le recordaba a la niña, cuya ausencia le causaba una pena infinita. Se hundió en la melancolía. Un día le preguntó el abad por qué andaba siempre sumido en la tristeza y él le contestó que le preocupaba el hijo que había dejado para entrar en religión y al que no podía olvidar. El abad le mandó traerlo al convento para que se consagrara también a Dios. Desde entonces la niña vivió con su padre disfrazada de frailecito y aprendió perfectamente a disimular su verdadera identidad. Cuando ella alcanzó los dieciocho

años, murió su padre y ella siguió ocupando sola la celda que había compartido con él. Todos, que por supuesto la tenían por hombre, alababan su devoción.

»A tres millas de la abadía había una ciudad en la que se celebraban ferias. Los monjes solían ir allí a comprar algunas provisiones y en invierno, que anochece más pronto, se quedaban a dormir en la ciudad. Así, cuando le tocaba hacer las compras a Marina —a quien llamaban hermano Marín—, se quedaba en la posada. Ocurrió entonces que quedó embarazada la hija del posadero, la cual obligada por su padre a confesar el nombre de su seductor, acusó al hermano Marín. Llevada ante el abad, Marina prefirió cargar con la culpa que confesar que era mujer. Se arrojó pidiendo perdón y prometiendo hacer penitencia, pero el abad la hizo azotar y expulsar del monasterio. Ella se tumbó ante la puerta y con los mendrugos de pan que le echaban los hermanos daba de comer al hijo de la posadera como si hubiera sido suyo. Los frailes suplicaron al abad que dejara al hermano Marín volver al monasterio. Aceptó, pero le encargó los más viles trabajos, como limpiar las letrinas y cargar con aguas sucias, lo que hacía sin quejarse.

»Al poco tiempo ella murió y dijo el abad a los frailes:

»—Veis cómo Dios no le ha perdonado. Amortajadlo y enterradlo lejos del santuario.

»Cuando los hermanos desnudaron el cuerpo, viendo que era mujer, empezaron a lamentarse, a avergonzarse de todo el daño que le habían hecho y a alabar su santidad. El abad imploró su perdón sobre su tumba, en una capilla de la abadía donde ocurrieron muchos milagros.

XIII

De la beata Eufrosina

»Hubo en Alejandría una virgen llamada Eufrosina que disfrazada de hombre huyó de la casa de su padre, rico cortesano, cuando éste quiso darle esposo, porque ella quería consagrarse a Dios.

»Pidió ser admitida en el mismo monasterio donde había es-

tado Marina. El abad la recibió con alegría. Pero su padre, que no podía soportar el dolor de su ausencia, fue a visitar al abad para confiarle su pena y le pidió que rezara para que tuviese noticias de su hija. Así se lo prometió y fueron rezando todos los hermanos del convento.

»Como seguía sin saber nada, el afligido padre no dejaba de visitar al abad, que le dijo un día:

»—No puedo creer que le haya ocurrido una desgracia a tu hija porque Dios nos lo hubiera hecho saber. Desde hace poco tenemos entre nosotros a un joven hermano que formaba parte de la corte del emperador. Está tan iluminado por la gracia que cualquiera que se le acerca encuentra consuelo. Podrías hablar con él, si quieres.

»El padre pidió al abad que le autorizara a conversar con el joven monje y acto seguido lo llevaron donde su hija, a la que no reconoció, porque los rigores de la vida ascética habían estropeado su belleza. A ella en cambio, que lo reconoció nada más entrar en la celda, se le empañaron los ojos de lágrimas y tuvo que darse la vuelta un momento como si terminara de rezar. Habló con su padre con mucha serenidad y le aseguró que su hija servía a Dios en un lugar seguro, que volvería a verla antes de morir y que sería para él causa de alegría. Pensando que hablaba bajo inspiración divina, su padre encontró gran sosiego en sus palabras y dijo al abad que nunca había sentido tanta paz desde que había perdido a su hija, que aquello era como haberla vuelto a encontrar.

»Durante mucho tiempo el padre estuvo visitando el monasterio, hasta que un día esa santa mujer, que llevaba cuarenta años haciéndose llamar hermano Esmaragdo, cayó enferma. Cuando el anciano padre acudió a la abadía, ella ya estaba muriéndose. Él se lamentó en tono de reproche:

»—¿Qué será de tus dulces palabras y de la promesa que me hiciste de volver a ver a mi hija?

»Ella no pudo contestar a su padre y él no estuvo a su lado cuando murió. En el puño apretaba un papel que el abad y los hermanos no consiguieron arrancarle, pero cuando se acercó el padre a su cadáver, ante el asombro de todos, la mano se abrió para darle el escrito. Leyó entonces que era su hija y que pedía que sólo él se encargara de preparar su cuerpo para la sepultura. To-

dos se maravillaron. El padre se hizo monje y se quedó en aquella abadía.

XIV

De una santa mujer llamada Anastasia

»En la época de las grandes persecuciones ordenadas por el emperador Diocleciano, vivía en Roma una mujer ilustre y de gran fortuna, llamada Anastasia. Conmovida por los suplicios que veía infligir a diario a los cristianos, solía visitarlos en la cárcel para aliviar sus sufrimientos. Lavaba sus heridas, les aplicaba preciosos bálsamos y los vendaba con sus propias manos. Acabaron por denunciarla a un patricio romano que deseaba tomarla por esposa. Éste hizo poner guardias ante su casa para impedir que saliera. Para darle ánimo, san Crisógono, uno de los mártires encarcelados a quien solía visitar, logró mandarle mensajes a los que ella respondía por el mismo conducto. Cuando murió el mártir, Anastasia vendió todos sus bienes para dedicarse a ayudar a los cristianos.

»Ocurrió que un prefecto romano cuyo corazón se había inflamado ardorosamente por tres nobles jóvenes romanas a las que Anastasia solía visitar en sus celdas, las llevó a su casa con el pretexto de obligarlas a adorar a los ídolos. Tras intentar seducirlas con amorosos discursos y promesas de libertad, lo que resultó vano, las dejó con los criados al lado de las cocinas. Durante la noche, oyendo cantar a las vírgenes, bajó sin luz hacia el lugar de donde procedían las voces, pero tenía que pasar por las cocinas y caminando a tientas, tan cegado por el encendido deseo iba que cuando se encontró con abombadas ollas y redondos calderos, creyendo abrazar ya a las jóvenes, dio rienda suelta a su lujurioso ardor hasta caer agotado. Al día siguiente, jironada su túnica cubierta de hollín, manchado todo el cuerpo de grasa y aceite, no lo reconocieron los criados y huyeron espantados. Una vez en la calle, todos se burlaban de él y le escupían a la cara. Pensando cómo iba a quejarse al emperador, el prefecto llegó al palacio para la audiencia, pero, ¡ay!, le pegaron y le echaron a la calle gritándole:

»-¡Fuera, cerdo, que nosapestas!

»Luego otro juez llevó al suplicio a las tres jóvenes, cuyos cuerpos sepultados luego por Anastasia permanecieron maravillosamente hermosos cuando se apagó la hoguera. El fuego no había tocado ni uno solo de sus cabellos y parecía como si durmiesen.

XV

De Teodota

»Anastasia tenía una amiga llamada Teodota, madre de tres niños. Como se negaba a casarse con el conde Leocadio y a adorar a los ídolos, torturaron ante sus ojos a uno de sus hijos, pensando que vencería su resistencia el amor materno. Pero ella no cedió, la martirizaron y murió con sus tres hijos. Fue Anastasia quien cuidó de sus cuerpos.

»Esta mujer, que había asistido a tantos mártires, fue finalmente encarcelada y condenada a morir de hambre, pero Dios no quiso que sufriera quien había dado de comer a tantos cristianos. En una nube de luz el alma de la beata Teodota puso ante ella un mesa con exquisita comida, y así durante los treinta días de su condena. El prefecto, airado, mandó embarcarla en una nave con criminales. Una vez en alta mar, los marineros abrieron una brecha en el navío, al que abandonaron por otro barco. Entonces Teodota se apareció a los condenados y los llevó durante una noche y un día caminando sobre las olas, con la misma facilidad que si fuera tierra firme, hacia la isla de Palmaria, donde los acogieron con gozo. Cuando lo supo el emperador, mandó en su busca para que los trajesen de nuevo a Roma, donde todos padecieron el martirio, pero antes tuvo ocasión Anastasia de discurrir y argumentar con él.

XVI

De la noble y santa Natalia

»Natalia era la esposa de Adriano, general del ejército de Ma-

ximiano Hércules. Convertida al cristianismo, no dejaba de rezar por su marido cuando un día le dijeron que al asistir al suplicio de unos mártires éste había empezado a alabar el nombre de Dios y el emperador lo había hecho encarcelar en un calabozo. Ella acudió a la prisión sin tardanza y allí empezó a reconfortarlo y consolarlo. Presa de una inmensa ternura, besaba sus cadenas y lloraba de gozo. Todos los días iba a verlo para darle ánimo y que perseverara en la fe. Cuando el emperador mandó prohibir a las mujeres la entrada a la cárcel, se disfrazó de hombre. Llegó el último suplicio de Adriano, y besando su ensangrentado cuerpo, Natalia no dejaba de orar. Ella misma le dio sepultura, y como le habían cortado una mano, la guardó embalsamada como una santa reliquia.

»Tras la muerte de su marido, puesto que era noble y rica, la obligaron a volverse a casar. Ella rezaba a Dios para que la librara del poder de quienes querían forzarla. Entonces Adriano se le apareció en sueños y le dijo que fuera hasta Constantinopla para seguir ayudando a los mártires. Allí estuvo visitando las cárceles y aliviando sufrimientos cierto tiempo, hasta que una noche volvió a ver en sus sueños a Adriano que le decía:

»—Hermana y amiga mía, ven a reunirme conmigo en la Gloria eterna.

»Se despertó y murió al instante.

XVII

De santa Afra, una prostituta que se convirtió

»Afra era una prostituta que se convirtió al cristianismo. Llevada ante un juez romano, éste la acusó diciendo:

»—¡No te bastaba con haber deshonrado tu cuerpo, encima tienes que ser hereje y adorar a un dios extranjero!

»Ella le contestó con mucha calma:

»—Cristo bajó del Cielo para salvar a los pecadores y cuenta el Evangelio cómo una pecadora le lavó los pies con sus propias lágrimas. Nunca despreció a las prostitutas y a todos admitió a su mesa.

»—Si no sacrificas a nuestros dioses, te quedarás sin clientes y sin dinero —la amenazó el juez.

»—Jamás volveré a aceptar un dinero ganado de forma tan deshonrosa; el que tenía se lo di a los pobres para que rezaran por mí.

»Condenada a la hoguera, no dejó de rezar entre las llamas para ofrecer el sacrificio de su cuerpo y tras su muerte Dios le concedió la gracia de numerosos milagros.

XVIII

Donde Justicia habla de mujeres que atendieron y albergaron a apóstoles y santos

»Antes te mostraste sorprendida por los ataques de tantos autores que condenaron a las mujeres de forma implacable. Ya has visto cómo en las Sagradas Escrituras y toda la literatura sacra, lejos de atacarlas, alaban al contrario sus admirables virtudes. ¿Cómo puede haber hombres que se atrevan a acusarlas de ligereza? ¿Es que tanta caridad, tantos cuidados como dedican las mujeres, no pesan en la balanza? Así te daré el ejemplo de Drusiana, una viuda que cuidó de Juan el Evangelista.

»Volvió éste del exilio, acogido gozosamente por todos los habitantes de la ciudad, cuando llevaban a Drusiana al cementerio, y le dijeron unos vecinos:

»—Juan, ésta es Drusiana, tu huésped. Le entró tanta tristeza al esperarte que murió de pena. Esta buena mujer ya no te dará de comer.

»—¡Drusiana, levántate —dijo Juan—, vete a casa y prepárame la comida!

»Y ella resucitó.

»A san Marcial de Limoges, la primera en acogerlo en su casa fue una noble mujer llamada Susana. Maximilia arriesgó la vida por bajar de la cruz a san Andrés y sepultarlo. Efigenia siguió fielmente a Mateo el Evangelista.

»Asimismo, en tiempo de los apóstoles una noble reina llamada Helena —que no era la madre de Constantino sino una rei-

na asiria— viajó hasta Jerusalén porque había oído decir que allí los víveres eran muy caros debido a una gran escasez y la gente se moría de hambre. Hizo comprar gran cantidad de víveres para repartirlos entre los apóstoles que habían ido allí a predicar.

»Cuando llevaban a san Pablo para ser descabezado por orden de Nerón, vino a su encuentro llorando una mujer llamada Plautilia, que había cuidado de él hasta entonces. Entre las burlas de sus verdugos, Pablo le pidió el velo que llevaba en la cabeza y con él se vendó los ojos antes del suplicio. Muerto el santo, los ángeles devolvieron a Plautilia el velo ensangrentado, que conservó como una preciosa reliquia.

»No quiero seguir, querida Cristina, porque es infinito el número de mujeres de todas las condiciones que dieron pruebas de gran poderío y constancia sin par. Me parece que he cumplido ya con mi promesa de rematar los más altos edificios de la Ciudad y poblarla con mujeres de gran mérito. Las últimas en llegar servirán de puertas y cancelas. Aunque no las cite, todas las que alcancen la santidad encontrarán su lugar en esta Ciudad de las Damas de la que podrá decirse: *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*⁴⁷. Ahora queda acabada y fortificada tu Ciudad, tal como te prometí. Adiós, querida Cristina, que la paz del Señor esté contigo para siempre.

XIX

Aquí acaba el libro.

Cristina se dirige a todas las mujeres

—Honorables damas, alabado sea Dios porque queda terminada la construcción de nuestra Ciudad que os acogerá a todas. Vosotras que os preciáis de virtud, dignidad y fama, seréis bien acogidas en una Ciudad levantada y edificada para todas las mujeres de mérito, las de ayer, hoy y mañana.

»Queridas hermanas, es natural que el corazón se alegre cuando ha rechazado la agresión venciendo a sus enemigos. De ahora en adelante, queridas amigas, tendréis motivos de alegría al contemplar la perfección de esta Ciudad Nueva, que si la cuidáis, será para todas vosotras, mujeres de calidad, no sólo un refugio sino

un baluarte para defenderos de los ataques de vuestros enemigos. Como veis, ha sido construida con virtudes, materiales tan brillantes que podéis veros reflejadas en sus resplandecientes edificios, sobre todo en sus altos techos y doradas cúpulas —es decir, la última parte del libro, pero no hay que despreciar las otras partes.

»Queridas amigas, no malgastéis vuestra nueva dote como esos nuevos ricos que se hinchan de vanidad viendo cómo crece su dinero, sino seguid el ejemplo de vuestra Reina, que se humilló cuando supo que iba a ser la Madre de Dios. Como es cierto, amigas mías, que cuanta mayor envergadura moral tenga una persona, menos vanidad tiene, ¡ojalá esta nuestra Ciudad, os incite a vivir honorablemente con la mayor modestia!

»Vosotras, queridas amigas casadas, no os indignéis por tener que estar sometidas a vuestros maridos, porque el interés propio no siempre reside en ser libre⁴⁸; así leemos en la Biblia lo que cuenta el ángel a Esdrás de cómo, fiándose de su libre albedrío, algunos se rebelaron, y aplastando a los justos, hallaron su propia destrucción. La que tenga un marido bueno, razonable y que la quiere con verdadero amor, que dé gracias a Dios, porque no es poco favor éste sino el mayor bien que en la tierra pueda disfrutarse, que lo cuide con afecto y lo siga queriendo y ambos vivan en armonía una larga vida bajo la protección divina. La que tenga un marido que no sea ni bueno ni malo, que se dé por contenta de no tener uno peor, mientras que la mal casada debe intentar arrancar a su marido de la perversidad, hacer que vuelva a una conducta razonable si es posible y si no ella verá premiados sus esfuerzos en su vida espiritual y todos la defenderán.

»La virtud de la paciencia, queridas amigas, como dijo san Gregorio, os abrirá el Reino de los Cielos. Que ninguna de vosotras se obstine en defender ideas frívolas o poco razonables, ni recurra a un lenguaje o actos escandalosos, tan poco apropiados para una mujer. Que las jóvenes se comporten con pudor y discreción; que las viudas sean humildes de carácter, pero tengan arrojo frente a las dificultades materiales.

»Finalmente, a todas vosotras, mujeres de alta, media y baja condición, que nunca os falte conciencia y lucidez para poder

defender vuestro honor contra vuestros enemigos. Veréis cómo los hombres os acusan de los peores defectos, ¡quitadles las máscaras, que nuestras brillantes cualidades demuestren la falsedad de sus ataques! Así podréis decir con el salmista: «La iniquidad del malo recaerá sobre su cabeza».

»Rechazad a los hipócritas que se valen de las armas de la seducción y de falsos discursos para robaros vuestros más preciados bienes, el honor y una hermosa fama. Huid, damas mías, huid del insensato amor con que os apremian. Huid de la enloquecida pasión cuyos juegos placenteros siempre terminan en perjuicio vuestro. Desgraciadamente ésa es la verdad, no os dejéis persuadir de lo contrario. Acordaos de cómo los hombres os tienen por frágiles, frívolas, fácilmente manejables y en la caza amorosa os tienden trampas para cogeros en sus redes como animales salvajes. Huid, queridas amigas, huid de los labios y sonrisas que esconden envenenados dardos que luego os han de doler.

»Alegraos apurando gustosamente el saber y cultivad vuestros méritos. Así crecerá gozosamente nuestra Ciudad. Yo, Cristina, que me puse a vuestro servicio, os pido, damas mías, que rezéis por mí para que Dios, que me concedió la gracia de vivir en este mundo, me otorgue también el perseverar en mi esforzado servicio y me acoja luego en la Ciudad Celeste. Que extienda a todas nosotras la gracia de gozar de la eternidad. Amén.

*Aquí termina
la tercera y última parte del libro de
La Ciudad de las Damas.*

¹ *Cuarto de estudio*: la palabra *estude* tenía entonces significado abstracto de «estudio» y uno concreto, que tiene aquí para designar la parte de la habitación donde Cristina se retiraba para estudiar; se le llamó luego *chambre de retrait* —«retrete» dirá luego el Siglo de Oro—. De la importancia de ese espacio que permite la actividad intelectual se habla en la Introducción (págs. 19-21); encontramos a la vez una referencia al espacio arquitectónico y otra, omnipresente en el texto, a la actitud espiritual encomiada por san Agustín: atrincherarse cerrando las puertas de los cinco sentidos permite a la mente humana elevarse hacia lo divino y recrear el reducto de la Ciudad de Dios.

² *Libro de las Lamentaciones de Mateolo*: se trata de la traducción al francés que Jean Le Fèvre hizo a finales del siglo XIV del *Liber Lamentationum Matheoluli*, compuesto hacia 1300, un compendio de tópicos misóginos de casi seis mil versos, que, como señala su editor, sólo debe a Cristina de Pizán el no haber caído en el olvido.

A lo largo del siglo XV, la península Ibérica ofrece también varias muestras de esa discusión en pro y en contra de las mujeres, el escritor más conocido sea acaso Pere Torroella con su *Maldezir de mujeres* (Coplas de las calidades de las donas), entre cuyos refutadores se encuentra Juan de la Encina. Sobre esas coplas, véase Robert Archer, «Las coplas de las calidades de las donas de Pere Torroella y la tradición lírica catalana», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, noviembre de 1999. Nuestro autor se retractaría luego componiendo un *Razonamiento en deffensión de las donas contra maldicientes por satisfacción de unas coplas qu'en dezir mal de aquellas compuso*, texto publicado por Charles V. Aubrun en *Le Chansonnier espagnol d'Herberay des Essarts (XV^e siècle)*, Féret, Burdeos 1951, págs. 27-36.

³ *quitar de la manos del faraón*: escapar a la estafa o tiranía, por alusión al juego de cartas del mismo nombre, donde un banquero juega solo contra un

número indeterminado de jugadores que apuestan a una de las 52 cartas, mientras que, sentado en medio como un dios todopoderoso, el banquero-faraón, que posee otro juego idéntico, gana una fortuna con todas las cartas a su derecha y duplica las apuestas de las cartas a su izquierda, pero dando lugar a grandes estafas: «no tenía más salida que robar y me hice banquero de faraón», dice Figaro («il ne me restait plus qu'à voler; je me fais banquier de pharaon», Beaumarchais, *Mariage de Figaro*, V, 3).

4 *Derechura*: es una figura alegórica creada por Cristina. *Droiture* en el texto original significa a la vez «dirección en línea recta», de ahí acertada, y «rectitud»; alude también al campo de lo judicial y de la geometría, reforzando la metáfora del texto como construcción arquitectónica, cuya regla es emblema de Derechura. Para conservar todo ello, he descartado el término «Rectitud», que como el francés *rectitude* tiene connotaciones de rigurosa y hasta rígida moral religiosa, y he preferido, aunque fuese menos usado, el antiguo castellano «Derechura» tan ligado como el francés *droiture* al campo semántico del Derecho y a los conceptos de Justicia y Equidad.

5 *Checco d'Ascoli*: era profesor de astrología en Pisa en el siglo XIV y autor de las *Acerba*, cuyo libro IV contiene una feroz diatriba contra las mujeres (nota a la versión inglesa de *La Ciudad de las Damas* por E. J. Richards, pág. 260).

6 *Secreta mulierum* («Los secretos de las mujeres»): aparte de designar los órganos genitales de la mujer, se refiere a un tratado ginecológico falsamente atribuido a Alberto el Magno, que vehiculaba una imagen del cuerpo de la mujer propia de la época, y en particular toda una serie de creencias y fobias relativas a la sexualidad femenina. Así el contagio de la lepra —señal del castigo divino que cae sobre el réprobo—, que motivaba la reclusión del enfermo, según los médicos, se producía mediante relaciones sexuales, siendo la principal causa el coito durante la menstruación (véase Danielle Jacquart, Claudé Thomasset, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*, Labor, Barcelona 1989, págs. 193-194: «Un texto popular como el *De Secretis mulierum* transmite la misma creencia y es indudable que la difundió ampliamente»). Asimismo se vinculaba a la mujer con herejes e idólatras en la transgresión de lo prohibido. Rabiño Mauro en su *De Universo* glosa la palabra *menstrua* como derivada del griego *mêné* («luna»): «No está permitido acercarse a las mujeres en estado menstrual ni unirse a ellas, pues no se permite al hombre católico entrar en relación con la idolatría de los paganos ni con la herejía de los herejes» (D. Jacquart, C. Thomasset, op. cit., pág. 9).

7 *El derecho escrito y los reglamentos establecidos por los hombres*: tras su experiencia personal de mujer enzarzada en enredos judiciales para recobrar

parte de sus ingresos, Cristina nunca pierde ocasión —como con otro comentario irónico al final del capítulo— de expresar el desprecio que tenía hacia leguleyos y pleitos. Siempre alaba, en cambio, el derecho político —sin aludir a que fuera recogido por escrito— y la labor civilizadora de mujeres fundadoras de ciudades, como Minerva, Nicaula o Isis.

8 *Juana de Borbón*, a la que Cristina se refiere siempre como a «la buena reina» —acaso por contraste con su sucesora, la cruelmente famosa Isabeau de Baviera, a cuyos incestuosos amores aludiremos más adelante—, fue esposa de Carlos de Valois y ambos acogieron a Cristina en la corte desde los cuatro años.

El segundo ejemplo, que alude a la duquesa de Orleáns como hija de Juana de Borbón, ofrece una confusión que no me explico en un manuscrito revisado por la propia Cristina: la duquesa de Orleáns era Valentina Visconti, esposa de Luis, hermano del rey Carlos y amante de la reina Isabeau. Los duques de Orleáns fueron los primeros protectores de Cristina. En cambio la hija de la reina Juana era Catalina, esposa del duque de Montpensier e hija del rey Felipe VI de Valois.

En el tercer ejemplo, la reina Blanca se llamaba en realidad Bonne y era esposa del rey Juan el Bueno, padre de Carlos V de Valois.

9 *En un ir y venir viajaban a los países vecinos*: sobre el fugaz encuentro amoroso de las Amazonas se habla en la Introducción (págs. 43-45). Acaso ningún texto ilustre mejor la metáfora de la caza amorosa amazónica que el *Libro de Alexandre*: «Además, quiero un don de tu mano ganar: / tener de ti un hijo, ¿no me has de negar! / pues no habría en el mundo de su linaje par; / no te debes por eso contra mí disgustar. / Si nace hijo varón, a ti te lo enviaré; / si Dios de mal me libra, bien te lo cuidaré, / y hasta que haya nacido nunca cabalgaré. / Si naciese hija hembra, mi reino le daré». / Dijo el Rey: «Pláceme. Eso haré de buen grado». / Dio un buen salto en la selva, corrió bien el venado: / consiguió con gran gozo la reina su mandado, / y alegre y satisfecha, regresó a su reinado», Elena Catena (ed.), Castalia, Madrid 1985, pág. 247, estrofas 1.886-1.889.

10 *La destrucción de Troya*: se sitúa hacia el 1200 a. C.; Alejandro reinó del 336 hasta el 323 a. C. y la fecha probable de la fundación de Roma es el 753. Véase, sobre Alejandro y las Amazonas, *La vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Carlos García Gual (ed.), Gredos, Madrid 1977 (l. III, caps. 19, 25, 27).

11 *Tocó con el harpa*: Cristina cambia la lira del *De claris mulieribus* por el harpa, mientras que el autor de la versión española habla de: «el arco de la viuela» (la versión es de Pablo Hurus, alemán de Constancia, impresa en Zaragoza

en 1494, ed. facsímil, Castalia, Real Academia Española, Madrid 1951, cap. XLV, folio LII v.º).

12 *Leuntion*: he preferido conservar el nombre en griego sin españolizarlo en «Leoncio» —el *De claris* utiliza *Leontium*— para subrayar el lado culto del nombre y sobre todo masculino: era frecuente que las mujeres que salían al campo del saber lo hicieran ocultas tras una «persona» masculina.

13 *Carmenta*: con Semíramis y Minerva, cuya historia ofrece el capítulo siguiente, es figura emblemática de *La Ciudad de las Damas*. Combina el saber profético, ya que sabe de antemano el futuro esplendor de la civilización romana, con la función legisladora, como Minerva, con la invención de la escritura (del mismo modo inventará Minerva el alfabeto griego) y con la creación literaria, como Isis o Safo. Existe una analogía en su función civilizadora entre las letras y el derecho —en sentido noble para Cristina, es decir, no el escrito por leguleyos pleitando, sino el de mujeres fundadoras de ciudades (...). Son las mujeres quienes sacaron de la barbarie a los hombres rudos, «alfabetizándolos», «urbanizándolos» —en el sentido antiguo del verbo—, puliendo sus mentes salvajes o cambiando sus bastos hábitos alimenticios, como Ceres. Después de esto Cristina puede permitirse ironizar sobre el latín, que constituía para las mujeres una de las barreras de acceso al saber: resulta que este territorio masculino fue delimitado por una mujer, ya que Carmenta fue la «maestra de escuela», enseñando lo que hoy los doctos varones consideran erudición privilegiada —recordemos que divulgando a Ovidio, Virgilio, Boccaccio, Vicente de Beauvais, etc., Cristina contribuye a abrir a las mujeres el campo del saber, trasladándolo de latín a francés—. Cristina puede reírse porque sabe latín. La cuestión ha sido debatida por los especialistas, pero está claro que sin saberlo nunca podría haber intervenido en el intercambio de epístolas en latín con los doctores de la Querrela del *Roman de la Rose*. En la iconografía de su obra, una miniatura recurrente es la de una mujer que aparece cual Jesús frente a los sacerdotes del templo, para desafiar al saber masculino (véase la miniatura «Cristina refutando el docto discurso de los varones»).

14 *fundada luego Roma*: la historia de Carmenta ilustra también el topos literario de la *translatio studii*, traducción de un hecho sociocultural, es decir, de cómo el legado griego se transmitió a Roma y luego de Roma a Francia, a través del mito de Héctor, rey de los Francos. Es tema frecuentemente aludido y unido a mitos de fundación de ciudades en la obra de Cristina de Pizán, que, contribuyendo ella misma a difundir la obra virgiliana o dantesca, como comentamos en la nota anterior, muy bien podía identificarse con esa traslación culta, dirigida hacia el campo femenino.

15 *el nombre de Italia*: este comentario poco filológico hoy resulta entre divertido e ingenuo, pero no olvidemos que la función de las etimologías en la cultura medieval es muy distinta: la noción del carácter arbitrario del lenguaje le es ajena, bien al contrario, trata de explicar el mundo por un complejo sistema de analogías entre las palabras y las cosas. Del concepto de lenguaje en la Edad Media puede decirse, aún con más razón, lo que escribió Michel Foucault a propósito del siglo XVI: «[el lenguaje] ...está situado en el mundo y forma parte del mismo tanto porque las cosas mismas ocultan y manifiestan su enigma en forma de lengua, cuanto por el hecho de que las palabras se ofrecen a los hombres como cosas que hay que descifrar» (*Les Mots et les Choses*, Gallimard, París 1966, págs. 49-50; [la traducción es mía]).

16 *cómo desplegar los batallones y luchar en ordenadas filas*: Minerva, que aparece en cuatro capítulos de *La Ciudad de las Damas*, era uno de los modelos de la autora, no sólo por sentirse *femme italienne* como la diosa, sino entendida en el arte de la guerra: cinco años más tarde, en 1410, escribiría *Le Livre des Fais d'armes et de Chevalerie*, un tratado sobre estrategia militar que tanto impresionó a Enrique VIII de Inglaterra que pidió a Caxton que lo tradujera e imprimiera, lo que hizo en 1489, con el nombre de la autora (cf. B. Gottlieb, «The Problem of Feminism in the XVth Century» en *Women of the Medieval World*, Blackwell, Londres 1985, págs. 342-363, pág. 347). En Francia, en cambio, el texto impreso por Antoine Vérard a principios del siglo XVI atribuye la autoría a un hombre (C. C. Willard, op. cit., págs. 186-187). Como señala E. Stecopoulos («The Reconstruction of Myth» en E. J. Richards, *Reinterpreting Christine de Pizan*, pág. 55), Cristina utiliza la figura de Minerva armada y experta en estrategia militar como símbolo de la fuerza femenina, del enorme potencial que tiene la mujer para desarrollar ella también su caballerosidad y *virtù* en el sentido renacentista de «valor».

17 *La Epístola de Othéa*: a la que se refiere Cristina en I, 17 y I, 36 por boca de Razón, es una de las primeras obras en prosa de la autora (hacia 1400). La epístola era género favorito de los primeros humanistas. Está inspirada en las *Metamorfosis* de Ovidio —más conocidas en la Edad Media por el *Ovide Moralisé*— y en las *Heroidas*, de donde retoma varios episodios que figuran en *La Ciudad de las Damas*, como el mito de Medea y Circe, para ilustrar los consejos que Othéa, que puede identificarse con la sabiduría femenina, da a un joven de quince años. Es un texto más bien corto —de «libro de bolsillo» lo califica C. C. Willard, op. cit., pág. 94— con espléndidas miniaturas, algunas de las cuales reproducimos aquí. El manuscrito fue ofrecido a Luis de Orleáns y Valentina Visconti, de los que hablamos en la nota 8.

18 *Anastasia... uno solo que la supere*: refiriéndose a aquella artista de su taller de miniaturistas, Cristina utiliza dos términos técnicos: *vignature*, que puede asimilarse a las capitales y motivos, viñetas, con que comienzan los textos, y *champaigne d'hystoires*, más difícil de determinar. Según Patrick M. de Winter (*La Bibliothèque de Philippe Le Hardi, Duc de Bourgogne (1364-1404)*, CNRS, París 1985, pág. 105), se refiere probablemente a los paisajes que aparecen al fondo de las miniaturas. Sobre el papel de París como primer centro artístico, por experiencia propia (*Et ce scay-je par experience*), está de acuerdo con Dante: *Quell'arte ch'alluminar è in Parisi* (Purgatorio XI, 80-81). Pero para apagar atisbos chovinistas, recordemos que más que las tablas, los libros eran el vehículo de transmisión artística entre las distintas cortes y que gracias a su intensa circulación —pues hasta formaban parte de la diplomacia— se creó en la época de la producción de Cristina un estilo calificado por los historiadores de «internacional», es decir, como siempre en el caso del verdadero arte, europeo y transnacional (P. de Winter, op. cit., pág. 7).

19 *Epístola de Salomón*: el texto que corresponde al v. 31, cap. IX del *Libro de los Proverbios*, está dedicado a la perfecta ama de casa. Se trata de un poema «alfabético» en que cada versículo comienza con una de las letras del alfabeto hebreo por su orden. La versión que se da aquí es la de la Biblia de Jerusalén, ed. 1985, que no ofrece variantes respecto al texto original de Cristina. Aquí, como en el capítulo siguiente, donde Gaya Cirila sirve de ilustración a la Epístola, tenemos un ejemplo de la diversidad de mujeres retratadas, esposas hogareñas, mujeres guerreras o intelectuales.

20 *La sibila Amaltea nació, como hemos dicho*: se trata en realidad de la sibila Cumeana, de la que se habla en el capítulo 1.

21 *de la que hablan las crónicas*: cuenta esta curiosa historia Valerio Máximo, a quien cita Jacobo de Cessolis en *El juego del ajedrez* (II, V), siendo este último la posible fuente de Cristina, como en algunos otros episodios del libro. Suzanne Solente, autora de la edición de *La Mutación de Fortuna*, advierte la influencia de De Cessolis en aquella obra. Refuerza esta hipótesis el hecho de que la traducción francesa del *Ludus Scacchorum*, iluminado por Henri de Trévou, figurase en la Biblioteca Real, a la que tenía acceso la hija del doctor Pizzano.

22 *recoger información... descubriría algo totalmente distinto*: aquí se reafirma con fuerza Cristina en su pugna por la autoridad femenina, pero con un rasgo de singular modernidad: no sólo las mujeres deben volver a escribir la Historia con mayúscula, sino que resultaría interesante que lo hicieran desde el punto de vista de la vida cotidiana y doméstica.

23 *de sesenta y cuatro pies*: es frecuente el valor simbólico de las cifras en los *exempla* que retoma la autora; aquí, por ejemplo, 64 (8 x 8) para la base del sepulcro equivale al número de casillas del tablero de ajedrez, símbolo a su vez del infinito.

24 *Se sobrepuso a la flaqueza femenina y a la molicie*: se trata de una de las frecuentes alusiones de Boccaccio a la debilidad del «sexo femenino». Para él, como para la teología medieval, la mujer debe vencer su naturaleza de mujer: *mulier* se equiparaba por etimología analógica a *mollities* («blandura, molicie») y se oponía a *virago*, que designaba a la verdadera mujer cristiana, es decir, la que se había hecho fuerte como el hombre. Como resulta tan precario este equilibrio hermafrodita entre cuerpo de débil mujer y espíritu fuerte como el varón, concluían los teólogos que muy pocas mujeres tenían la posibilidad de ser *viragos* o virtuosas. A la luz de este discurso eclesiástico cobra mayor interés la confianza proclamada en casi todo el libro en la posibilidad que tiene toda mujer de ser «fuerte por naturaleza» (debo las referencias a la doctrina eclesiástica a C. Erickson, *The Medieval Vision. Essays in History and Perception*, Oxford University Press, Nueva York 1976, pág. 203).

25 *Desafió el edicto del rey Creonte*: para ilustrar la profunda devoción de una esposa hacia su marido, Cristina sigue a Boccaccio y De Cessolis eligiendo a Argia, mujer de Polinices, en vez de Antígona, su hermana. Se aparta, en cambio, de Ovidio y Boccaccio al eliminar el personaje de Teseo, dejando así a las mujeres como únicas protagonistas del asalto a la ciudadela de Tebas, para tomar venganza de la derrota griega.

26 La historia de *Judith y Holofernes*: es uno de los ejemplos más llamativos del cambio de enfoque con que retoma Cristina unos hechos históricos o episodios legendarios dándoles un giro a favor de la «causa de las mujeres»; así Judith, figura del engaño femenino, como seductora primero y castradora después, en toda la tradición literaria y pictórica, amén de romances populares, aparece aquí como una heroína revolucionaria, liberadora del pueblo judío.

27 *Novella*: como señala Cristina, se trata de un personaje real, hija de Jean André, profesor de Derecho de la Universidad de Bolonia; recuérdese que de aquella universidad procedía el doctor Pizzano y que era entonces una de las más modernas de Europa, ya que allí enseñaban seglares más que religiosos, y hasta mujeres, como en este caso (para más información, C. C. Willard, op. cit., pág. 18).

28 *la fragancia de sus almas*: la referencia al perfume de la castidad viene del Eclesiastés: «La castidad es el honor de las mujeres y damas y la gran belleza de sus almas y la dulce fragancia de la que habla el Eclesiastés.» La cita perte-

nece al primer Espejo de Damas, el *Speculum dominarum*, dedicado a la condesa de Champaña por su confesor. La condesa era Juana de Navarra, a la que llamaron «la nueva Esther», por la valiente defensa que hizo de su pueblo contra las persecuciones de la Inquisición (Esther aparece retratada por Cristina en el capítulo 32). Estas referencias y otras a Espejos de Damas provienen del libro de D. Bornstein, *The Lady in the Tower: Medieval courtesy literature for Women*, Archon Books, Hamden 1983, págs. 79-81.

29 *si el poder temporal y espiritual están demostrando firmeza y constancia*: recuérdese que Cristina vive la época del gran cisma que divide la cristiandad (1378-1417), la larga guerra civil que divide Francia entre armagnacs y borgoñeses, y en Europa la invasión de los Balcanes por los turcos. Como el canciller Gerson, rector de la Sorbona, Cristina «milita» en el movimiento espiritual que se inscribe en contra de la corrupción, de la simonía y de la rigidez dogmática que aquejan a la Iglesia. Es digna heredera intelectual (todas las ideas eran entonces religiosas) de la abadesa benedictina Hildegarda (siglo XI), y de las beguinas cistercienses del siglo XIII; estas últimas, que pertenecían en general a la nueva clase social que pujaba con el floreciente comercio de las ciudades romanas y flamencas, emprendieron una verdadera revolución mística y social.

30 *cuya conducta destacaba por su rareza*: la historia de Griselda tuvo varias versiones en la Edad Media, todas muy populares. Aquí, más que a Boccaccio, Cristina sigue a Petrarca, que puso en latín el cuento del *Decamerón*. M. Curnow ha demostrado en su edición de *La Ciudad de las Damas* cómo el texto sigue la versión de Petrarca que hizo Philippe de Mézières en 1389. Pero Cristina coloca el episodio muy significativamente después de los ejemplos de crueldad de Nerón y demás emperadores y después de aludir a la corrupción de los príncipes de la Iglesia. Insiste desde el principio en la rareza del comportamiento del marqués con las mujeres y su rechazo hacia el sexo femenino. Todo ello acentúa los rasgos de la perversa crueldad masculina y viene a reforzar al argumento de Derechura: «Cuando los hombres sean perfectos, las mujeres también lo serán» (c. 53), pero para Cristina no es el caso, ni mucho menos.

31 *Les Miracles Nostre-Dame (Los Milagros de Nuestra Señora)*: escritos por Gautier de Coinci de 1339 a 1380 (ed. F. Koenig, Ginebra 1955-1970, 4 vols.).

32 *Decamerón*: se trata de la novela novena de la segunda jornada (sobre la utilización de esa fuente, véase Introducción, págs. 31-43). En las notas 34-36 se alude a otros cuentos del *Decamerón* retomados por Cristina.

33 *de la misma forma que lo hacen con los hombres respecto a ellas*: en el tercer libro de su *Ars amandi*, dedicado a las mujeres, a quienes da consejos para conquistar a los hombres, Ovidio empieza diciendo: «Acabo de armar a las Amazonas; ahora me queda, oh Penthesilea, armarte para los griegos, a ti y a tu valerosa tropa. Luchad con armas iguales», etc. (mi traducción de la versión francesa de Héguin de Guerle, Club Français du Livre, 1950, pág. 139). Como se ha tenido ocasión de comentar, la versión ovidiana que conoce la Edad Media es la de un *Ovidio Moralizado*, reflejo de un discurso más misógino que el original.

34 *Decamerón*: en este capítulo y en el siguiente, Cristina retoma tres cuentos de la cuarta jornada del *Decamerón* (novelas primera, quinta y novena), donde el amor de tres mujeres queda arruinado por la crueldad masculina, mientras que ellas demuestran una excepcional devoción por sus amantes o maridos más allá de la muerte.

35 *una canción que hoy todavía se canta*: según Pilar Gómez Bedate en su edición del *Decamerón* (Siruela, Madrid 1990, pág. 367), Boccaccio partió de la canción para novelar la historia y no a la inversa («Quién sería el mal cristiano / que el albaquero me robó...»).

36 *a quien su marido hizo comer el corazón de su amante... otro manjar*: en la cuarta jornada, novela novena, del *Decamerón* Boccaccio retoma un tema de la literatura provenzal, la Vida de Guilhem de Cabestanh. Los otros ejemplos citados por Cristina, la dama de Fayel y la castellana de Vergi, aluden al mismo motivo –probablemente de origen oriental– del castigo de la mujer por su marido con el macabro manjar del corazón del amante muerto. La historia tuvo muchas versiones, una de ellas la de Stendhal (*De l'Amour*, cap. LII); para más información, véase Martín de Riquer, *Los Trovadores*, Planeta, Barcelona 1975, págs. 1.063 y sigs.

37 *Medusa*: rehabilitada aquí por Cristina como una mujer de belleza singular y fascinante mirada, era uno de los ejemplos favoritos de los predicadores para poner en guardia a los hombres contra las engañosas trampas de la seducción femenina: *Sunt similes mulieres ornatu monstro Medusae*, todo ornamento que significara protuberancia en la cabeza, como peinados postizos o capirotes, era asimilado a las pérfidas sierpes de la Eva-Medusa tentadora hipnotizando a sus víctimas varoniles (véase Danielle Régner-Bohler «Femme / Faute / Fantasma» en *La condición de la Mujer en la Edad Media*, Universidad Complutense, Madrid 1986, págs. 475-499).

38 *de ahí nació la pasión que le llevaría a ultrajarla*: el retrato de Lucrecia como mujer de su casa contradice evidentemente el modelo de educación rei-

vindicado por Cristina –los libros en vez del huso–, pero es ejemplo de la ironía distanciadora de la autora, que pretende también advertir a las mujeres que la virtud sumisa no sólo no basta para defenderse de los violadores sino que puede atraer su perversidad. Al retomar el episodio de la violación de Lucrecia –ya narrada en el capítulo 44–, para insistir en el hecho de que fue su virtud y no su belleza lo que sedujo a Tarquinio, Cristina consigue rebatir el argumento misógino según el cual a las mujeres les gusta que las violen, mostrando cómo no son necesariamente las mujeres coquetas y frívolas las que padecen violación. En el capítulo 44 había ilustrado el lado bárbaro y violento de la violación, aludiendo al final a la «ley justa» que condena a muerte al violador, algo que no asoma en el texto de Boccaccio, por lo que podemos atribuirlo a Cristina. La forma en que se vale de la historia en dos capítulos distintos para discutir sobre dos ideas es ejemplo típico de la retórica de espejos que refleja *La Ciudad de las Damas*, al ilustrar una tras otra las distintas facetas de una mujer.

39 *Les Faits des Romains*: este ejemplo que Cristina utilizó ya en 1403 en su *Mutación de Fortuna* está retomado también de *El juego del ajedrez* de De Cessolis, que recurre a menudo a esta historia de la Antigüedad.

40 *Isabeau de Baviera... ningún rasgo de crueldad hacia sus súbditos*: para distinguirlo de «Isabel», mantengo en francés el nombre de la reina que se hizo famosa precisamente por su crueldad, pero sobre todo a raíz de acontecimientos posteriores a la aparición de *La Ciudad de las Damas*. El mismo año, 1405, Cristina la criticará severamente en una *Epístola a Isabeau de Baviera*, reprochándole su desinterés hacia los males de Francia. En 1417, Isabeau, ya reina madre, después de varios años de ejercicio del poder real, debido a los accesos de demencia del rey Carlos VI, su marido, organiza un gobierno rival del de su hijo, tomando partido a favor de los borgoñeses, es decir, del «partido inglés», en contra de los armagnacs, que defendían al rey de Francia. Ya hemos aludido a su relación amorosa con su cuñado, el duque de Orleáns. Cuando lo asesinó su primo, el duque de Borgoña, en 1407, la gente vio en el crimen el justo castigo divino a los desórdenes amorosos de la corte (M. Quilligan, op. cit., págs. 246-247).

41 *la duquesa de Orleáns*: como en el caso de las otras damas citadas, se trata de una protectora de Cristina, Valentina Visconti. Su fidelidad conyugal resulta aún más admirable, ya que se trata de una malcasada (véase nota anterior).

42 *la disputa* de Catalina con los filósofos egipcios es motivo frecuente en la obra de Cristina de Pizán, que, como hemos señalado, gusta de hacerse retratar disputando con doctos varones, como Cristo ante los Doctores del Templo.

43 *era leche y no sangre lo que fluía de su cuerpo*: no se trata tanto aquí de un hecho milagroso sino de la teoría galénica del blanqueamiento o transformación de la sangre en leche, de la que participan todos los autores de la Edad Media (D. Jacquart y C. Thomasset, op. cit., pág. 7).

44 *comiendo sus propias carnes*: la imagen de la devoración de las propias carnes simbolizaba para la Edad Media los suplicios del infierno, cuya entrada se representaba con una profunda boca de enormes fauces engullendo cuerpos –véanse las ilustraciones de los salterios–, avatar cristianizado del mito de Saturno, al que Cristina se refiere cuatro veces en el texto (resulta muy interesante, al respecto, el estudio de Marie-Christine Pouchelle, «Le corps féminin et ses paradoxes: l'imaginaire de l'intériorité dans les écrits médicaux et religieux (XII-XIV^{ème} siècles)» en *La condición de la mujer en la Edad Media*, op. cit., págs. 319-331).

45 *pero su voz salía tan fuerte que todos podían oírla*: el milagro de las santas cuyas lenguas cortadas siguen hablando y hasta profiriendo razonados discursos que van convenciendo a todos, hombres y mujeres, es símbolo y metáfora de la fuerza de la oralidad del discurso femenino a la que aludimos en la Introducción, págs. 46-47. Es tanta la fuerza potencial de la mujer, que consigue reafirmarse en su cuerpo torturado frente a la autoridad masculina que pretende subyugarla.

46 *Speculum Historiale*: el *Espejo Historial* de Vicente de Beauvais, que retoma Cristina en el libro III.

47 *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*: «Gloriosas son las cosas que dicen de ti, oh Ciudad de Dios»; sobre la influencia del libro de san Agustín como modelo de Ciudad Perfecta, véase Introducción, págs. 26-28.

48 *el interés propio no siempre reside en ser libre*: como cuando hace el elogio del matrimonio, este comentario de Cristina hoy puede parecernos «retrógrado». Sin embargo, constituye un progreso que se anticipa en más de un siglo al humanismo de Erasmo: la idealización de la mujer casada se inscribe dentro de un contexto de alabanza a la mujer leal en su amor, frente al retrato misógino de la esposa engañosa, lujuriosa e infiel que ofrecen las *fabliaux* medievales o el mismo *Decamerón*. Tenemos aquí una muestra de lo que una editora americana de Cristina de Pizán ha llamado su «feminismo bien temperado».

Bibliografía

- Archer, Robert e Isabel de Riquer, *Contra las mujeres*, Quaderns Crema, Barcelona 1998.
- Blanchard, Joël, «Compilation et légitimation au XV^{ème} siècle», *Poétique*, 19 (1988), págs. 139-157.
- Bornstein, Diana, *Ideals for Women in the Works of Christine de Pizan*, Consortium for Medieval and Early Modern Studies, Michigan 1981.
- , *The Lady in the Tower: Medieval Courtesy Literature for Women*, Archon Books, Hamden 1983.
- Brownlee, Kevin, «Literary genealogy and the problem of the father: Christine de Pizan and Dante», *The Journal of Medieval Renaissance Studies*, vol. 23, 3 (1993), págs. 366-387.
- Cabré, Nuria, *Done i literatura: la imatge de la dona en la literatura medieval*, Laertes, Barcelona 1995.
- Cropp, Glynnis, «Boèce et Christine de Pizan», *Le Moyen Âge*, 87 (1981), págs. 387-417.
- Delany, Sheila, «Rewriting Women Good: Gender and Anxiety of Influence in Two Late-Medieval Texts», *Chaucer in the Eighties*, Syracuse Institute Press, Nueva York 1986, págs. 75-92.
- , «Mothers to think back through: Who are they? The Ambiguous Example of Christine de Pizan», *Medieval Texts and Contemporary Readers*, Cornell University Press, Nueva York 1987, págs. 177-197.
- Del Moral, Celia, *Árabes, judías y cristianas. Mujeres de la Europa Medieval*, Universidad de Granada, 1993.
- Dulac, Liliane, «Un Mythe Didactique chez Christine de Pizan,

Sémiramis ou la Veuve Héroïque», *Mélanges offerts à Ch. Campoux*, I, Montpellier 1978, págs. 315-343.

Flores Varela, Carlos, «Las sabias mujeres: Educación, saber y autoría (siglos III-XVII)», *Cuadernos de Investigación Medieval*, 13 (1994), UCM.

Gottlieb, Beatrice, «The Problem of Feminism in the Fifteenth Century», *Women of the Medieval World*, Blackwell, Oxford-Nueva York 1985, págs. 337-364.

Guzofsky, Rosalie, *Mujeres heroicas en el romancero judeo-español*, UMI, Ann Arbor, Michigan 1993.

Hindman, Sandra, «With Ink and Mortar: Christine de Pizan's *Cité des Dames*: An Art Essay», *Feminist Studies*, 10 (1984), págs. 457-484.

—, «Christine de Pizan's *Epistre Othéa*: Painting and Politics at the Court of Charles VI», *Texts and Studies*, 77, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, Toronto 1986.

Huchet, Jean-Claude, «Le Surplus: des femmes écrivent au Moyen-Âge», *L'Âne*, 10 (1983).

Jeanroy, Alfred, «Boccaccio et Christine de Pisan: Le *De claris mulieribus*, principale source du *Livre de la Cité des Dames*», *Romania*, 48 (1922), págs. 92-105.

Kelly, Joan, «Early Feminist Theory and the *Querelle des Femmes*, 1400-1789», *Signs*, 8 (1982), págs. 4-28.

Kirshner, Julius y Susan Wemple, *Women of the Medieval World*, Blackwell, Oxford-Nueva York 1985.

Laidlaw, James C., «Christine de Pizan: A Publisher's Progress», *Modern Language Review*, 82 (1987), págs. 35-75.

Michel, Natacha y Martine de Rougemont, *Le Rameau subtil. Prosatrices françaises entre 1364 et 1954*, Hatier, París 1991, págs. 13-33.

Muñoz Fernández, Ángela, *Beatas y santas neocastellanas: Ambivalencia de la religión y políticas correctoras del poder (siglos XIV-XVII)*, Comunidad Autónoma, Madrid 1994.

Otero i Vidal, Mercé, *La Ciutat de les Dames*, Edicions de l'Exemple, Barcelona 1990.

Ouy, Gilbert, «Les Hésitations de Christine, variantes de trois manuscrits», *Revue des Langues Romanes*, XCII (1988), págs. 265-286.

Ouy, Gilbert y Christine Reno, «Identification des autogra-

phes de Christine de Pizan», *Scriptorium*, 34 (1980), págs. 221-238.

Phillipy, Patricia A., «Establishing Authority: Boccaccio's *De claris mulieribus* and Christine de Pizan's *Le Livre de la Cité des Dames*», *Romanic Review*, 77 (1986), págs. 20-36.

Quilligan, Maureen, *The Allegory of Female Authority, Christine de Pizan's «Cité des Dames»*, Cornell University Press, Nueva York, Londres 1994.

Richards, Earl Jeffrey, «Christine de Pizan and the Question of Feminine Rhetoric», en *Reinterpreting Christine de Pizan*, obra colectiva, University of Georgia Press, 1992.

Rivera Garretas, M.^a Milagros, *Textos y espacios de mujeres en Europa (siglos IV-XV)*, Icaria, Barcelona 1990.

Schibanoff, Susan, «Comment on Joan Kelly's "Early Feminist Theory and the Querelle des femmes, 1400-1789"», *Signs*, 9 (1983), págs. 320-326.

Segura Graiño, Cristina, *Los espacios femeninos en el Madrid Medieval*, Horas y Horas, Madrid 1992.

—, «Las mujeres en el Medievo hispano», *Cuadernos de Investigación Medieval*, 2 (1984), UCM.

—, *De leer a escribir. La educación de las mujeres: ¿Libertad o subordinación?*, A. C. Al-Mudyana, Madrid 1996.

Semple, Benjamin, «The Male Psyché and the Female sacred Body in Marie de France and Christine de Pizan», *Yale French Studies*, 16 (1994), págs. 164-186.

Shamar, Shulamith, *The Fourth Estate: A History of Women in the Middle Ages*, Methuen, Londres 1983.

Willard, Charity C., *Christine de Pizan: Her Life and Works*, Persea Books, Nueva York 1984.

Zimmermann, Margarette y Dina De Rentii, *The City of Scholars: New Approaches to Christine de Pizan*, W. De Gruyter, Berlín-Nueva York 1995.

La bibliografía aquí citada es muy somera, ya que sólo se refiere a *La Ciudad de las Damas*; en las notas podrán encontrarse más referencias y sobre todo en estas tres bibliografías:

Kennedy, Angus J., *Christine de Pizan: A Bibliographical Guide*, Grant and Cutler, Londres 1984.

-, *A Selective Bibliography of Christine de Pizan Scholarship, circa 1980-1987*, University of Georgia Press, 1992.
Yenal, Edith, *Christine de Pizan: A Bibliography of Writings by Her and About Her*, Metuchen, Londres-Nueva Jersey 1982.

Índice analítico

Libro I

Capítulos II-VII: después de la Introducción sobre el propósito del libro (cap. I) los seis primeros capítulos alegóricos, en los que aparecen las tres Damas o Virtudes, Razón, Derechura y Justicia, que corresponden a las tres partes del libro, sirven para retomar y rebatir el discurso misógino de varios autores.

Caps. VIII-XXVI: *Mujeres guerreras y de gran sentido político:* Nicaula, Fredegunda, Blanca, Semíramis, Tamiris, Pentesilea, Zenobia, Artemisa, Camila, Berenice y Clelia.

Caps. XXVII-XLII: *Mujeres sabias y creativas:* Cornificia, Proba, Safo, Leuntion, Mantoa, Medea, Circe, Nicostrata o Carmenta, Minerva, Ceres, Isis, Aracne, Pánfila, Tamaris, Anastasia, Sempronía, Irene y Marcia.

Caps. XLIII-XLVIII: *Damas de templado juicio:* Gaya Cirila, Dido, Opis y Lavinia.

Libro II

Caps. I-VI: *Mujeres de visión profética:* las diez sibilas, la sibila Eritrea, la sibila Amaltea, Deborah, Isabel, Ana, la reina de Saba, Nicostrata o Carmenta, Casandra, Basina, Antonia.

Caps. VII-XI: *Mujeres ejemplares por su amor filial:* Dripetina, Hipsípila, Claudia y una mujer romana anónima.

Caps. XII-XXIX: *Mujeres ejemplares por su amor conyugal:* Hipsicratea, Triaria, Artemisa, Argía, Agripina, Julia, Tercia Emilia, Jantipa, Paulina, Juana de Laval, Sulpicia, las mujeres de Colcos, Porcia, Curia, Antonia.

Caps. XXX-XXXV: *Ejemplos de beneficios que las mujeres han traído al mundo:* Termuta, Judith, Esther, las sabinas, Veturia, Clotilda y Catula.

Cap. XXXVI: *Argumentos a favor de que las mujeres estudien*: Quinto Hortensio, padre de Hortensia, Tommaso da Pizzano, padre de Cristina, Giovanni Andrea, padre de Novella.

Caps. XXXVII-XLV: *Ejemplos de mujeres castas y de su repulsión a ser violadas*: Susana, Sarah, Rebeca, Ruth, Penélope, Mariana, Antonia, Lucrecia, la reina de los galateos, Hipo, las mujeres de los sicambrios, Virginia.

Caps. XLVI-LIII: *Ejemplos de constancia femenina que contrastan con la crueldad masculina*: Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Griselda.

Caps. LIV-LX: *Ejemplos de la fidelidad amorosa femenina*: Dido, Medea, Tisbe, Hero, Ghismunda, Isabetta.

Cap. LXI: *Mujeres famosas por azar*: Deyanira, Juno, Europa, Yocasta, Medusa, Helena, Polixena.

Caps. LXII-LXV: *Mujeres famosas por sus cualidades morales más que por su belleza*: Claudia, Lucrecia, Blanca.

Caps. LXVI-LXIX: *Ejemplos de mujeres generosas*: Busa, Margarita de la Rivière, Isabeau de Baviera, la duquesa de Orleáns.

Libro III

Cap. I: *Entrada de la Reina de los Cielos en la Ciudad de las Damas*.

Cap. II: *Ejemplo de santa que amó fervorosamente*: María Magdalena.

Cap. III: *Una santa sabia*: Catalina de Alejandría.

Caps. IV-IX: *Santas mártires que resistieron los suplicios y siguieron discurriendo y convenciendo a su auditorio*: Margarita, Lucía, Martina, otra santa Lucía, Justina, Eulalia, Marciana, Eufemia, Teodosina, Bárbara, Dorotea.

Cap. X: *Vida de la santa patrona de Cristina*.

Cap. XI: *Santas que antepusieron el amor divino al materno*.

Caps. XII-XIII: *Dos mujeres que vivieron disfrazadas de frailes*: Marina / Marino, Eufrosina / Esmaragdo.

Caps. XIV-XVI: *Otras mártires que se hicieron santas gracias a su generosidad*: Anastasia, Teodota, Natalia.

Cap. XVII: *De una prostituta que llegó a santa*: Afra.

Cap. XVIII: *Mujeres que ayudaron a los apóstoles*: Drusiana, Susana, Maximilia, Efigenia, Plautilia.

Cap. XIX: *Conclusión: Cristina se dirige a todas las mujeres*.

Índice onomástico*

- Abraham, II, 38
Absalón, I, 14
Acerbas, véase *Siqueo*
Adán, I, 9
Adelfo, I, 29
Adrasto, II, 17
Adriano, III, 16
Aetes, I, 32
Afra, III, 17
Ágata, III, 7, 9
Agenor, I, 46; II, 61
Agustín, san, I, 2, 10
Alejandro Magno, I, 14, 19; II, 29, 66
Amaltea, II, 3
amazonas, mujeres, I, 16, 17, 18, 19;
II, 12
Amán, II, 32
Ambruogiuolo, II, 52
Ambrosio, I, 10
Ana, II, 4
Anastasia, I, 41
Anastasia, santa, III, 14, 15
Andrea, Giovanni, II, 36
Andrés, III, 18
Andrómaca, II, 28
Ángela, II, 61
Aníbal, II, 67
Anjou, duque de, I, 13; II, 67
Antíope, I, 18
Antonia, esposa de Justiniano, II, 6
Antonia, esposa de Tiberio, II, 43
Antonia, II, 29
Antonio, II, 42
Apis, I, 36
Apolo, I, 4, 30, 31; III, 3
Apóstoles, I, 10, 29, 35; II, 53; III, 2,
18
Aquiles, I, 19; II, 28, 61
Aracne, I, 39
Argía, II, 17
Ariaracto, I, 25
Aristóbolo, II, 42
Aristóteles, I, 2, 9, 11, 14, 30, 38, 43
Arquelao, I, 41
Artemisa, I, 21; II, 16
Ascanio, I, 48
Asuero, II, 32
Aucejas, III, 5
Bar, duque de, II, 68

*El número romano indica el libro y el arábigo el capítulo en que aparecen los personajes.

Bárbara, III, 9
 Bartolomeo, II, 62
 Basina, II, 5
 Belisario, II, 29
 Benita, III, 7
 Berenice, I, 25
 Bernardo, II, 52
 Blanca de Castilla, I, 13; II, 65
 Blanca de Navarra, I, 13
 Blandina, III, 11
 Boccaccio, I, 28, 29, 30, 37, 39, 41;
 II, 2, 14, 15, 16, 17, 19, 43, 52,
 60, 63
 Borbón, Ana, duquesa de, II, 68
 Borbón, Margarita, duquesa de, II,
 68
 Borbón, Luis, duque de, II, 68
 Briaxis, II, 16
 Brunehilde, II, 49
 Bruto, II, 25, 28

 Cadmo, I, 4
 Camila, I, 24
 Carlos de Blois, I, 13
 Carlos IV, I, 13
 Carlos V de Valois, I, 13
 Carlos VI de Valois, II, 68
 Carmenta, I, 33, 37, 38; II, 5
 Casandra, II, 5
 Casio, II, 25
 Catalina de Alejandría, III, 3
 Catón el Mayor, II, 25
 Catón de Útica, I, 9, 10; II, 25
 Catula, II, 35
 Cecilia, III, 9
 Ceres, I, 35, 38, 39
 Childerico, II, 5
 Chilperico, II, 5

 Cicerón, I, 9
 Cipriano, III, 8
 Circe, I, 32
 Cirico, III, 11
 Ciro, I, 17; II, 1
 Claudia, II, 48
 Claudia Quinta, II, 63
 Claudina, II, 10
 Claudio, II, 46
 Claudio, Marco Aurelio, I, 20
 Claudio, Tiberio, II, 47
 Clelia, I, 26
 Clermont, condesa de, II, 68
 Clodoveo, II, 35
 Clotario, I, 13, 23
 Clotilda, II, 35
 Coemon, condesa de, II, 20
 Colcos, mujeres de, II, 24
 Constantino, II, 49; III, 18
 Coriolano, II, 34
 Cornelia, esposa de César, II, 19
 Cornelia, esposa de Pompeyo, II, 28
 Cornificia, I, 28
 Cornificio, I, 28
 Coucy, II, 60
 Cratevas, I, 41
 Creonte, II, 17
 Crisógono, III, 14
 Cristina, santa, III, 10
 Cumeana, sibila, II, 1

 D'Ascoli, Cecco, I, 9
 Dagoberto, II, 35
 Daniel, II, 37
 Darío, II, 29
 David, II, 40; III, 19
 Deborah, II, 4, 32
 Delfica, sibila, II, 1

Deyanira, II, 60
 Diana, I, 41
 Dido, I, 46; II, 54, 55
 Diocleciano, III, 14
 Diomedes, I, 32
 Dionisio, pintor, I, 41
 Dionisio, santo, II, 35
 Dionisio, tirano, II, 49
 Dusiana, III, 18

 Edipo, I, 31
 Efigenia, III, 18
 Eleuterio, II, 35
 Elisa, véase *Dido*
 Eneas, I, 24, 48; II, 3, 19, 55
 Erífila, II, 1
 Eritrea, sibila, II, 1, 2
 Esaú, II, 39
 Escipión, el Africano, II, 20
 Esmeragdo, III, 13
 Esther, II, 32
 Etéocles, II, 17
 Eufemia, III, 8
 Eufrosina, III, 13
 Eulalia, III, 13
 Europa, II, 61
 Eva, I, 9
 Evandro, II, 5
 Ezra, III, 19

 Fausta, III, 7
 Fayel, dama de, II, 60
 Felicia, III, 11
 Felipe, duque de Borgoña, II, 68
 Felipe VI, rey de Francia, I, 13
 Ferrant, II, 52
 Florencia, II, 52
 Forcis, II, 61

 Foroneo, I, 36
 Fredegunda, I, 13, 23
 Frigiana, sibila, II, 1

 Gaya Cirila, I, 145
 Galba, II, 49
 Galieno, I, 20
 Genoveva, II, 35
 Germánico, II, 18
 Ghismunda, II, 59
 Giannucolo, II, 11, 50
 Gregorio, I, 28; III, 19
 Griselda, II, 11, 50, 51
 Gualtieri, II, 50
 Guesclin, Beltrán du, II, 22
 Guiscardo, II, 35, 59

 Héctor, I, 19; II, 5, 28
 Hécuba, I, 19
 Helena de Troya, II, 61
 Helena, reina, III, 18
 Helespontina, sibila, II, 1
 Hércules, I, 18, 41, 46; II, 60
 Hero, II, 58
 Herodes, II, 42
 Herodes, hijo de Odenato, I, 20
 Hipo, II, 46
 Hipólita, I, 18
 Hipólito, I, 18
 Hipsicratea, II, 13, 14, 15
 Hipsípila, II, 9
 Holofernes, II, 31
 Homero, I, 29; II, 1
 Horacio, I, 30
 Hortensia, II, 36
 Hortensio, II, 36

 Idmonio, I, 39

Inacos, I, 36
 Inés, III, 9
 Irene, mártir, III, 14
 Irene, pintora, I, 41
 Isaac, II, 39
 Isabeau de Baviera, II, 68
 Isabel, II, 4
 Isabetta, II, 60
 Isis, I, 36, 38
 Isolda, II, 60
 Iterón, II, 16

 Jacobo, II, 39
 Jantipa, II, 21
 Jasón, I, 32; II, 24, 56
 Jean de Meun, II, 25
 Jerjes, I, 21
 Jezabel, II, 49
 Joaquín, II, 37
 Juan Evangelista, III, 18
 Juan, conde de Clermont, II, 68
 Juan, duque de Berry, II, 68
 Juan, duque de Borgoña, II, 68
 Juana de Evreux, I, 13
 Juana de Laval, II, 22
 Judas, II, 49
 Judith, II, 31, 32
 Julia, hija de César, II, 19, 28
 Julia, hija de Octavio, II, 18
 Julián, III, 10
 Julián el Apóstata, II, 49
 Julián, san, III, 49
 Julieta, III, 11
 Julio César, II, 19, 25, 28, 49
 Julio Silvio, I, 48
 Juno, II, 61
 Júpiter, I, 15, 36, 41, 46, 47; II, 42,
 61; III, 10

Justina, III, 8
 Justiniano, II, 6, 29
 Justino, II, 6

 La Marche, condesa de, I, 13
 La Marche, conde de, II, 68
 La Rivière, Burel de, II, 67
 La Rivière, Margarita de, II, 67
 Lanfeto, I, 16
 Latino, rey, I, 48
 Lavinia, I, 48
 Lázaro, I, 10
 Leandro, II, 58
 Leda, II, 61
 Lena, II, 53
 Lentulo, II, 23
 Leocares, II, 16
 Leuntion, I, 30
 Leocadio, III, 15
 Líbica, sibila, II, 1
 Lilia, I, 22
 lombardas, mujeres, II, 46
 Longino, I, 20
 Lorenzo, II, 60
 Loth, II, 53
 Lucio Vitellio, II, 15
 Lucrecia, II, 44, 64
 Lucía, III, 5
 Lucía de Siracusa, III, 7
 Luis IX, santo y rey, I, 13; II, 65
 Luis, duque de Orleáns, II, 68
 Luis de Baviera, II, 68

 Magdalena, María, I, 10; III, 2
 Magna Mater, II, 63
 Macra, III, 8
 Maguncio, III, 3
 Mantoa, I, 31, 32

Marcia, I, 41
 Marcial, III, 18
 Marciana, III, 8
 Marco Agripa, II, 18
 Marco Antonio, II, 43
 Margarita, III, 4
 María, I, 9; II, 2, 4, 30, 51; III, 1, 19
 Mariana, II, 42
 Marina, III, 12
 Marino, III, 12
 Martesia, I, 16
 Marta, I, 10
 Martina, III, 6
 Mateolo, I, 1, 2, 8; II, 19
 Mateo, III, 18
 Mausolo, I, 21; II, 16
 Maximiano, III, 16
 Maximilia, III, 18
 Medea, I, 32; II, 56
 Medusa, I, 34; II, 61
 Menalipe, I, 18
 Menelao, II, 61
 Mercurio, I, 33
 Metabo, I, 24
 Micón, I, 41
 Milán, duque de, II, 68
 Minerva, I, 4, 34, 38, 39
 Mitrídates, I, 25; II, 8, 13, 14
 Moisés, II, 30

 Nabucodonosor, II, 31
 Natalia, III, 16
 Nemrod, I, 15, 31
 Neptuno, I, 4, 47
 Nerón, I, 22; II, 27, 43, 48, 49; III, 18
 Nicaula, I, 12
 Nicostrata, véase *Carmen*
 Nino, I, 15

Níobe, I, 36
 Novella, II, 36

 Octavia, II, 48
 Octavio, II, 18, 49
 Odenato, I, 20
 Odoacro, I, 22
 Opis, I, 47; II, 61
 Orcómenos, II, 24
 Orgiagón, II, 45
 Otón, II, 49
 Ovidio, I, 9; II, 1, 54, 57

 Pablo, san, II, 35, 48
 Paris, II, 61
 Paulina, II, 22
 Pedro, san, I, 10; II, 48; III, 18
 Pentesilea, I, 19
 Petrarca, II, 7
 Pigmalión, I, 46
 Píramo, II, 57, 58
 Pirro, I, 19
 Pitis, II, 16
 Platón, I, 2, 30
 Plautilia, III, 18
 Plutón, I, 35, 47
 Polinices, II, 17
 Polixena, II, 61
 Pompeyo, II, 8, 14, 19, 28
 Porcia, II, 25, 28
 Poumiers, Emerion de, II, 67
 Príamo, I, 19; II, 5, 61
 Prisco, III, 8
 Proba, I, 29, 30
 Ptolomeo, rey, I, 20; II, 28

 Quinto Lucrecio, II, 26

Rebeca, II, 39
Remo, I, 48; II, 33
Rómulo, I, 48; II, 33
Rústico, II, 35
Ruth, II, 40

Saba, reina de, II, 4
Sabinas, II, 33
Safo, I, 30
Saint-Pol, condesa de, II, 68
Salomón, I, 43, 44, 45; II, 4
Samia, sibila, II, 1
Sansón, I, 18
Sapor, I, 20
Sarah, II, 38
Saturno, I, 15, 47, 48; II, 61
Scopas, II, 16
Semíramis, I, 15
Sempronía, I, 42
Séneca, II, 22, 48
Sicurat, II, 52
Simeón, II, 4
Sínope, I, 16
Siqueo, I, 46
Sócrates, II, 21
Solón, II, 1
Sulpicia, II, 23
Susana, II, 37
Susana de Limoges, III, 18

Tamaris, I, 41
Tamiris, I, 17
Tancredo, II, 59
Tarquinio, Collatino, II, 44
Tarquinio, Lucio, I, 45
Tarquinio el Soberbio, II, 3, 44, 64
Telémaco, II, 41
Teodota, III, 15

Teodorico, I, 22
Teodosina, III, 9
Teófilo, II, 9
Teofrasto, I, 30; II, 13, 14, 19
Tercia Emilia, II, 20
Termuta, II, 30
Teseo, I, 18
Thibault, conde de Champaña, II, 65
Tiberio, Druso, II, 43
Tiberio, Claudio, II, 18, 47
Tiburtina, sibila, II, 1
Timareta, I, 41
Timoteo, II, 16
Tiresias, I, 31
Tisbe, II, 57, 58
Tito, II, 49
Tomás, I, 7
Trajano, II, 49
Triaria, II, 15
Tristán, II, 60
Trogos, rey, I, 4
Turno, I, 24, 48

Ulises, I, 32; II, 41
Urano, I, 47
Urbano, III, 10
Urbano, juez, III, 9
Úrsula, III, 10

Valeriano, I, 20
Valerio Máximo, II, 13, 43, 63
Vendôme, condesa de, I, 37
Venus, II, 19
Vergi, dama de, II, 60
Vespasiano, II, 15
Vesta, I, 47; II, 10, 46
Veturia, II, 34

Vicente de Beauvais, III, 9
Virgilio, I, 9, 29, 31; II, 3
Virginia, II, 46
Visconti, Valentina, II, 68
Vitello, II, 49
Vulcano, I, 34

Yocasta, II, 61

Zenobia, I, 20

1 Parzival

Wolfram von Eschenbach
Edición de Antonio Regales
Epílogo de René Nelli

2 Bestiario medieval

Edición de Ignacio Malaxecheverría

3 El Caballero del León

Chrétien de Troyes
Edición de Marie-José Lemarchand
Epílogo de Heinrich Zimmer

4 Historias bizantinas de locura y santidad

Juan Mosco y Leoncio de Neápolis
Edición de José Simón Palmer

5 La muerte de Arturo (vol. I)

Sir Thomas Malory
Introducción de Carlos García Gual
Traducción de Francisco Torres Oliver

6 La muerte de Arturo (vol. II)

Sir Thomas Malory
Epílogo de Luis Alberto de Cuenca
Traducción de Francisco Torres Oliver

7 La Ciudad de las Damas

Cristina de Pizán
Edición de Marie-José Lemarchand